BIBLIOTECA CLÁSICA.

R. 13404

BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO CLXXXIX

POLÍTICA DE DIOS

Y

GOBIERNO DE CRISTO

POR

D. FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS

BIBLIOTECA PROVINCIAL

MADRID

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.ª

CALLE DEL ARENAL, NÚM. 11

1894

QUEVEDO

POLÍTICA DE DIOS

Y

GOBIERNO DE CRISTO

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»,
Paseo de San Vicente, 20.

PRÓLOGO.

Cuando Quevedo escribió este arte de gobernar á los pueblos, que intitula *Política de Dios*, había tenido no pocas ocasiones de estudiar en Italia y en España los frutos de la política imperante en ambos pueblos.

Dividida Italia en pequeños Estados durante la Edad Media; sin fuerza ninguno de ellos para dominar á los demás; objeto de la codicia de España, Francia y el Sacro Romano Imperio, especialmente desde que la Casa Real de Aragón se enseñoreó de Nápoles, y Luis Sforza llamó y abrió las puertas de la Península italiana á Carlos VIII de Francia; sin recursos propios los potentados y las pequeñas repúblicas para defender su independencia, y no siempre con dinero para tomar á sueldo las de *condottieri*, prontos á servir á quien más y mejor les pagase, y descuidados de la justicia de la causa que defendían, acudieron, por necesidad primero, y por costumbre después, á los recursos menos nobles y leales; siendo frecuente en las relaciones internacionales faltar al compromiso contraído y apelar á los medios más reprensibles, para lograr resultados no menos censurables.

Tan dentro de las costumbres políticas estaban entonces la doblez y el fingimiento en los tratos y relaciones entre gobiernos y pueblos, que un libro publicado para halagar á los Médicis, *El Príncipe*, de Maquiavelo, piedra de escándalo desde el siglo XVIII, no lo fué á su aparición. Dogmatizar el sacrificio de la justicia y de la moral á la utilidad y la conveniencia, no era entonces otra cosa que la reglamentación de lo que por todos se practicaba.

Durante su estancia en Nápoles, al lado del virrey Duque de Osuna, enteróse Quevedo, por su intervención directa en los sucesos políticos, de estas costumbres de los gobiernos. Sabía, sin duda, los motivos verdaderos de la conducta del Duque de Saboya, de la del Rey de Francia, que le auxiliaba contra la dominación de España en el Milanesado; conocía al pormenor las intrigas de la República de Venecia, los medios á que apelaba Osuna para quebrantar el poder de los venecianos, y las causas de todas aquellas agitaciones.

De vuelta á España, no se presentaba á su ánimo cuadro más consolador. La decadencia, que empezó con el valimiento de los privados ó favoritos de los reyes, desde Felipe III, corrompía rápidamente todos los organismos políticos y sociales. Al Duque de Lerma sucedía su hijo el de Uceda; á éste, con nuevo monarca, el Conde-Duque de Olivares. Con adulaciones ó dinero, ó con ambas cosas, se buscaban y conseguían los cargos públicos, por elevados que fueran; y pospuesto el mérito á la intriga,

la dignidad á la bajeza, se estaba ya en vísperas de la desmembración de la gran Monarquía que fundaron los Reyes Católicos y ensancharon Carlos I y Felipe II.

Conocedor Quevedo de tantas desdichas y tantas vergüenzas, por su trato íntimo con los más elevados personajes, y su estudio del estado de todas las clases sociales, escribe, como para buscar correctivo á la depravación imperante, su *Política de Dios*, presentando los actos del Redentor cual reglas á que deben ajustar los suyos gobernantes y gobernados.

Jesucristo dijo: «Mi reino no es de este mundo»; pero Quevedo desea convertir los Evangelios en código político, aunque no fuera fácil que su honrado propósito tuviera realización práctica.

De dos partes consta el libro *Política de Dios*, escritas cada una en época distinta, aunque encaminadas ambas al mismo objeto de demostrar que en la vida de Jesucristo encuéntranse todos los preceptos y reglas necesarias para el buen gobierno de las naciones. La primera publicóse en 1626; la segunda no llegó á ver la luz en vida del autor, sino diez años después de su muerte.

Fué Quevedo, según antes dijimos, amigo del gran duque de Osuna, D. Pedro Téllez Girón, y á su lado vivió algunos años, mientras era virrey de Sicilia y Nápoles. Al caer en desgracia el Duque, las persecuciones dirigidas contra él alcanzaron también á Quevedo, siendo la amistad y valimiento que con Osuna tenía, causa de su prisión en la Torre de Juan Abad. En este tiempo,

conociendo por propia y ajena experiencia los desmanes y abusos de los Ministros de D. Felipe III, y los peligros que por ellos la nación corría, dedicó las horas de reclusión á escribir la *Política de Dios*.

Muerto D. Felipe III, y sin influencia los políticos que le rodeaban, aprovechó la ocasión Quevedo para enviar al Conde de Olivares, privado del nuevo Monarca, el manuscrito de los veintiún capítulos que llevaba escritos. Poco tiempo después conseguía la libertad, favor con el joven Monarca y su valido, y excitaciones para publicar lo que constituyó después la primera parte de esta obra y dió á la estampa en 1626.

Pero el libro escrito contra la corrupción de las costumbres en los últimos años del reinado de Felipe III, pronto fué, al correr impreso, objeto de acres censuras y maliciosas aplicaciones á hombres y cosas de aquel entonces. Gracias, sin duda, á que el Rey y el ministro sabían mejor que los malintencionados enemigos de Quevedo cuándo y para qué había sido escrito el libro, no sufrió quebrantos en su libertad por esta cruda guerra.

Entre los censores hubo uno cuya crítica dolió más á Quevedo que todas las otras. Era el docto jesuíta Juan de Pineda, el famoso comentador del *Libro de Job*, quien desaprobó en Quevedo arrojarse á discurrir de lo que no entendía y á interpretar los sagrados textos. Advirtió en su defensa D. Francisco que estaba graduado en filosofía y teología por la Universidad de Alcalá, y dirigiéndose á Pineda, añadía: «No digo esto para la

suficiencia, sólo para que vuestra reverencia sepa que, aunque muy mal á su parecer, hablo de lo que he profesado.»

Preparóse Quevedo á esta lucha con persona tan entendida y autorizada como lo era el P. Pineda, renovando sus estudios, no sólo para defensa de la *Política de Dios*, sino para el ataque de las obras de su temible adversario; pero no emprendió la batalla, y empleó los datos reunidos en su hermoso libro titulado *La constancia y paciencia del Santo Job*, y en la segunda parte de la *Política de Dios*, indispensable para el desarrollo de materias importantísimas relativas á la institución Real, á la sucesión en el Trono, á la administración de la justicia, á la distribución de los cargos y al repartimiento de los tributos.

Hay, pues, entre las dos partes de esta obra notorias diferencias. Escrita la primera en la fuerza de la edad, á los treinta y siete años, y la segunda cuando tocaba á la vejez, á los cincuenta y cinco, hay en la primera el aliento de la esperanza; en la segunda la madurez del juicio, hija de los desengaños y de los sufrimientos.

«Más vehemente y espontánea la primera, dice el señor Fernández-Guerra; más sentenciosa é intencionada la segunda: utilísimas ambas. Propende la última á lo enigmático y afectado, y se deslustra con algún resabio de gongorismo, de que ya entonces no se libraba ningún ingenio: muestra no pocas veces el desaliño del borrador, ideas y aforismos repetidos, sin grande novedad;

junto á párrafos los más vigorosos y elocuentes, otros lánguidos y rastreros, y casi siempre un esmero cuidadoso en demasía para evitar que pudiera malignarse que el repúblico tiraba á tejado conocido. Esto, sin embargo, no aherroja su lengua á quien pone tanta libertad el razonar de la persona de Cristo. Es menos transparente, digámoslo así, la segunda parte que la primera, pero más útil y profunda.»

Y refiriéndose á ambas partes, añade el sabio investigador y restaurador de las obras de Quevedo el siguiente juicio crítico:

«Considerando esta obra colosal en su conjunto, forzoso es decir que no tiene aquel orden y método en el plan y en el desarrollo de los discursos que fuera de apetecer. Hecho el gusto del Luciano español á envolver en el desorden de un sueño sus sátiras político-morales, aveníase mal á reprimir el errático vuelo de su ingenio, y subordinar los impulsos vehementes y espontáneos de su inspiración á una traza preconcebida, á una división puramente didáctica de la materia, á distribuir los miembros en debida proporción, y venir de principios generales á la aplicación práctica de cuestiones concretas, íntima y lógicamente enlazadas entre sí. Quevedo comprendió, además, que escribía para imaginaciones acostumbradas á ver de lejos, á salvar con prontitud y arrojo los espacios, y á descifrar y adivinar con sola una palabra todo un sistema, todo el contexto de un libro. Quiso, pues, tener ocupados siempre el interés y la cu-

riosidad de los lectores en una selva de erudición y filosofía, de pensamientos admirables, de pintorescas descripciones. Hacinó allí profusamente, con el objeto de labrar preciada corona, riquísimo tesoro de perlas y diamantes; pero, á mi juicio, faltó el engaste y colocación armónica para el lucimiento del artífice, y la diadema quedó por hacer. Sin embargo, no fué esta la opinión de los contemporáneos, ni de los mismos implacables enemigos del escritor; los cuales, en el diluvio de burlas disparadas contra la obra, jamás desaprobaron su plan. Nadie le ha censurado después; y sin reparar en los que me parecen lunares, el estudioso, el repúblico, cuantos pretenden conocer la materia de Estado, acuden en todas épocas á este raudal inagotable de doctrina, de excelentes máximas, de provechosísimos advertimientos. La aplicación práctica del libro es de todos tiempos: siempre habrá fuertes y débiles, vicios y abusos, pasiones y crímenes, imperio y obediencia.»

POLITICA DE DIOS Y GOBIERNO DE CRISTO.

PRIMERA PARTE.

AL CONDE DUQUE, GRAN CANCILLER, MI SEÑOR.

Este, señor, es el libro que yo escribí diez años ha: hoy es mío, sin que en sus yerros tenga culpa otra mano. Dos veces le he dado á vuecelencia: cinco años ha, preso y en poder de la justicia; hoy justiciado de la calumnia y en poder de la invidia. Vuecelencia me libró por su grandeza de aquel rigor, y me descansará por su benignidad desta molestia. Ni recelo que en poder de vuecelencia se vea con las respuestas que contra él le han dado; que yo sé no abre vuecelencia la mano derecha para las excusas y los achaques, sino para los advertimientos y la dotrina; y conozco cuán de buena gana recibe vuecelencia solas estas dádivas que son de provecho á quien se las da. Esto es perseverar en mi conocimiento, y poner la verdad en poder de quien la hace estéril del mal parto que la acusan, y de que suele ser tan fecunda. Dé Dios á vuecelencia su gracia y larga vida con buena salud, y le aparte de todo mal (1).

(1) Las ediciones aragonesas, catalanas y navarras de 1626, ofrecen esta dedicatoria:

Al Conde Duque, gran canciller, mi señor, D. Gaspar de Guzmán, Conde de Olivares, sumilier de Corps y caballerizo mayor de Su Majestad.

Dar á leer á vuecelencia este libro, es la mejor diligencia que

Proverb., cap. VI.—*Usquequò piger dormies? Quando consurges è somno tuo? Paululùm dormies, paululùm dormitabis, paululùm conseres manus ut dormias. Et veniet tibi cuasi viator egestas, et pauperies quasi vir armatus.*

Eclesiastes, cap. X.—*In cogitatione tua Regi ne detrahas, et in secreto cubiculi tui ne maledixeris diviti: quia et aves cœli portabunt vocem tuam, et qui habet pennas annuntiabit sententiam.*

PREGÓN Y AMENAZA DE LA SABIDURÍA

Sap. VI.—«Oid, pues, Reyes, y entended. Aprended los que juzgáis los fines de la tierra.

»Dadme oídos, vosotros que domináis los ejércitos y os agradáis en la multitud de las naciones.

»Porque el Señor os dió el poder, y la fuerza os dió el Altísimo, que examinará vuestras obras y escudriñará vuestros pensamientos.

»Porque siendo ministros de su reino, no juzgastes

---

puede hacer el conocimiento de su integridad, para darse por entendido del cuidado con que asiste al Rey nuestro señor, en valimiento ni celoso ni interesado. Supo este libro tener oyentes y hoy sabe escogerlos; y animoso á vuecelencia hace lisonja nunca vista, sólo con no recatarle severo verdades desapacibles á otro espíritu menos generoso: pues han hecho fineza tan esforzada con vuecelencia, que no han escarmentado, cuando sospechas de haberlas imaginado tuvieron resabios de delicto, y fué culpa el intento aun no amanecido. Lea vuecelencia lo que ejecuta, y habrá sido más hazañoso que bien afortunado en ser lector de advertimientos que le son alabanza y no amenaza. Deseo á vuecelencia vida y salud, para que Su Majestad tenga descanso, y felicidad sus reinos. Preso en mi villa de Juan Abad á 5 de Abril, 1621.—*D. Francisco de Quevedo Villegas.*

bien, ni guardastes la ley de la justicia según la voluntad de Dios.

»Horrendo y presto aparecerá á vosotros; porque ha de ser durísimo el juicio para los que presiden.

»Al pequeño se concede misericordia. Los poderosos, poderosamente padecerán tormentos.

»No exceptará Dios la persona de alguno, ni temerá la grandeza; porque él hizo el pequeño y el grande, y tiene igualmente cuidado de todos.

»A los más fuertes fortísimos tormentos se les guardan.

»A vosotros, oh Reyes, son estas palabras mías, para que aprendáis la sabiduría, y no caigáis.»

PALABRAS DE LA VERDAD,

PARA EL DESENGAÑO DE LOS REYES.

SAP. VII.

Sum quidem, et ego mortalis homo, similis omnibus, et ex genere terreni illius, qui prior factus est, et in ventre matris figuratus sum caro.

Decem mensium tempore coagulatus sum in sanguine, ex semine hominis, et delectamento somni conveniente.

Et ego natus accepi communem aerem, et in similiter factam decidi terram, et primam vocem similem omnibus emissi plorans.

In involumentis nutritus sum, et curis magnis.

Nemo enim ex Regibus aliud habuit nativitatis initium.

A LOS HOMBRES, QUE POR EL GRAN DIOS DE LOS EJÉRCITOS TIENEN CON TÍTULO DE REYES LA TUTELA DE LAS GENTES, PONTIFICE, EMPERADOR, REYES, PRÍNCIPES.

A vuestro cuidado, no á vuestro albedrío, encomendólas gentes Dios nuestro señor, y en los estados, reinos y monarquías os dió trabajo y afán honroso, no vanidad ni descanso. El que os encomendó los pueblos os ha de tomar cuenta dellos, si os hacéis dueños con resabios de lobos. Si os puso por padres y os introducís en señores, lo que pudo ser oficio y mérito hacéis culpa, y vuestra dignidad es vuestro crimen. Con las almas de Cristo os levantáis, á su sangre y á su dotrina hacéis desprecio. Procesaros han por amotinados contra Dios, y seréis castigados por rebeldes. Adelantarse ha el castigo á vuestro fin; y despierta y prevenida en vuestra presunción, la indignación de Dios fabricará en vuestro castigo escarmiento á los porvenir.

Y con nombre de tiranía irá vuestra memoria difamando por las edades vuestros huesos, y en las historias serviréis de ejemplo escandaloso.

Obedeced á la Sabiduría, que en abriendo la boca por Salomón, empezó á hablar con vosotros á gritos: *Diligite iustitiam, qui iudicatis terram.* Imitad á Cristo, y leyéndome á mí, oidle á él, pues hablo en este libro con las plumas que le sirven de lenguas.

A LOS DOCTORES SIN LUZ,

QUE DAN HUMO CON EL PÁBILO MUERTO DE SUS CENSURAS, MUERDEN Y NO LEEN.

Numquid Deus indiget vestro mendacio, ut pro illo loquamini dolos? Numquid faciem ejus accipitis, et pro Deo judicare nitimini? Aut placebit ei quem celare nihil potest? Aut decipietur ut homo vestris fraudulentiis? Ipse vos arguet, quoniam in abscondito faciem ejus accipitis. «¿Por ventura (dice Job) tiene Dios necesidad de vuestra mentira, para que por él habléis engaños?»

Con vosotros hablo, los que vivís de hacer verdad falsa como moneda; que sois para la virtud y la justicia polillas graduadas, entretenidos acerca de la mentira, regatones de la perdición; que dais mohatras de desatinos á los que os oyen, y vivís de hacer gastar sus patrimonios en comprar engaños y agradecer falsos testimonios á los príncipes. ¿Qué novedad os hace ver que reprenda la Escritura, si dice San Pablo: *Scriptura utilis est ad arguendum, ad corripiendum: hæc loquere, et exhortare, et argue cum omni imperio?* Siempre entendí que la invidia tenía honrados pensamientos; mas viéndola embarazada con ansia en cuatro hojas mal borradas deste libro mio, conozco que su malicia no tiene asco; pues ni desprecia lo que apenas es algo, ni reverencia lo sumo de las virtudes. Por esto ha llegado el ingenio de vuestra maldad á inventar invidiosos de pecados é hipócritas de vicios. Si os inquieta que sobrescriba mi nombre en estudios severos, y no queréis acordaros sino de los distraimientos de mi edad, considerad

que pequeña luz encendida en pajas suele guiar á buen camino, y que al confuso ladrar deben muchos el acierto de su peregrinación.

Yo escribí este libro diez años ha, y en él lo más que mi ignorancia pudo alcanzar. Junté doctrina, que dispuse animosamente, no lo niego: tal privilegio tiene el razonar de la persona de Cristo nuestro señor, que pone en libertad la más aherrojada lengua. Imprimióse en Zaragoza, sin mi asistencia y sabiduría, falto de capítulos y planas, defectuoso y adulterado: esto fué desgracia; mas desquitéme con que saliesen estas verdades en tiempo que ni padecen los que las escriben, ni medran los que las contradicen: gracias al rey grande que tenemos, y á los ministros que le asisten, pues tienen vanidad de que se las dediquen, y recelo de que se las callen. Por esto me persuado que los tratantes en lisonjas han de dar en vago con la maña, y que la pretensión, en traje de *respuesta* y *apología*, ha de burlar los que en el intento son memoriales, y en el nombre libros. Yo he respondido *al doto que advirtió;* y en aquel papel se lee el desengaño de muchas calumnias. A los demás que ladran, dejo entretenidos con la sombra hasta que los silbos y la grita tomen posesión de su seso. Para los que escriben libros perdurables fué mi culpa ver que se vendía tanto este libro, como si le pagaran del dinero dellos los que le compraron. A esto se ha seguido una *respuesta*, que anda de mano, á mi libro, sin título de autor: hanme querido asegurar que es de un hombre arcipreste; yo no lo creo, porque escribir sin nombre, discurrir á hurto, y replicar á la verdad, son servicios para alegar en una mezquita, y trabajo más digno de un arráez que de hombre cristiano y puesto en dignidad.

Nunca el furor se ha visto tan solícito como en mi calumnia; pues este género de gente ha frecuentado con porfía todos los tribunales, y sólo ha servido de que en todos, por la gran justificación de los ministros, me califique su enemistad.

Yo escribí sin ambición; diez años callé con modestia; y hoy no imprimo, sino restitúyome á mí propio, y véngome de los agravios de los que copian y de los que imprimen. Y así esforzado, doy á la estampa lo que callara reconocido de mi poco caudal, continuando el silencio de tantos días. Por estas razones ni merezco vuestra invidia, ni he cudiciado alguna alabanza, cuando contra vuestra intención me sois aplauso los que os preparábades para mi calamidad. Con vosotros habla Isaías: *Vœ, qui dicitis malum bonum, et bonum malum: ponentes tenebras lucem, et lucem tenebras; ponentes amarum in dulce, et dulce in amarum!*

A DON FELIPE IV, REY NUESTRO SEÑOR.

Tiene Vuestra Majestad de Dios tantos y tan grandes reinos, que sólo de su boca y acciones, y de los que le imitaron, puede tomar modo de gobernar con acierto y providencia. Muchos han escrito advertimientos de Estado, conformes á los ejemplares de príncipes que hizo gloriosos la virtud, ó á los preceptos dignamente reverenciados de Platón y Aristóteles, oráculos de la naturaleza. Otros, atendiendo al negocio, no á la dotrina, ó por lograr alguna ociosidad ó descansar alguna malicia, escribieron con menos verdad que cautela, lisonjeando

príncipes que hicieron lo que dan á imitar, y desacreditando los que se apartaron de sus preceptos.

Hasta aquí ha sabido esconderse la adulación y disimularse el odio. Yo, advertido en estos inconvenientes, os hago, Señor, estos abreviados apuntamientos, sin apartarme de las acciones y palabras de Cristo, procurando ajustarme, cuanto es lícito á mi ignorancia, con el texto de los Evangelistas, cuya verdad es inefable, el volumen descansado, y Cristo nuestro señor el ejemplar. Yo conozco cuánto precio tiene el tiempo en los grandes monarcas, y sé cuán conforme á su valor le gasta Vuestra Majestad en la tarea de sus obligaciones, sin perdonar, por la comodidad de sus vasallos, descomodidad ni riesgo. Por eso no amontono descaminados enseñamientos, y mi brevedad es cortesía reconocida; pues nunca el discurso de los escritores se podrá proporcionar con el talento superior de los príncipes, á quien sólo Dios puede enseñar y los que son varones suyos; y en los demás, quien no hubiere sido rey siempre será temerario, si ignorando los trabajos de la majestad, la calumniare.

La vida, la muerte, el gobierno, la severidad, la clemencia, la justicia, la atención de Cristo nuestro señor le refieren á Vuestra Majestad acciones tales, que, imitar unas y dejar otras, no será elección, sino incapacidad y delito. Oiga Vuestra Majestad las palabras del gran Sinesio, en la oración que intituló *De regno benè administrando:* «Como quiera que en toda cosa y á todos los hombres sea necesario el divino auxilio (habla con Arcadio emperador), principalmente á aquellos que no conquistaron su imperio, mas antes le heredaron, como vos, á quien Dios dió tanta parte y quiso que en tan poca edad llamasen monarca. El tal, pues, ha de tomar todo

trabajo, ha de apartar de sí toda pereza, darse poco al sueño, mucho á los cuidados, si quiere ser digno del nombre de emperador.» Estas son en romance sus palabras, que, sin cansarse, por tantos siglos derramada su voz, llega hasta vuestros tiempos para gloria vuestra, con señas del imperio y de la edad. Ni esto se puede ignorar en la personal asistencia de Vuestra Majestad, pues ni la edad, ni la sucesión tan recién nacida y tan deseada, le ha entretenido los pasos que por las nieves y lluvias le han llevado, con salud aventurada, á solicitar el bien de sus reinos, la unión de sus estados y la medicina á muchas dolencias. ¿A qué no atrevieron su determinación vuestros gloriosos ascendientes? El mayor discípulo es Vuestra Majestad que Dios tiene entre los reyes, y el que más le importa para su pueblo y su Iglesia saliese celoso y bien asistido. Dispuso vuestro enseñamiento, derivándoos de padres y abuelos de quien sois herencia gloriosa, y en pocos años acreditada. Mucho tenéis que copiar en Carlos V, si os fatigaren guerras extranjeras, y ambición de vitorias os llevare por el mundo con glorioso distraimiento. Mucha imitación os ofrece Felipe II, si quisiéredes militar con el seso, y que valga por ejército, en unas partes vuestro miedo y en otras vuestra providencia. Y más cerca, lo que más importa, su padre de Vuestra Majestad, que pasó á mejor vida, en memoria que no se ha enjugado de vuestras lágrimas, ni descansado de nuestro dolor, os pone delante los tesoros de la clemencia, piedad y religión. Es Vuestra Majestad de todos descendiente, y todos son hoy vuestra herencia, y en vos vemos los valerosos, oímos los sabios y veneramos los justos, y fuera prolijidad, siendo Vuestra Majestad su historia verdadera y viva,

repetiros con porfía las cosas que deben continuar vuestras órdenes, y que esperamos mejorará vuestro cuidado.

Haga Dios á Vuestra Majestad señor y padre de los reinos que castiga con que no lo sea.

Besa los reales pies y manos de Vuestra Majestad,

D. Francisco de Quevedo Villegas.

POLÍTICA DE DIOS,

GOBIERNO DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

CAPÍTULO PRIMERO.

En el gobierno superior de Dios sigue al entendimiento la voluntad.

Viendo Dios, en los primeros pasos que dió el tiempo, tan achacoso el imperio de Adán, tan introducida la lisonja del demonio, tan poderosa con él la persuasión contra el precepto; y recién nacido el mundo, tan crecida la invidia en los primeros hermanos, que á su diligencia debió la primera mancha de sangre; el desconocimiento con tantas fuerzas, que osó escalar el cielo, y últimamente, advirtiendo cuán mal se gobernaban los hombres por sí después que fueron posesión del pecado, y que unos de otros no podían aprender sino dotrina defectuosa y mal entendida y peor acreditada por la vanidad de los deseos, porque no viviesen en desconcierto con tiranía debajo del imperio del hombre las demás criaturas, y consigo los hombres, determinó de bajar en una de las personas á gobernar y á redimir el mundo, y á enseñar (bien á su costa, y más de los que no le supieren ó quisieren imitar) la política de la verdad y de la vida. Bajó en la persona del Hijo, que es el Verbo del entendimiento, y fué enviado por legislador al mundo Jesucristo, Hijo de Dios y Dios verdadero.

Después le siguió el Espíritu Santo, que es el amor de la voluntad. Descienda en el discurso á nosotros.

El entendimiento bien informado guía á la voluntad, si le sigue. La voluntad, ciega é imperiosa, arrastra al entendimiento cuando sin razón le precede. Es la razón, que el entendimiento es la vista de la voluntad, y si no preceden sus ajustados decretos en toda obra, á tiento y á escuras caminan las potencias del alma. Asperamente reprende Cristo este modo de hablar, valiéndose absolutamente de la voluntad, cuando le dijeron: *Volumus a te signum videre*, «queremos que hagas un milagro»: *Volumus ut quodcumque petierimus, facias nobis*, «queremos nos concedas todo lo que te pidiéremos», y en otros muchos lugares. No quiere Cristo que la voluntad propia se entremeta en sus obras; condena por descortés este modo de hablar. Y últimamente, enseñando á los hombres el lenguaje que han de tener con su Padre, que está en el cielo, lo primero les hace resignar la voluntad, y ordena que digamos en la oración del Padre nuestro: «Hágase tu voluntad», porque la propia está recusada, y él la da por sospechosa. Así, Señor, que á los reyes, con quien á la oreja habla y más de cerca esta dotrina, les conviene no sólo no dar el primer lugar á la voluntad propia, pero ninguno. Resignación en Dios es seguro de todos los aciertos: han de hacerlo así, y no deslucirá su nombre aquella escandalosa sentencia, que insolente y y llena de vanidad hace formidables á los tiranos:

Sic volo, sic jubeo; sit pro ratione voluntas.

«Así lo quiero, así lo mando: valga por razón la voluntad.»

Lastimoso espectáculo hizo de sí la invidia de la pri-

vanza, siendo el mundo tan nuevo, que en los dos primeros hermanos se adelantó á enseñar que aun de tan bien nacidos valimientos sabe tomar motivos la malicia con tanto rigor, pues el primer hombre que murió fué por ella.

Vió Caín que iba á Dios más derecho el humo de la ofrenda de Abel que el de la suya: parecióle hacia Dios mejor acogida á su sacrificio: sacó su hermano al campo, y quitóle la vida. Pues si la ambición de los que quieren privar es tan facinorosa y desenfrenada que, aun advertida por Dios, hizo tal insulto, ¿qué deben temer los príncipes de la tierra? Apuro más este punto y alzo la voz con más fuerza: Señor, si es tan delincuente el deseo en el ambicioso, porque de él reciba el Señor primero y de mejor gana, ¿dónde llegará la iniquidad y disolución de los que compitieron entre sí sobre quién recibirá más del rey? Encarecidamente pondera el desenfrenamiento de Caín San Pedro Crisólogo (Serm. 4): «¡Oh hinchazón del celo! ¡Dos hermanos no caben en una casa, y lo que admira, que sea siendo hermanos! Hizo la invidia, hizo que todos los espacios de la tierra fuesen estrechos y cortos para dos hermanos: la invidia levantó á Caín para la muerte del que era menor, porque el veneno de la invidia hiciese solo al que hizo primero la ley de la naturaleza.» De las primeras cosas que propone Moisés en el *Génesis*, es, y la que más profundamente deben considerar los reyes y los privados; advirtiendo que si el buen privado y justo como Abel, que da lo mejor á su señor, muere por ello en poder de la invidia, ¿qué merecerá el codicioso que le quita lo mejor que tiene para sí, desagradecido? En la privanza con Dios un poco de humo más bien encaminado ocasiona

la muerte á Abel por su propio hermano. Sea aforismo que humos de privar acarrean muertes, que mirar los reyes mejor á uno que á otro, tiene á ratos más peligro que precio. Muere Abel justo, porque le invidian el ser más bien visto de Dios; vive Caín, que le dió muerte. Tal vez por secretas permisiones divinas es más ejecutiva la muerte con el que priva que con el fratricida.

Grandes son los peligros del reinar: sospechosas son las coronas y los cetros. Éntrase en palacio con sujeción á la invidia y codicia, y vívese en poder de la persecución, y siempre en la vecindad del peligro. Y esta fortuna tan achacosa tiene por suyos los más deseos, y arrastra las multitudes de las gentes. Hallar gracia con los reyes de la tierra encamina temor: sólo con Dios es seguro. Así dijo el Angel: «No temas, María, que hallaste gracia cerca de Dios.» Tú, hombre, teme, que hallaste gracia cerca del hombre. Nace Cristo en albergue de bestias, despreciado y desnudo, y una voz sola de que nació el Rey de los judíos, envuelta en las tinieblas donde alumbraba el sol de las profecías, es bastante á que Herodes celoso ejecute el más inhumano decreto, y que entre gargantas de inocentes busque la de Cristo, y la primera persecución suya fué el nombre de rey, mal entendido de los codiciosos de palacio. Crece Cristo, y en entrando en él al umbral, remitido de los pontífices, dicen los evangelistas que para coronarle de rey le desnudaron y le pusieron la púrpura y una corona de espinas y una caña por cetro, que burlaban de él y le escupían. Señor, si en palacio hacen burla de Cristo, Dios y hombre y verdadero Rey, bien pueden temer mayores excesos los reyes, y conocer que la boca que los aconseja mal, los escupe.

CAPÍTULO II.

Todos los príncipes, reyes y monarcas del mundo han padecido servidumbre y esclavitud: sólo Jesucristo fué rey en toda libertad.

Tres cosas están á mi cargo para introducción deste discurso y desempeñarme de la novedad que promete este capítulo, y ordenadas, son: Que fué rey Jesucristo; que lo supo ser solamente entre todos los reyes; que no ha habido rey que lo sepa ser, sino él solo.

Nace en la pobreza más encarecida, apenas con aparato de hombre: sus primeras mantillas, el heno; su abrigo, el vaho de dos animales; en la sazón del año más mal acondicionada, donde la noche y el invierno le alojaron en las primeras congojas desta vida, con hospedaje que aun en la necesidad le rehusaran las fieras. Y en tal paraje, por príncipe de la paz le aclamaron los ángeles, y los reyes vienen de Oriente adestrados por una luz, sabidora de los caminos del Señor, y preguntan á Herodes: «¿Dónde está el que ha nacido rey de los judíos?» Reyes le adoraron como á rey que lo es de los reyes; ofreciéronle tributos misteriosos; su nombre es el *Ungido;* y es de advertir que cuando nace le adoran reyes, y cuando muere le inscriben rey. Que fué rey tienen todos; y si fué rey en lo temporal, disputa Fr. Alonso de Mendoza en sus *Quæstiones quodlibeticas.* Si fué rey, los teólogos lo determinan. Él dijo que tenía reino: «Mi reino no es deste mundo.» Así lo dijo después San Pablo: «Mas estando Cristo ya presente, pontífice de los bienes venideros por otro más excelente y perfecto tabernáculo, no hecho por mano, es á saber, no por crea-

ción ordinaria, etc.» Siguióse aquella pregunta misteriosa: «¿Queréis que os suelte al Rey de los judíos?» Gritaron otra vez, diciendo: «No á éste.» Negáronle la soltura, y disimuláronle la dignidad, respondiendo á la palabra *vuestro rey;* si bien lo contradijeron, diciendo en otra ocasión: «No tenemos rey, sino á César», cuando Pilatos le intituló en tres idiomas rey en la cruz, lo que mantuvo constantemente diciendo: «Lo que escribí, escribí.» ¡Qué frecuente andaba la profecía en la pasión de Cristo, ignorada de las lenguas que la pronunciaban!

Con gran novedad (tales son las glorias de Dios hombre) autorizan esta majestad las palabras del Ladrón en la cruz, diciendo: «Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino.» Grande era la majestad que dió á conocer reino y poder en una cruz. No le calló la corona de espinas, la que disimulaba de eterno monarca. Mejor estudió el Ladrón la divinidad que los reyes. Ellos lo eran, y un rey mejor conoce á otro. Tuvieron maestro resplandeciente, adestrólos el milagro, llevólos de la mano la maravilla. A Dimas no sólo le faltó estrella, mas escureciéronsele todas en el sol y la luna; el día le faltó en el día; ellos le hallaron al principio de la vida, amaneciendo; y éste, al cabo de ella, expirando y despreciado de su compañero. Ellos volvieron por otro camino por no morir, amenazados de las sospechas de Herodes; y éste, para ignominia de Cristo, moría con él. Pues siendo esta majestad tan descubierta y este reino tan visible en la cruz, y en el Calvario, y entre dos ladrones, ¿qué será quien le negare el reino á Cristo en la diestra del Padre Eterno, en su vida y en su predicación, y en su ejemplo y en el Santísimo Sacramento del Altar? Este á la dotrina blasfema de Gestas se arrima.

En la Iglesia católica persevera este lenguaje de llamarle rey, y como á tal le señala la cruz por guión, cantando:

Vexilla Regis prodeunt.

San Cirilo, al hablar de cuando descendió á los infiernos, exclama (*Catech.*, I, título de *Sepulchro*): «¿Y no quieres que bajando el rey, libre á su voz? Allí estaba David y Samuel, y todos los profetas, y el mismo Juan Bautista.» Y el propio santo padre Cirilo dice de Cristo (*Catech.* VI): «Que es rey á quien ningún sucesor sacará del reino.»

Que fué rey; que le adoraron como á tal; que le aclamaron rey; que dijo que lo era, y él habló de su reino; que le sobrescribieron con ese título; que la Iglesia lo prosiguió; que la teología lo afirma; que los santos le han dado este nombre, constantemente lo afirman los lugares referidos. Dejo que los profetas le prometieron rey, y que los salmos repetidamente lo cantan, y así lo esperaron las gentes y los judíos; aunque las sinagogas de pueblo endurecido le apropiaron el reino que deseaba su codicia, no el conveniente á las demostraciones de su amor. Y á esta causa, arrimando su incredulidad á las dudas de sus desinios interesados, echaron menos en Cristo, para el rey prometido, el reino temporal y la vanidad del mundo, y (como dellos dijo San Jerónimo) la Jerusalén de oro y de perlas que esperaban, y los reinos perecederos. Y aunque los más hebreos, con rabí Salomón, sobre Zacarías, esperan el Mesías en esta forma, con familia, ejércitos y armas, y con ellas que los libre de los romanos — no faltan en el Talmud rabíes que lo confiesan rey y pobre mendigo, pues dijeron:

Quod Rex Messias jam natus est in fine secundi templi; sed pauper, et mendicus, mundi partes percurrit et reperietur Romæ mendicans inter leprosos. Confiesan que será rey, y pobre, y que andará entre los leprosos. Y en el *Sanhedrín*, en el capítulo Heloc, dicen: «Todo Israel tiene el padre del futuro siglo.» Así lo hemos referido de Cristo con sus palabras. Por esto, ni los profetas ni los rabíes incrédulos no echan menos las riquezas del reino temporal para llamarle rey.

Y siendo esto así, le vieron ejercer jurisdicción civil y criminal. Dióle la persecución, tentándole, lo que le negaba la malicia incrédula, como se vió en las monedas para el tributo de César, y en la adúltera. Obra de rey fué gloriosa y espléndida el convite de los panes y los peces. Ya le vieron debajo del dosel en el Tabor los tres discípulos. Magnífico y misterioso se mostró en Caná; maravilloso en casa de Marta, resucitando una vez un alma, otra un cuerpo; valiente en el templo, cuando con unos cordeles emendó el atrio, castigó los mohatreros que profanaban el templo, y atemorizó los escribas. Cuando le prendieron, militó con las palabras; preso, respondió con el silencio; crucificado, reinó en los oprobios; muerto, ejecutorió el vasallaje que le debían el sol y la luna, y venció la muerte. De manera que siendo rey, y pobre, y señor del mundo, en éste fué rey de todos, por quien era. Pocos fueron entonces suyos, porque le conocieron pocos; y entre doce hombres (no cabal el número, que uno le vendió, otro le negó, los más huyeron, algunos le dudaron) fué monarca, y tuvo reinos en tan poca familia; y sólo Cristo supo ser rey.

¿Quién entre los innumerables hombres que lo han sido (ó por elección, ó por las armas, ó adoptados, ó por

el derecho de la sucesión legítima), ha dejado de ser juntamente rey y reino de sus criados, de sus hijos, de su mujer, ó de los padres ó de sus amigos? ¿Quién no ha sido vasallo de alguna pasión, esclavo de algún vicio? Si los cuenta la verdad, pocos. Y éstos serán los santos que ha habido reyes. Prolijo estudio sería referir los más que se han dejado arrastrar de sus pasiones; imposible todos. Bastará hacer memoria de algunos que fundaron las monarquías y las grandezas.

Hizo Dios á Adán señor de todas las cosas; púsole en el Paraíso; crióle en estado de inocencia; dióle sabiduría sobre todos los partos de los elementos, y siendo señor de todo, y conociendo á quien lo había criado, y que en su sueño le buscaba compañía, y se la fabricaba de su costilla, al primer coloquio que tuvo con Eva, su mujer, por complacerla, despreció á quien le hizo poco antes de tierra y le espiró vida en la cara y le llamó su imagen. Púsose de parte de la serpiente; obedeció á la mujer; tuvo en poco las amenazas que padeció ejecutivas. Tal es el oficio de mandar y ser señor, que en éste (que fué el primero á todos y el mayor, siendo hecho por la mano de Dios, no sólo él, sino la compañía suya y su lado), en dejándole Dios consigo, sirvió á la mujer con la sujeción y obediencia. ¿Qué se podrá temer de los que hacen reyes la elección dudosa de los hombres, ó el acaso en la sucesión, ó la violencia en las armas? Y no es de olvidar que habiendo de tener lado, y no siendo bueno que estén solos, esta compañía, este lado, que llaman ministro, ellos se le buscan, y le dan á quien se le granjea. Y si allí no aprovechó contra las malas mañas del puesto, ser Dios artífice del señor y de su compañía, que es su lado, y de su lado, ¿cuál riesgo será el de los que

son tan de otra suerte puestos en dignidad por sí propios ó por otros hombres? Las historias lo dicen, y lo dirán siempre con un mismo lenguaje, y la fortuna con un suceso, ó más apresurado ó más diferido, no por piedad, sino por materia de mayor dolor. Y no quiero olvidar advertencia (que apea nuestra presunción) arrimada á las palabras de Dios, para que conozcamos que de nosotros no podemos esperar sino muerte y condenación. Dijo Dios en el II del *Génesis:* «Dijo también el Señor Dios: No es bien que el hombre esté solo; hagámosle una ayuda semejante á él.» Luego le dió sueño, y de su costilla fabricó á Eva, ayuda semejante á él. Bien claro se ve aquí que del hombre y semejante al hombre, la ayuda será para perderse, como se vió luego en Adán. Señor, no sólo los reyes han de recelarse de los que están á su lado, siendo semejantes dellos, sino de su lado mismo; que en durmiéndose, su propio lado dará materiales, con favor y ocasión del sueño, para fabricar con nombre de ayuda su ruina y desolación.

Lo que Dios propio hace para socorro del hombre, si con Dios y para Dios no se usa dello, de la carne de su carne y de los huesos de sus huesos debe recelarse, y tener sospecha porque no se deje vencer de alguna persecución mañosa, de alguna complacencia descaminada, de alguna negociación entremetida. Llámase Cristo hijo de David. A David llámanle todos el real profeta y el santo rey; débensele tales blasones, y fué rey de Israel; y en él fueron reyes el homicidio y el adulterio. Salomón supo pedir, y recibió sabiduría y riqueza: fué rey más conocido por sabio, que por su nombre; es proverbio del mejor don de Dios, y sus palabras son el firmamento de la prudencia, por donde se gobierna toda la navegación

de nuestras pasiones; y siendo una vez rey, fué trescientas reino de otras tantas rameras. Si llegas el examen á los emperadores griegos, de más vicios fueron reino, que tuvieron vasallos. Si pasas á los romanos, ¿de qué locura, de qué insulto, de qué infamia no fueron provincias y vasallos? No hallarás alguno sin señor en el alma. Donde la lujuria no ha hallado puerta, que se ve raras veces (y fáciles de contar, si no de creer), ha entrado á ser monarca ó el descuido, ó la venganza, ó la pasión, ó el interés, ó la prodigalidad, ó el divertimiento, ó la resignación que de todos los pecados hace partícipe á un príncipe. Cortos son los confines de la resignación á la hipocresía. Sólo Cristo rey pudo decir: *Quis ex vobis arguet me de peccato?* (*Joann.*, VIII.)

No demuestro en las personas estos afectos por no disfamar otra vez todas las edades y naciones, y excusar la repetición á aquellos nombres coronados que hoy padecen en su memoria su afrenta. Dejemos esta parte del horror y de la nota, y sea así que nadie supo ser rey cabal, sin ser por otra é otras partes reino. Descansemos del asco de estos pecados, y veamos cómo Cristo supo ser Rey: esto se ve en cada palabra suya, y se lee en cada letra de los Evangelistas. No tuvo sujeción á carne ni sangre. De su Madre y sus deudos curó menos que de su oficio: así lo dijo: «Mi Madre y mis hermanos son los que hacen la voluntad de mi Padre.» En Caná, porque (como diremos en otro lugar) su Madre le advirtió en público que faltaba vino, la dijo: *Quid mihi et tibi, mulier?* Expirando en la cruz, la llamó mujer y madre de su discípulo, atendiendo sólo al oficio de redentor, y al Padre que está en el cielo. A los parientes no les concedió lo que pidieron, y así les dice que no

saben lo que se piden. Una vez que se atrevieron á pedir su lado y las sillas, y siendo rey y Dios, no se dedigna de decir: *Non est meum dare vobis.* «No me toca á mí dároslo.» Otra vez les dijo que no sabían de qué espíritu eran, y los riñó ásperamente porque se enojaban con los que no los seguían. A San Pedro, su valido y su sucesor, porque le quiso excusar los trabajos y le buscaba el descanso, le llamó Satanás y le echó de sí. Este fué grande acierto de rey. Quien se descuidare en esto, ¿qué sabe? También perderá el reino y la vida y el alma. Cristo rogó por sus enemigos, y á San Pedro, porque hirió al que le prendía y maltrataba, lo amenazó. No consintió que alguno entre los otros, aun en su corazón, pretendiese mayoría, ni quiso que presumiese de saber su secreto. *Sic eum volo manere* (respondió preguntándole de San Juan): *Quid ad te?* No admitió lisonjas de los poderosos, como se lee en el príncipe que le dijo *Magister bone;* ni se retiró en la majestad á los ruegos y á los necesitados, ni atendió á cosa que fuese su descanso ó su comodidad. Toda su vida y su persona fatigó por el bien de los otros, punto en que todos han tropezado, y que conforme la definición de Aristóteles, sólo es rey el que lo hace, y según Bocalino, nadie lo hizo de todos los reyes que ha habido.

Cristo rey vivió para todos, y murió por todos: mandaba que le siguiesen: *Sequere me. Qui sequitur me, non ambulat in tenebris.* No seguía donde le mandaban; y como más largamente se verá en el libro, Cristo sólo supo ser rey, y así sólo lo sabrá ser quien le imitare.

A esto hay dificultad, que da cuidado á la plática deste libro. Dirán los que tienen devoción melindrosa, que no le es posible al hombre imitar á Dios. Parece ese respeto

religioso, y es achaque mal intencionado: imitar á Dios es forzoso, es forzosamente útil, es fácil. Él dijo: *Discite a me.*

Tres géneros de repúblicas ha administrado Dios. La primera, Dios consigo y sus ángeles. Este gobierno no es apropiado para el hombre, que tiene alma eterna detenida en barro, y gobierna hombres de naturaleza que enfermó la culpa, por ser Dios en sí la idea con espíritus puros, no porfiados de otra ley facinorosa. El segundo gobierno fué el que Dios como Dios ejercitó desde Adán todo el tiempo de la ley escrita, donde daba la ley, castigaba los delitos, pedía cuenta de las traiciones y inobediencias, degollaba los primogénitos, elegía los reyes, hablaba por los profetas, confundía las lenguas, vencía las batallas, nombraba los capitanes y conducía sus gentes. Este, aunque fué gobierno de hombres, le hallan desigual, porque el gobernador era Dios solo, grande en sí y viendo los rodeos de la malicia con que en traje de humildad y respeto descamina la razón de los ejemplares divinos. En el tercer gobierno vino Dios y encarnó, y hecho hombre gobernó los hombres, y para instrumento de la conquista de todo el mundo, *a solis ortu usque ad occasum*, escogió idiotas y pescadores, y fué rey pobre, para que con esa ventaja ricos los reyes, y asistidos de sabios y doctos, no sean capaces de respuesta en sus errores. Vino á enseñar á los reyes. Véase en que frecuentemente hablaba con los sacerdotes y ancianos, y que en el templo lo hallaron enseñando á los doctores; que el buen rey se ha de perder por enseñar, y hace más fuerza: que enseñar á cada hombre de por sí, no era posible, sin milagro; y este método no lo podía ignorar la suma sabiduría del Padre, que era enseñar á los reyes, á

cuyo ejemplo se compone todo el mundo. Y esto hizo, y sólo él lo supo hacer, y sólo lo acertará quien le imitare.

CAPÍTULO III.

Nadie ha de estar tan en desgracia del rey, en cuyo castigo, si le pide misericordia, no se le conceda algún ruego. (*Matth.*, VIII, *Marc.* V, *Luc.* VIII.)

Qui autem habebat dæmonium jam temporibus multis, et vestimento non induebatur, neque in domo manebat, sed domicilium habebat in monumentis, et neque catenis jam poterat quisquam eum ligare. Agebatur a dæmonio in deserto. Videns autem Jesum á longe, cucurrit, et adorans, procidit ante illum. Et ecce ambo clamabant voce magna dicentes: Quid nobis et tibi, Jesu Fili Dei altissimi? Cur venisti huc ante tempus, torquere nos? Adjuro te per Deum, et obsecro, ne me torqueas. Præcipiebat enim illi: Exi, spiritus immunde, ab homine isto. Et interrogabat eum: Quod tibi nomen est? Et dicit ei: Legio mihi nomen est, quia multi sumus. Et rogaverunt eum multum, ne imperaret illis ut in abyssum irent. Omnes autem rogabant eum, dicentes: Si ejicis nos hinc, mitte nos in gregem porcorum, ut in eos introeamus. Et concessit eis statim Jesus.

Dice el Evangelista, que un endemoniado de muchos años, que desnudo andaba por los montes, y dejando su casa habitaba en los monumentos, y ni con cadenas le podía nadie tener, viendo á Jesús desde lejos le salió al encuentro, y arrojándose en el suelo y adorándole, le dijo: «Jesús, Hijo de Dios, ¿qué tienes tú con nosotros? ¿Por qué has venido antes de tiempo á atormentarnos?

Conjúrote por Dios vivo, y te lo suplico que no me atormentes.» Dice el texto que le hizo otras preguntas, y que respondió que no era demonio, sino una legión. Pidiéronle á Jesús que los dejase entrar en unos puercos y no los enviase al abismo. Y dice el Evangelista que luego se lo concedió.

La justicia se muestra en la igualdad de los premios y los castigos, y en la distribución, que algunas veces se llama igualdad. Es una constante y perpetua voluntad de dar á cada uno lo que le toca. Llámase *idiopragia*, porque sin mezclarse en cosas ajenas, ordena las propias: *aprosopolepsia*, cuando no hace excepción de personas. A los hipócritas llama Cristo *acceptores vultus*. Esta virtud, que entre todas anda con mejores compañías, ó con menos malas, pues sola ella no está entre dos vicios, siendo la que gobierna y continúa y dilata el mundo, quiere ser tratada y poseída con tal cuidado y moderación, como aconseja el Espíritu Santo cuando dice: *Noli nimium esse justus:* pecado en que incurren los que tienen autoridad en la república, y son vengativos; que hipócritas, de la justicia de Dios hacen venganza y afrenta y arma ofensiva. Estos son alevosos, no jueces; traidores y sacrílegos, no príncipes. San Agustín lo entendió así, cuando dijo: *Justitia nimia incurrit peccatum; temperata verò justitia facit perfectionem.* No se desdeñó esta verdad de las plumas de los idólatras; pues Terencio, en la comedia que llamó *Heautontimorumenos*, dijo:

Jus summum summa sæpe malitia est.

Y por demás se juntan autoridades de Aristóteles y otros filósofos, que en las tinieblas de la gentilidad mendigaron algún acierto, cuando el rey Cristo Jesús en este

Evangelio enseña como verdad, y vida y camino á todos los monarcas, el método de la justicia real.

¿Quién más en desgracia de Dios que el demonio; que una legión dellos: criatura desconocida, vasallo alevoso, que se amotinó contra Dios, y quiso defraudarlo su gloria, y que obstinado porfía en la ruina y desolación de su imagen? Estos delincuentes, viendo venir á Cristo, dieron en tierra con el cuerpo que poseían en manera de adoración; pronunciaron palabras de su gloria: *Jesús, Hijo de Dios* (confesión que tanto ennobleció la boca del primero de los apóstoles), «¿por qué veniste aquí antes de tiempo á atormentarnos?» Estos no confiesan verdad, aunque sea para apadrinar su ruego, que no la acompañen con blasfemia. El padre de la mentira desquitó la verdad de llamarle Hijo de Dios, con decir que venía antes de tiempo. ¡Propio pecado de la insolencia de su intención, desmentir en la cara de Cristo todos los profetas y á los decretos de su padre! Desta mentira y calumnia hizo tanto caso San Pablo, que repetidamente dice: «¿Pues á qué fin Cristo, cuando aun estábamos enfermos, murió á su tiempo por unos impíos? ¿Por qué apenas hay quien muera por un justo, aunque alguno se atreva á morir por un bienhechor? Mas Dios hace brillar su caridad en nosotros, porque aun cuando éramos pecadores, en su tiempo murió Cristo por nosotros.» Según el tiempo, murió por los impíos; y según el tiempo, murió por nosotros. Dos veces en cuatro renglones dice que murió, según el tiempo, Cristo nuestro Señor: lugar de que en esta ocasión puede ser me haya acordado el primero. Pudiérase contentar la obstinación de estos demonios con el desacato descomedido y rebelde de haber dicho: «¿Qué hay entre nosotros y entre ti, Hijo de Dios,

para que nos vengas antes de tiempo á atormentar?» Entre dos blasfemias dijo una verdad, no por decirla, sino por profanarla y quitarla el crédito.

Cuando estos fueran ángeles, merecían ser demonios por cualquier palabra destas: y siendo tales por la culpa antigua, y reos por la posesión de aquel hombre; y añadiendo á esto, cuando empezaba á tener que hacer con ellos, dudarlo; y cuando era el tiempo de su venida cumplido, desmentirlo:—estando no sólo fuera de toda su gracia, sino imposibilitados de poder volver á ella, le piden que no los vuelva al abismo, sino que los deje entrar en una manada de puercos; y Cristo Rey les concedió lo que pedían, que era mudar lugar solamente.

Señor, el delito siempre esté fuera de la clemencia de vuestra majestad, el pecado y la insolencia: mas el pecador y el delincuente guarden sagrado en la naturaleza del príncipe. De sí se acuerda (dijo Séneca) quien se apiada del miserable; todo se ha de negar á la ofensa de Dios, no al ofensor: ella ha de ser castigada y él reducido. Acabar con él no es remedio, sino ímpetu. Muera el que merece muerte, mas con alivio que, no estorbando la ejecución, acredite la benignidad del príncipe. Ser justo, ser recto, severo otra cosa es; que inexorable es condición indigna de quien tiene cuidados de Dios, del padre de las gentes, del pastor de los pueblos. No se remite el castigo por variarse, si lo que la ley ordena el juez no lo dispone, respetando los accidentes y la ocasión que habrá sin castigo; digo sin merecerle. Muchos son buenos, si se da crédito á los testigos; pocos, si se toma declaración á sus conciencias. En los malos, en los impíos se ha de mostrar la misericordia; por los delincuentes se han de hacer finezas. ¿Quién padeció por el bueno? Con estas

palabras habló elegante la caridad de San Pablo (*Ad Rom.*, v): *Ut quid enim Christus, cum adhuc infirmi essemus, secundum tempus pro impiis mortuus est? Vix enim pro justo quis moritur: nam pro bono forsitam, quis audeat mori? Commendat autem charitatem suam Deus in adhuc peccatores essemus Christus pro nobis: quoniam cum ad nobis mortuus est.* Murió el Rey Cristo, Señor, por los impíos, y encomiéndanos su caridad. Todas las obras que hizo Cristo y toda su vida se encaminaron y miró á darnos ejemplo. Así lo dijo: *Exemplum enim dedi vobis:* «Porque yo os dí ejemplo.» Niégale San Pedro; mas ya advertido de que le había de negar; mírale, y no le revoca las mercedes grandes; hízoselas, porque le confesó; no se las quita porque se desdice y le niega. No depende del ajeno descuido la grandeza de Cristo. A Judas le dice, de suerte que lo pudo entender, que al que le venderá le valiera más no haber nacido. Cena con él, lávale los pies; da la seña en el Huerto para la entrada, caudillo de los soldados; recíbele con palabras de tanto regalo: *Ad quid venisti, amice?* «¿A qué has venido, amigo?» No perdonó diligencia para su salvación; y al fin tuvo el castigo que él se tomó. Muere ahorcado Judas; mas del rey ofendido y del maestro entregado no oyó palabra desabrida, ni vió semblante que no le persuadiese misericordia y esperanza. Pídenle los demonios que no los envíe al abismo: concédeselo. En esto habla la exposición teóloga. Piden que los deje entrar en el ganado: permíteselo. Ellos lo pidieron por hacer aquel mal de camino al dueño del ganado. El Rey Cristo les dió licencia, que al demonio la ha concedido fácilmente cuando se la ha pedido para destruir las haciendas y bienes temporales; que antes es la

mitad diligencia para el arrepentimiento y recuerdo de Dios. Así en Job largamente le permitió extendiese su mano Satanás sobre todos sus bienes. Quería avivar la valentía de aquel espíritu tan esforzado; y á esta causa no rehusa Dios dar esta permisión al infierno, pues es hacer los instrumentos del desembarazo del conocimiento propio; y en esta parte es elocuente la persecución, y pocas almas hay sordas á la pérdida de los bienes.

CAPÍTULO IV.

No sólo ha de dar á entender el rey que sabe lo que da, mas también lo que le toman; y que sepan los que están á su lado que siente aun lo que ellos no ven, y que su sombra y su vestido vela.—Este sentido en el rey es el mejor consejero de hacienda, y el primero que preside á todos. (*Matth.*, IX; *Marc.*, V; *Luc.*, VIII.)

Dicebat autem intra se: Si tetigero tantum vestimentum ejus, salva ero. Et sensit corpore quia sanata esset a plaga. Et statim Jesus in semetipso cognoscens virtutem quæ exierat de illo, conversus ad turbam, ajebat: Quis tetigit vestimenta mea? Negantibus autem omnibus, dixit Petrus, et qui cum illos erant: Præceptor, turbæ te comprimunt, et affligunt et dicis: Quis me tetigit? Et dixit Jesus: Tetigit me aliquis: nam ego novi virtutem de me exiisse.

«Decía entre sí: Con sólo tocar su vestido seré salva; y sintió en el cuerpo que había sanado de la plaga; y Jesús, conociendo en sí mismo la virtud que había salido de sí, vuelto á la multitud, dijo: ¿Quién tocó á mi y á mis vestidos? Y negándolo todos, Pedro y los que con él estaban dijeron: Maestro, las olas de la multitud te

abruman y afligen, y tú dices: ¿Quién me tocó? Y dijo Jesús: Alguno me tocó, porque yo conocí que salía de mí virtud.»

El buen rey, Señor, ha de cuidar no sólo de su reino y de su familia, mas de su vestido y de su sombra; y no ha de contentarse con tener este cuidado: ha de hacer que los que le sirven, y están á su lado, y sus enemigos, vean que le tiene. Semejante atención reprime atrevimientos que ocasiona el divertimiento del príncipe en las personas que le asisten y acobarda las insidias de los enemigos que desvelados le espían. El ocio y la inclinación no ha de dar parte á otro en sus cuidados; porque el logro de los ambiciosos, y su peligro y desprecio, está disimulado en lo que deja de lo que le toca. Quien divierte al rey, le depone, no le sirve. A esta causa, los que por tal camino pueden con los reyes, se van fulminando el proceso con sus méritos; su buena dicha es su acusación, y hallan testigos contra sí los medios que eligieron, y se ven con tanta culpa como autoridad; y al que puede, en lo que había de respetar y obedecer de lejos, nadie le aconseja por bueno sino aquello que después le sea fácil acusárselo por malo: y en la adversidad la calumnia, que es de bajo linaje y siempre ruines sus pensamientos, califica por fiscales los cómplices y los partícipes. Así lo enseñan siempre á todos, no escarmentando alguno, las historias y los sucesos. Es el caso de este Evangelio tal, que rey ó monarca que no abriere los ojos en él, y no despertare, da señas de difunto, que tiene la reputación en poder de la muerte.

Tocó la pobre mujer la vestidura de Cristo. El llegar á los reyes y á su ropa basta á hacer dichosos y bienaventurados. Volvió Cristo, yendo en medio de gran

concurso de gentes que le llevaban en peso, y con novedad dijo: «¿Quién me tocó?» Dice el texto que los que le brumaban dijeron que ellos no eran. Esta respuesta siempre la oigo; y aquellos que aprietan á los reyes y los ponen en aprieto, dicen que no tocan á ellos. San Pedro, que no sufría desenvolturas, los desmintió, y respondió á Cristo: «Maestro, ¿estánte apretando tantos hombres, que no hay alguno que no te toque y te moleste, y preguntas: quién me tocó?» Desmintió el buen ministro á aquellos que le seguían con ruido y alboroto, y decían que no le tocaban. «Alguno me tocó, dijo Cristo, que yo he sentido salir virtud de mí.» ¡Oh buen Rey, que sientes que te toquen en el pelo de la ropa (como dicen)! Y así fué. Ha de ser sensitiva la majestad aun en los vestidos. Nadie le ha de tocar, que no lo sienta, que no sepa que le toca, que no dé á entender que lo sabe. No ha de ser lícito tomar nadie del rey cosa que él no lo sepa ni lo sienta. ¿Qué será que haya quien tome dél para echar á mal, sin que lo eche de ver el rey y lo diga? Quiere Cristo que sane la mujer, y que le toque: sintió que habia salido virtud de él; sabia quién era la que le había tocado, y lo preguntó para desarrebozar la hipocresía de los que, apretándole más, dijeron que no le tocaban; para que San Pedro y los que con él estaban (que habían de suceder en este cuidado á Cristo, cada uno en su provincia, y Pedro en toda la Iglesia) abriesen los ojos y conociesen cuánto cuidado es menester tener con los que acompañan, y aprietan y tocan á los reyes; y que los monarcas de todo han de hacer caso, y con todo han de tener cuenta.

Llegue la necesidad recatada y á hurto y muda, y remédiese; mas sepa el necesitado que lo sabe el prín-

cipe, y que atiende á todo su poder, de suerte que sabe el que tiene, y el que da, y el que le toman. Distribuya Vuestra Majestad y dé á los beneméritos, que son acreedores de toda su grandeza, y tal vez negocie el oprimido por debajo de la cuerda: remédiese con tocar á la sombra de V. M., que no es más algún favorecido; mas sepa el uno y el otro, que V. M. sabe la virtud que salió de su grandeza: entonces será milagro; si no, pasará por hurto calificado. Si los privados supiesen aprender á ministros del ruedo de la vestidura de Cristo, ¡cuán bien aseguraran la buena dicha! El ruedo sirve al señor, es lo postrero de la vestidura, anda á los pies, y sirve arrastrando: condiciones de la humildad y reconocimiento, que solamente son seguro de la prosperidad. Medre quien tocare al privado; mas de tal manera, que lo sienta el rey en sí, y lo diga, sin que en él se quede alguna cosa. Y es tan peligroso en el seso humano ser instrumento de mercedes, que á lo que disponen dan á entender que lo hacen, y de criados, á los primeros atrevimientos, pasan á señores; y poco más adelante á despreciar al dueño. Y como Cristo mortificó aquí la presunción de la fimbria de su vestido, diciendo: «Yo sentí salir virtud de mí», así lo deben hacer los reyes en todo lo que dispusieren, por su crédito y el de las propias mercedes y puestos y personas que los alcanzan; y es tener misericordia de sus ministros desembarazarlos de este riesgo tan halagüeño y de tan buen sabor á los desórdenes del apetito y ambición de los hombres; pues quien permite este entretenimiento á su criado, artífice es de su ruina.

CAPÍTULO V.

Ni para los pobres se ha de quitar del rey. (*Joann.*, XII.)

Maria ergo accepit libram unguenti nardi pistici pretiosi, et unxit pedes Jesu, et extersit pedes ejus capillis suis: et domus impleta est ex odore unguenti. Dixit ergo unus ex discipulis ejus, Judas Iscariotes, qui erat eum traditurus: Quare hoc unguentum non venit trecentis denariis, et datum est egenis? Dixit autem hoc, non quia de egenis pertinebat ad eum, sed quia fur erat, et loculos habens, ea quæ mittebantur, portabat.

«María tomó una libra de ungüento precioso de confección de nardo, y ungió á Jesús los pies, y los limpió con sus cabellos, y llenóse la casa de fragancia con el ungüento. Dijo uno de sus discípulos (Judas, varón de Carioth, que le había de vender): ¿Por qué no se vende este ungüento en trescientos dineros, y se da á los pobres? Dijo esto, no porque tenía el cuidado de los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo bolsas, traía lo que daban».

¡Qué desigual aprecio, y qué apasionado es el de la cudicia! En trescientos dineros tasa el ungüento, quien dió á Cristo por treinta: no pensaba Judas sino en vender cuidadosamente. El evangelista añade aquellas palabras: Uno de sus discípulos; para que se vea que entre los suyos, los de su lado, los escogidos, está quien lo ha de vender.

Si quien ordena y propone que se quite de la autoridad y reverencia del rey para venderlo y darlo á los pobres, es Judas que había de vender á Cristo; quien lo

quita del rey para venderlo á los ricos contra los pobres, ¿qué será? No da á los pobres quien quita de Cristo para ellos: ese es Judas, no limosnero; ese es ladrón, no ministro. El que quita del labrador, del benemérito, del huérfano, de la viuda, en quien se representa Cristo, para otra cosa, ese es el ladrón. ¿No sabía Judas mejor que nadie que su Maestro era el más pobre de todos los hombres? ¿No le había oído decir que no tenía donde reclinar la cabeza? Pues ¿cómo habiendo de pedir á los pobres para él, quiere quitarle para los pobres, que siempre tendrá consigo? Achaque era, no celo el suyo. Para conocer esta gente y este lenguaje y estos ministros, haga el rey lo que advierte el evangelista: «Y no porque tenía los pobres á su cargo.» Metióse en lo que no le tocaba: su oficio era la despensa, y no la limosna. Quien del patrimonio de V. M., de sus rentas y vasallos, de su regalo, de su casa, quita para diferentes disinios, sea para lo que fuere, como no vuelva á su reputación el útil, ese Judas es, de Judas aprendió; porque quitar del rey, llévese donde se llevare, dése á quien se diere, es hurto forzoso. No hay necesidad más legítima que la del buen rey, ni hombre tan pobre, y quien pone al rey en mayor necesidad, destruye el reino; y es arbitrio de los ministros imitadores de Judas poner en necesidad al rey, para, con los arbitrios de su socorro y desempeño, tiranizar el reino y hacer logro del robo de los vasallos; y son las suyas mohatras de sangre inocente. Rey sobre sí, y cuidadoso de su hacienda y reinos, lejos tiene estos ministros que hacen su grandeza y sus casas con poner necesidad en los príncipes.

Metióse Judas de despensero á consejero de hacienda: por eso sus consultas saben á regatón. Con haber tantos

años, no ha descaecido esta manera de hurtar: pedir para los pobres, y tomar para sí. ¡Cosa admirable, Señor, que en ninguno otro lugar la pluma de los evangelistas se enojó con nadie, ni con el que dió á Cristo la bofetada, ni con quien le escupió, ni con los que piden le crucifiquen, ni con Pilatos, ni otro algún ministro más crudo; antes benignamente los nombra, y con modestia piadosa refiere sus acciones! Sólo de Judas escribe en este caso, más terrible y severo que cuando vendió á Cristo; pues allí refiere el sujeto sin ponderar la maldad, y aquí le llama ladrón é hipócrita, y no le perdona nota ni infamia alguna. San Juan escribe por Cristo, de quien bien sabía la voluntad y el sentimiento; y así habla en este caso palabras llenas de indignación y de ira, porque Judas aquí quería vender los pobres. Y Cristo, y por él San Juan, parece que siente más que Judas venda los pobres: pues Judas vendió á Cristo para remedio de los pobres; y si bien él no tuvo esa intención, Cristo por los pobres y para ellos fué vendido; y es cosa clara que había de sentir sumamente ver que Judas quisiese vender aquellos por quien él propio se dejó vender del mismo.

Señor, Vuestra Majestad no tiene otra cosa que haya de estar más firme en su ánimo, encargada por Dios, que el castigo del consejero que pide para los pobres y los vende. Podría en algunas concesiones de las Cortes y en los demás servicios tenerse cuidado con este lenguaje de Judas, cuando el que concede medra y el reino padece. Pobres vende quien enriquece pidiendo para ellos, y quien alega por méritos y servicios la ruina de los que se le encomendaron. Miren los reyes por los pobres, que entonces habrán entendido que el primer pobre y más legítimo necesitado es el buen rey. Rey que

se gobierna, rey que se socorre á sí mismo, y se guarda y mira por sí, ese mira por sus reinos. El que se descuida de sí propio, y se deja y olvida, ¿por quién mirará, ni de qué tendrá cuidado? Aquí da voces San Juan á Vuestra Majestad como privado de Cristo: temerosas palabras son las suyas. Quien de las personas, criados, hijos, vasallos beneméritos quita ó pide la hacienda, honra ú oficios con título de darlo á pobres ó emplearlo mejor, en la boca del Evangelista es Judas, y llámese como se llamare, á él le nombran las palabras «ladrón que tiene bolsa». El buen ministro conocerá Vuestra Majestad, si cuando los ministros despenseros y el consejero Iscariote le propusieren cosas semejantes, en que se trata de vender á los pobres ó quitar de la persona real, pusiere en la consulta de buena letra: «Vuestra Majestad no lo haga.» Quien se lo aconseja es Judas, que le ha de vender; no lo hace por los pobres que están encomendados á Vuestra Majestad, y no á él; ladrón es; talegones trae; lo que dan se lleva; caridad fingida es su mercancía, piedad mentirosa es su ganancia. Para los pobres pide, y pidiendo para ellos, hace pobres y se hace rico. ¡Á qué de consultas está respondiendo San Juan desde el Evangelio, porque los príncipes no pretendan haber pasado sin advertimiento y por quitarlos la disculpa maliciosa! ¡Gran voz contra quien se descuidare en esta parte para el tribunal postrero de la mejor vida! Atienda Vuestra Majestad á las señas que aquí le da San Juan de los que venden á los pobres. Dice que son los que han de vender al propio rey; que tratan de lo que no les toca; que son ladrones; que tienen bolsas, y llevan lo que se da. Con la pluma los dibuja San Juan, con la voz los nombra, con el dedo los muestra. Veislos

ahí (dice á todos los que reinan); y si no queréis que os vendan, no tengáis ministros despenseros que tengan bolsones y tomen lo que se da, ni tengáis por consultor al ladrón. ¡Oh gran cosa! Dos privados Juanes tuvo, Cristo: el Bautista enseñó con la mano el Cordero á los lobos, y el Evangelista en el Evangelio enseñó con la pluma los lobos al Cordero.

CAPÍTULO VI.

La presencia del rey es la mejor parte de lo que manda.

En los peligros, el rey que mira manda con los ojos. Los ojos del príncipe es la más poderosa arma, y en los vasallos asistidos de su señor es diferente el ardimiento. Descuídase el valor con las órdenes y discúlpase el descuido. San Pedro lo mostró en el prendimiento y en la negación, y Cristo en la borrasca donde enseñó durmiendo.

«Pero teniendo Simón Pedro espada, puso mano, é hirió al criado del pontífice y cortóle la oreja derecha.» (*Joann.*, cap. XVIII.)

Á ojos de su rey y maestro, Pedro fué tan valiente que sacó la espada para toda una cohorte armada, y de noche, y en la campaña, é hirió á un criado del pontífice: acción, si justa, bizarra y casi temeraria. Pero dos renglones más abajo padecieron notable mutación sus alientos y osadía; y se lee con el mismo nombre otro corazón: «Y díjole á Pedro una mozuela que estaba á la puerta: Tú eres uno de los discípulos deste hombre. Respondió: No soy, y negó tres veces.» Desquitóse la cohorte; vengado se ha el criado del pontífice por mano de la criada. Él quitó una oreja, y á él le han quitado las dos, de suerte que apenas oye la voz de Cristo que

le dijo esto suceso. ¿Bríos contra una cohorte, valor para herir uno entre tantos, y luego acobardarse de manera que una muchacha le quite la espada con una pregunta, y le desarme y haga sacar pies? A fe que hizo tantas bravatas á Cristo: «Si conviniere morir contigo, ¡no te negaré!» Débese considerar que, aunque era Pedro el propio de hazañoso y con arrojamiento temerario embistió por su rey todo aquel escuadrón, aquí le faltó lo principal, que fueron los ojos de Cristo: espada tenía, pero sin filos; corazón tenía, pero no le miraba su maestro.

Rey que pelea y trabaja delante de los suyos, obligalos á ser valientes: el que los ve pelear los multiplica, y de uno hace dos.

Quien los manda pelear y no los ve, ese los disculpa de lo que dejaren de hacer; fía toda su honra á la fortuna: no se puede quejar sino de sí solo. Diferentes ejércitos son los que pagan los príncipes, que los que acompañan. Los unos traen grandes gastos, los otros grandes victorias. Los unos sustenta el enemigo, los otros el rey perezoso y entretenido en el ocio de la vanidad acomodada. Una cosa es en los soldados obedecer órdedenes, otra seguir el ejemplo. Los unos tienen por paga el sueldo, los otros la gloria. No puede un rey militar en todas partes personalmente; mas puede y debe enviar generales que manden con las obras y no con la pluma. ¿Quién presumirá de más esforzado que San Pedro, que en presencia de Cristo se portó tan como valiente, y en volviendo el rostro fué menester, para el acometimiento de una mujercilla, que el gallo le acordase de la espada, del huerto y de la promesa?

«Y navegando con ellos, se durmió. Levantóse una

tormenta de viento en el mar: atemorizáronse y peligraban. Mas llegándose á él, le despertaron, diciéndole: Maestro, perecemos; pero él, levantándose, mandó al viento y mareta abonanzar, y quedó el mar en leche. Díjoles á ellos: ¿Dónde está vuestra fe?» (*Luc.*, capítulo VIII.)

Aprieta más este suceso la dificultad. No basta que el rey esté presente, si duerme. Ojos cerrados no hacen efecto. Duerme Cristo, y piérdense de ánimo todos. Bien sabía la borrasca y lo que había de suceder; y cerró los ojos para enseñar á los reyes que la fe de los suyos, como se dice, pueden perderla en un cerrar y abrir de ojos. Niñería es; pero suena al propósito. El rey es menester que asista á todo y que abra los ojos, porque los suyos no pierdan la fe. Mire Vuestra Majestad cuán descaecidos estaban los apóstoles porque durmió un poco Cristo, sabiendo que él dice de sí: «Yo duermo, etc.» La vista de los príncipes influye coraje; y el miedo, que sólo precia la salud y pone la honra en la seguridad, suele reprenderse con el respeto. No le queda que hacer al rey que asiste y mira, ni que esperar al que hace lo contrario. Si en la república de Cristo, Dios y hombre, en cerrando los ojos estuvieron para dar al través sus allegados, ¿qué se ha de temer en los reyes que se duermen con los ojos abiertos?

CAPÍTULO VII.

Cristo no remitió memoriales, y uno que remitió á sus discípulos le descaminaron. (*Matth.*, XIV; *Joann.*, VI; *Marc.*, VI; *Luc.*, IX.)

Et exiens vidit turbam multam Jesus, et misertus est super eos, quia erant sicut oves non habentes pastorem:

et excepit illos, et loquebatur illis de regno Dei, et cœpit illos docere multa. «Y saliendo, vió Jesús una gran multitud, y apiadóse dellos porque estaban como ovejas que no tenían pastor: recibiólos, y hablábalos del reino de Dios, y empezó á enseñarles muchas cosas.»

Doctrina de Cristo es: «Buscad primero el reino de Dios, y lo demás se os dará.» Por eso, viéndolos, primero los habla del reino de Dios, y los enseña; y luego trata de alimentarlos, y darles de comer.

CONSULTA DE LOS APÓSTOLES.

«Siendo ya tarde, llegáronse á él sus discípulos, diciendo: El lugar es desierto, y la hora ha pasado; despide esta muchedumbre de gente, para que yéndose á los castillos y villas que están cerca en este contorno, se desparramen para buscar mantenimientos, y comprar comida con que se sustenten, que aquí estamos en lugar desierto.»

DECRETA CRISTO EN CUANTO Á DESPEDIRLOS, Y REMITIRLES EL SOCORRO Á ELLOS.

«No tienen necesidad de irse; dadles vosotros de comer. Y como Jesús levantase los ojos, y viese que era grandísimo el número de gentes, dijo á Filipo: ¿Dónde compraremos panes para que coman éstos?—Esto decía tentándole, porque él bien sabía lo que había de hacer.»

¡Qué ponderadas palabras y qué remisión tan advertida! Responde el apóstol: «Docientos ducados de pan no bastan para que cada uno tome una migaja.»

REPLICA CRISTO.

«¿Cuántos panes tenéis? Id y miradlo.»

RESPONDE SAN ANDRÉS.

«Díjole uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro: Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero esto, ¿de qué sirve entre tantos?»

ÚLTIMO DECRETO DE CRISTO.

«Dijo Jesús: Haced que se sienten á comer.» Repetidamente dificultaron este socorro los apóstoles. Y Cristo, en lugar de responderles, remitiéndoles el modo, decreta en favor de la necesidad para enseñanza. ¡Bueno es que los apóstoles recelen que ha de faltar sustento á los que siguen á Cristo! ¡Qué cosa tan ajena de su condición, pues en la postrer cena se dió por manjar y por bebida á los que le dejaron, al que le negó y al que le vendía! ¡Y temían los apóstoles que aquí faltase para los que le vinieron siguiendo hasta el desierto! Príncipe hubiera que estimara por bien prevenida la consulta de los apóstoles que dijo: «Da licencia á las gentes que se vayan á buscar de comer, pues aquí no lo hay por ser desierto.» Cristo no la tiene por consulta, sino por cortedad humana y civilidad indigna de ministros de su casa; y así respondió: «No hay para qué se vayan: dadles de comer vosotros.» Respóndelos y castígalos.

Señor: dice el ministro á Vuestra Majestad, en la consulta, que despida al soldado y al que ha envejecido sirviendo; que ya no son menester, que ya no se pague á los que con su sangre son acreedores de Vuestra Majestad por su sustento; que no les dé el sueldo, ni el oficio, ni el cargo; que los envíe, que los despida; que para éstos es desierto palacio, donde no hay nada. Tome Vues-

tra Majestad de los labios de Cristo la respuesta, y decrete: Dadles vos de comer de lo mucho que os sobra; para vos hay mantenimientos, y no es desierto en ninguna parte. Para vos hay oficios y honras, y para los otros malas respuestas; y solamente sea pena y castigo que les deis vos, mal ministro, lo que les falta, y no queréis que les dé yo. Conocer la necesidad, y no remediarla pudiendo, es curiosidad, no misericordia.

Había Cristo enseñado cómo habían de orar á Dios, y dicho muchas veces: Pedid, y daros han. Y en la oración que compuso para orar con su Padre, dijo que le pidiesen el pan de cada día; y hoy que llegó la ocasión, se les olvidó á los apóstoles esta cláusula tan importante.

Bien se conoce que para enseñarlos á consultar necesidades ajenas hizo todas estas preguntas y remisiones. El Evangelista dice: Esto hacía tentándole. Señor, es muy necesario que los reyes tienten y prueben la integridad, el valor, la justificación de sus ministros, para enseñarlos y conocer lo que pueden disimular. Cuanto más Cristo facilita el negocio, con mayor tesón le imposibilitan los apóstoles. Mala acogida hallan necesidades ajenas en otro pecho que el de Cristo: cosa que debe tener cuidadosos y desvelados á los reyes. Oiga Vuestra Majestad, y lea cautelosamente lo que le propusieren, en favor de los que le sirven, los que le parlan. Así diferencio yo al que con las armas, ó con letras, ó con la hacienda y la persona sirve á Vuestra Majestad, de los que tienen por oficio el hablar destos desde su aposento, y que ponen la judicatura de sus servicios y trabajos en el albedrío de su pluma. ¡Gran cosa, Señor, que valga más sin comparación hablar de los más valientes, y es-

cribir de los virtuosos, y á veces perseguirlos, que ser virtuosos, ni valientes, ni doctos! ¡Que sea mérito nombrallos, y que no lo sea hacerse nombrar! Enfermedad es que, si no se remedia, será mortal en la mejor parte de la vida de la república, que es en la honra donde está la estimación. Al buen rey la porfía de consulta sin piedad en necesidades grandes de sus vasallos, ó criados, ó beneméritos, en lugar de enflaquecerle, ó mudarle de propósito, ó envilecerle el corazón, le ha de obligar á hacer milagros como hizo Cristo este día.

Y viendo Cristo que en esta parte tenian necesidad de doctrina, como gente que había de gobernar y á cuyo cargo quedaba todo, antes de ser preso, yendo á Jerusalén, los admiró con la higuera á quien fuera de tiempo pidió higos, y porque no se los dió, la maldijo y se secó. Quiso enseñar y enseñóles que á nadie en ningún tiempo ha de llegar la necesidad y el necesitado, que no halle socorro. Y por eso cuando otro día, admirándose los apóstoles de verla seca, se compadecieron della, diciendo que por qué había secádose, les dijo aquellas palabras tan esforzadas de la fe: «Si mandáis al monte que se lenvante con su peso, y se mude á otra parte, obedecerá á vuestra fe.» Y esto dijo acordándoles que si tuvieran fe no dudaran que en el desierto se hallara qué comer, ni en que cinco panes era poca provivisión para tantos. Señor, atienda Vuestra Majestad á esta consideración: si Dios quiere que hasta las higueras hagan milagros con los necesitados y hambrientos, y porque no los hacen las maldice y se secan para siempre, ¿qué querrá que hagan los hombres y entre ellos los reyes? ¿Y qué hará con los que no lo hicieren? Temerosas conjeturas dejo que hagan los príncipes en este punto.

Grande fué el recelo de los discípulos, y fué medrosa caridad la suya, pues porque estaban en el desierto desconfiaban de mantenimientos, pudiendo en el desierto hacer provisión y vituallas de las piedras, de que Satanás hizo tentación. Acordósele al demonio, aunque con otro fin, en el desierto, que de las piedras se podía hacer pan: pensó lisonjear el largo ayuno de Cristo con la propuesta desvariada, y olvidáronse de esta diligencia los apóstoles. A los buenos consejeros se les ha de ensanchar el ánimo con la mayor necesidad, y atender á remediarla, y no á dificultarla, y entender que el remedio es su oficio. Cristo en el desierto hará de las piedras pan, si le ruegan, no si le tientan. Excusa el milagro para su ayuno de cuarenta días, y hácele por las gentes que le siguen, aumentando el poco pan en grande suma.

Otra vez (1), viendo que los samaritanos no querían hospedar á Cristo, y que respondían con despego, hicieron tal consulta (Jacobus et Joanne): «Señor, ¿quieres que mandemos al fuego que baje del cielo y consuma á éstos? Y vuelto á ellos, respondió con reprensión: No sabéis de qué espíritu sois. El hijo del hombre no viene á perder las almas, sino á salvarlas.»

¡Gran decreto, ajustado á consulta celosa, pero inadvertida, y no sin ostentación! Mandar al fuego que baje del cielo, escondida tiene alguna presunción de las sillas que después pidieron estos dos apóstoles; pues habiendo poco que habían visto en ellas á Moisen y á Elías, quieren, ya que las sillas están ocupadas, hacer las maravillas que hicieron los que las tienen.

Con notable sequedad y aspereza responde Cristo á

(1) Luc., cap. IX.

sus validos y deudos. Así se ha de hacer, Señor. ¿Y quién negará que así se ha de hacer, si Cristo lo hace así? En esta ocasión les dice que no saben de qué espíritu son; y en la que piden las sillas, que no saben lo que piden, y ni les concede las sillas, ni el milagro de los que están en ellas. No sólo se ha de reprender, pero no se ha de dar al que pide con vanidad y codicia; y siempre han de ser á Vuestra Majestad sospechosas las consultas de la comodidad propia y de la necesidad ajena.

En este milagro de los panes y los peces mostró Cristo Nuestro Señor la diferencia que hay de Su Majestad á los demás reyes del mundo, y de los que le siguen, á los cortesanos y secuaces de los príncipes del mundo.

Cristo, verdadero Rey, á los que le siguen, con poco los harta; y aunque sean muchos, sobra. Los reyes de acá á uno solo con todo cuanto tienen no le pueden hartar. De todos sus reinos no sobra para otros nada, repartidos entre pocos, siendo ellos muchos; mas tales son los que siguen á Dios, tales sus dádivas, tal su mano que las reparte, que como da con justicia, y á los que le siguen, satisface á todos. Y los bienes y mercedes de los reyes son de otra suerte; que si bien lo mira Vuestra Majestad, por sí hallará que le agradecen las mercedes con hambre de otras mayores; y que á quien más da, desobliga más; y que sus dádivas, en lugar de llenar la codicia de los ambiciosos, la ahondan y ensanchan. Y no ha de ser así para imitar á Cristo, ni se han de hacer mercedes sino á aquellos que con poco se hartan, y que de cinco panes y dos peces dejan sobras, siendo muchos, para otros tantos. Estos, Señor, son dignos de milagro, de consulta y decreto favorecido de bendición del Señor, y de colmados favores de su omnipotencia.

CAPÍTULO VIII.

No ha de permitir el rey en público á ninguno singularidad y entremetimiento, ni familiaridad diferenciada de los demás. (*Joan.*, II.)

Et die tertia nuptiæ factæ sunt in Cana Gallileæ: et erat Mater Jesu ibi. Vocatus est autemet Jesus et discipuli ejus ad nuptias, et deficiente vino, dicit Mater Jesu ad eum: Vinum non habent. Et dixit ei Jesus: Quid mihi et tibi est mulier? Nondum venit hora mea. Dicit Mater ejus ministris: Quodcumque dixerit vobis facite.

«Y al tercero día se celebraron las bodas en Caná de Galilea: estaba allí la Madre de Jesús y sus discípulos; y faltando el vino, díjole á Jesús su Madre: No tienen vino. Y díjola Jesús: ¿Qué nos toca á tí y á mí, mujer? Aun no ha llegado mi hora. Dijo su Madre á los ministros: Cualquiera cosa que os dijere, haced.»

Señor, los reyes pueden comunicarse en secreto con los ministros y criados familiarmente, sin aventurar reputación; mas en público, donde en su entereza y igualdad está apoyado el temor y reverencia de las gentes, no digo con validos, ni con hermanos, ni padre ni madre ha de haber sombra de amistad, porque el cargo y la dignidad no son capaces de igualdad con alguno. Rey que con el favor diferencia en público uno de todos, para sí ocasiona desprecio, para el privado odio, y en todos envidia. Esto suele poder una risa descuidada, un mover de ojos cuidadoso. No aguarda la malicia más preciosas demostraciones. Cristo, cuando le dijeron estando enseñando á las gentes: Aquí están tu Madre y tus parientes,

respondió con severidad, que parecía despego, misteriosamente: «Mi Madre y mis parientes son los que hacen la voluntad de mi Padre, que está en el cielo.» Hoy diciéndole su Madre (apiadada de los huéspedes, y de su pobreza y defecto) que no tenían vino, la responde con menos caricia que majestad. «¿Qué tienes tú conmigo, mujer?» Y en la cruz, donde en público estaba expirando y con el último esfuerzo de su grande amor redimiendo el mundo, excusando la terneza del nombre de Madre, la dijo en muestra de mayor amor: «Mujer, ves ahí tu hijo.» Señor, si el Rey verdadero Cristo, cuando enseña, predica y ejerce el oficio de redentor, á su Madre y á sus deudos que le buscan, diciéndole que están allí, responde no que entren, ni los sale á recibir, sino: «Mi Madre y mis deudos son los que hacen la voluntad de mi Padre»; y si en las bodas, donde es convidado, á la advertencia tan próvida que hizo su Madre, en la respuesta mostró sequedad aparente; y si cuando se va al Padre no se despide con blandura de hijo, sino con severidad de Monarca, ¿cómo le imitarán los reyes que desautorizan la corona con familiaridad y entremetimiento de vasallos, llamando favorecer al ministro lo que es desacreditarse? Y en una de estas acciones públicas, descuidadas y mal advertidas, descaece su reputación. Ser rey es oficio, y el cargo no tiene parentesco: huérfano es; y si no tiene ni conoce para la igualdad padre ni parientes, ¿cómo me admitirá allegado ni valido, si no fuere á aquel sólo que hiciere la voluntad de su Padre, y que diere con humildad el primer lugar á la verdad, á la justicia y á la misericordia? Así lo enseñó Cristo; pues cuando se escribe que hizo honras, no abrazó á uno solo, sino á todos.

Si el rey quiere ver, cuando con demasía y sin causa en público se singulariza con uno en lo que es fuera de su cargo y méritos, lo que le da, mire lo que se quita á sí, pues ni un punto se lo disimula el aplauso, atento con codicia á encaminar sus desinios. Luego se hallará solo, y verá que las diligencias voluntariamente y por costumbre, y los méritos por fuerza y avergonzados, buscan la puerta del que puede por su descuido: verá que en él la reverencia es ceremonia, y en el criado negociación: hallarse ha necesitado de su propia hechura, y si se descuida, temeroso. En los reyes las demostraciones no han de ser á costa del oficio y cargo dado por Dios. No peligran tanto los reyes que favorecen en secreto como hombres; y van aventurados los que por su gusto, fuera de obligación, favorecen en público. Es tal la miseria del hombre, que en gran lugar no se conoce ni se precian de conocer á nadie; y en miseria todos se desprecian de conocerle, y se desentienden de haberle conocido. Este estado es menos dulce, pero más seguro. No solamente por sí propios los reyes no han de engrandecer sin medida á uno entre todos con extremo, sino por el mismo criado. Caridad es bien entendida, si no muy acostumbrada, no poner á uno en ocasión de que se despeñe y pierda, donde es frecuente el riesgo. En la prosperidad puede uno ser cuerdo, y lo debe ser; mas pocas veces lo vemos; y ya que el hombre no mira su peligro, mire por él el príncipe. No hay bondad sin achaque, no hay grandeza sin envidia. Si es bueno el valido, ó no lo parece, ó no lo quieren creer; y aunque en público claman todos por la verdad, y por la justicia, y por la virtud, quieren la que les esté bien, y fuera de sí ninguna tienen por tal.

La justicia desean á su modo, y la verdad que no les amargue. ¡Qué bien mostró María, Virgen y Madre, lo que se debe preguntar en público á los príncipes; y Cristo, cómo se debe hablar misteriosamente en tales ocasiones, para ejemplo, á los que no fueren como su Madre! ¡Y su Madre, cómo se han de entender las palabras que disimulan con algún despego los misterios, respondiendo al concepto, de que ella sola fué capaz, y dejando pasar lo desabrido de las razones, á los que no siendo tales presumieron de poder en público hacer lo que ella hizo, incomparable criatura, y Reina de los ángeles, y Madre de Dios! Nadie será bien que presuma con los príncipes, de poder hacer otro tanto sin culpa reprensible; y si alguno se atreviere, con él habla el despego misterioso de aquellas palabras:

«¿Qué tienes que ver conmigo?» que sirvieron de cubierta á la caricia amorosa que hablaba en esta cifra con su Madre. Señor, muy anchas le vienen al que tomare mano aquellas palabras que dijo Cristo á su Madre, no como eran para ella, sino como quedarán para él en escarmiento; y si supiere corresponder dirá á todos: «Haced lo que él mandare. Él solo ha de mandar, y á él solo se ha de obedecer; que aun advertido de la falta patente en la casa donde le hospedan, no es lícito, ni seguro á otra persona que á su Madre, y no me toca á mí.»

CAPITULO IX.

Castigar á los ministros malos públicamente, es dar ejemplo á imitación de Cristo; y consentirlos es dar escándalo á imitación de Satanás, y es introdución para vivir sin temor.

Cristo Nuestro Señor, en público, castigó y reprendió á sus ministros: no siguió la materia de estado que

tienen hoy los príncipes, persuadidos de los ministros propios, que les aconsejan que es desautoridad del tribunal y del Rey, y escándalo castigar públicamente al ministro, aunque él haya despreciado en sus delitos la publicidad que apoya y autoriza y defiende para su castigo. Judas era ministro de Cristo, apóstol escogido, en cuyo poder estaba la Hacienda; y con todas estas prerogativas y dignidades permitió que muriese ahorcado públicamente, sin moderar la nota de la muerte por respeto de su compañía. Ni obstó á la conveniencia del castigo público haber lavádole los pies, comulgádole (si bien hay opiniones en esto), y comido en un plato. Si la horca fuera sólo para las personas y no para los delitos, no tuvieran otro fin los pobres y desvalidos, ni fuera castigo, sino desdicha. Entre doce ministros de Cristo, aquel cuyo ministerio tocó en la Hacienda, fué hijo de perdición, y murió ahorcado.

No hubo San Pedro, á persuasión del celo y del dolor, cortado la oreja al judío, en quien dice Tertuliano que fué herida la paciencia de Cristo, cuando delante de la corte le pronunció sentencia de muerte.

Delante de los discípulos, llegando á lavarles los pies, porque con humildad profunda, si no bien advertida, le dijo: «¿Tú me lavas los pies?», le respondió: «Tú no sabes lo que yo hago ahora; después lo sabrás.» Replicó fervoroso en su afecto, no considerado en la porfía: «No me lavarás los pies eternamente.» Demasiado anduvo; ni fué, al parecer, buena crianza replicar á nada que quisiese hacer Cristo, pues él sólo sabe lo que le conviene, y rehusar era advertir. En la tentación se indigna porque le dicen que se hinque de rodillas; y aquí se hinca de rodillas, y se enoja porque no se lo consienten; y no deja

ésta de ser tentación como aquélla. En todo esto andaba arrebozado, con la buena intención de San Pedro, Satanás. Poco va de que Cristo haga lo que no debe hacer, á que no haga lo que conviene.

Responde Cristo á San Pedro: «Si no te lavo, no tendrás parte conmigo»: palabras de gran peso y rigurosas en público al que había de ser cabeza de su Iglesia y lo era del apostolado. Y supo el buen ministro conocer tan bien la reprensión y el castigo que disimulaban, que dijo: «Señor, no sólo mis pies, sino mi cabeza y mis manos.» ¡Oh buen ministro! de pies á cabeza quieres que te laven; y acordándote de Judas, ofreces las manos también para que te las laven, no para que te las unten! Señor, al ministro insolente, porque se descuida se le ha de reñir, y donde se descuida. Rey que disimula delitos en sus ministros, hácese partícipe dellos, y la culpa ajena la hace propia: tiénenle por cómplice en lo que sobrelleva: y los que con mejor caridad le advierten, por ignorante; y los mal intencionados, que son los más, por impío. De todo esto se limpia quien imita á Cristo. Lo propio se entiende del cuchillo; que también la muerte tiene su vanidad.

Esfuerzan la opinión contraria los que pretenden asegurar de los castigos con decir que no está bien que al que una vez favorecen los reyes, le desacrediten y depongan, y que es descrédito de su elección, y que conviene disimular con ellos y desentenderse: doctrina de Satanás, con que se introduce en los malos ministros obstinación asegurada, y en los príncipes ignorancia peligrosa, para que porfiadamente prosigan en sus desatinos.

Veamos: Dios en su república, y con el pueblo y fa-

milia de los ángeles, ¿qué hizo? Apenas había empezado el gobierno della, cuando al más valido serafín, y que entre todos amaneció más hermoso, no sólo le depuso, mas le derribó, y condenó con toda su parcialidad y séquito, sin reparar en la política del engaño que pregunta: ¿Si los había de deponer, para qué los crió? Conviniendo, fuera de otras razones, para que se viese que el poder, y el saber, y la justicia hicieron en unas propias criaturas con valentía lo que les tocaba, criándolas hermosas y castigándolas delincuentes. ¿Quién, sino Satanás, dice á los reyes que les da más honra un mal ministro á su lado, que en el castigo público; satisfaciendo quejosos, disculpando al que le puso en el cargo teniéndole por bueno, escarmentando otros que le imitaban, y amenazando á todos los demás?

Hemos visto lo que hizo Dios con los ángeles: veamos lo que hizo con los hombres. Pecó Adán por complacer á la mujer: la mujer fué inducida de la serpiente que se lo aconsejó. (Advierta Vuestra Majestad que el primer consejero que hubo en el mundo fué Satanás, vestido de serpiente.) No hubo comido contra el precepto un bocado, cuando un ángel con espada de fuego le arroja del Paraíso, entregándole á la vergüenza y al dolor. Castiga al hombre para siempre: que muera, y coma del sudor de sus manos; y á la mujer porque le persuadió, que pariese en dolor sus hijos; y al mal consejero, que anduviese arrastrado y sobre su pecho, y que acechase sus pasos.

Tenía Dios en el mundo un hombre solo, y todo lo había criado para él; y porque pecó, luego con demostración y espada le echa de su casa, le castiga, le destierra, le condena á muerte. ¡Y los reyes, teniendo mu-

chos hombres de quien echar mano, entretendrán el castigo de uno! A quien no guarda los mandamientos y leyes, haya espada de fuego que le castigue. Quien aconseja mal, sea maldito; y como arrastraba á los demás, ande arrastrando. Esto hizo Dios, y esto manda.

Quien hace una cosa mal hecha, si en conociéndola pone enmienda en ella, muestra que la hizo porque entendió que era buena, y es el castigo santa disculpa de su intención; mas quien la lleva adelante, viéndola mala y en ruin estado, ese confiesa que la hizo mala por hacer mal. Rey que elige ministro, si sale ruin y le depone, hizo ministro que en la ocasión se hizo ruin; y si le sustenta después de advertido de sus demasías y desacreditado el tribunal, ese no hizo ministro que se hizo malo; antes al malo, porque lo era, le hizo ministro; y así lo confiesa en sus acciones. Veamos si Cristo Dios y hombre enseñó esta doctrina. Es el caso más apretado que ha sucedido con Rey ni señor, el de San Pedro.

«Preguntó á sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen que soy las gentes?» (1) Conviene que los reyes pregunten (no á uno, que eso es ocasionar adulación y disculpar los engaños, sino á todos) qué se dice de su persona y vida. Respondieron: «Unos dicen que eres Juan Bautista, otros Elías, otros Jeremías, otros que pareces uno de los profetas, otros que resucitó uno de los profétas primeros. Y entonces les dijo Jesús á ellos: ¿Vosotros quién decís que soy? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo. Y respondiéndole Jesús, le dijo: Bienaventurado eres, Simón Barjona,

(1) Matth., XVI; Marc., VIII; Luc. IX.

porque la carne y la sangre no te lo reveló, pero mi Padre que está en el cielo. Yo te digo á tí: que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.»

En fin, aquí le prometió la potestad y las llaves, y le hizo príncipe de la Iglesia y pastor de sus ovejas. Y es cosa digna de admiración, que (prosiguiendo cuatro ó seis renglones más abajo), tratando Cristo con ellos que había de morir porque así convenía, que había de estar en el sepulcro, porque San Pedro enternecido, oyendo hablar de su muerte y de sus afrentas, á quien le estaba haciendo tan grandes mercedes, dijo: «Nunca tal suceda; esas no son cosas para tu grandeza, ni dignas del Hijo de Dios», dice el texto: «Que volviendo y mirando á sus discípulos, amenazando á Pedro.» Miró primero con cuidado á todos; y viendo tantos y tales testigos, no reparó en que le acababa de dar las llaves del Cielo, de entregarle sus ovejas, sino que le responde y trata con más rigor, al parecer, que á Satanás en la tentación, pues le dijo: «Vete lejos, detrás de mí, Satanás; escandalízasme, porque no entiendes el lenguaje de Dios, sino el de los hombres.» Al demonio dijo: «Vete, Satanás». Y á San Pedro, por ser de su lado, y de su casa, y su valido: «Vete lejos, detrás de mí, Satanás», y las demás palabras que he referido del Evangelista, tan desdeñosas.

¿Qué podrán alegar en su favor los que son de parecer que lo que una vez se hizo ó dijo, se ha de sustentar, y que no se ha de castigar en público el ministro que yerra, viendo la severidad y despego de rigor con que Cristo trató al primero de su apostolado, no por culpa contra su persona, porque se lastimó de su vida y de sus trabajos? Mire Vuestra Majestad qué se debe hacer con

el ministro que los busca y los compra para su señor, y que quiere para sí el descanso, y las afrentas para su rey.

Quedó desta reprensión San Pedro tan bien advertido como castigado; pues luego que empezó á ser vicario, después de la muerte de Cristo, porque Safira y su marido, que ya eran fieles, ocultaron una partecilla de sus bienes, los hizo morir luego. Señor, el juez delincuente merece todos los castigos de los que lo son; y el príncipe que le permite, consiente veneno en la fuente donde beben todos. Peor es permitir mal médico, que las enfermedades. Menos mal hacen los delincuentes, que un mal juez. Cualquier castigo basta para un ladrón y un homicida; y todos son pocos para el ministro y el juez que, en lugar de darles castigo, les da escándalo. El mal ministro acredita los delitos y disculpa los malhechores; el bueno escarmienta y enfrena las demasías.

Los reyes y príncipes que, usurpando la obstinación por constancia, tienen la honra y grandeza en llevar á fin lo que prometieron, y continuar sus acciones, aunque sean indignas y poco honestas, esos, dejando el ejemplar de Cristo, verdadero Rey, siguen la razón de estado de Herodes, y así le suceden en los asientos, cogiendo semejantes escándalos de sus acciones (1). «Como hubiese venido día aparejado, Herodes hizo una cena para celebrar sus años, y convidó á los príncipes y tribunos y primeros de Galilea.» Pocas veces de cenas hechas á tal gente por ostentación, y no por santificar á Dios, se dejan de seguir los inconvenientes y sucesos que en esta hubo. Si convidara pobres y peregrinos, fuera la cena sacrificio. Convidó ricos y poderosos, y fué sacrilegio.

(1) Marc., VI, vers. 31.

PROSIGUE.

Cumque introisset filia ipsius Herodiadis, et saltasset, et placuisset Herodi simulque recumbentibus, rex ait puellæ: Pete à me quod vis, et dabo tibi; et juravit illi, quia quidquid petieris dabo tibi, licet dimidium Regni mei.

«Y como entrase la hija de la mesma Herodiades, y descompuestamente bailase en medio de todos, agradó á Herodes, y juntamente á los convidados. Dijo el Rey á la mozuela: Pídeme lo que quisieres, que yo te lo concederé; y juró que le daría cuanto pidiese, aunque pidiese el medio reino.»

De peligrosa condición han sido siempre los convites numerosos: nunca ha faltado ó discordia ó murmuración.

¿Cuál más misterioso que el postrero que hizo Cristo, que tanto le había deseado antes morir, que dijo: *Desiderio desideravi*: «Mucho he deseado cenar esta noche con vosotros?» Y con ser Cristo el Señor del banquete, y Él mismo la comida y sus apóstoles los convidados—en la mesa más sagrada y de mayores misterios, y donde se instituyó el Sacramento por excelencia, la Eucaristía, que es don de la gracia—se entró Satanás en el corazón de Judas. Dijo el Espíritu Santo, advirtiendo estos peligros: «Mejor es ir á la casa donde se llora, que al convite.» ¡Qué parecidos fueron Cristo y Juan! En una cena se trata la muerte de Cristo, y en otra la muerte de Juan. Allí se entró Satanás en el corazón de Judas, y aquí en el del Rey, que había de estar en las manos de Dios. Atienda á las palabras que dice, y conocerá el lenguaje de Satanás. Dice el Rey á la mozuela: «Todo te lo daré.» Es nota copiada de la tentación; y con diferentes palabras engañó á Eva, diciéndole lo propio.

El recato de la cena de Herodes se conoce en la entrada que dió á una mujercilla deshonesta y bailadora; el poder del vino demasiado y la tiranía de la gula, en lo que agradó á todos la desenvoltura de los saltos y la malicia de los movimientos. ¿Quién sino demasías de una cena dictaran tal ofrecimiento á un Rey? Habló en él lo que había bebido, no la razón. Daréte todo lo que me pidieres; y juró que lo haría, aunque le pidiese el medio reino. Fuera de sí estaba, pues ofrece lo que no puede dar. De todos los reyes que á uno dicen que se lo darán todo, se debe temer que se entró Satanás en su corazón, como en el de Herodes; ¿qué se debe temer de los que lo hicieren? «La cual como saliese, preguntó á su madre: ¿Qué pediré?»

Para castigar Dios á un Rey que desperdicia lo que había de administrar, que derrama lo que había de recoger, le permite un pedigüeño inadvertido y mal aconsejado. Salió la hija, y preguntó á su madre qué le pediría. ¡Oh juicio de Dios, escondido á nuestra diligencia! Fué á aconsejarse con el pecado del Rey, para pedirle su condenación. Elige el Rey mal consejero: no se desengaña advertido;—pues sea consejero de su allegado la culpa del Rey, su muerte y su deshonra.—«Respondió ella: Pide la cabeza de Juan Bautista.» Los que ahitos y embriagados ruegan con el premio á los que merecen castigo, son merecedores de que les pidan su ruina. Aconsejándose con el demonio, pidióle la cabeza de Juan en un plato. «Entristecióse el Rey; más por el juramento y por los convidados no la quiso entristecer.» A grandes jornadas viene el dolor siguiendo á la ignorancia y al pecado. ¡Qué ejecutivo se muestra el arrepentimiento con los tiranos!

Rey que se entristece así por no entristecer á sus allegados con remediar los excesos y demasías, ese es el Rey Herodes. ¿Entristéceste porque conoces lo mal que la bailadora usó de tu ofrecimiento; y porque juraste y hubo testigos, degüellas al gran Profeta? Dí, Rey, ¿por qué dejas entrar en tu aposento á quien pida la cabeza del Santo? ¿Y por qué sientas á tu mesa, y tienes á tu lado gente que te acobarde el buen deseo, y que te ponga vergüenza de castigar desacatos? Señor, quien pidiere con bailes y entretenimientos la cabeza del justo, pierda la suya. Todos los malos ministros son discípulos de la hija de Herodías: divierten á los reyes y príncipes con danzas y fiestas; distráenlos en convites, y luego pídenles la cabeza del justo. Rey hipócrita, ¿quieres dar á entender que religioso cumples tu promesa por no quebrar el juramento, y disimulas la mayor crueldad con aparente celo? ¿Entristéceste tú por no entristecer una ramera? Esta es acción más digna de ignominioso castigo que de corona. Ya que no miraste lo que ofrecías, miraras lo que pidieron. Mas Rey que su bondad no se extiende á más de entristecerse no es Rey: es vil esclavo de la malicia de sus vasallos; y es tan desventurado, que hasta el buen conocimiento le sirve de martirio y los buenos deseos le son persecución, y no méritos, pues se aflige de consentir maldades, que sabe que lo son, por no afligir á los que tiene consigo y se las piden y aconsejan casi con fuerza. Ea, Señor, empréndase valerosa hazaña: á imitación de Dios, que de una vez con palabra digna del motín de los ángeles derribó al mayor serafín y á todo su séquito, sin que de su parcialidad quedase ninguno. La mala yerba si se le cortan hojas no se remedia, antes esfuerza la raíz. No importan juramentos, ni pa-

labras, ni empeños. Juramentos hay de tal calidad, que lo peor dellos es cumplirlos. Sólo de Dios se dice que jurara y no le pesara de haber jurado. El crédito de los reyes está en la justificación de los que le sirven; y la perdición, en el sustentamiento de los que le desacreditan y disfaman. A llevar adelante los errores, á disimular con los malos, ayuda el demonio; y hace castigarlos y reducirlos Dios. Muy cobarde es quien no se fía desta ayuda, y muy desesperado quien prosigue con la otra.

CAPÍTULO X.

No descuidarse el rey con sus ministros es doctrina de Cristo, verdadero Rey.

La voz de la adulación, que con tiranía reina en los oídos de los príncipes, esforzada en su inadvertencia, suele halagarlos con decir que bien pueden echarse á dormir (quiere decir, descuidarse) con los ministros. Este es engaño, no consejo.

Cristo enseñó lo contrario, pues en lugar de echarse á dormir confiado en los suyos, en los mayores negocios á que los llevó se durmieron, y él velaba. La noche de la cena, Juan el amado se duerme sobre el pecho de Cristo, no Cristo en el de Juan. Pero adviértase que fué para que descansase en quien no tenía descanso por el hombre. El rey ha de velar para que duerman todos, y ha de ser centinela del sueño de los que le obedecen.

Tres grandes negocios trató Cristo, en que llevó á Pedro, Jacobo y Juan; y el último le trató con todos. Fué el primero, de gloria en el Tabor, cuando se trans-

figuró (1). «Pedro y los demás que con él estaban dormían sueño pesado.» En la oración del huerto los despertó más de una vez. En la cena, como he referido, Juan se duerme. En el prendimiento, yendo ya en poder de los ministros, lo que advirtió no fué á su tratamiento ni por su inocencia, sólo habló por sus dicípulos: «Dejad ir á éstos.» Díjolo, no porque no quería que padeciesen, que ya había mandado que tomase cada uno su cruz y le siguiesen; y á Diego y á Juan que beberían su cáliz, que es morir. Mas esto del padecer quiere que sea cuando en su ausencia y en su lugar gobiernen: ahora son súbditos, padezca el Maestro y la cabeza. Cuando temporalmente le sucedieren y cada uno asistía al gobierno de su provincia, entonces quien aquí siendo ovejas les desvía la mala palabra, el empellón, la cuerda y la cárcel, los enviará como á pastores y prelados el cuchillo, el fuego, las piedras, la cruz y los azotes, y los pondrá en el albedrío de los tiranos.

Este precepto, en que vive la médula de la caridad, les dejó para que gobernasen con acierto. Durmiéronse en la oración del huerto; cuando los llevó ya sabía se habían de dormir. Despertólos, no para dormirse Cristo, mas para que viesen oraba al Padre, y entendiesen que los negocios grandes aun el propio Hijo de Dios los dispone en la oración, y conociesen cuán eficaz medio es. Cristo suda y agoniza, y ellos vuelven al sueño más seguros. Con todo, les dice que velen y oren, no entren en tentación. Pues, Señor, si quien duerme, velándole Cristo, es menester que despierte para no entrar en tentación, quien duerme, velando contra su sueño los mi-

(1) Luc., IX.

nistros de Satanás, ¿á qué riesgo irá? ¿Qué tentaciones no harán suertes en él? ¿Á qué enemigo no ruega con la puerta de su corazón?

Rey que duerme, y se echa á dormir descuidado con los que le asisten, es sueño tan malo que la muerte no le quiere por hermano, y le niega el parentesco: deudo tiene con la perdición y el infierno. Reinar es velar. Quien duerme no reina. Rey que cierra los ojos, da la guarda de sus ovejas á los lobos, y el ministro que guarda el sueño á su rey, le entierra, no le sirve; le infama, no le descansa; guárdale el sueño, y piérdele la conciencia y la honra; y estas dos cosas traen apresurada su penitencia en la ruina y desolación de los reinos. Rey que duerme, gobierna entre sueños; y cuando mejor le va, sueña que gobierna. De modorras y letargos de príncipes adormecidos adolecieron muchas repúblicas y monarquías.

Ni baste al Rey tener los ojos abiertos para entender que está despierto; que el mal dormir es con los ojos abiertos. Y si luego los allegados velan con los ojos cerrados, la noche y la confusión serán dueños de todo, y no llegará á tiempo alguna advertencia. Señor, los malos ministros y consejeros tiene el demonio (como al endemoniado del Evangelio) ciegos para el gobierno, mudos para la verdad y sordos para el mérito: sólo tienen dos sentidos libres, que son olfato y manos; y es tan difícil curar un ciego de estos, que para sanarle fué menester mano de Cristo, tierra y saliva: en que, á mi ver, se mostró que sola la palabra de Dios en las manos de Cristo, que era su Hijo, con el conocimiento propio, pueden abrir los ojos á tales ciegos.

Y de este género son, y peores por el mayor inconve-

niente en lo eficaz de su ejemplo, los príncipes que duermen; porque ciegan voluntariamente, y tienen la ceguedad por descanso, y suelen la perdición llegarla á tener por disculpa. El ciego no ve, ni el que duerme; peor es este que no ve porque no quiere, que el otro porque no puede. El uno es enfermo, el otro malo. No sólo es obligación del buen rey cristiano velar para que duerman sus ovejas, sino velar para despertarlas si duermen en el peligro. Expira Cristo: cerró los ojos; mas cerrólos (el texto santo lo dice) para que se levantasen muchos cuerpos de santos que dormían en la muerte. Cierra los ojos; y la sangre, y el agua salió de su costado, corriente sacramental de que escribe Cirilo (1): «Agua para el que juzgó, y sangre para los que la pedían.»—Esta corriente, pues, dió vista al incrédulo. ¡Oh buen Rey! ¡Oh solamente Rey! ¡Oh Rey, Dios y Hombre, que ni muerto cierras los ojos, antes los abres á los que están ciegos!

En los evangelios se hace mención de todas las pasiones que como hombre tuvo Cristo: de la sed, del cansancio: «cansado del camino; tengo sed;» que comió algunas veces; que lloró, que se enojó; amenazó á Pedro, riñóle. Que se entristeció, él lo dijo: «Triste está mi alma hasta la muerte;» y cuando Lázaro, y en la muerte de San Juan Bautista. Y con ser acción natural, forzosa y honesta el dormir, no se hace mención de que durmió más que en la borrasca (2). El dormir mucho, es peligroso en los príncipes; el dormir siempre, es condenación y muerte. Los evangelistas á las vigilias de Cristo

(1) *Catachesis*, 13.
(2) Luc., cap. VI.

y á sus desvelos guardaron este decoro, acordándose de que él dijo: «Yo duermo, y mi corazón vela.»

Y San Pedro Crisólogo tiene por tan escrupuloso el decir, aun una vez, que duerme Cristo, que en el propio lugar de la borrasca (1), sobre aquellas palabras: «Y estaba durmiendo en la popa», dice razonando oro (tales son sus palabras): «Al que duerme acuden los que velan.» Y más abajo seis renglones (2): «¿Á dónde está lo que dice el Profeta: ¿Véis aquí que no dormirá ni se adormecerá el que guarda á Israel? Por si no duerme, ni para sí se adormece la majestad, que no se puede cansar.» Interesóse el celo de Crisólogo en dar razón de este sueño, y de advertir cuánto velaba Dios en él; y prosigue en esta consideración: «Y no sólo se ha de preciar el Rey de no tener sueño, empero ni cama. Asi lo dijo Cristo: Las raposas tienen cuevas, y el Hijo del hombre no tiene donde inclinar la cabeza.» Tiene discípulos, no tiene privados que le descansen: él los descansa á ellos; su oficio fué su amor, su caridad, su desvelo: vino á redimir, no á ensoberbecer con vanidad á ambiciosos ni entrometidos. Eso es no inclinar la cabeza, ni tener dónde. Discurramos por toda su vida, y veremos que hasta su muerte no inclinó la cabeza: «Inclinada la cabeza dió el espíritu»; y eso fué para darle á su Padre eterno. ¡Oh gran justicia! ¡Oh grande Monarca en poco número de gente! ¡Oh majestad inefable, que no tiene Cristo donde inclinar la cabeza, y á Juan en la cena le da donde incline la suya!

(1) Serm., 21.
(2) Del Psalmo, 12.

El raposo rey, á quien aconseja la maña, la ambición y la tiranía, ese tiene cuevas donde reclinar la cabeza, donde esconderse, donde no parezca rey; mas el Hijo del hombre, el Rey que conoce que es hombre, y que lo son los que gobierna, y que es Rey para ellos por voluntad de Dios, ese no tiene cuevas donde esconderse ni donde inclinar la cabeza. La cabeza de los reyes no se ha de inclinar más á una parte que á otra. El Rey es cabeza; y cabeza inclinada mal enderezará los demás miembros. Reyes hombres: ¡oh si lo temeroso de mis gritos os arrancase despavoridos del embaimiento de la vanidad, y os recatase de los peligros de vuestra confianza! Cristo dice que su cabeza no se inclina. No es cabeza en el pueblo de Cristo la que se inclina; desdén hace al otro lado; sin atención tiene lo que no ve. Ni se puede dudar que llame raposas Cristo á los reyes que se inclinan á personas ambiciosas y descamisadas. Él lo dijo así (1): «En el propio día llegaron algunos de los fariseos diciéndole: Sal: y vete de aquí, porque Herodes te quiere matar. Y respondióles á ellos: Id, y decid á esa raposa.....» Así la llamó Cristo, y se sabe que Herodías era su descanso.

Al fin, Señor, quien no tiene donde inclinar la cabeza, á Cristo imita; quien tiene donde inclinarla, es raposa, es Herodes. No hay dormir, Señor, ni tener donde reclinar la cabeza: con todos los príncipes habla Cristo por San Lucas (cap. XII): «Bienaventurados aquellos criados que cuando viniere el Señor los hallare velando.» Por el contrario serán reprendidos y miserables los que hallare durmiendo; que los reyes son los primeros

(1) Luc., cap. XIII.

criados de Dios en más dignidad; y que habla con ellos, Homero lo dijo cuando los llamó criados, *Diotrefees*, criados por Júpiter. Favorino interpreta esta voz: «Discípulos de Jove, dicípulos de Dios.» Lo propio es *Diotrefees*, que enseñados. ¿Pues cómo será rey quien no se mostrare enseñado por Dios, siendo esta su dotrina y su ejemplo, y mandando que velen y no duerman, y llamando bienaventurado sólo al que hallare velando? Los hombres, luego que se durmieron, dieron lugar á los malos para que sembrasen en su heredad cizaña, y aguardaron á que se durmiesen para sembralla (Matth., capítulo XIII): «Es semejante el reino de los cielos al hombre que siembra buena semilla en su heredad, que luego que se durmieron los hombres, vino su enemigo, y en medio del trigo sembró cizaña.»

De suerte, Señor, que no se cumple con la heredad labrándola ni sembrándola de buena semilla, sino que no se ha de dormir: y menos los reyes, porque el enemigo advertido no venga asegurado en el sueño, y siembre abrojos en que se ahogue el grano, se infame la cosecha, y se pierda el trabajo y el fruto.

CAPÍTULO XI.

Cuáles han de ser sus allegados y ministros. (Luc., XIV.)

Ibant autem turbæ multæ cum eo, et conversus dixit ad illos: Siquis venit ad me, et non odit patrem suum, et matrem, et uxorem, et filios, et fratres, et sorores, adhuc autem, et animam suam, non potest meus esse discipulus. «Iban con él muchas gentes, y volviéndose á ellos les dijo: Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre, y á

su madre, y á su mujer, y á sus hijos, y á sus hermanos y á sus hermanas, y á su alma propia, no puede ser mi discípulo.»

No les dejó disculpa á los que le habían de asistir, ni les permitió por excusa la ignorancia. Claramente les dijo cómo habían de ser sus ministros, y aquellos que le habían de acompañar y asistir. ¡Qué desabridas condiciones son para la familia y para la ambición y vanidad del parentesco! De otra manera funda Dios lo permanente de sus validos, que la negociación y codicia del mundo.

¿Cuál tiene, Señor, ni ha tenido puesto al lado de algún monarca, que lo primero y más importante no juzgue el cercar el príncipe de su familia, introducir sus padres, no sacar las mercedes de sus hermanos, preferir su mujer y sus hijos? Cosa es con que la maña y la codicia y el desvanecimiento acreditan con la naturaleza; y acusados se valen del precepto de honrar padre y madre. ¿Qué haces, soberbio? ¿No adviertes que de quebrar un mandamiento á torcerle va poco? Quien te mandó eso, aconseja estotro. Mira si quieres venir á Dios, porque si quieres, has de aborrecer á tu madre y padre, á tu mujer, á tus hijos, á tus hermanos y á tus hermanas, y tu vida y tu alma, dando primero lugar á la ley Evangélica. Así San Pablo: «Ni hago á mi alma más preciosa que á mí.» Por San Mateo (cap. x): «No vine á enviar paz, sino espada: vine á apartar al hombre contra su padre, y la hija contra su madre.»

Bien se entiende que quien dijo: *Pacem meam do vobis, pacem meam relinquo vobis*, que no vino á introducir la disensión. Esto declaran todos se dijo por preferir la dignidad del Evangelio y la dotrina de Cristo á los padres. Así San Jerónimo: *Per calcatum perge patrem.*

Eso es cumplir con el precepto. Es dotrina tan larga y de tal verdad la deste capítulo, que no puede ser discípulo de Cristo quien no dejare padres, hijos y hermanos, no siendo rey (cuyo nombre ya queda dicho que es discípulo de Dios); ni puede acertar quien no los dejare ni puede ser buen ministro. ¿Descamina otra cosa la templanza de los ánimos en la grandeza y privanza, que la ansia de llenar, con lo que se debe á otros méritos, la codicia de los suyos? ¿A qué no se atreve un poderoso por preferir sus padres, por adelantar sus hijos, por acallar á su mujer, por engrandecer sus hermanos, por desvanecer sus hermanas? ¿Cuál felicidad no adolesció de las desórdenes de parentela? Si hubiera un poderoso sin linaje, ese fuera durable; mas cuando la naturaleza se le haya negado, se le crece y se le finge la lisonja: todos tienen deudo con el que puede. Grande precepto aborrecerlos á todos, digo, su desorden. Anteponer á la sangre más propia y más viva el bien común, lo justo y lo lícito, olvidar la decendencia y la afinidad, es curar con dieta la persecución casera y el peligro pariente. Así quiere Cristo que lo hagan los que vinieren á él, y es señal que hacen lo contrario los que van al príncipe de las tinieblas deste mundo.

Señor, quien viniere á Vuestra Majestad, si no amare su real servicio y el bien de sus vasallos y la conservación de la fe y de la religión más que á sus padres, mujer é hijos, hermanos y hermanas, no sea discípulo, no acompañe, no asista. Quiera Vuestra Majestad estas cosas que le están encargadas, más que á él, y sea rey y reino, pastor y padre; y haga que la verdad enamorada de su clemencia, descanse los labios del nombre de señor. Oiga ternezas de hijos, no miedos de esclavos. Ni buen

rey debe permitir que sus estados se gasten en hartar parentelas. Sean ministros los que hiciere huérfanos la justificación, y viudos la piedad, y solos la virtud, aunque la naturaleza lo dificulte; que estos llama Cristo Nuestro Señor, estos busca, y estos admite solos; y si en el reino espiritual se temen padres y mujer ó hermanos, en el temporal, donde es tan poderosa la asistencia, la importunación y la vanidad, ¿cuánto será justo temerlo y evitarlo?

Señor, nazca de su virtud el ministro; conozca que le engendrá el mérito, no el padre; tenga por hermanos los que más merecieren, por hijos los pobres: que entonces por los padres que deja, viene á merecer que le tengan por tal todos los que son cuidado de Dios Nuestro Señor, que se lo encarga; seránle alabanza los súbditos, y premio sus desvelos, y podrá ir á Vuestra Majestad que, en tan nueva vida y en tan florecientes años, trabaja como padre y no como dueño, y atiende á que los que le asisten se desembaracen de lo que el Evangelio prohibe con distinción tan infalible y tan grande.

CAPÍTULO XII.

Conviene que el Rey pregunte lo que dicen dél, y lo sepa de los que le asisten, y lo que ellos dicen, y que haga grandes mercedes al que fuere primer criado y le supiere conocer mejor por quien es. (Math., cap. XVI.)

Et interrogabat discipulos suos, dicens: ¿Quem dicunt homines esse filium hominis? «Y preguntaba á sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el hijo del hombre?»

¡Gran servidumbre padece el entendimiento atareado

á responder á sólo aquello que le quisieren preguntar! La libertad de la conciencia respira inquiriendo; y los reyes deben saber lo que les conviene, y no se han de contentar de saber lo que otros quieren que sepan. Una cosa es oir á los que asisten á los príncipes, otra á los que ó sufren ó padecen á esos tales. Sepa, Señor, el monarca lo que dicen dél sus gentes y los que le sirven; y si esta diligencia pareció á Cristo Nuestro Señor, Dios y hombre verdadero, y solamente verdadero Rey, tan importante que la ejecutó con sus dicípulos, ¿por qué, Señor, no la imitarán los hombres que por él y en su lugar son administradores de los imperios? Preguntó á sus discípulos, diciendo: «¿Quién dicen los hombres que es el hijo del hombre?» Una pregunta como esta cada mes, ¡qué de lágrimas enjugaría! ¡A qué de ruegos encaminara audiencia! ¡A cuántos méritos premio, y á cuántas culpas castigo! Mas no sería de provecho si no se preguntase á gente de verdad; antes ocasionara la cautela y la adulación. Mas ellos respondieron: «Unos dicen que eres Juan Bautista, otros Elías, otros Jeremías ó uno de los profetas.»

Considere Vuestra Majestad, Señor, que el que pregunta y quiere saber la verdad, no ha de prevenir la lisonja de la respuesta con la majestad de la pregunta: eso es Señor, preguntar y responderse, ó mandar (preguntando) el género de la respuesta que desea. Cristo Jesús, Hijo de Dios, y Dios verdadero, no dijo: ¿Quién dicen que es el Mesías; quién dicen que es el Redentor de Israel; quién dicen que es Dios y Hijo de Dios? Sólo dijo: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?» ¡Grande humildad! Hijo del hombre se llama el Hijo de Dios, y el que permitió que le llamásemos padre

y nos lo mandó. Quiere el Señor oir la verdad, no lisonjas; ni su engaño con sus palabras, sino la salud del mundo con sus preguntas. Respondiéronle por esta razón todos los disparates que dél decían las gentes; ni pudieron ser en parte mayores, ni más descaminados, ni de peor intención. Unos decían que era Juan Bautista. ¡Extraña cosa que anduviese tan equivocada la verdad en la boca de los judíos, que á San Juan Bautista tuviesen por Cristo, y aquí á Cristo por San Juan Bautista!

Otros dijeron que era Elías. No pudo menos con su obstinación la ignorancia y la malicia en este nombre que en el pasado: Aquí dicen que es Elías Dios; y en la cruz, cuando llama á Dios dicen que llama á Elías. No oyen los ingratos, ni tienen sentido para la verdad: el propio Juan Bautista se le había enseñado y dicho quién era; y olvídanse de lo que dice y enseña, y acuérdanse de su persona. De Elías, en la transfiguración, mostró Cristo á los suyos que le habían referido esta demanda, que era su criado y que le asistía como de su casa. Fué malicia y desatino en todo extremo el decir que era uno de los profetas, Elías ó Jeremías ó Juan Bautista. Pocos han advertido cuán grande pesadumbre dijeron éstos á los profetas, diciendo que lo era Cristo. Parece que los honraban; y mirado bien, los desmentían. San Juan dijo que Jesús era el ungido y el Mesías. Así lo dijo Jeremías y todos los profetas. Y en decir que Cristo era Juan, Elías y profeta, procuraron disfamar su verdad de todos, y degradar á Cristo. Grandes negocios y máquinas del infierno derribó esta pregunta. Esto, Señor, se logra de preguntar á los buenos y saber lo que dicen los malos.

«Mas vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondiendo

Simón Pedro, dijo: «Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo.» A todos pregunta, y responde Pedro que ha de ser cabeza de la Iglesia. Justo es que el primero hable por todos. Dijo que era Cristo, Hijo de Dios vivo. ¡Gran confesión! ¡Gran cosa acertar en lo que tanto erraban tantos! Y ¡qué á raíz de los aciertos y de los servicios andan las mercedes! Dícele Cristo luego: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra fundaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, y á ti te daré las llaves del reino del cielo; y cualquiera que ligares sobre la tierra será ligado en el cielo; y cualquiera que desatares sobre la tierra será desatado en el cielo.» Justo es, Señor, á quien sirve así y sirve por todos, y conoce y da á conocer á su señor, hacerle grandes y muchas mercedes. El ejemplo tenéis en Cristo que á San Pedro hizo favores tan preferidos y tan grandes.

Enseñó Cristo cómo se ha de preguntar y qué y á quién, y cómo se ha de servir y premiar. Poco después dijo Cristo que iba á Jerusalén á padecer y morir, y oyendo esto, dice el texto *Et assumens eum Petrus, cœpit increpare illum, dicens*: «Empezóle á reprender Pedro.» Adviértase que la palabra *assumens* está en los Setenta como aquí, y castigada con las propias palabras y con más. La letra siriaca lee *cœpit resistere*. Ninguna de las dos cosas eran lícitas á San Pedro con Cristo: porque discípulo, no podía reprender á su maestro, ni resistir, siendo criado, al señor; mas las palabras fueron llenas de terneza y de amor: «El morir, Señor, el padecer se aparte de ti: no es para ti esto.» Ama tanto Cristo, nuestro Redentor y Maestro, el morir y padecer por el hombre, que porque San Pedro le decía: *Esto tibi clemens* (como lee el Siriaco, y los Setenta: *Esto tibi pro-*

pitius) se enoja y le riñe ásperamente, como se lee en el texto. Son los trabajos tan propios de los reyes, que es culpa estorbárselos y diferírselos, pues su oficio es padecer y velar para la quietud de todos.

Sea conclusión: conviene preguntar el Rey lo que dicen dél; es lícito que el que sirve con más fervor, que confiesa más y conoce la grandeza de su señor, hable por todos; es justo que se le hagan juntas, no una, sino muchas mercedes que correspondan ó excedan á sus méritos, y es conveniente que si errare, con grande demostración se le riña y se le castigue, sin que se embarace en el favor el castigo.

CAPÍTULO XIII.

Los pretensores: atienda el príncipe á la petición y á la ocasión en que se la piden, y al modo de pedir. (Math., xx, Marc., x.)

Tunc accessit ad eum mater filiorum Zebedæi cum filiis suis, adorans, et petens aliquid ab eo. «Entonces llegó á él la madre de los hijos del Zebedeo, con sus hijos, adorando y pidiendo.» Otra letra dice: *Et accedunt ad eum Jacobus, et Joannes, filii Zebedæi*, que en romance dice así: «Llegaron á Cristo los hijos del Zebedeo, Jacobo y Juan, diciendo: Maestro, queremos que hagas con nosotros todo lo que te pidiéremos. Él les dijo á ellos: ¿Qué queréis que haga con vosotros? Y dijeron ellos: Concédenos que en tu gloria uno se siente á la diestra y otro á la siniestra. Respondiéndolos Jesús, les dijo: No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?» Y más abajo dice el Evangelista:

«Y oyéndolo los diez, se empezaron á indignar con Jacobo y con Juan.»

Llegóse la Madre, adorando y pidiendo. Quien adora solamente para pedir, lisonjea, no merece. Desta manera piden los aduladores la reputación del rey, escondiendo en la reverencia la codicia. Nunca la ceremonia afectada acompañó la modestia en el ruego, y pocas veces la razón. Los maliciosos otro camino siguen que los beneméritos: en aquellos es la humildad cautelosa, y esfuérzase á disimular ambición y atrevimiento; y en estos es santa y escogida. Los que pidieron á Cristo desta suerte, alcanzaron gracia; que sin introducción fingida pidió el Centurión rogándole y diciendo (1). Dejo sus palabras, que fueron tales que mereció que dijese dél lo que no dijo de otro: «Admiróse.—No ví tanta fe en Israel. Ve, y como creíste te suceda.» No hace Dios las mercedes porque piden con elegancia, ni las deja de hacer porque piden sin ella: hácelas porque creen bien, porque obran bien, por su misericordia; y así se debe hacer á su ejemplo. Y aunque es así que al principio deste capítulo dice el Evangelista: «Y veis un leproso que viniendo le adoraba, diciendo: Señor, si quieres puedes sanarme; y fué sano»;—más bien se conoce la diferencia que hay de venir adorando y diciendo, á venir adorando y pidiendo; y destas palabras «Señor, si quieres, me puedes sanar» á «Queremos que nos concedas todo lo que pidiéremos.» No fué petición presumida la del leproso: habla á Dios en su lenguaje; púsole delante su necesidad, y resignó en su voluntad el remedio, desistiendo de méritos pro-

(1) Matth., VIII.

pios y confesando su omnipotencia. «Si quieres, puedes sanarme», más fué confesión que ruego.

¿Quién pidió á Dios con necesidad y humildad, conociendo y confesando en la petición su misericordia, su poder y su sabiduría, que no alcanzase lo que más le convenga? ¿Quién supo ser en pocas palabras tan elocuente con Dios, como el ladrón? Pues viéndole en la cruz, dando fin á la mayor obra de su amor y voluntad con los hombres, pareciéndole que en su memoria eterna se le estaban representando todas las causas de su amor que le hacían dulce la muerte, se acogió á su memoria y se valió della, pareciéndole que llegaba á ocasión que la memoria negociaba grandes cosas con Cristo. No le dijo: Señor, ¿quieres salvarme? dame tu gloria, deja que te acompañe; sino (Luc., XXIII): «Señor, acuérdate de mí». ¡Confiada pretensión! Tan bien supo conocer la clemencia y grandeza del príncipe, sin presuponer servicios hechos, que siempre deben estar poderosamente impresos en la memoria del príncipe. Alcanzó lo que pedía: no embarazó con ceremonias ambiciosas la voluntad del Señor; fuése con su humildad á apadrinarse de su memoria.

Hoy, según esto, Cristo Nuestro Señor enseña á los reyes la inadvertencia de las pretensiones, el descamino de los que piden, y el modo de despacharlos; y en esto es en lo que Vuestra Majestad particularmente no puede ni debe apartar los ojos de Cristo Nuestro Señor. Quien dijere á Vuestra Majestad que esto no tiene este sentido, y que hay inteligencias diferentes que lo explican, ese divertir quiere, no encaminar; porque aunque confieso que todos los sentidos que da la Iglesia tiene con propiedad la letra, no deja este de ser uno dellos, pues así

lo enseñó con acciones de su gobierno en su familia, que fué tal que en pocos instituyó gran monarquía con su dotrina; que llegó á todos los fines de la tierra su voz, y que no tendrá fin. Y tanto conservará Vuestra Majestad en paz su conciencia, cuanto imitare é hiciere imitar á los suyos esta dotrina; y quien descaminándole desto le facilitare la inobediencia á tal ejemplo, él se nombra calumniador de la verdad.

«Pidió para sus hijos la mano izquierda y la mano derecha»: esto llamamos pedir á diestro y á siniestro, pedir á dos manos. Edad tiene en los pretensores este lenguaje. Con todo, pidió con más cortesía y moderación que sus hijos. No es poco digno de ponderar que pidan más y con menos recato los validos que las mujeres.

Esto se ve considerando las palabras dellos: «Maestro, queremos que nos des todo lo que te pidiéremos». ¡Imperioso razonamiento! Esto es mandar, no pedir. Las palabras del ruego son más blandas, y más de discípulos á maestro, y de criados á señor; no admiten ambición arrojada. Para tratarle como á maestro, pues le confiesan por maestro, debieran decir: Maestro, pedímoste quieras hacer con nosotros lo que fuere tu voluntad.

Aprendan de Cristo los reyes á responder á los allegados, pues los allegados parece que han aprendido á pedir de Jacobo y de Juan, con las palabras, no con la intención, que en ellos fué diferente. Y como aprenden el modo de Jacobo y de Juan para pedir, haced, Señor, que aprendan á recibir la dádiva que ellos acetaron de la muerte y del martirio por su Maestro. Quieren que haga con ellos todo lo que ellos quieren; por eso responde Cristo: «No sabéis lo que os pedís.» No cura á la dema-

sía la suspensión, ni la mesura, ni la respuesta dudosa. La medicina es responderle en la cara: «No sabéis lo que pedís», á raíz de la pretensión. Dice más abajo, que oyéndolo los diez, se indignaron y sintieron de Jacobo y de Juan. Pues si siendo apóstoles y escogidos se sintieron de que los dos, siendo como ellos, y más primos del Rey, lo pidiesen para sí todo, ¿qué mucho que los hombres se inquieten y desasosieguen, no de ver que dos lo pidan todo, sino (si tal sucediese) de que lo pidiese todo uno ó se lo diesen? Pudiera ser caridad este sentimiento si se atribuyese á lástima del señor que lo da ó lo deja tomar por su perdimiento, aun antes que se lo rueguen y arrebaten. Esto, Señor, no sólo no lo han de hacer los reyes, ni consentirlo. Para oído sólo es de grande escándalo entre los Santos y justos: ¿qué hará entre los que pretenden lo mismo, y que en la demasía que ven sólo sienten no haber sido los primeros?

Prosigue Cristo en la respuesta el castigo, diciendo: «No sabéis lo que os pedís.» Luego les pregunta lo que ellos habían de haber pedido: «¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?» Responden que sí. Ya que no supieron pedir, supieron acetar.

No se ha visto petición hecha á peor tiempo, ni en ocasión que más se descaminase, pues en todo este capítulo Cristo no trata si no de la resignación y desprecio de los bienes, advirtiendo á que el príncipe que le llamó buen maestro, pareciéndole que las lisonjas serían tan bien admitidas de los oídos de Cristo Jesús como de los suyos. Dícele el Señor que venda cuanto tiene, y lo dé á los pobres; y viendo que se entristece, dice repetidamente que es muy dificultoso entrar un rico en el reino del cielo, y esto con muchas comparaciones; y luego

trata, de que va á Jerusalén, que ha de ser entregado, y burlado, y escupido, y cruficado. Y á este tiempo, aun sonando en su boca esta dotrina, llegan á pedirle sus allegados sillas en su reino, habiéndole oído decir que su reino no era de este mundo. ¡Grande divertimiento! ¡Sillas piden á quien no tiene donde reclinar la cabeza, á quien riñó á Pedro porque quiso hacer tres tabernáculos para el Señor y para los que le asistían! Señor, si conociendo á Cristo por Hijo de Dios y por Dios verdadero, y siendo Jacobo y Juan ministros de suma santidad, y su valimiento tan conforme á su obligación, el lado del Señor, el hablar en el reino, el asistir al Rey ocasionó en ellos tan anticipada petición fuera de propósito, ¿qué hará el lado y favor de los reyes hombres en los que habiendo adquirido con maña la gracia de un príncipe están á su oreja? No sólo pretenderán las dos sillas: tratarán, como Luzbel, de quitarle su trono; pues fué aquel serafín, y su pecado lo será, inventor de las caídas de los poderosos con soberbia.

¿Quiere ver Vuestra Majestad cuán gran descamino es, no digo yo tomar las sillas, los dos oídos del rey, sino sólo pretenderlas? Que obligaron á Cristo, que en lugar de concederles á sus discípulos, á sus parientes, las sillas que pedían, les concedió la muerte y el martirio sin pedirla, diciendo: «Beberéis mi cáliz; seréis bautizados con mi bautismo.» Fué dar á Jacobo el cuchillo, y á Juan la tina. Así padecieron, aunque aquella muerte llena estuvo de favor y de gloria del martirio. No parezca á Vuestra Majestad rigor, sino regalo, conceder la muerte y el martirio á los que pidieron para sí lo que es para quien el Padre Eterno tiene determinado, porque ellos piden como discípulos, y él da como Maestro. Pues-

tos tales en los reinos del mundo, pedirlos es tentar. La diferencia fué grande, pero piadosa; y así la acetaron luego. Breve y docta proposición les hizo Cristo en pocas palabras. Cúlpalos porque piden las sillas, diciendo: «No sabéis lo que os pedís.» Prosigue: «¿Podéis beber mi cáliz?» Responden que sí. Y el fervor de acetarlo muestra que lo que ellos querían era el martirio, y que no supieron pedirlo; porque se viese que Dios solo sabe dar lo que nos está mejor. «Moriréis mi muerte: sentaros á mi diestra y á mi siniestra no me toca á mí, sino á aquellos á quien está prometido por mi Padre.» Ser rico no es merecer: ser título ó hijo de príncipe, no es suficiencia (1).

---

(1) Suprimió Quevedo, en la refundición de su *Política*, el párrafo que se inserta á continuación, y se halla en las cuatro primeras ediciones de 1626, y en las reimpresiones de Barcelona, 1629, y Pamplona, 1631, como de extremada dureza, ingrata para oídos de príncipes y magnates, —«.....en casa de Dios y en su reino. Ningún cargo provee en el parentesco ni la grandeza. Las sillas de las dos manos del rey, sus dos lados, sus dos oídos, nadie se ha de atrever á pretenderlos, ni el rey á darlos: eso toca á Dios, en cuya mano están los reyes, y tiene esos puestos, por el interés del bien común, guardados á los justos y santos. Delito es pedirlos, ignorancia pretenderlos; Dios lo dice: «No sabéis lo que os pedís.» El rey que oyere esta petición sin dar esta respuesta y este castigo, se descara á no aprobar el gobierno de Cristo, y profano presume mejorar sus decretos; y permitirá Dios que las sillas que consiente que le pidan, se las arrebaten. Mas, si olvidado de Dios, las diere, Dios le olvidará, consintiéndole por veneno coronado de sus reinos y plaga real de sus vasallos. Su dádiva será afrenta, y en esas dos sillas que da, le pondrá Dios al lado (de asiento) la perdición y el azote.»

CAPÍTULO XIV.

Cómo han de dar y conceder los reyes lo que les piden.
(Matth., XX.)

Nescitis quid petatis. Potestis bibere calicem, quem ego bibiturus sum? Dicunt ei: Possumus. Ait illis: Calicem quidem meum bibetis; sedere autem ad dexteram meam, paratum est á Patre meo. Et audientes decem, indignati aut ad sinistram, non est meum dare vobis, sed quibus sunt de duobus fratribus.

No sabéis lo que pedís. ¿Podréis beber el cáliz que yo he de beber? Respondiéronle: Podemos. Y díjoles: De verdad mi cáliz beberéis; mas sentaros á diestra y siniestra no me toca á mí dároslo á vosotros, sino á aquellos que está dispuesto por mi Padre. Y oyéndolo los diez, se indignaron de los dos hermanos.»

Es tan fecunda la Sagrada Escritura, que sin demasía ni prolijidad sobre una cláusula, se puede hacer un libro, no dos capítulos. Con pocas letras habla el Espíritu Santo á muchas almas, y sabe la verdad de Dios respirar á diferentes intentos con unas propias cláusulas. No alcanzara yo los misterios del texto de San Mateo, si no los hubiera aprendido de la pluma de aquel doctor angélico Santo Tomás en estas palabras sobre este lugar: «Aquí respondió á petición de gloria. Si dijera el Señor: Yo os la daré á vosotros, entristeciéranse los otros; si se la negara, entristeciéranse ellos. Por eso dijo: Sentaros á mi diestra y á mi siniestra no es de mí dároslo.»

Nada olvidan los santos: debajo de sus puntos se di-

simulan aquellas sutilezas políticas de que hacen tanto caudal los autores profanos. Advierte Santo Tomás que Cristo ni les negó las sillas ni se las concedió, por no entristecer á los que piden ni á los que los oyeron pedir: prudencia de que sólo Dios en tan alto grado es capaz; nota que sólo tan gran padre pudo hacer. ¿Qué otro príncipe, qué monarca supo prevenir la discordia de los atentos, descifrar la petición, dar á conocer la dádiva, valuarla y mostrar que conocía su precio, en palabras tan pocas y tan breves?

Piden las sillas los Apóstoles: no se las niega: que bien pueden pedir las sillas los que sirven bien. No es osadía reprensible: es celo fervoroso y confiado. Respóndeles: *Nescitis quid petatis.* No es reprensión ésta de lo que piden, sino del modo; lo que les pregunta lo declara. ¿Podéis beber mi cáliz, y morir mi muerte? Dicen que sí: responden que lo beberán. Esto fué decirles á los que pedían la gloria: *Nescitis quid petatis.* «No sabéis lo que os pedís.» ¿Sabéis lo que vale mi gloria, y las sillas en ella? Beber mi cáliz, morir mi muerte. Ellos entendiéronlo bien, y luego confesaron el valor diciendo que podían beber su cáliz y morir su muerte.

Quisiera poder hablar con Vuestra Majestad con tal afecto y tal espíritu en esta parte, que merecieran mis voces estar de asiento en los oídos de Vuestra Majestad, donde fueran centinela mis palabras en el paso más peligroso que hay para el corazón de los príncipes, en la senda que más frecuentan los aduladores y los desconocidos.

Señor: llega un vasallo á pedir á Vuestra Majestad le haga merced del oficio de consejero; sea respuesta general: No sabéis lo que os pedís (suena rigor, y encamina

piedad esta cláusula): ¿podréis tener mis trabajos y padecer mis ocupaciones? ¿Hablar bien, y mejor que de vos propio, de los que me sirven más? ¿Podréis solicitar el premio para el benemérito, y olvidaros del interés propio? ¿Podréis desapasionaros de la sangre y del parentesco, y apasionaros de la necesidad y de la suficiencia? ¿Alegaréisme mañana, por servicio para mayores cargos, esta merced que hoy me pedís sin ningunos servicios? ¿Podréis anteponer á vuestros hijos, sin virtud ni experiencia, los suficientes y arrinconados? ¿Queréis antes morir tan pobre que pidan para enterraros, que no tan rico que os desentierren porque pedistes? ¿Podréis dejar antes buen nombre que nombre de rico? Pues advertir que esto vale, y esto os ha de costar la ropa y la plaza.

¡Señor, qué grandes dos jornadas camina la reputación del príncipe que da desta manera! Lo primero da á conocer el precio de lo que le piden, y lo segundo, que él le sabe, y quiere que lo sepan los que se le pretenden. Así en los demás cargos y oficios es forzoso hacer esta diligencia, copiándola de la boca de Jesucristo; porque es cierto, Señor, que los más que pretenden, saben lo que á ellos les está bien, no lo que está bien al oficio; y esa diligencia está en la obligación del rey y á su cargo para su cuenta postrera, donde no tiene lugar de disculpa, antes le tiene de circunstancia, el «no lo entendí, así me lo dijeron, engañéme, ni engañáronme.» Pídenle á Cristo la gloria, y dice: «No sabéis lo que pedís. ¿Podréis beber mi cáliz, que mi gloria no vale menos, ni se da por otra cosa?» Dijeron que sí; y no les dió la gloria, ni se la negó. Dice la luz de las divinas letras, Santo Tomás: «Ni se las dió, ni se las negó,

porque si se las diera, entristeciéranse los otros; y si se las negara, ellos.»

No tenga Vuestra Majestad por cosa de poco momento el entristecer con las mercedes que le pidieren á los que ven que se las piden; que Cristo, suma sabiduría, lo excusó por inconveniente que para desacreditar todo un monarca no echa menos otra alguna diligencia. ¡Grande y pesada inadvertencia es con una merced, por hacer dichoso al que pide, hacer tristes los que lo ven, y malquistar la justicia y su persona! Mucho cura la suspensión, mucho consuela lo que á mejor tiempo se difiere. Inconveniente es para los atentos muchas veces dar al que pide cuando lo pide; y las mercedes propias, apartadas del ruego, menos enconosas son para los demás. El poder soberano de los príncipes es dar las honras y las mercedes, y las rentas. Si las dan sin otra causa á quien ellos quieren, no es poder, sino no poder más consigo; si las dan á los que las quieren, no es poder suyo sino de los que se las arrebatan. Sólo, Señor, se puede lo lícito; que lo demás no es ser poderoso, sino desapoderado: «No es de mí dároslo á vosotros.» ¡Oh voz de Rey eterno, en quien no hay cosa que no sea Dios, sabiduría y verdad, siendo todo en su mano! Y el Señor de todo dice: «No es de mí dároslo á vosotros»; ¡y eran sus primos, y de su colegio sagrado!

¿Qué cosa bastará á persuadir la vanidad de los príncipes, á que dijese: Yo no puedo? La hipocresía de la majestad vana del mundo tiene calificado por infamia el «no puedo», aunque sea contra todos los decretos divinos. Y el poder verdadero, Señor, es poder contra sí conocer los reyes que no pueden lo que no conviene; «Sino para aquellos á quien lo aparejó mi Padre.»

¡Gran Rey, que mira con respeto los decretos de su Padre, y á los que él mira! Es Rey de gloria á quien, como dice Cirilo, «ningún sucesor sacará del reino». Allí les concedió la gloria con tal modo que no estristeció á los diez, ni desconfió á los dos. Así parece lo dice San Juan (en su epístola, capítulo III): «Cualquier cosa que pidiéremos recibirémos dél, porque guardamos sus mandatos», habiéndoles antes asegurado él con tal condición. De suerte que allí les concedió la gloria sin concedérsela, como se la negó sin negársela, cuando dijo: *Nescitis quid petatis.* Díjoles: «¿Gloria pedís? Vale muerte, martirios, afrentas, trabajos.» Dijeron que los querían pasar.

Dijo que los pasarían; mas que dar la gloria y las sillas no era dél, sino para aquellos á quien su Padre lo tenía decretado. Ya le habían oído decir que el reino del cielo padecía fuerza: «Quien me quisiere seguir niéguese á sí mismo, tome su cruz.» Eso es, beber su cáliz. Así que, para los que le beben y los que se la cargan y le siguen, tiene su padre las sillas; y esto lo mostró Cristo en sí mismo, que por el cáliz y por la cruz pasó cargado de nuestras culpas á merecernos la gloria.

Dé Vuestra Majestad juntamente el oficio y noticia de lo que vale, y no dé entristecimiento á los que ven dar á otros; ni entristezca por no dar al benemérito que pide; que discípulo de este Evangelio lo conseguirá todo.

CAPÍTULO XV.

Buen ministro. (*Matth.*, XVII, *Marc.*, IX, *Luc.*, IX.)

Petrus autem, et qui cum illo erant, gravati erant somno, et evigilantes viderunt majestatem ejus, et duos vi-

rus qui stabant cum illo: et factum est cum discederent ab illo, ait Petrus ad Jesum: Domine, bonum est nos hic esse: si vis, faciamus hic tria tabernacula: tibi unum, Moysi unum, Eliæ unum. Non enim sciebat quid diceret.

«Estaban rendidos al sueño Pedro y los que con él estaban, y despertando vieron la Majestad suya y dos varones que estaban con él; y sucedió en apartándose que dijo Pedro á Jesús: Señor, bueno es que nos estemos aquí. Si quieres hagamos tres alojamientos, para ti uno, para Moisén otro, para Elías otro. No sabía lo que decía.»

El mal ministro dijera: Para mí uno, y otro para mí, y para mí el otro, y todo para mí; porque Satanás ha dicho que sus ministros todo lo quieren para sí, y que él todo lo promete á uno. Siempre he buscado con mucha curiosidad y diligencia, en qué estuvo el desacierto de San Pedro en esta ocasión, cuando partió tan como buen ministro, que repartía la comodidad en los otros, sin acordarse de sí para los tabernáculos y mansiones.

Señor, yo afirmara que nunca privado pidió tan cortésmente, ni propuso con tan grande acierto, pues pide y quiere para los muertos los mejores lugares, y para los antiguos criados de casa, como Moisén y Elías, las comodidades, honras y descanso. Ajustada proposición parecerá á todos; y es tan apocado el sexo humano, y tan limitado el discurso de los hombres, y fía tanto de las apariencias, que cuando está admirando en este ministro esta consulta, de que se debían agradar todos los príncipes por celosa y dictada de la caridad y del celo, dice el Evangelista, sin regalar en manera alguna el lenguaje, sino crudamente: «No sabía lo que se decía.» Al criado que todo lo quiere para sí, y no se acuerda de los

muertos sino para desenterrarlos de sus sepulturas, ni de los criados antiguos y beneméritos de la casa, sino para ponerlos objecciones, ¿qué le dirá el Evangelista? Rey que todo lo da á uno, parece que tiene de Dios, para errar, más poder que el diablo, pues á Satanás sólo le fué concedido prometerlo, y á él le permiten, para más condenación, el darlo. Señor, ya lo he dicho: quien todo lo pide, tienta y no ruega (repetir estas cosas más es celo que prolijidad); demonio es; quiere el que se lo da todo, sea peor que él, pues á él sólo le es dado ofrecerlo.

Cuidadosamente he examinado la inadvertencia desta propuesta, tan severamente reprendida en San Pedro, príncipe que había de ser de la Iglesia; y habiéndolo considerado muchas veces, hallo que al parecer fué consulta cautelosa y en parte lisonjera, pues pidió para los allegados, y que los vió al lado en la gloria, y en el mejor lugar. Señor, pedir para los que pueden, designio tiene, intención esconde; puede disimular vanidad; secreto va el interés propio disfrazado en la diligencia por el amigo. Dar al poderoso es comprar; pedir para el que priva es negociar, no es ruego.

Débese ponderar con admiración que ni quiere Cristo que pidan las sillas, ni que traten de los que están á su lado. Á los que las pidieron para sí, dijo: «No sabéis lo que pedís»; y al que las pidió para los que estaban con él, que «no sabía lo que se decía». No son cosas estas en que ha de hablar nadie: no tiene entrada el discurso en estas materias.

En el Tabor, transfigurado Cristo, se representaron la desnudez y miseria de los hombres, que habían menester á Cristo en cruz y muerto; y por otra parte Elías y Moysén, que le acompañaban glorioso. Pedro se olvida

en la consulta de los pobres y necesitados, y lisonjea los presentes. No quiere que vaya á morir, ni que baje á Jerusalén. Y también hallo que escondió su interés en la palabra «bueno es que nos quedemos aquí». También regateaba el acompañamiento; y así Cristo, por interesada en la comodidad propia y desapiadada de los necesitados, reprehende la consulta donde se pide para los ricos y favorecidos; y se olvidan los pobres y menesterosos. Señor, San Pedro pidió entre sueños: mostró más comodidad que celo; y en las palabras habló con lenguaje ajeno de los oídos de Dios.

Así que, no es buen ministro el que mira por la seguridad del príncipe y por su descanso y el de sus allegados: sólo ese, si olvida los pobres, en nada sabe lo que se dice. Sólo es buen ministro quien derechamente mira á los necesitados. Quien da al poderoso compra, y no da; mercader es, no dadivoso; logro es el suyo, no servicio; más pide dando que pidiendo, porque pide obligando á que le den. Quien pide para el que manda, toma para sí: cautela es, no caridad; no sabe lo que dice; y el mejor remedio es saber lo que con él se ha de hacer. Y copie Vuestra Majestad esta respuesta del Evangelista, que vendrá siempre á propósito en muchos sucesos; y de los ministros que con afectación se le mostraren muy celosos de su reposo y descanso, tenga más sospecha que satisfacción; y esté Vuestra Majestad acautelado contra este género de amor que peca en trampa contra la autoridad; pues tanto es mayor el interés del que puede, cuanto más le deja el rey que haga de lo que á él solo toca: haláganle con el sosiego, y desautorízanle y desacredítanle con el divertimiento del cargo real. San Pedro quería que Cristo, su Señor y Maestro, se estu-

viese transfigurado y en gloria, y entre Elías y Moisén; y no supo lo que se dijo, porque al oficio de Cristo, y al ministerio á que vino, convenía, no el Tabor, sino el Calvario; no gloria, sino pena; no los lados de Elías y Moisén, sino de dos ladrones. En esto sí habrá quien quiera imitar á Cristo; ni faltarán ladrones que le cojan en medio. Mas es de advertir que Cristo, nuestro Redentor y Maestro, vivió entre Apóstoles y murió entre ladrones.

CAPÍTULO XVI.

Cómo y á quién se han de dar las audiencias de los reyes.
(*Luc.*, cap. XVIII.)

Afferebant autem ad illum et infantes, ut eos tangeret, quod cum viderent discipuli, increpabant illos. Jesus autem convocans illos, dixit: Sinite pueros venire ad me, et nolite vetare eos; talium est enim regnum Dei.

«Traíanle á Cristo muchachos para que los bendijese, y viéndolo sus dicípulos, los despedían con reprehensión: mas Jesús, convocándolos, les dijo: Dejad que vengan á mí los niños, y no los despidáis: destos tales es el reino de Dios.»

Tiene tantos achaques en el ánimo más puro el ser ministro en palacio, aunque sea en menudencia, como la puerta donde el portero no es otra cosa sino una dificultad de la llave, y hacer mal acondicionada la cerradura y desacreditar el paso, que enferma con desabrimiento los ánimos más puros. Y conócese bien, pues en los ánimos de los Apóstoles puso el dar las audiencias despego merecedor de reprehensión tan severa, como Cristo con demostración les hizo.

Señor, todo lo hacen al revés los reyes que no se dan, sin interpretaciones y comentos de codiciosos, á la imitación de Cristo. Retiramiento afectado en los reyes ó confiesa sospecha suya ó desconfianza; y si es maña, ni disimula ni autoriza; porque la malicia quejosa en los vasallos imagina lo que puede ser y adelántase á cualquier prevención. Rey que se cierra con los ambiciosos y los tiranos, con cuidado se guarda de los buenos y santos y leales, da la llave de la puerta á quien había con particular recato de esconder la casa. ¿De quién te guardas, ¡oh descaminado señor! si te entregas á los que habías de temer?

«Traíanle á él», dice el texto. No es de ahora hallar mala acogida en los malos ministros los que traen á los reyes, y no á ellos. Esto hablo así para nuestras costumbres; que los Apóstoles es cierto que lo hicieron por no molestar con tanta multitud de gentes á su Maestro, si bien entre ellos estaría Judas que sin duda quisiera que le trujesen á él, y no á Cristo, ó que trujeran dineros, y no necesitados. Cristo los convocó, y les dijo: «Dejad que vengan á mí.» Así dice el Evangelista, y así habían de decir los príncipes cuando ven que sus ministros dan audiencias con ostentación y ceremonia majestuosa á los vasallos: Dejad que vengan á mí; que os hablen es bien; pero que os busquen para hablaros y que se haga negociación para eso, no conviene á mi cargo: vengan á mí; dejaldos que vengan, que los embarazáis con vuestra vanidad.—Dar audiencia los ministros es forzoso, y pueden cometer gran crimen y escandaloso en el modo de darla, por ser la acción de singular majestad en los reyes, y en España, y Castilla particularmente, no hacer otra con los vasallos en que personalmente el rey ejer-

cite la jurisdicción y soberanía; y si ésta se imita por el criado, es desautoridad, y si se igualase, sería atrevimiento; y si se excediese, lo que Dios no quiera, sería acción que aun ponerle nombre no se puede sin culpa. Por eso Cristo dijo á sus Apóstoles, siendo tales: «Dejaldos venir á mí.»

Pues si el Hijo de Dios se recata de sus doce Apóstoles, porque entre ellos hay un Judas, ¿qué han de hacer los príncipes servidos de malos ministros, que entre doce Judas quiera Dios que apenas tengan un apóstol?

La majestad del rey consiste en estas piadosas demostraciones; porque, bien visto, el pobre y desamparado ha de buscar al rey, y el rey ha de buscar al benemérito; y si los ministros le escondieren el uno y le despidieren los otros, su oficio es llamar á aquéllos y reprehender y castigar á éstos. ¿Por qué no parecerá, bien, cuando un gran monarca va cercado de armas (en que sólo está el ruido, no la majestad de su persona), y el soldado aparta la viuda y el huérfano, llamarlos él y traerlos á sí, considerando que los menesterosos son la verdadera guarda suya y su más honrado acompañamiento; y la pompa, que no es vana y es preciosa para hablar á los reyes, sólo ha de ser la necesidad y el trabajo?

El rey es persona pública; su corona son las necesidades de su reino: el reinar no es entretenimiento, sino tarea; mal rey el que goza sus estados, y bueno el que los sirve. Rey que se esconde á las quejas y que tiene porteros para los agraviados y no para quien los agravia, ése retírase de su oficio y obligación, y cree que los ojos de Dios no entran en su retiramiento, y está de par en par á la perdición y al castigo del Señor, de quien no quiere aprender á ser rey.

No hay otro oficio en palacio que medre dando, sino el de las audiencias, y por eso quiere más cuidado en todo.

Esta doctrina referida no la aprobarán los poderosos que hacen su caudal de la persecución, desamparando los buenos. En el propio capítulo, admirado desta acción (no pareciéndole digna del embelesamiento que llaman severidad en los monarcas), le preguntó un príncipe (así le nombra el Evangelio): «Buen Maestro, ¿qué haré yo para tener la vida eterna?» Respondió Cristo: «¿Por qué me llamas bueno?» Entendió que Cristo oiría lisonjas de tan buena gana como él. Y no habiendo Cristo rehusado adoración, caricia, regalo ni alabanza de la Magdalena, de la vieja que bendijo los pechos que mamó, el *Hosanna in excelsis* del pueblo, ni la confesión de San Pedro: esta sola rehusó y despreció y reprehendió, á mi parecer, porque no preguntó con deseo de aprovecharse, sino con invidia. Pues luego que oyó decir á Cristo que dejasen venir los niños á él, y que de los semejantes era el reino de Dios, le pareció que se hacía agravio á los ricos, y preguntó qué haría él para entrar en el reino de Dios; y respondióle, después de otras advertencias, que diese lo que tenía á los pobres, que fué decir lo que había dicho, que se hiciese pobre y entraría.

¡Qué república tan diferente de la que mantienen los reyes del mundo! Aquí los ricos no pueden entrar, y entre nosotros no saben salir. Llama á los pequeños, y despide á los poderosos, no porque no admite el reino á todos, sino porque ellos se son estorbo á sí, y en este mundo embarazan y ocupan la entrada á los pobres, y en el otro, como la puerta es estrecha y el camino angosto, ni por el uno ni por la otra caben.

CAPÍTULO XVII.

Buen criado del rey que se precia de serlo.

No es criado ni ministro del rey el que afecta la grandeza en tal manera, que no sólo es igual á su rey, antes superior: este es invidioso de la corona, émulo del poder, tirano, criado á los pechos del favor, y alimentado y crecido por la soberbia del desconocimiento y la codicia. San Juan Bautista fué tal en santidad, en nacimiento, en predicación, oficio, que no deseaban más partes los judíos en un hombre para tenerle por Mesías; y viendo que de parte de la ceguedad del pueblo estaba la duda, para diferenciar al fuego de la centella y al sol del lucero, que es dádiva de sus rayos y viene á traer nuevas del día y á ganar las albricias de la luz al mundo, su vida no la gastó en otra cosa que en desengañarlos y enseñarles la verdad.

Juan da testimonio de él y clama diciendo (1): «Este era el que yo dije; el que ha de venir en pos de mí, ha sido antes de mí, porque primero era yo. Y de su plenitud recebimos nosotros todos, y gracia por gracia. Porque la ley fué dada por Moisén, mas la gracia y la verdad fué hecha por Jesucristo. A Dios nadie le vió jamás, el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, él mismo lo ha declarado. Y este es el testimonio de Juan.»

Después le preguntan si es Cristo, y confesó que no. Pondera repetidamente que confesó que no era el ungido, el enviado, que no era Cristo: y dícelo dos veces, por

(1) *Joan.*, I.

cosa, aun en San Juan, digna de grande admiración. Tan dificultoso juzga el Evangelista que es el no aceptar el criado el honor y grandeza y adoración que se debe al señor. «¿Pues qué cosa? ¿Eres tú Elías? y dijo: No soy. ¿Eres tú el profeta? Y respondió: No. Pues dijéronle: ¿Quién eres, para que podamos dar respuesta á los que nos han enviado? ¿Qué dices de ti mismo? Dijo él: Yo soy voz del que clama en el desierto. Enderezad el camino del Señor, como dijo Isaías profeta» (1).

Y preguntándole después por qué bautizaba no siendo Cristo, ni Elías, ni profeta, respondió: «Yo bautizo en agua; mas en medio de vosotros estuvo á quien vosotros no conocéis. Este es el que ha de venir en pos de mí, que ha sido antes de mí; del cual yo no soy digno de desatar la correa del zapato. Esto fué hecho en Betania, de la otra parte del Jordán, en donde estaba Juan bautizando. El día siguiente vió Juan á Jesús venir á él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Este es aquél de quien yo dije: En pos de mí viene un varón que fué antes de mí, porque primero era que yo. Y como yo no le conocía, mas para que sea manifestado en Israel, por eso vine yo á bautizar en agua. Y Juan dió testimonio diciendo: Que ví el Espíritu que descendía del cielo, como paloma, y reposó sobre él. Y yo no le conocía.»

Cuidado fué digno de la fidelidad y reconocimiento de San Juan, este con que no sólo despide la lisonja que le hacen con tenerle por Mesías, antes, si fuera posible, se desautoriza; hace testigos, y no sólo dice Cristo lo es todo, pero que él no es nada; siendo «un hombre enviado

(1) *Joan.*, I.

por Dios, que vino á preparar los caminos al Señor, para que creyesen todos por él.» Y viendo que la ignorancia y la malicia del pueblo y de los príncipes dudaban en la verdad, y que cegaban con la luz, repite infinitas veces que él no le conocía; que aunque viene después, le envía Cristo, y que fué hecho antes que él; que no merece desatar la correa de su zapato; que es Cristo el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo; que lo aprendió á conocer del Espíritu Santo; y torna á decir que no le conocía.—Este prodigio de santidad sabía estimar el ser criado y mensajero de Cristo, pues supo preciarse de manera, de serlo, que tuvo por más seguro y más justo parecer nada, que á su Señor; y hizo grandes diligencias para persuadirlo á las gentes. ¿Cuándo ningún rey del mundo hizo con criado lo que Cristo con San Juan? Su amistad empezó primero que naciese: los favores se adelantaron al parto en la santificación, pues le santificó. Creció con los dos la voluntad, el favor y igualmente el repeto; después recibió de su mano el bautismo; y de su boca el testimonio de quién era; y hablando dél, dijo Cristo que entre los hijos de las mujeres no había nacido ninguno mayor que San Juan Bautista; y pudiendo gloriosamente y sin deslucir la humildad referir estas acciones, por atender sólo á desengañar pueblo tan entorpecido y desalumbrado, dice que no es nadie, y, cuando más se alarga, dice que es voz de quien clama en desierto, siendo la voz apenas algo.

Señor, criados han de tener los reyes, unos más cerca de su persona que otros, y la voluntad no será en todos igual, y determinará con más afecto en algunos; y entre ellos podrá ser que uno solo sea dueño de la voluntad del

príncipe. No está en eso el inconveniente, si el rey sabe en qué cosas puede hacer á su criado dueño de su voluntad, y el criado cómo ha de usar deste favor y estado.

Rey que llama criado al que le violenta y no le aconseja, al que le gobierna y no le sirve, al que toma y no pide (1), no pasa la majestad del nombre: es un esclavo á quien para mayor afrenta permite Dios las insignias reales. No hablamos deste que le mira con desdén la advertencia cristiana y piadosa. Este tal, Señor, hace justicia de sí propio, y depónese á vista del mundo de la dignidad que alcanzó de Dios para su condenación; y cuando se resigna á sí en otras manos, confiesa su insuficiencia; porque cuando en un rey reina un criado, aquella boca cristiana, ni la lengua de la verdad no le llama rey, sino reino de su ministro, y así se ha de llamar.

San Juan, viendo que le siguen todos y que le acompañan, ve á Cristo, y díceles: «Veis allí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo: ese es el Rey, él lo despacha; no hay otro que pueda nada sino él; yo no

(1) Las primeras ediciones añadían: «al que por todo el reino recibe y por ninguno habla; al que llama pródigo y perdido al rey que da á otros, y justifica lo, santo y glorioso al que todo se lo deja tomar á él, al que hace méritos para sí los inconvenientes que pone á las mercedes en otros; al que cerca los oidos del rey, de hombres y consejeros comprados que, alabándole á él y acreditando su gobierno, halagan con lisonjas venenosas la perdición y afrenta de los beneméritos; ese que llamare criado tal género de demonios, indigno es del comercio de las gentes.»

Esto, dice el Sr. Fernández Guerra, debió parecer censura harto clara del Duque de Lerma, favorito y ministro de Felipe III.

soy nada. Esto hacen los privados reconocidos y cuerdos (1): «Id al rey (y enseñársele); véisle allí; yo no soy nada; él da los cargos; sólo él es señor de todo.»

La maña de los criados ambiciosos, en los príncipes divertidos, con facilidad acredita los errores y desautoriza la justificación bien ordenada. Si los consejos proponen y el criado determina, la experiencia y las leyes, y en ellas la prudencia y la razón, sirven al albedrío. El rey, Señor (dice un árabe), ha de ser como águila, que ha de tener cuerpos muertos alrededor; no ha de ser cuerpo muerto que tenga alrededor águilas. A los reyes la majestad de Dios, cuando ordenó que naciesen reyes, dióles la administración y tutela de sus reinos; y hízolos padres de sus vasallos y pastores: y todo esto les dió con darles el postrer arbitrio en todo lo que les consultaren y propusieren sus consejos y vasallos y reinos. Pues si eso diese un rey á otro hombre, ¿qué guardaría para sí? Nada; porque la corona y el cetro son trastos de la figura, embarazosos y vanos. ¿No era renunciar el reino? Sí; no puede negarse, y es cortés manera de hablar. Era despreciar la mayor dádiva de Dios y obrar contra su voluntad, en perjuicio de tantas almas; pues da el reino á quien Dios no quiso dársele ni halló digno de tal oficio, y es dar el rey lo que Dios le dió para que le sirviese con ello.

Diga á voces la vida de Cristo qué cosa ha de encargar un rey á su criado, y qué han de ser los criados de los reyes.

(1) En las expresadas ediciones sigue: «cuando ven que acuden á solicitar su puerta todos, y que es desierto palacio cuando ellos no entran por él.»

Lo primero, no han de ser profetas; así lo dice San Juan: «No soy profeta.» No hay cosa que tanto desacredite y apoque los reyes, como criado profeta que responda á los negociantes: «Eso se hará; yo haré que se despache; darle han el oficio; saldrá con su pretensión.» Estos son profetas; y dando á entender que saben lo que ha de ser, en todo apocan el poder de su señor.

Han de ser voz del desierto. Yo entiendo aquí eco, porque el eco por sí no dice nada; repite lo que dice otro, y no todo sino los últimos acentos. Así ha de ser el criado, que ha de decir lo que el rey dice, no tanto como él: unos finales; no al revés, que el rey diga lo que dijere el eco; y cuando lo quieran entender de otra suerte, ha de ser voz, no lengua, que es señal que ha de ser formado, y no ha de formar; y no basta que sea voz, sino que lo sea en desierto, sin pompa afectada, sin acompañamientos ambiciosos, compitiendo el cortejo al rey.

De San Juan Bautista, gran criado y valido, no fió Cristo otra cosa que los peligros de la verdad entre los príncipes y reyes. Cuáles son estos peligros en palacio, véase en la brevedad con que la inquietud y juguetes de unos pies deshonestos tuvo por precio de su descompostura la cabeza del Precursor, postre de un banquete y premio de un baile, habiendo sido su pompa el desierto, su ejercicio la penitencia, y llamábase voz que gritaba en desierto. Ni puede ser buen criado quien no lo fuere así; pues eso es ser verdad y decir verdad y tratar verdad, pues los que afectan y profesan ser precursores de la mentira, y á quien los reyes encargan los acrecentamientos del engaño, son voz que clama en poblado; y si el clamar fuese pidiendo, esa sería voz que roba en poblado.

El buen criado y el malo diferencian en la vida y en la muerte.

Entró en la privanza San Juan Evangelista, y no se lee que tratase con él nada más que con los otros. A él negó las sillas como á los demás; y al huerto y al Tabor llevó á los otros como á él. Cuando murió, en una de las siete palabras le encomendó su Madre, que fué encomendarle la viudez y el desconsuelo; y por eso se la encomendó, no con nombre de madre, sino del Apóstol, diciendo: «Mujer, ves ahí tu Hijo. Dicípulo, ves ahi tu Madre.» A todos los Apóstoles, ¿qué les encomendó, sino los peligros de la verdad, que fueron sus peregrinaciones, sus muertes y sus martirios?

Elige á San Pablo por Apóstol y por privado, y lo primero que hace para que sea buen privado y buen criado, es derribarle. Cayó primero, y no caerá después. ¡Advertida prevención bajarse uno de donde, si no cae, le pueden derribar! Llámase vaso de elección, vaso que escoge para sí: privado quiere decir. Quien supiere leer el texto griego y hebreo, echará de ver que vaso quiere decir arma escogida de Cristo. Siendo antes arma ofensiva contra su testamento y Apóstoles, por arma defensiva de todos nombróle por privado suyo desde el cielo. Fuéronlo otros; más á el se lo dijo. ¿Qué le encargó á este criado escogido, arma escogida, vaso de elección? Encargóle los peligros de la verdad. Mire Vuestra Majestad sus peregrinaciones, sus trabajos, sus naufragios, sus afrentas, su miseria, sus martirios, sus azotes, su muerte.

Diga sus palabras San Pablo, que las pronuncia y escribe la caridad inefable suya: «Pero como fuese libre, de todos me hice esclavo, por ganar más para Dios, no

para mí.» Eso es ser buen criado del rey, adquirir más para él que para sí. San Pablo lo dice en los *Actos apostólicos* (cap. x).

Refiere que el Espíritu Santo por todas las ciudades le protestaba diciendo que le quedaban aparejadas muchas prisiones y peligros en Jerusalén; y añade: «No temo nada desto, ni tengo mi vida por más preciosa que mi alma, como yo acabe mi camino y el ministerio que recibí del Señor.» Este es el ministerio, y este es el buen ministro que no hace su vida más preciosa que su alma; y que cuando cuenta sus aumentos y sus servicios («Son criados de Cristo, y yo también —2, Cor., XI; vers. 23»— habla en este caso), vea Vuestra Majestad las mercedes y cargos que refiere: «Pasé afrentas, y trabajos, y hambres y sed, peligros en todas partes. Tres veces me azotaron, una me apedrearon; tres naufragios he pasado, y un día y una noche estuve sumergido en el profundo del mar.» Diferente relación, y opuesta á ésta, harán los criados que, instruídos del interés, despeñan, no sirven á los reyes. Su alabanza es y sus servicios: «He deshonrado muchos, empobrecido más, he hecho morir inocentes, y correr fortuna navegantes: he hecho pasar hambres y fríos y miserias á otros.»

Buenos ejemplos son el del buen criado y de San Pablo: el uno en su vida, y el otro después de su muerte. Y no se puede dudar que el buen criado se represente en San Juan, pues lo dice Dios por Isaías, y así lo canta la Iglesia el dia de su nacimiento: «Y díjome: Mi criado serás tú en Israel, porque en tí me gloriaré.» Y luego consecutivamente (Isaí., cap. XLIX): «Y esto dijo el Señor, formándome en el vientre su criado.» Así son los criados que Dios hace; y así á su imitación, los han

de buscar los reyes de la tierra, imitadores de Cristo.

Sirva el criado, y merezca; no mande, no sea árbitro entre el rey y los Consejos; traiga al rey las consultas y los papeles, y alivie al rey el trabajo del mudar las bolsas de los Consejos de una parte á otra, y de abrir los pliegos, de disponerse á los aciertos con su parecer. Cristo se informaba de las partes y de las propias cosas que trataba; no creía relaciones. Tentáronle con malicia y cautela en la materia de jurisdicción; y para responder, mandó parecer las monedas y que ellas hablasen por sí y informasen con sus figuras; y no quiso que en su presencia, en negocios de importancia, una cosa hablase por otra, aunque fuese sin voz.

Lo postrero es, que no ha de desmerecer ninguno por no ser del cortejo del privado, ni del valido; ni por serlo, de adelantarse á otro. Cristo en San Juan lo enseña por San Lucas, capítulo IX. Dijo Juan: «Maestro, vimos á uno que en tu nombre lanzaba demonios, y prohibímoselo, porque no sigue con nosotros.» Responde Cristo: No se lo estorbéis.» No es causa para que no tenga el oficio, el cargo, la dignidad, que el criado diga: «Señor, no es de los nuestros, no acompaña conmigo.» Cristo manda que le dejen hacer milagros al que no tiene contentos y satisfechos á los suyos.

CAPÍTULO XVIII.

Á quién han de ayudar, y para quién nacieron los reyes.
(*Joan.*, cap. v.)

Erat autem quidam homo ibi, triginta et octo annos habens in infirmitate sua. Hunc cum vidisset Jesus jacen-

tem, et cognovisset, quia jam multum tempus haberet, dicit ei: Vis sanus fieri? Respondit ei languidus: Domine, hominem non habeo..... Dicit ei Jesus: Surge, tolle gravatum tuum, et ambula. «Estaba allí cierto hombre que en su enfermedad había estado treinta y ocho años; y como le viese Jesús caído y solo, y conociese que había mucho tiempo que estaba así, le dijo: ¿Quieres sanar? Respondióle el enfermo descaecido: No tengo hombre para que cuando se mueve el agua me lleve á la piscina; y así mientras yo llego, otro baja. Díjole Jesús: Levántate, toma tu lecho á cuestas, y anda.»

Preguntar á un enfermo si quiere ser sano en las enfermedades corporales, se tendrá entre nosotros por cosa excusada; siendo así que en las enfermedades y defectos del alma es la más forzosa pregunta entre todas; pues es cierto que sólo están malos los que no quieren sanar. Y échase de ver en que del tener salud es parte el quererla tener; y uno de los primeros aforismos de la medicina espiritual es la voluntad propia prevenida de gracia; y por eso le pregunta Cristo si quiere sanar. No responde que sí: acude á disculparse de la iniquidad que se presuponía de que por su culpa no estaba sano, diciendo: No he tenido hombre.—«El ángel del Señor descendía á cierto tiempo á la piscina, y movíase el agua.» (Joann., cap. v.)

¡Grandes cosas puso Dios delante á los reyes en este capítulo! ¡Terribles voces los da con su ejemplo!

Buen rey y malos ministros es cosa dañosa á la república; y hubo árabe que tuvo opinión que era mejor mal rey y buenos ministros. El ángel venía á dar virtud á las aguas, revolvía la piscina. Pero si siendo un ángel el que venía del cielo, el que asistía á esta obra, eran

tales los ministros, que había treinta y ocho años que estaba éste en su enfermedad por falta de hombre, ¿qué importa que el rey sea un ángel, si los ministros son desapiadados (1), y entre todos ellos no halla un hombre quien más le ha menester? ¿Qué cosa es una república sino una piscina? ¿Qué ha de ser un rey sino un ángel que la mueva y la dé virtud? ¿Qué cosa son los pretendientes, y los beneméritos, y los agraviados, y los oprimidos, y los pobres y las viudas, sino enfermos que aguardan salud de las aguas de la justicia y de la misericordia y grandeza del rey? Pero si los ministros son tales que prefieren unos á otros por su voluntad, y olvidan al que más necesidad tiene, obligarán á que venga Dios á desagraviar los desvalidos.

Pues si en la piscina que revolvía un ángel que bajaba del cielo, había este desorden, ¿qué habrá en la del gobierno y los cargos y mercedes, que las más veces la revuelve Satanás, y las más veces la revuelven los hombres, ó son ministros los diablos, que por otro nombre se llaman los ambiciosos, los soberbios y los tiranos? Señor, bueno es que el rey sea ángel; mas ha de ser para los que supieren ser hombres con los necesitados. Angel ha de ser; mas por su mano ha de revolver las aguas de la piscina. La virtud él la ha de dar, y no otro; no lo ha de remitir á nadie.

Y para ver que el rey es representado por el hombre desta piscina, se advierta que representándose el linaje humano en este desamparado, le mira Cristo y le pregunta si quiere sanar, y responde: *Hominem nom habeo.*

(1) *Demonios*, dicen las primeras impresiones.

«No tengo hombre.» A esto no se respondió hasta que Pilatos coronó á Cristo, y le puso cetro y púrpura y todas las insignias reales, y le condenó á muerte de cruz, donde le llamó rey. Entonces, sin saber lo que decía, respondió al linaje humano diciendo: *Ecce Homo.* Ves ahí el hombre que te faltaba. El buen rey no ha de faltar á ninguna necesidad. ¡Gran nota para la conciencia de un rey, cuando con verdad dice alguno de sus vasallos: «¡En necesidad estoy, porque no tengo hombre!»

Los reyes nacieron para los solos y desamparados; y los entremetidos, para peligro, y persecución y carga de los reyes. Destos han de huir hacia aquellos. Quien solicita y pretende el cargo, le engaita, ó le compra ó le arrebata; quien se contenta con hacerse por la virtud digno dél, le merece. A estas cosas no se ha de acudir por relaciones y por terceros; los ojos y los oidos del rey han de ser los más frecuentes ministros. Los necesitados no han de buscar al rey ni á los ministros: esa diligencia su necesidad la ha tener hecha; los ministros y los reyes han de salirles al camino; ese es su oficio, y consolarlos y socorrerlos, su premio. Para saber si gobierna Satanás una república, no hay otra señal más cierta que ver si los menesterosos andan buscando el remedio, sin atinar con la entrada á los príncipes.

Señor, dos cosas vemos en este evangelio; que el rey ha de ser ángel para dar virtud y hacer milagros y revolver por su mano la piscina, pues así tendrá virtud, y de otra mano veneno y muerte; y que ha de ser hombre para remediar los necesitados, y dolerse dellos, y desagraviarlos y darles consuelo.

CAPÍTULO XIX.

Con que gentes se ha de enojar el rey con demostración y azote.
(*Joan.*, cap. II, *Mar.*, XI.)

Et veniunt Jerosolymam. Et cùm introisset in templum, coepit ejicere vendentes et ementes in templo: et mensas nummulariorum, et cathedras vendentirum columbas evertit. Et non sinebat ut quisquam transferret vas per templum, et docebat, dicens eis: Nonne scriptum st: Quia domus mea, domus orationis est? Vos autem fecistis eam speluncam latronum.

«Y vino Jesús á Jerusalén; y como entrase en el templo, empezó á echar á los que vendían y compraban en el templo, y derribó las mesas de los logreros y las jaulas de los que vendían palomas, y no dejaba que nadie pasase mercancías por el templo, ni un vaso; y enseñaba, diciéndolos: ¿Por ventura no está escrito: «Mi »casa es casa de oración?» Vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.»

San Juan, refiriendo esta acción, dice que hizo uno como azote de los cordeles que allí estaban, con que los echó.

No se lee que otra vez con demostración se enojase Cristo, y que castigase con su mano. Tal vez, Señor, conviene que el cordero brame. Cordero era Cristo, y á quien por excelencia llaman manso Cordero; y en esta ocasión armó de severidad su clemencia. Letra por letra parece que el texto del Evangelista está ocasionando á los reyes. Viendo que vendían y mercadeaban en el templo, tomó un azote y echo dél á los logreros, diciendo:

«Mi casa es casa de oración.» Sábese que vuestra majestad puede decir esto por su casa, y porque fervorosamente con su ejemplo alienta virtud y valor en sus vasallos; sólo resta que abra los ojos sobre los que se la quisieren hacer cueva de ladrones. Si alguna insolencia se atreviere á tanto, los castigue y aleje de sí. No será (pero temerlo es providencia, y religión estorbarlo, pues veo que Cristo halló en la casa de Dios quien lo hiciese á sus ojos), y no será más privilegiada para los atrevimientos de los impíos y cudiciosos la casa de algún rey, que la casa de Dios. Y si sucediere, tome el azote, eche de su casa los que se la desautorizaren: no sólo los eche y los castigue, pero derríbeles las mesas y los asientos, y dellos ni de su ejercicio no quede memoria. Adelanto más la consideración. Si Cristo trata desta suerte á los que venden en el templo, ¿cómo tratará á los que venden el mismo templo? Para echar á aquellos cudiciosos mohatreros, dice San Juan que hizo uno como azote; pero para estos contumaces que venden el templo propio, azote ha de ser escogido por el rigor de la justicia; y es lástima de ver cuán bien introducidos están con la absolución los unos y los otros, frecuentando tanto las confesiones como los tratos, haciendo pompa de las comuniones.

El rey puede y debe tener sufrimiento para no castigar con demostración por su mano en todos los casos; más en el que tocare á desautorizar su casa y profanarla, él ha de ser el ejecutor de su justicia.

Es cierto, Señor, como San Gregorio dice, que toda la vida de Cristo fué lición para nuestro enseñamiento. Cuatro géneros de gente castigó por su mano solamente, echándolos ignominiosamente de sí, eso es echarlos del

templo. Y fué tan grande acción ésta, que para mostrar que Cristo nuestro redentor era Hijo de Dios, el glorioso San Jerónimo elegantísimamente la pondera por más alta y misteriosa. No quiero ahogar su estilo: en él se lee mejor todo. Vendió Judas á Jesucristo, que fué vender el templo, y á Dios y á todo el tesoro del cielo. Súpolo antes, y tuvo lástima del mal ministro, no de sí, que había de ser entregado por bajo precio á muerte infame en poder de sus enemigos á quien más bien había hecho y por quien tantas maravillas había obrado. Llégale á entregar, y no le rehusa el rostro ni se le vuelve. Sabe que le besa por seña que da, no por amor que le tiene; y en lugar de reprehensión, le habla y recibe tan regaladamente, diciéndole: *Ad quid venisti, amice?* «¿A qué has venido, amigo?» Déjase atar y llevar preso.— Y aquí, porque vió vender en el templo las ovejas, y vió los mohatreros y las palomas que se vendían, hace de las cuerdas azote, y castiga á los que las venden: ¡gran cosa! que en él se vendió el Cordero que quita los pecados del mundo, y la paloma purísima. Allí se vió la mayor usura y mohatra que trazó la codicia infernal, y no se enoja: sólo para mostrar que el rey ha de mirar más por los otros que por sí; que él está á cargo de Dios, y los súbditos á su cargo; que es buen pastor, que quiere que le vendan por sus ovejas más que no quiere consentir que sus ovejas se las vendan. Allí quiere para sí los azotes, y aquí los quiere para los que le venden los suyos; y por eso dice San Juan consecutivamente aquellas palabras: *Zelus domus tuae comedit me.*

Los primeros que refiere San Juan fueron los que vendían ovejas. En estos se representan los príncipes y procuradores de las comunidades en cortes, y las justi-

cias, que asuelan y destruyen los pobres, los vasallos, y los vecinos y encomendados. Eso es vender ovejas, y más vivamente que todos estos, se representan los obispos y los prelados, si venden en el templo las ovejas que Dios les encomendó para que apacentasen.—Los segundos fueron los que vendían bueyes: en quien se significaron los ricos y poderosos que desustancian los labradores; las justicias que les echan todas las cargas; los gobernadores que los hacen arar para otros, encareciéndoles á precio de sangre el mal año y el socorro.—En los numularios y logreros, los que con pretexto de religión hacen hacienda, los que compran las prelacías, los que comen la renta de los pobres.—En los que venden palomas, los que usurpan la hacienda de los huérfanos y viudas, y los persiguen, y de su desamparo y soledad se enriquecen.

Este género de gente, Señor, el rey que los ve en su casa no ha de aguardar á que otro los castigue y los eche. Mejor parece el azote en su mano para estos, que el cetro.

Oiga Vuestra Majestad, no á mí, pues no es mi pluma la que habla ni la que escribe. Si vender los regatones y mohatreros en el templo mereció tal castigo en la mano de Cristo, ¿cuál será el que soliciten, si se viese que en el templo se venden mayores cosas por mano de los prelados y príncipes, á quien Dios dejó el azote para que á su imitación echasen con ignominia á los que lo hicieren? El castigo, Señor, es el permitirlo en muchos pecados que se ven y padecen los ignorantes y los obstinados (que todo es uno), para la censura de la verdad. Echan menos en la paz temporal desta vida y en el halago de la fortuna el castigo del cielo; no advierten que el mayor es la permisión; pues dan mejor cuenta de los delincuentes los castigos rigurosos, que la suspensión de

ellos. El permitir Dios nuestro señor un hombre execrable y perdido, es dejarlo en manos de sus delitos y suyas; y el castigarle es darle á conocer la fealdad de sus ofensas. La permisión adormece, y el castigo despierta y escarmienta. Así que, es lenguaje conforme al estilo de Dios: Mucho nos permite, mucho nos consiente; luego mucho nos castiga. Y por el contrario: Mucho nos castiga; mucho nos ama. El justo llamará al castigo diligencia que Dios hace para recobrarle; estimarálo por cuidado y celo de sus aciertos. Quien merece los castigos de la ira de Dios y no los tiene en este mundo, no diga que no los padece, sino que no los conoce ni los cree; y eso es toda la ira y indignación suya. Señor, ya que (como he dicho) su casa de Vuestra Majestad por sí puede decir que es de oración, tome el azote, si se ofreciere, y eche della los que intentaren hacérsela cueva de ladrones; prosiga lo empezado, viva imitándose á sí, no se canse de copiarse las acciones de un día en otro.

CAPÍTULO XX.

El rey ha de llevar tras sí los ministros, no los ministros al rey.

Al rey solas las obligaciones de su oficio y necesidades de su reino y vasallos le han de llevar tras sí.

En todo el Testamento Nuevo no se lee otra cosa, hablando de los Apóstoles y Cristo, sino *sequebantur*, «seguíanle.» No se lee que Cristo los siguiese jamás: él los llevaba siempre donde quería; no ellos á él. «Cada uno tome su cruz, y me siga.—Sígueme», dijo al apóstol que llamó. Y los que le hacen cargo de buenos criados, no

dicen otra cosa sino: «Ves que lo hemos dejado, y te hemos seguido.» ¡Gran diferencia de criados buenos de Cristo, á criados de Satanás y de sus tiranos! Todo lo dicen y hacen al revés; dirán á sus reyes: Ves aquí que lo hemos tomado todo, y héchote que nos sigas y andes tras nosotros arrastrando.

El rey imitador de Cristo ha de considerar que él dijo, para decir que era verdadero Rey del cielo y verdadero Dios: «Yo soy camino, verdad y vida.» El rey es camino (claro está), y verdad, y vida. ¿Pues cómo podrá ser que el camino siga al caminante, debiendo el caminante seguir el camino? El rey que es camino y verdad, es vida de sus reinos; el que es descamino y mentira, es muerte. Rey adestrado, es ciego; enfermedad tiene, no cargo; bordón es su cetro; aunque mira, no ve. El que adiestra á su Rey, peligroso oficio escoge: pues, si lo ha menester, se atreve al cuidado de Dios; mucho se aventura si el rey no lo ha menester. No le guía, le arrastra y le distrae; cudicia, y no caridad tiene. No es servicio el que le hace, sino ofensa; y disculpa los odios de todos contra su persona.

De ninguna manera conviene que el rey yerre; mas si ha de errar, menos escándalo hace que yerre por su parecer, que por el de otro. Nada ha de recelar tanto un rey como ocasionar desprecio en los suyos; y este sólo por un camino le ocasionan los reyes, que es dejándose gobernar. Un rey cruel es rey cruel, y así en los demás vicios; mas un rey falto de discurso y entendimiento (si tal permitiese Dios), como para ser rey ha de ser primero hombre—y hombre sin entendimiento y razón no puede ser—ni sería rey, ni hombre; y el desprecio le hallaría semejante á cualquier afrentosa comparación. Y

por esto nada ha de disimular tanto un príncipe, como el tener necesidad en todo de advertencia, y haber de decir siempre: «Llevadme y guiadme; yo iré tras vosotros.» Y al ministro que tiene á cargo el suplir la falta de su príncipe, sola le puede conservar la arte con que hiciere que se entienda siempre que obra su señor sin dependencia; porque el día que se descubriere el defecto (ó por vanidad mal entendida del allegado, ó por descuido artificioso para espantar con la omnipotencia ó llamar á sí las negociaciones, persuadido de la cudicia), ese día sigue al uno el desprecio, y al otro el peligro manifiesto y merecido; y cada uno presume de apoderarse de aquella voluntad, y nadie echa al otro sino para acomodarse; y por esto unos serán persecución de otros, y nunca se tratará del remedio; y será la variedad, si no peor en los efectos, más escandalosa y aventurada. *Assumit Jesus Petrum et Jacobum et Joannem* (Marc., IX). A los grandes negocios lleva Dios nuestro Señor á sus discípulos, aqui y al huerto. Y si quiere ver Vuestra Majestad en los reyes la diferencia que hay de llevar á ser llevados, una vez sola que Cristo nuestro redentor fué llevado de un ministro, el ministro fué el demonio, porque en otro no hubiera descaramiento para atreverse á llevarle: dos veces le llevó, una al templo para que se despeñase, y otra al monte para que le adorase. Mire Vuestra Majestad los que llevan á los reyes adonde los llevan: al templo para que se despeñen, al monte para que los adoren; todo al revés, y todo á su propósito. Pues si el diablo se atreve á llevar á Cristo á estas estaciones, ¿á dónde llevará á los hombres que se dejaren llevar dél y de los suyos?

El corazón de los reyes no ha de estar en otra mano

que en la de Dios. El Espíritu Santo lo quiere así, porque el corazón del rey en la mano de Dios está sustentado, favorecido y abrigado; y en la de los hombres, oprimido, y preso y apretado. ¿Quién puede errar, siguiendo en Vuestra Majestad los pasos, siempre encaminados á tanta religión, justicia y verdad, acciones tan piadosas y deseos tan verdaderamente encendidos en caridad de sus vasallos y reinos? Y al fin, Señor, quien sigue á su rey va tras la guía y norte que Dios le puso delante; y quien le lleva tras sí, si tan detestable hombre se hallase, de su luz hace sombra. No quita esto que el rey y el príncipe no sigan el consejo y la advertencia; pero hay gran diferencia entre dar consejo y persuadir consejo. Una cosa es aconsejar, otra engaitar. Tomar el rey el consejo es cosa de libre juicio; que se le hagan tomar es señal de voluntad esclava. Señor, el buen criado propone, y el buen rey elige; mas el rey dejado de sí propio, obedece.

No sólo deben los reyes no andarse tras otro, ni dejarse llevar donde otro quisiere, sino que inviolablemente han de mirar que los que le siguieren á él puedan decir, y digan: «Ves que lo hemos dejado y te hemos seguido»;—porque en lo que se peligra al lado de los reyes, es en no dejar nada para otro, y en tomárselo todo para sí.

CAPÍTULO XXI.

Quién son ladrones y quién son ministros, y en qué se conocen. (*Joan.*, cap. x.)

Amen, amen dico vobis: Qui non intrat per ostium in ovile ovium, sed ascendit aliunde, ille fur est et latro.

«De verdad, de verdad os digo: quien no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que sube por otra parte, aquel es ladrón y robador.»

Da Cristo las señas en que se conoce quién es ladrón. Cosa clara es que quien entra por la puerta llamando, y le abre el portero (no lo que dió, y el regalo, y la negociación), que es dueño de casa, y pastor; mas quien sube por la ventana, ó por otra parte, escala la casa, ladrón es, á robar viene, él lo confiesa. Qué se entiende por puerta y qué cosa es escalar, temo de decirlo: porque el mundo es de tal condición que los ladrones no recelan que los conozcan; antes en eso tienen la medra y la estimación. No está el provecho en ser ladrón, sino en ser conocido por tal. Sólo vale contigo, si eres tirano, el que tú hiciste partícipe de mayor delito: así lo escribió Juvenal. Quien te fía secreto honesto, no te teme, y por eso no te estima: sólo es acariciado quien como cómplice y sabidor, cuando quiere, puede acusar á su señor. Eso tiene lo mal hecho peor, que no se puede fiar su ejecución sino de malhechores. Dar señas de ladrones es buscarles cómodo, ponerlos con amo, solicitarles la dicha y dar noticia de lo que se busca. Esto siempre pasó así en el mundo: dícenlo escritores de aquellos tiempos; y no me espanta sino que dure tanto, mundo que siempre ha sido así. Yo no lo dudo, y creo que nació inocente, que poco á poco se ha apoderado dél la insolencia de los afectos, y que hoy se padece la obstinación de sus imperfecciones.

Esto de entrar por otra parte y dejar la puerta, el primer hombre fué el primero que lo hizo; pues quiso ser semejante á Dios, no por la puerta, que era su obediencia, sino por el consejo de la serpiente; y en pena el se-

rafín le enseñó la puerta que dejaba, y se la defendió con espada de fuego. ¡Gran cosa que estén las puertas yermas y desiertas, que nadie entre por ellas, estando abiertas y rogando con el paso; y que todo el tráfago y comercio sea por los tejados y ventanas! Señor, la puerta es el rey, y la virtud, y el mérito, y las letras, y el valor. Quien entra por aquí pastor es, la casa conoce, á servir viene. Quien gatea por la lisonja, y trepa por la mentira, y se empina sobre la maña, y se encarama sobre los cohechos—este que parece que viene dando y á que le roben—á robar viene. El mayor ladrón no es el que hurta porque no tiene, sino el que teniendo da mucho, por hurtar más.

Pondero yo que si es ladrón, como dice Cristo, quien viene por los tejados y azoteas, ¿qué sería el señor del redil ó el pastor á quien está encargado, si de parte de adentro, viendo escalar su majada, diese la mano á los ladrones para que entrasen á robarle? Este sería disculpa de los ladrones. No hay nombre que no sea comedido, si tal sucediese, por no ser cosa creíble, no tiene ignominiosos títulos tal iniquidad.

Fácilmente, Señor, conocerá Vuestra Majestad esta gente en el ejercicio, y lo que más ayuda á conocerlos es el estar tan bien acreditado el nombre de ladrón, que es su eminencia y su ambición.

San Pablo, buen pastor, buen prelado, buen gobernador, buen valido de Cristo, escogido para defensa de su nombre, ¿cómo vivió, qué hizo, qué dijo, por donde entró? Óigalo Vuestra Majestad de su boca, en estas palabras que refiere el cap. XX *de los Actos*. Después de haber juntado los más viejos de la iglesia de Efeso, y protestándoles lo que había trabajado por su bien desde el día

que entró en Asia, sin perdonar por su salud algún trabajo, dice: «Por lo cual hoy os hago testigos que estoy limpio de la sangre de todos.»—Si depusiese la venganza, y el recelo y la envidia de los que pueden, no sería pequeño proceso el que en esta parte se haría: que pocos pueden en el mundo que puedan decir esto. Y quien esto no puede, no puede nada. ¡Cuántas vidas cuesta la conservación de la vanidad de los ambiciosos, y el entretenerse en el peligro, y el dilatar la ruina, y el divertir el castigo: que no es otra cosa lo que gozan los miserablemente poderosos en el mundo! Y es la causa que, como al subir trepan para escalar (por no entrar por la puerta), al salir se despeñan por bajar.

Prosigue San Pablo (*Apost.*, cap. xx): «La plata ni el oro ó el vestido de ninguno he cudiciado, como sabéis, porque para lo que yo he menester y los que conmigo están, estas manos me lo dieron.»

¡Qué pocos ministros saben hacer desdenes al oro, y á la plata y á las joyas! ¡Qué pocos hay esquivos á la dádiva! ¡Qué pocas dádivas hay que sepan volver por donde vienen! Pues, Señor, no es severidad de mi ingenio ó mala condición de mi malicia; no tengo parte en este razonamiento: San Pablo pronuncia estas palabras. Quien cudicia el oro y la plata es ladrón; á robar vino, no entró por la puerta, porque el buen ministro, el buen pastor, no sólo no ha de cudiciar para sí, pero lo mismo ha de protestar de los suyos, para quien tampoco tomó nada: que á sí y á ellos dice que sus manos daban lo que habían menester. Tan lejos ha de estar el pedir del ministro, que aun por ser pedir limosna pedir, ha de trabajar primero en su ministerio que pedirla: así lo hizo San Pablo. ¡Qué honroso sustento es el que dan al ministro sus manos!

¡Qué sospechoso y deslucido el que tiene de otra manera al juez, al obispo, al ministro ó al privado! Sus manos le han de dar lo que ha menester, no las ajenas. Así lo dice San Pablo, y con eso justifica el haber cumplido su ministerio con la pureza que debía. Miren los reyes á todos á las manos, y verán si se sustentan con las suyas ó con las de los otros, y también conocerán si entran por la ventana ó por la puerta, pues los que entran por la puerta entran andando y los que entran por otra parte suben arañando, y sus manos son sus pies y las manos ajenas sus manos.

CAPÍTULO XXII.

Al rey que se retira de todos, el mal ministro le tienta, no le consulta. (*Matth.*, cap. IV.)

Tunc Jesus ductus est in desertum à Spiritu, ut tentaretur à diabolo. «Entonces fué Cristo llevado al desierto por el Espíritu, para que fuese tentado del diablo.»

Espíritu se entiende por el Espíritu Santo. Entró Satanás, viendo retirado á Cristo, á negociar con él, y estánle remedando todos los malos ministros con los príncipes que se retiran.

A los solos no hay mal pensamiento que no se les atreva; y el ministro Satanás al príncipe, apartado de la gente, osadamente le embiste, porque quien trata con uno solo, él propio guarda las espaldas á su engaño y perdición, y él la ocasiona y asegura de sí, para que se le atrevan los vanos y cudiciosos. Quien á todos se descubre y no se esconde á sus gentes, pone en peligro mani-

fiesto los mentirosos, la ambición y la maña, y déjase hallar de la verdad.

Tres memoriales trujo para despachar, creciendo el desacato y atrevimiento de uno en otro. Y el primer memorial contenía tal petición (*Matth.*, cap. VII): «Si eres hijo de Dios, di que que estas piedras se vuelvan panes.» Había dicho Cristo: «¿Quién hay de vosotros que, si su hijo le pidiere pan, le dé una piedra?» Para dar piedras á quien ha menester pan, no basta ser mal hombre, es menester que sea Satanás. Por eso dice Cristo que no habrá hombre dellos que lo haga.

Y eso es lo que el diablo hace con Cristo: véle con hambre, flaco, en ayuno tan largo, y ofrécele piedras. Lo mismo hacen los ministros que ven á sus reyes en desiertos, habiendo ellos con sus tiranías hécholes desiertos los reinos: en lugar de socorrerlos, los tientan; piedras les ofrecen cuando tienen necesidad de pan.

Digo, Señor, que el primer memorial que despachó fué que hiciese de las piedras pan: por aquí empieza sus despachos todo mal ministro. En sí y en lo que le sucede lo verán los príncipes; pues el que llega á su rey proponiéndole un idiota, un vicioso, un vano, un mal intencionado, un usurero, un cruel, para el obispado y para la judicatura, para el vireinato, para la secretaría, para la presidencia, ese, ¿qué otra cosa propone sino el memorial de Satanás, que de las piedras del escándalo de la república, endurecidas en sus vicios, haga pan? Y estos malos ministros, siempre sujetos á la cudicia insaciable, procuran (por mayor interés) que los reyes hagan de las piedras para ellos pan, pues el hacer de un mañoso indigno de algún lugar un prelado, es suyo el provecho.

El segundo negocio que pretendió despachar fué este:

Assumpsit eum diabolus in sanctam civitatem, et statuit eum super pinnaculum templi, et dixit ei: Si filius Dei es, mitte te deorsum. Dice que «le arrebató, que le llevó aprisa (se entiende el demonio, con permisión suya: así lo declara Maldonado) á la ciudad santa, y le puso sobre el pináculo del templo, y le dijo (este es el memorial): Si eres hijo de Dios, échate de ahí abajo.»

Lo primero que propone el ministro Satanás y tentador es que haga de las piedras pan, como hemos dicho. Lo segundo á que se atreve es pedirle que se despeñe, que no repare en nada: eso es depeñarse.

Y no deben fiarse los reyes de todos los que los llevaren á la santa ciudad y al templo, que ya vemos que á Cristo el demonio le trujo al templo. ¿Qué cosa más religiosa y más digna de la piedad de un rey que ir al templo y no salir de los templos, y andar de un templo en otro? Pero advierta Vuestra Majestad que el ministro tentador halla en los templos despeñaderos para los reyes, divirtiéndolos de su oficio, y hubo ocasión en que llevó al templo, para que se despeñase, á Cristo.

El postrer negocio en que Satanás mostró lo sumo á que puede llegar su descaramiento, refiere el Evangelista en estas palabras: «Otra vez le arrebató el demonio, y le llevó á un monte excelso, y le enseñó todos los reinos del mundo y su gloria, y le dijo: «Todo te lo daré si cayendo me adorares.»

El ministro que propone el primer memorial, que es hacer de las piedras pan, de los insuficientes y no beneméritos magistrados; el segundo que propone alentando su insolencia, es que se despeñe, como hemos visto; y á estos dos sigue el tercero y último, que es decirle que se hinque de rodillas y le adore: tenerle en poco, despre-

ciarle, que el rey ruegue y el vasallo lo mande. ¡Aquí puede llegar la soberbia y el desvanecimiento: á trocar los oficios del señor al criado!

Pues, Señor, si Satanás, habiendo propuesto á Cristo el primer memorial, y habiéndole despachado mal y con advertencia severa, se atrevió á proponer el segundo, de que se despeñase, y habiéndole en él reprendido con rigor, se atrevió á consultarle el tercer memorial, de que adorase caído en el suelo, ¿qué hará con el rey que despachare bien el primero y mejor el segundo? Paréceme á mí que el tercero va negociado sin resistencia: luego sin duda adorará á Satanás y á su tentación. Pondero yo que le llevó al templo á despeñarle y al monte á que le adorase, pareciendo que la idolatría suya estuviera más en el lugar que quería en el templo que en el monte, y conócese que procura desconocer su intento y disfrazar su designio con el nombre de la santa ciudad y con el templo. Así disfrazan su intención los que osan tomar los altares por achaque á sus cautelas.

He advertido que el demonio, en la tentación de las piedras, empieza diciendo: *Si filius Dei es:* «Si eres hijo de Dios.» Y en la segunda, que en San Lucas se refiere en postrer lugar, cuando le dijo que se despeñase, empieza con las propias palabras:

Si filius Dei es: «Si eres hijo de Dios.» Solamente cuando le dice que le adore postrado en tierra, no dice: *Si filius Dei es.* Las cuales palabras entienden los más afirmativamente: «Pues eres hijo de Dios» y dice Maldonado que lo había oído cuando en el Jordán se oyó aquella voz: *Hic est filius meus dilectus:* «Este es mi hijo amado.» Esto supuesto, digo que en las dos proposiciones le tentó como hijo de Dios y como á Dios, pi-

diéndole milagros de la omnipotencia, como hacer de las piedras pan y echarse del pináculo para que los ángeles de su padre le sirviesen de nube; y en la tercera le tentó como á hombre, ofreciéndole reinos temporales, y despreciándole tanto, que le dijo que le adorase. Sabe el demonio que representándoles la gloria y vanidad, fiado en su ambición, puede en trueque (no de dárselos, que no aguarda á eso la cudicia, sino de prometérselos) pedirles que le idolatren, y se humillen y aniquilen. Y como usó de este lenguaje con Cristo, no le dijo: *Si filius Dei es*, antes en todo le trató como hombre, enseñándole, como hemos dicho, reinos y gloria de la tierra, y pidiéndole cosa que sólo á un hombre solo se podía proponer.

Y así, Cristo nuestro Señor á las dos propuestas le respondió. A la primera: *Non in solo pane vivit homo:* «No de solo pan vive el hombre»; que fué respuesta concluyente. A la segunda le reprendió, mostrando que le había conocido, y dándose por entendido de su pretensión, pues dijo (Matth., IV et Deuteron., VI): «No tentarás á tu Dios»; que era lo que él quería hiciese. A la tercera (que tocó en desprecio insolente de su oficio, y en no querer darse por entendido, habiéndole hablado tan claro, antes había crecido la insolencia), no sólo le respondió y le reprendió, pero le castigó severamente, diciendo: «Véte, Satanás.»—Señor, en llegando á despreciar la persona real y el oficio y dignidad suya, no hay sino nombrar á Satanás por su nombre, y despreciarle y echarle de sí.

Señor, ministros que lo ofrecen todo son diablos. Dijo Satanás: *Quia mihi tradita sunt, et cui volo do illa:* «Porque me las han dado á mí, y yo las doy á

quien quiero.» Y es cierto que lo da como lo tiene. Ofrecen reinos y glorias porque los adoren. Dan cosas momentáneas, á trueque del alma que no tiene otro precio que la sangre de Cristro nuestro Señor. ¡Cuántas veces entenderá Vuestra Majestad que uno es ministro, y que negocia; y á pocos lances conoce que es Satanas, y que le tienta! Si quisiere que Vuestra Majestad haga de las piedras pan, no hacerlo, y convencerle; que así se castiga su cudicia. Si pidiere que se despeñe Vuestra Majestad con pretexto de santidad y buen celo, castigarle con reprensión la insolencia. Si propusiere que le adoren, y tocare en la reverencia y dignidad real, llamarle Satanás, que es su nombre; despedirle como á Satanás, y castigarle como á sacrílego y traidor.

CAPÍTULO XXIII.

Consejeros y allegados de los reyes; confesores y privados.

Ego sum via, veritas, et vita (*Joan.*, cap. XIV.)

Viendo Cristo que iba deste mundo al Padre, y conociendo el temor y confusión de los suyos. y los peligros que les aparejaba la obstinación de las gentes, y las amenazas que la verdad les hacía desde los oídos de los reyes y emperadores; advirtiendo su desconsuelo y soledad, la brevedad de su partida, les dice por San Juan, cap. XIV: «No se turbe vuestro corazón: es verdad que me voy; pero voy á prepararos el lugar, á abriros la puerta; y si me fuere, yo os prepararé el lugar: otra vez vuelvo, y os recibiré para mí mismo, para que donde yo estuviere estéis; vosotros sabéis dónde voy; y el camino sabéis. Díjole Tomás: Señor, no

sabemos dónde vas; ¿cómo podemos saber el camino? Dijo Jesús: Yo soy camino, verdad y vida.»

Cuando Cristo vió que los suyos confesaban que ni sabían el camino, ni donde iba, y los vió tan descaminados, les dijo que era camino, verdad y vida.

Señor: quien ha de aconsejar á un rey y á los que mandan y quedan en peligro, ha de ser estas tres cosas: porque quien fuere camino verdadero, será vida; y el camino verdadero de la vida es la verdad; y la verdad sola encamina á la vida. Ministros allegados y confesores que son caminos sin verdad, son despeñaderos y sendas de laberinto que se continúan sin diferencia, en ceguedad y confusión: en estos tales ve Dios librada la perdición de los reyes y el azote de las monarquías. Espíritu de mentira en la boca del consejero, ruina del rey y del reino. Dios lo dice en el lib. III de los Reyes, cap. XXII, en estas palabras y con este suceso:

Josafat, rey de Judá, y el rey de Israel hicieron juntos guerra al rey de Siria: fué la causa Ramoth Galaad. Aconsejado el rey de Israel por Josafat que supiese la voluntad de Dios primero, juntó cerca de cuarenta varones. Consultólos; fueron de parecer se hiciese la guerra, que cobraría á Ramoth Galaad, y vencería. No contento con el parecer de sus adivinos, dijo Josafat: «¿Aquí no hay algún profeta de Dios, de quien sepamos lo cierto?» El rey de Israel dijo á Josafat: «Ha quedado un varón, por quien podemos preguntar á Dios; pero yo le aborrezco porque nunca me ha profetizado buen suceso, antes siempre malo.» Confiesa que es varón de Dios, y que Dios habla por él; y le aborrece porque le dice la verdad. Rey que tiene esta condición, huye del camino, aguija por el despeñadero. ¿Al varón de Dios

aborreces, rey? Morirás en poder de esos que te facilitan la desventura á manos de tu presunción y de su lisonja. «Llámase (dijo el rey) Miqueas, hijo de Jemla.» Llamó el rey de Israel un eunuco suyo, y mandóle que con brevedad, partiéndose luego, le trajese á Miqueas, hijo de Jemla. En tanto, todos los profetas le aconsejaban la guerra; que fuese á Ramoth Galaad y volvería victorioso. Llegó el eunuco mensajero que había ido por Miqueas, y díjole: «Ves aquí que todos los profetas anuncian y prometen buen suceso al rey: sea tu profecía semejante; háblale bien.» Considere con toda la alma Vuestra Majestad la infidelidad del criado con las veras que solicita la mentira y la adulación tan peligrosa á su rey.

Arte suele ser de los ambiciosos solicitar con el parecer ajeno autoridad á sus mentiras, y crédito á sus consultas: esto llaman saber rodear los negocios. Mucho deben mirar los reyes y temer el servirse en ninguna parte de criados que buscan más el regalo de sus oídos, que la quietud de sus almas, vida y honras. Responde el profeta como varón de Dios: «Vive Dios que he de decir cualquiera cosa que Dios me dictare.» En esta libertad y despego está la medicina de los príncipes. Llegó delante del rey, y díjole el rey: «Miqueas, ¿debemos ir á Ramoth Galaad á hacer la guerra, ó dejarémoslo?» Y respondióle á él (quiere decir, á su gusto): «Sube y ve glorioso, que Dios la entregará en mano del rey.» Replicó el rey: «Una y otra vez te conjuro que no me digas sino la verdad en nombre de Dios.» Y él respondió: «Ví á todo Israel desparcido por los montes, como oveja sin pastor; y dijo Dios: Estos no tienen dueño: vuélvase cada uno á su casa en paz.»

Señor: los vasallos de rey que tiene ministros y criados que le solicitan la mentira y la lisonja, aborreciendo ellos la verdad en su corazón y en la ejecución de las cosas, Dios nuestro Señor los llama ovejas sin pastor y gente sin dueño. Viendo esto el rey de Israel, dijo: «¡Oh Josafat! Por ventura, ¿no te dije yo que este profeta nunca me pronosticaba bien, sino siempre mal?» Mas el profeta de Dios le dijo: «Por esa intención tan indigna de rey, oye estas palabras de Dios. (Con todos los príncipes habla Miqueas: palabras son de Dios; Vuestra Majestad las traslade á su alma, y no dé á guardar otra cosa á su memoria con más cuidado.)

»Ví á Dios en su trono sentado, y á la diestra, asistiéndole todo el ejército del cielo, y dijo Dios: ¿Quién engañará á Acab, rey de Israel, para que suba á Ramot Galaad, y muera? Y dijo uno tales palabras, y otro otras. Levantóse un espíritu, y púsose delante de Dios, y dijo: Yo le engañaré. Preguntóle Dios: ¿De qué manera? Respondió: Saldré y seré espíritu de mentira en boca de todos sus consejeros. Y dijo Dios: Hecho es; engañarásle, prevalecerás; ve, y hazlo.»—Así, no fué mandamiento, sino permisión.

¡Gran cosa que trazando Dios el modo de destruir á aquel rey, entre todos sus espíritus que juntó no se hallase otra manera de llevar á la muerte y á la afrenta al rey, sino permitir poner la mentira en la boca de los que le aconsejan! Es tan cierto, que ni se lee otra cosa en las historias ni se oye.

Llegó oyendo estas razones al profeta Miqueas, al varón de Dios, Sedecías, hijo de Canaana, y dió una bofetada en la cara á Miqueas, y afrentóle. Lo propio es dar una bofetada que levantar un testimonio. Este

Sedecías debía de ser algún favorecido del rey, de los que solemnizaban sus desatinos; unos allegados que sirven de aplauso á las inadvertencias de los poderosos; debía de ser tan interesado en el engaño y ruina del rey que temió su castigo en la verdad del profeta, del buen ministro, del santo consejero; era algún introducido de los que en palacio medran tanto como mienten, cuya fortuna no tiene más larga vida que hasta topar con la verdad. Son estos sabrosa y entretenida perdición de los reyes. Vió éste que el desengaño severo y prevenido le amenazaba desde los labios del profeta; y por eso le procuró tapar la boca con la puñada, y dar á la verdad tósigo y veneno, en el varón de Dios que advertía de su vencimiento y sus pérdidas al rey.

Murió Acab porque creyó á los engañadores y no á Miqueas. Salió con su promesa el espíritu que ofreció su muerte, sólo con poner el engaño en la boca de sus consejeros; y así sucederá á todos los príncipes que, no escarmentando en este sujeto, gastaren sus reinos en premiar lisonjas y en comprar mentiras.

¡Gran cosa que este rey no se fiase de sus profetas, que hiciese diligencias por un varón de Dios, que enviase por él, que le oyese, que no se contentase con la primer respuesta que le dió á su gusto, que le conjurase por Dios que le dijese la verdad: todo á fin de despreciar con más requisitos á la verdad y á Dios, abofetear al profeta, meterlo en prisiones sin piedad ni respeto! Rey que oye al predicador, al confesor, al teólogo, al santo varón, al profeta; que lee libros (para no hacer caso dellos, para castigarlos y despreciarlos, para dar lugar á que Sedecías los afrente, para prenderlos), ese solicita la indignación de Dios contra sí, y todo su cuidado le pone

en hacerse incapaz de su gran misericordia. Morirá ese rey, y como á Acab, lamerán su sangre los perros. Flecha inadvertida, yendo á otra parte encaminada por la justicia de Dios, le quitará la vida y el reino. Así sucedió á Acab en el capítulo citado. San Pablo lo dice así, y les pronuncia esta sentencia (*Ad. Rom.*, cap. I): «Los que habiendo conocido las justicia de Dios, no entendieron que los que tales cosas hacen son dignos de muerte; y no tan solamente los que estas cosas hacen, sino también los que consienten á los que las hacen.»

CAPÍTULO XXIV.

La diferencia del gobierno de Cristo al gobierno del hombre.

Mucha es la diferencia en este capítulo, y pocas las palabras. Cristo la pone en estas pocas, cuando dice: *Petite et accipietis*: «Buscad, y hallaréis; llamad y abriros han; pedid, y recibiréis.»

Satanás, gobernador de la tiranía del mundo, ordena al revés estas cosas en los príncipes de las tinieblas deste mundo: «Buscad, dice, y hallaréis vuestra perdición: quien os robe, quien os engañe.» No logra otra cosa la solicitud del mundo, porque buscan lo que se había de huir. Declárase Cristo, cuando dice: «Buscad primero el reino de Dios»; y aquí en estas repúblicas enfermas lo primero se busca el reino de Satanás.

«Llamad, y abriros han.»

No habla esto con las puertas de los malos ministros, ni con las de aquellas audiencias donde tiene nombre de portero el estorbo de los méritos y el arcaduz de los mañosos. En el reino de Cristo se llama á las puertas, sin

haber más costosa diligencia. En estas puertas que el cerrarlas es cudicia y el abrirlas interés, la llave es el presente y la dádiva. Dice Satanás, oponiendo su gobierno al de Cristo: «Derramad, y hallaréis; comprad, y abriros han.» ¡Oh gobierno infernal! ¡Oh puertas peor acondicionadas que las del infierno: pues ellas se abrieron á la voz de Cristo, y en vosotras cada ruego, cada palabra es un candado más y un cerrojo; y cada presente una ganzúa, y cada promesa una llave maestra! Velas de par en par el rico y el introducido, y á piedra lodo el benemérito que las ha menester.

No hay otro oficio, en las casas destos que venden el sentido del oir, más sospechoso. Ministro que tiene portero, ese quiere (cerrando la puerta) que entren todos por otra parte; ya se sabe que «quien no entra por la puerta, sino por otra parte, es ladrón.» Otra cosa es la que Cristo dice por San Mateo (cap. VII): «Entrad por la puerta angosta.» La puerta angosta es la que abren los méritos y las virtudes y los servicios. La puerta ancha, que lleva á la perdición, es la puerta que descerrajan las dádivas y la que se compra.

Pedid y recibiréis: así lo prometió, así lo ordenó: *Ora Patrem tuum in abscondito; et Pater tuus, qui videt in abscondito, reddet tibi.* Quien pide recibe en el reino de Dios, y en el de la justicia, y en el de la verdad. No todos los que parece que piden, piden; unos engaitan, otros adulan, otros engañan, otros mienten; pocos piden. Pedir es, con razón, servicios, meritos, partes. Y siendo esto así, no había de ser necesario otra cosa para alcanzar todo lo que se pretendiese; pues esto excusara las diligencias de la maña y de la cudicia. No así hacen los tiranos imitadores de Satanás; su precepto es opuesto

á la igualdad y blandura del de Cristo. Dicen así: «Dad, y daros han; dad más, y os darán más; hurtad para dar y para tener, y obligaréis á que os den que recibáis. Facilitad delitos, aconsejadlos, tomad parte en su ejecución y recibiréis.» ¿A quién, como dijo la epigrama, se da, sino á los poderosos? Es la causa que dan para que les den: éstos compran, no dan; parece presente y es mercancía. No obligan con lo que dan, sino hurtan. Es el modo que permite Dios para la perdición de los ladrones y cudiciosos que roban á los pobres para tener con qué comprar oficios y honras de los más poderosos. Dícelo así el Espíritu Santo en los Proverbios (cap. XXII): «Quien calumnia y persigue al pobre, por aumentar su riqueza, dará á otro más rico, y empobrecerá.» Ese es el camino de perdición para los cudiciosos; ni se ve otra cosa en el mundo. Y quitar al que lo ha menester para dar al que no lo ha menester, es injusticia, y no puede carecer del castigo de empobrecer. Ni ha inventado la cudicia más feo modo de empobrecer que el de aquellos miserables que se destruyen por dar á otros más ricos.

¡Oh providencia de Dios, que tan severamente advertida preparas la penitencia en el arrepentimiento diferido á estos que por cargar de oro al rico desnudan al pobre! Y á estos es á quien da el gobierno del mundo, primero el pago, que satisfación. ¡Qué secreta viene la perdición á toda diligencia en los deseos del malo, á quien las más veces castiga Dios solo con permitirle y concederle las cosas que le pide! — Hay otro género de maldad, introducida con buena voz á los ojos del mundo, que es quitar de los pobres para ofrecer á Dios; y no es menor delito que el de Judas, que quiso quitar de Dios para los pobres. Adviértelo el Eclesiástico en el cap. XXXIV: «El que

hace ofrenda de la sustancia de los pobres, es como el que degüella á un hijo delante de su padre.»

Paréceme, Señor, que oyendo Vuestra Majestad dar voces á Cristo por la pluma de los evangelistas, no ha de permitir que dejen de obedecerse las órdenes de Cristo; pues no se acuerda España de haber tenido rey, en su persona y deseos, intención y virtudes, más ajustado á la verdad y á la justicia, piedad y religión católica; y si fuese poderoso para que los que le sirviesen le imitasen, nos veríamos en el reino de la paz. Y no desconfío de que lo procuran todos los que Vuestra Majestad tiene á su lado; mas deseo que Dios nuestro Señor haga esta merced á su corona y á sus vasallos, de que todos los que le asisten le sean semejantes: que entonces el *gobierno de Dios y la política de Cristo* prevalecerá contra la *tiranía de Satanás.*

Y si hay algunos que estorben esto, Señor, tome Vuestra Majestad de la boca de Cristo aquellas animosas palabras que dice por San Mateo, cap. VII: «Apartaos de mí todos los que obráis maldad»; que yo digo á Vuestra Majestad, y á todos los que en este cuaderno leyeren, las palabras que se siguen á estas:

Omnis ergo, qui audit verba mea hæc, et facit ea, assimilabitur viro sapienti, *qui ædificavit domum suam supra petram.*

Et omnis, qui audit verba mea hæc, et non facit ea, similes erit viro stulto, *qui ædificavit domum suam super arenam: et cecidit, et fuit ruina illius magna.*

LAUS DEO.

Á QUIEN LEE.

Lo que se ha leído en este libro que no sea conforme cree y enseña la Santa Iglesia de Roma, sola y verdadera Iglesia, confieso por error; y desde luego conociendo mi ignorancia lo retracto. Y protesto que todo lo he escrito con pureza de ánimo, para que aproveche y no escandalice. Y si alguno lo entendiere de otra manera tenga la culpa su malicia, y no mi intención.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

POLÍTICA DE DIOS Y GOBIERNO DE CRISTO.

SEGUNDA PARTE.

Á NUESTRO SANTÍSIMO PADRE URBANO OCTAVO, OBISPO DE ROMA Y PONTÍFICE MÁXIMO.

> Omnia subjecisti sub pedibus ejus. In eo enim quod omnia ei subjecit, nihil dimisi non subjectum ei. (*Paul, ad Hebr.* II.)

Estas palabras mías, beatísimo Padre, ya sean balidos de oveja, ya ladridos de perro, no se acercan descaminadas á los oídos del pastor de las gentes. Por el primer título me restituyo al rebaño; por el segundo quiero emplear mis dientes, mi atención en su guarda. Más tuviera de portento que de afecto ser oveja y mastín, si no experimentáramos cuanta parte del ganado se introduce en lobos. Bien lo sienten, beatísimo Padre, vuestros rebaños, pues en Inglaterra y parte de Alemania muerden los que pacían, rabian y aullan los que balaban; y los que juntó vuestro silbo, y guió vuestra honda, y gobernó vuestro cayado, hoy los padece la Iglesia en que sois cabeza y los rediles donde sois centinela. Si Cristo es

oveja y pastor (así lo dice San Cirilo, *Cateches.*, x: *Hæc ovis rursus vocatur pastor, cum dicit: Ego sum pastor. Ovis propter incarnationem; Pastor propter benignitatem deitatis*); si fué pastor y cordero (así lo enseñó San Juan), si los herejes son ovejas y lobos,—hagan la defensa á los católicos ovejas y perros: *ut intingatur pes tuus in sanguine* (Psalmo 67); estén en vuestros pies los besos de los hijos y la sangre de los enemigos; *Lingua canum tuorum ex inimicis ab ipso.* No es tiempo de contentarse con ser ovejas los hijos de la Iglesia, cuando las asechanzas son tan frecuentes, que cada una se ha menester guardar de la otra. Y pues todas somos cuidados del, como vuestra paternidad es pastor y padre, seamos ganado y perros, ladren unos con la predicación, y muerdan otros con los escritos. ¿A quién se intima esta guerra? ¿Contra quién nos prevenimos? San Juan, llamado Crisóstomo, lo dice de San Pablo, libro II: *Neque enim illi adversus lupos pugna est; neque à furibus timet, neque solicitus, anxiusque est de peste à grege abigenda. Contra quos ergo illi bellum? Quibuscum lucta? Non est nobis lucta adversus carnem et sanguinem, sed adversus principatus, adversus potestates, adversus mundi dominos.* ¡Grande batalla! Dios con el mundo, el espíritu con la carne, la verdad con la presunción, la Iglesia con los príncipes y señores del mundo: que San Juan la cuenta por de.más peligro para vuestro ganado, que la peste y ladrones. Beatísimo Padre, digno es de la ponderación de vuestra beatitud aquel cap. XXI de San Juan, cuando se apareció Cristo á sus Apóstoles, y delante dellos dijo á San Pedro: *Diligis me plus his?* Y le respondió: *Etiam Domine! tu scis quia amo te.* Y respondióle Cristo: *Pasce agnos meos.* Y consecutivamente segunda

vez repreguntó si le amaba: respondió que sí, y le encargó que apacentase sus corderos. Y no contento con esta repetición, *dicit ei tertiò: Simon Joannis, amas me? Contristatus est Petrus, quia dixit ei tertiò: Amas me?* ¡Qué perseverante tenía Pedro la memoria en el dolor del arrepentimiento, pues viendo la tercera pregunta, le pareció que el Señor se acuerda de las tres negaciones y que le quería hacer caminar con el amor lo que huyó con el miedo! *Et dixit ei: Domine, tu omnia nosti: tu scis quia amo te. Dicit ei: Pasce oves meas.* Es tan entrañable el desvelo de Cristo por sus ovejas, que no contento con haber instruído á San Pedro en vida con su doctrina, y declarado cómo el buen pastor ha de morir por sus ovejas, lo que ha de hacer por la que se pierde, cuáles son suyas y cuáles no; después de su muerte viene á ponderar esto, y dice que si le ama más que todos, y le hace que lo afirme tres veces, primero que le diga que apaciente sus ovejas. No quiere de los pastores en premio de su amor otra cosa: lo demás deja á su albedrío en otras demostraciones. Así San Juan Crisóstomo, libro citado: *Petre: amas me plusquam hi omnes? Atque illi quidem licebat verbis hujusmodi Petrum affari: Si me amas, Petre, jejunia exerce, super nudam humum dormi, vigila continenter, injuria pressis patrocinare, orphanis te patrem exhibe, viduæ te maritorum loco habeant Nunc verò prætermissis omnibus his, quidnam, ille ait? Pasce oves meas.* Esto, Señor, es del oficio; esotro de la ocasión. Esto es más difícil, y más peligroso y más meritorio, porque la contienda no es con lobos, sino con príncipes y señores deste mundo. Y guardar el ganado es desvelo, es penitencia de todos los sentidos: es ayuno, pues se abstiene de los intereses; es mirar por los huér-

fanos y por las viudas. Y atender el pastor á los ejercicios de la oveja, es penitencia de su oficio, no suya. Antes le dijo Cristo: «Cuando tú no eras pastor, tú te ceñías, y ibas adonde querías»: *Cùm esses junior cingebas te, et ambulabas ubi volebas; cùm autem senueris extendes manus tuas, et alius te cinget, et ducet quò tu non vis.* En siendo pastor no se ha de ceñir á sí, ha de ceñir á los otros; no ha de ir donde quisiere, sino donde está obligado; á él le ha de ceñir su oficio; y con estas palabras tan elegantes le predijo Cristo su martirio: *Hoc autem dixit, significans quâ morte clarificaturus esset Deum.* No dijo significando que había de morir, sino *quâ morte*, con qué muerte. Y es cosa extraña, santísimo Padre, que en aquellas palabras ni se lee muerte, y mucho menos especie alguna de muerte. Mas quien supiere qué género de fin tiene la vida de los pastores, bien hallará en el texto clara la exposición del evangelista: «Cuando envejezcas, extenderás tus manos», *et alius te cinget, et ducet quò non vis.* Extender las manos es de pastores; y se verificó en la cruz. Ser ceñido de otro es el género de muerte de los pastores: ceñir es rodear. Bien interpretó esto el Santo, cuando hablando con su ganado, dijo: *Vigilate, quia adversarius vester diabolus circuit quærens quem devoret;* exhortando al rebaño que vele, porque el demonio enemigo ciñe: eso es, cerca. Beatísimo Padre, ya que vuestra beatitud sucede á San Pedro en este cuidado; ya que extiende los brazos en la cruz destos desvelos, y se ve ceñido de tantas persecuciones, que le llevan donde no quisiera,—por ahorrar si fuera posible pasos de rigor y palabras de censuras, mande que no se repitan frecuentemente á los señores del mundo por sus ministros aquellas divinas palabras que dice San Juan Crisóstomo en

la homilía en su destierro: *Deus est Ecclesia, qui est omnibus fortior. An æmulamur Dominum? Numquid illo fortiores sumus? Deus fundabit hoc, quod labefactare conaris. Quanti tiranni agressi sunt impugnari Ecclesiam Dei: Quanta tormenta, quantas cruces adhibuerunt, ignes, fornaces, feras, bestias, gladios intendentes? Et nihil agere potuerunt. Ubinam sunt illi, qui hæc fecerunt? Et ubi illi, qui hæc fortiter pertulerunt? Non enim Ecclesia propter cælum, sed propter Ecclesiam cælum.* Si no se hizo la Iglesia por el cielo, sino el cielo por ella, ¿quién rehusará ser hecho para ella? De quien dice San Cirilo, *Catech.*, XVIII: *Regum quidem potestas certis locis et gentibus terminos habet; Eclesiæ autem catholicæ per universum orbem indefinita est potentia.* Y lo que más digno es de lágrimas, que padece ya con todos: el hereje la contradice, el católico la interpreta. Aquél no la cree como es; y éste quiere sea como él cree. El hereje sale de la Iglesia; y el católico descaminado está en ella para hacer el daño más de cerca. La ley de Dios ha de juzgar á las leyes, no las leyes á Dios.

Yo, beatísimo Padre, que empecé el primero á discurrir para los reyes y príncipes por la vida de Cristo llena de majestad en todas sus acciones, lo prosigo en entrambas espadas con aquella libertad que requiere la necesidad del mundo, sabiendo, como dice San Pedro llamado Crisólogo, que *captivis criminum innocentia, inimicis odiosa fuit semper libertas.* No me han cansado las persecuciones, ni acobardádome las amenazas. Con valentía y cristiana resolución prosigo, ardor y confianza; apadrinado con el nombre de Vuestra Santidad, cuyas armas, siendo abejas, no sólo me defenderán de las sierpes del poder, mas fabricarán el panal de miel en

mis labios, y harán sabrosas mis palabras. Con estas abejas, insignia de la ilustrísima familia de Vuestra Santidad, se ennoblece Roma más que con las águilas que labran blasón de más plumas, no de tales: ceda el vuelo á lo escrito y las alas á los libros, pues por vos se trocaron las garras y el pico y la rapiña del imperio en lo que se llama *cœlestia dona*, dones celestiales del Pontificado; y las que á los estudios de Vuestra Beatitud fueron musas, hoy á los divinos cuidados de pastor serán inteligencias. El enjambre de abejas (como dice Pierio, libro xx) denotaba rey y concordia; y en Vuestra Beatitud que es sucesor de San Pedro y tiene las veces de Cristo, le es hieroglífico aquel número, que denota las tres coronas y la trinidad, cuya es vuestra monarquía. Y en vos, Señor, trabajaron con más felicidad que en la boca de Píndaro, y hoy trabajan con aquel espíritu que en la de San Ambrosio. Y su figura es vuestras armas con miel para la dotrina y aculeo para el castigo. Alargue Dios la vida de Vuestra Beatitud al próspero y feliz gobierno de su universal Iglesia.

Á QUIEN LEE SANAMENTE.

Imprimiéronse algunos capítulos desta obra, atendiendo yo en ellos á la vida de Cristo, y no de alguno. Aconteció que la leyó cada mal intencionado contra las personas que aborrecía. Estos preceptos generales hablan en lenguaje de los mandamientos, con todos los que los quebrantaren y no cumplieren; y miran con igual entereza á todos tiempos, y señalan las vidas, no los nombres. El Decálogo batalla con los pecados; el Evangelio con las demasías y desacatos. No es verdad que todos

los que escriben aborrecen á los que pueden. Gran defensor tenemos de nuestra intención en Séneca, epist. 73. *Errare mihi videntur, qui existimant philosophiæ fideliter deditos, contumaces esse ac refractarios, et contemptores magistratuum ac regum, eorumvè per quos publica administrantur. E contrario enim, nulli adversus illos gratiores sunt; nec immeritò: nullis enim plus præstant, quàm quibus frui tranquillo otio licet.* Ni debe el rigor de mis palabras ocasionar nota. Con los tiempos varió el estilo en San Pablo, y se pasó de la blandura al rigor. Fray Francisco Ruiz, en el libro, cuyo título es: *Regulæ inteligendi Scripturas Sacras,* dice así: reg. 226, *Cujus differentiæ nullam aliam invenio causam, quàm ipsum epistolarum tempus: initio indulgendum erat; postea autem non ita.* Así Cristo, por San Lucas, cap. XXII: *Quando misi vos sine sacculo et pera et calceamentis, numquid aliquid defuit vobis? At illi dixerunt: Nihil. Dixit ergo eis: Sed nunc, qui habet sacculum, tollat; similiter et peram: et qui nom habet, vendat tunicam suam, et emat gladium.* Había mandado que no llevasen bolsa, ni alforja, ni zapatos; y acuérdales de que se lo había mandado, para mandarles lo que parece contrario. Ahora dice: «Quien tiene bolsa, la tome, y de la mesma suerte alforja; y quien no tiene, venda la capa, y compre la espada.» Tiempo hay en que lo necesario sobra; y tiempo viene en que lo excusado es necesario. *Qui non habet*: Quien no tiene espada, se entiende de lo que se sigue. Así lo repite el Siro, declarando este lugar Euthimio y Lucas Brugense por el tiempo de la persecución que se acercaba: *Per emphasym solùm ostendens esse tempus ultionis.* Yo sigo la interpretación de Cristo y la mente de los Apóstoles. Para ir á predicar á las gentes que Cristo

está en la tierra, que ha encarnado, que ha nacido el Mesías, no lleven bolsa, ni alforja, ni zapatos, y no les falte nada. Mas para quedar en lugar de Cristo por su muerte y subida á los cielos, traigan la bolsa y la alforja; y si no tienen espada, vendan la capa para comprarla. Cuando predicaren, vayan con solas palabras; cuando gobiernen, tengan espada. Acuerdo á los doctos que Cristo dijo: *Non veni mittere pacem, sed gladium.* Y si los Apóstoles habían de quedar á proseguir la obra para que Cristo vino, ¿cómo la inviarán, que es á lo que él dice que vino? Cuál espada es ésta, declaran los sagrados expositores. Que esto se entienda así, pruébalo lo que se sigue en el Evangelio: *At illi dixerunt: Domine, ecce duo gladii hîc. At ille dixit eis: Satis est.* «Ellos dijeron: Señor, ves aquí dos espadas. Mas él dijo: Basta.» En todas estas palabras, y en solas ellas, está el imperio y poder de los Sumos Pontífices, y puesto silencio á los herejes que dicen que no les son lícitos los bienes temporales: «Tome la bolsa y la alforja ahora; si no tiene espada, venda la túnica, y cómprela.» Palabras son de Cristo. Dícenle que hay dos espadas, y responde: «Basta»; no ordenando el silencio en aquella plática, sino permitiendo la jurisdicción, que se llama *de utroque gladio*, á la Iglesia que no siempre había de ser desnuda, y pobre y desarmada. Y aunque la palabra «Basta» declaran todos como se ve, yo (con el propio Evangelio) entiendo fué prevención adelantada al orgullo de San Pedro, como sabía Cristo la había de sacar en el Huerto, y ocasionar su reprehensión. «Basta», fué tasa de la clemencia de Dios: espadas hay; basta que las haya; no se ejecuten si se puede excusar; vine á inviar espada, no á ensangrentarla: preceda la amenaza al castigo; prevenga

el ademán al golpe. David, Reg. 1, c. xvii, dice: *Et noverit universa Ecclesia hæc, quia non in gladio, nec in hasta salvat Dominus: ipsius enim est bellum.* Tiempo vendría donde le sería lícito el dinero, y conviniente la espada. Los propios pasos sigue la doctrina. En unos siglos no la falta nada, desnuda y sin defensa; y en otros ha menester vestido y armas, para que no la falte todo. Yo hablo palabras medidas con la necesidad, y escribo para ser medicina, y no entretenimiento. No debe desacreditar esto mi ignorancia ni mi perdición. San Agustín dice: *Agit enim spiritus Domini, et per bonos, et per malos, et per scientes, et nescientes, quod agendum novit, et statuit: qui etiam per Caipham, acerrimum Domini persecutorem, nescientem quid diceret, insignem protulit prophetiam.* El que desprecia la virtud, porque la enseña el pecador, es malo aun en aquello que el malo es bueno. Para mí es condenación no vivir como escribo, y para vosotros es usura obrar lo que yo pierdo.

Palabras de la verdad para el desengaño de los reyes, desde su oriente hasta faltarles el sol de la vida en el ocaso común.

Sapient., cap. viii.— *Sum quidem et ego mortalis homo, similis omnibus, et ex genere terreni illius, qui prior factus est, et in ventre matris figuratus sum caro.*

Decem mensium tempore coagulatus sum in sanguine, ex semine hominis, et delectamento somni conveniente.

Et ego natus accepi communem aerem, et in similiter factam decidi terram, et primam vocem similem omnibus emisi plorans.

In involumentis nutritus sum, et curis magnis.

Nemo enim ex regibus aliud habuit nativitatis initium.

PREFACIÓN. Á LOS HOMBRES MORTALES QUE POR EL GRAN DIOS DE LOS EJÉRCITOS TIENEN LA TUTELA DE LAS GENTES DESDE EL SOLIO DE LA MAJESTAD.

Pontífice, emperador, reyes, príncipes: á vuestro cuidado, no á vuestro albedrío, encomendó las gentes Dios nuestro Señor; y en los Estados, reinos y monarquías os dió trabajo y afán honroso, no vanidad ni descanso. Si el que os encomendó los pueblos os ha de tomar estrecha cuenta dellos; si os hacéis dueños, con resabios de lobos; si os puso por padre, y os introducís en señores, lo que pudo ser oficio y mérito hacéis culpa, y vuestra dignidad es vuestro crimen. Con las almas de Cristo os levantáis; á su sangre, á su ejemplo y á su doctrina hacéis desprecio: procesaros han por amotinados contra Dios, y seréis castigados por rebeldes. Adelantarse ha el castigo á vuestro fin; y despierta y prevenida en vuestra presunción la indignación de Dios, fabricará en vuestro castigo escarmiento á los porvenir.

Y con nombre de tiranía irá vuestra memoria disfamando por las edades vuestros huesos, y en las historias serviréis de ejemplo escandaloso.

Obedeced á la sabiduría, que en abriendo la boca por Salomón, empezó á hablar con vosotros á gritos: *Diligite justitiam qui judicatis terram.* Imitad á Cristo, y leyéndome á mí, oidle á él; pues hablo en este libro, y hablé en el pasado, con las plumas que le sirven de lenguas para sus alabanzas.

CAPÍTULO PRIMERO.

Quién pidió reyes, y por qué; y quién y cómo se los concedió; qué derecho dejaron, y cuál admitieron.

La descendencia y origen de los reyes en el pueblo de Dios ni fué noble ni legítima, pues tuvo por principio el cansarse de la majestad eterna y de su igualdad y justicia. Así lo dijo Dios á Samuel: «No te han desechado á ti sino á mí, para que no reine sobre ellos.» Pocos son, y menos valen las coronas, los ceptros y los imperios para calificar á este oficio tan ruin linaje como el que tuvo. Para castigarlos les concedió lo que le pidieron. Eran, por ser pueblo de Dios y Dios su Rey, diferentes de los demás. Tanto puede la imitación, que dejan á Dios y le descartan, por ser sujetos como las otras gentes. Dióles rey, y mandó á Samuel les dijese: «Tomará vuestros hijos y los pondrá para que gobiernen sus carros, y los hará sus guardas de á caballo.» Si mala fué la ocasión de pedir rey, peor fué el derecho de que dijo Dios usarían; y tan detestable todo, que mereció estas palabras: «Y clamaréis en aquel día delante del rey vuestro que elegisteis, y no os oirá Dios en aquel día, porque pedisteis rey para vosotros.» Tan gran delito fué pedir rey, que mereció no sólo que se le diesen, sino también que no se le quitasen cuando padeciesen con lágrimas el derecho que les predijo. Este libro de Samuel pocos le han considerado (no hablo de sagrados expositores, que son luces de la Iglesia). A unos entre-

tuvo la lisonja, á otros apartó el miedo; y para las cosas del gobierno del mundo es lo más, es el todo, bien ponderado al propósito. Considero yo, Santísimo Padre, que el derecho de que dijo usarían los reyes, fué contrario en todo al que Dios usaba con ellos. Y así por esta oposición como por las palabras referidas, mal algunos regaladores de las majestades dicen permitió Dios y concedió aquel derecho, que antes por detestable se le representa, y se le permite por castigo de que le despreciaron á él en sus ministros, y no quisieron su gobierno en ellos.

Dice, pues (pondérese aquí la oposición): «Os quitarán los hijos, y los harán servir en sus carros.» Él hizo que los carros, y caballos y caballeros ahogados le sirviesen de triunfo; él hizo para ellos el mar carroza; y para el contrario, sepulcro. «Hará que vayan delante de sus coches.» Y él hacía que la luz de noche para guiarlos, y las nubes de día para defenderlos del calor, fuesen delante. «Hará que sean centuriones, y tribunos y gañanes, que aren sus campos y sean segadores de sus mieses, y herreros para forjarles sus armas y aderezarles sus carros.» Él era para ellos capitán; y sus ángeles, y sus milagros, y sus favorecidos, y sus profetas, tribunos y centuriones. Su voluntad fertilizaba los campos, y les daba las mieses que sembrabran otros y cogían, para sustento suyo. Él los daba en su nombre las armas, y en su virtud las vitorias. «Hará que vuestras hijas le sirvan al regalo en la cocina y en el horno.» Él mandaba que el cielo les amasase el maná, y en él les guisase todo el primor de los sabores. Él hizo al viento su despensa, y que lloviese aves. Mandó que las peñas heridas con la vara sirviesen á su sed. Quiso, contra la nobleza destos elementos, que hiciesen estos

oficios postreros en todas las familias. «Quitaros ha vuestros campos, viñas y olivares, y todo lo que tuviéredes bueno, y lo dará á sus criados.» Él os dió la tierra y los campos que no teníades, y las viñas que con sus racimos dieron á los exploradores señas de su fertilidad, y hizo patrimonio suyo en sus prometimientos la mejor fecundidad del mundo. Él les quitó todo lo malo en la idolatría y obstinación y cautiverios, y les dió todo lo bueno en su ley; quitó lo precioso de los señores, que lo tenían, para darlo á los que eran siervos suyos. «Las rentas de vuestras semillas y viñas llevarán en diezmos para dar á sus eunucos y á sus esclavos.» Él recibía los sacrificios, diezmos y oblaciones, no para henchir sus locos, sus truhanes, sus esclavos, sino para darlos multiplicados el humo y la harina en posesiones y glorias, y adelantarlos á todas las gentes con maravillas. «Vuestros criados y criadas, y vuestros mozos los mejores, y vuestras bestias, os los quitará para poner en sus obras.» Él, que para ninguna obra ha menester más de su voluntad, no sólo no les quitaba los criados y bestias, antes por más favor con los portentos de su omnipotencia los excusaba del trabajo, obrando por más noble modo. «Consumirá en décimas vuestros ganados, y seréis sus esclavos.» Él se los multiplicaba, y tenía por hijos; y por esclavos á los que los perseguían y querían hacer siervos, como se vió en Faraón. Con ellos, como con hijos, obró las maravillas; por ellos en los tiranos ejecutó las plagas. ¿Quién podrá negar, por ciega secta que siga, por torpe que tenga el entendimiento, que este derecho de que Dios usaba con ellos era derecho de Rey, de señor, de padre; y el otro, de tiranos, de enemigos, de disipadores, de lobos? Tanto apetece, Beatísimo Padre, en los dominios

la novedad el pueblo, que no dejan uno y piden otro por elección, sino por enfermedad. Sea otro (dicen los siempre mal intencionados y mal contentos), aunque no sea bueno, que por lo menos tendrá de bueno el ser otro. Dos cosas diferentes enseña esta doctrina: la una, que los reyes que usan de aquel derecho son persecución concedida á las demasías de los hombres. La otra consuela á los reyes que, imitando el derecho de Dios, se ven aborrecidos de sus vasallos; pues contra los deseos vagamundos de la plebe, aun á Dios no le valió el serlo, como él lo dijo.

Veamos cómo se cumplió esto. El propio libro nos lo dice, donde el Espíritu Santo se encargó de lo más importante en estas materias. Fué Saúl el rey que Dios les dió. «Era Saúl hombre escogido y bueno, y ninguno de los hijos de Israel era mejor; llevaba á todos los demás, en la estatura, desde los hombros arriba.» Era escogido, era bueno; ninguno de los hijos de Israel era mejor antes de reinar; después ninguno fué tan malo. Pocas bondades y pocas sabidurías aciertan á acompañarse de la majestad, sin descaminar el seso y destruir las virtudes. Venía Saúl á buscar unas bestias que se le habían perdido á su padre; y para hallarlas buscó al varón de Dios, consultó á Samuel, *al que ve* (este era el nombre de los profetas). ¡Gran cosa, que para hallar bestias perdidas sigue á Samuel; y para gobernar el reino que le da Dios, desprecia al mismo profeta! Obedecióle en todo para cobrar los jumentos, y desobedeció á Dios para perderse á sí. Muy enfermizo es para la fragilidad humana el summo poder; y si los que adolecen de sus demasías no se gobiernan con la dieta de los divinos preceptos, con el primer accidente están de pe-

ligro, y los aforismos de la verdad los dejan por desahuciados. Dijo á Saúl, en nombre de Dios, Samuel: «Ve, y destruye á Amalec, y asuela cuanto en ella hallares. Nada le perdones, ni codicies alguna de sus cosas; pasa á cuchillo desde el varón á la hembra, y el niño á los pechos de la madre; oveja, buey, camello y jumento.» Enfermedad antigua es la inobediencia. Esta en los primeros padres nos atesoró la muerte; en su vigor tiene hoy la malicia: nada ha remitido del veneno en la vejez y los siglos. Fué Saúl á Amalec, destruyóla; mas reservó para sacrificar á Dios lo mejor que le pareció. Mal de reyes, tomar los sacrificios por achaque, y la piedad y religión y á Dios, para eximirse de la obediencia. No falta sacrificio, aunque vosotros os hacéis desentendidos dél: obedeced á Dios, y sacrificaréisle vuestra voluntad que repugna á esta obediencia; que es más copioso, más noble sacrificio que vacas y ovejas hurtadas á la puntualidad de sus mandatos. El profeta lo dice: «Mejor es la obediencia que el sacrificio.» Dijo Samuel á Saúl: «Porque desechaste las palabras de Dios, te desechó Dios para que no seas rey.» Y Dios, viendo á Samuel compadecido de Saúl, le dijo: «¿Hasta cuándo lloras tú á Saúl, habiéndole yo arrojado para que no reine en Israel?» Samuel le dice que ya no es rey á Saúl; y Dios le dice á Samuel que ya echó á Saúl, porque no reinase. Cierto es que ya no era rey Saúl, porque ninguno es rey más allá de donde lo merece ser. De esta deposición de Saúl, pasó á elegir otro rey. «Tomó Samuel el vaso de olio, y ungió á David en medio de sus hermanos; y desde aquel día se encaminó á David el espíritu de Dios.» Ese es buen principio de reinar, seguro incontrastable de las acciones del príncipe. «El espíritu del Señor se apartó de

Saúl, y atormentábalo por voluntad de Dios el espíritu malo.» Allí acabó de ser rey donde empezó á dejar el espíritu de Dios; y allí empezó á ser reino del pecado, donde se apoderó dél el espíritu malo.

Estos espíritus hacen reyes, ó los deshacen. Quien obedece al de Dios, es monarca; quien al espíritu malo, es condenado, no príncipe. «Dijeron los criados á Saúl: Ves aquí que el espíritu malo de Dios te enfurece. Mande nuestro señor, y los criados tuyos que están cerca de ti busquen un varón que sepa bailar con la cítara, para que cuando el espíritu malo de Dios te arrebatare, toque con sus manos, y lo pases más levemente.» Aquí está de par en par el gran misterio de los príncipes y sus allegados, tan en público, que ninguna advertencia deja de tropezar en él: al encuentro sale á la vista más adormecida. Estos criados, Santísimo Padre, con los más príncipes y monarcas se acomodan; y parece andan remudando dueños por todas las edades. No hay monarquía que no ponga un amo: estos criados, á Saúl sirvieron, y servirán á muchos. El primer acometimiento fué de predicadores, no de criados. Dijéronle: «Ves aquí que el espíritu malo de Dios te enfurece.» ¿A qué más puede aventurarse el buen celo, no digo de un criado, de un predicador, de un profeta, que á decir á un rey que está endemoniado? Mas como era maña y no celo, cansóse presto. Dijéronle lo que padecía, lo que no podía negar, y que por eso iban seguros de su enojo. ¡Grande primor de los ministros, que aseguran su medra entreteniendo, no echando el demonio de su príncipe! Para tan grande mal, y tan superior, dijeron que por médico se buscase un bailarín, un músico; no que le sacase el espíritu malo, sólo que con la voz y las danzas le aliviase un poco. La

medra de muchos criados es el demonio entretenido en el corazón de sus dueños. Sones y mudanzas receptan á quien ha menester conjuros y exorcismos. ¡Oh reyes! ¡Oh príncipes! obedeced á Dios; porque si su espíritu os deja y el demonio se os apodera de las almas, los que os asisten os buscarán el divertimiento, y no la medicina; y el demonio, que está dentro, se multiplicará por tantos criados como están fuera.

Invió Saúl á decir á Isaí: «Esté David en mi presencia, que es agradable á mis ojos. Pues todas las veces que le arrebataba el espíritu malo á Saúl, David tomaba la cítara y la tocaba, y con el son se refocilaba Saúl y padecía menos, porque se apartaba dél el espíritu malo.» Los criados no querían sino música que le aliviase, no que apartase el espíritu malo de Saúl; mas como era David el que tañía (hombre tan al corazón de Dios), ahuyentábale y apartábale de Saúl. Con todo aprovechan los siervos de Dios á los reyes, y cualquiera ruido que hacen tiene fuerza de remedio. Al que sabe ser pastor, y desquijarar leones, y vencer gigantes, óiganle los reyes, aunque sea tañer; que eso les será de grande provecho. Conócese la iniquidad del espíritu malo que poseía á Saúl, y cuán reprobadas determinaciones tienen los reyes que no obedecen á Dios y desprecian su espíritu; pues con tanto enojo quería alancear á David que apartaba dél el espíritu malo, y nunca se enojó con los criados que pretendían entretenerle en el corazón el demonio con músicas y danzas. Lanzas y enojo tienen á mano los reyes de mal espíritu, para quien los libra de la perdición; y mercedes y honras para quien se la divierte, alarga y disculpa.

«Entróse el espíritu malo en Saúl: estaba sentado en

su casa, y tenía una lanza; demás desto David tañía con su mano. Procuró Saúl clavar á David en la pared con su lanza. Apartóse David de la presencia de Saúl; y la lanza, con golpe descaminado, hirió la pared. David huyó, y se salvó aquella noche.» Tan bien se halla un rey maldito con el espíritu malo, que procura huya dél antes quien se le aparta, que el espíritu. Y es de considerar, Santísimo Padre, que los monarcas que arrojan lanzas á los varones de Dios, yerran el golpe y, como Saúl, dan en las paredes de su casa, derriban su propia casa, asuelan su memoria con la ira que pretenden despedazar los varones de Dios. Ve aquí Vuestra Santidad un ñudo, en nuestra vista, ciego; un laberinto, en nuestro entendimiento, confuso. Dijo el profeta á Saúl (como se ha referido), luego que dejó de obedescer á Dios en Amalec, que no era rey ya; díjoselo Dios á Samuel cuando lloraba por él; eligió á David, por rey, Dios; y ungióle el profeta. Y es cosa de gran maravilla que Saúl manda, y tiene ceptro y corona, goza de la majestad y del palacio; y David, ya rey, padesce cada día nuevas persecuciones, ocupado en huir, contento con los resquicios de la tierra y con las cuevas por alojamiento, sin séquito, ni otro caudal que un amigo sólo.

Santísimo Padre, ¿qué llama Dios ser rey? ¿Qué llama no serlo? Cláusulas son estas de ceño desapacible para los príncipes, de gran consuelo para los vasallos, de suma reputación para su justicia, de inmensa mortificación para la hipocresía sòberana de los hombres. Señor, la vida del oficio real se mide con la obediencia á los mandatos de Dios y con su imitación. Luego que Saúl trocó el espíritu de Dios bueno por el malo, y le fué inobediente, le conquistaron la alma la traición, la ira, la codicia

y la invidia, y en él no quedó cosa digna de rey. Quedóle el reino: fué un azote coronado, que cumplía la palabra de Dios en la aflicción de aquellos que pidieron rey y dejaron á Dios. Muchos entienden que reinan, porque se ven con ceptro y corona y púrpura (trastos de la majestad, y superficie delgada de aquel oficio); y siendo verdugos de sus imperios y provincias, los deja Dios y el nombre y las ceremonias, para que conozcan las gentes que pidieron estas insignias para adorno de su calamidad y de su ruina. Saúl, á fuerza de calamidades y á persuasión de tormentos, lo llegó á conocer entre la envidia y el enojo, cuando oyendo cantar á las mujeres en el triunfo de la cabeza de Goliat: «Saúl derribó mil, y David diez mil», dice el texto sagrado, «se enojó demasiadamente Saúl, y le dió en cara esta alabanza, y dijo: A David dieron diez mil, y á mí me dieron mil; ¿qué le falta sino sólo el reino?» Conoció que era rey, y que merecía serlo, pues dijo que sólo le faltaba el reino. No conoció que se le difería Dios; porque por su dureza merecía que no le quitase en él la calamidad, ni le apresurase en David el remedio. A muchos, sin ser ya reyes, permite Dios el nombre y el puesto, porque sus maldades llenen el castigo de las gentes. Dejaron, Señor, como vemos, los hombres el gobierno de Dios: echáronle. Así lo dijo él, y también dijo: «En aquel día clamaréis delante de vuestro rey, que eligistes; y no os oirá Dios en aquel día.» Esto ha durado por tantas edades, y se ha cumplido; mas el proprio Señor, condolido de nosotros, lo que dijo que no hacía en aquel día del Testamento viejo, lo hace en este de la ley de gracia; y vino hecho hombre á tomar este reino, y dejó en San Pedro y sus sucesores su propria monarquía. Y porque allí dió para

castigo el reino que pedimos, en este día nos manda pedir en la oración, que nos enseñó, que viniese su reino; porque como á nuestro ruego vino la calamidad por su enojo, á nuestra petición vuelva el consuelo por su clemencia.

CAPÍTULO II.

Ni los ministros han de acriminar los delitos de los otros, queriendo en los castigos mostrar el amor que tienen al señor; ni el señor ha de enojarse con extremo rigor por cualquier desacato. (*Luc.*, cap. IX.)

«Sucedió, cumpliéndose los días de su Asumpción; y como afirmase su cara para ir á Jerusalén, y enviase mensajeros delante; y como yendo entrasen en la ciudad de los samaritanos para aposentarle, y no le recibiesen, porque su cara era de quien iba á Jerusalén; pues como lo viesen sus discípulos, Jacobo y Juan, dijeron: Maestro, ¿quieres que digamos que el fuego baje del cielo y los consuma, como hizo Elías? Y volviéndose, los reprendió y dijo: No sabéis de qué espíritu sois. El Hijo del hombre no vino á perder las almas, sino á salvarlas. Y fuéronse á otro castillo.»

Justo fué, y al juicio humano disculpado el sentimiento de Jacobo y Juan (aposentadores enviados por Cristo) de que los samaritanos no le quisiesen dar posada; mas en la censura del mismo Cristo Jesús fueron dignos de reprehensión gravísima, si no por el sentimiento, por el castigo que propusieron contra los descorteses, procurando bajase sobre ellos el fuego del cielo. El Dios y Hombre Rey sólo previno en su Santísima Madre la posada de los nueve meses, y eso desde el

principio. Aun para nacer no previno lugar; que sin desacomodar las bestias, fué su primera cuna un pesebre. Está hecho Dios á entrarse por las puertas de los hombres, y ellos á negarle sus casas. No admitir á Cristo, ya es fuego del infierno: no hace falta el del cielo para castigo. Más necesitaban de misericordia y de perdón, que de pena. No le falta castigo á la culpa que le merece. Quien no quiere recibir á Cristo, y le despide, y arroja de sí viniendo á él, ¿qué fuego le falta? ¿Qué condenación extrañará? Dije había sido gravísima la reprehensión que dió á estos dos grandes Apóstoles y parientes suyos: probarélo. Las palabras fueron: «No sabéis de qué espíritu sois. El Hijo del hombre no vino á perder las almas, sino á salvarlas.» Dos veces reprehendió Cristo á Diego y á Juan. Aquí les dice «que no saben de qué espíritu son»; y cuando pidieron las sillas, «que no saben lo que piden.» ¡Dichosos ministros, que sirven á rey, que si les dice que no saben, los enseña lo que han de saber, y que no entretiene en el amor y la privanza la reprehensión de los que le sirven! No dijo: «No sabéis á quién servis, ni mi condición, ni piedad»; sino: «No sabéis de qué espíritu sois»; porque como quisieron imitar el espíritu de Elías en el mandar que descendiesen llamas del cielo, supiesen que el suyo era detener las del cielo, y apartar las del infierno. Y si bien el decirles «que no saben de qué espíritu son», fué advertencia severísima, no está en eso la ponderación mía del rigor; está con grande peso en decirles: «No vino el Hijo del hombre á perder las almas, sino á salvarlas.» Severas palabras, si nos acordamos que el demonio le dijo: «Jesús, hijo de David, ¿por qué veniste antes de tiempo á perdernos?» Y los santos ponderan

por blasfemia del demonio el decir que Cristo vino á destruirlos y atormentarlos, porque destruir y atormentar es oficio del demonio, y de Cristo restaurar y dar salud.

Siguiendo esta doctrina San Pedro Crisólogo (*Sermón* 155), del rico que tenía fértil heredad, examinando el soliloquio interno de su avaricia en aquella pregunta: *Quid faciam?* «¿Qué haré?» dice: «¿Con quién hablaba éste? Alguno otro tenía dentro de sí; porque el demonio, que le poseía, se había penetrado en sus entrañas: el que se entró en el corazón de Judas poseía lo retirado de su mente. Mas oigamos qué le responde el consejero interior. Destruiré mis trojes. Evidentemente se descubrió el que se escondía, porque siempre el enemigo empieza por destruir.»

Cristo Rey sólo destruyó la muerte muriendo: *Mortem moriendo destruxit.* Eso fué destruir la destruición. Esto es lícito que destruyan los reyes que imitan á Cristo. Los que no le imitan, vivifican la destruición, y destruyen las vidas viviendo. Bien se conoce si fué severa y gravísima reprehensión decirles que no sabían que él no venía á perder y destruir, que es el oficio del demonio. Nadie ha de decir al rey que pierda y destruya (aunque lo autorice con ejemplos), que no oiga: «No sabéis á quien servís; no es mi oficio perder y destruir, sino salvar y dar remedio.» Perder y destruir es de espíritu de demonio, no de espíritu de rey. No puede negarse que no es doctrina bien endiosada. Castigar la culpa no es lo mismo que destruir los delincuentes. Quien los destruye es desolación, no príncipe. Fácilmente se consultan en el mundo horribles castigos á delitos ajenos.

Uno de los grandes ejemplos que dejó Cristo Nuestro

Señor á los reyes, fué este; y ninguno más importante. Vuestra Majestad le atienda con la católica piedad de su alma; porque en las culpas que exageran en otro los que asisten á los soberanos príncipes, cuando tocan en la reverencia y comodidad de sus personas, el consultar castigos enormes y sumos puede enfermar de lisonja, que á costa de otros ostente el amor grande y reverencia que ellos quieren persuadir que les tienen. A veces, soberano Señor, más se deben guardar los monarcas de los que tienen en su casa, que de los que niegan la suya. Los Apóstoles, ó alguno dellos, se puede creer que vieron los tratantes y mohatreros vender en el templo, y hacer la casa de Cristo y de oración, cueva de ladrones; y no se lee que alguno le dijese que tomase el azote y los castigase, y Cristo lo hizo; y aquí le dicen que le tome, y no sólo lo niega, sino lo reprehende. Enseñó el sumo Señor que se ha de usar del azote sin consulta para limpiar la propria casa de ladrones, y que se ha de suspender en las descortesías de la ajena. Diferente cosa es que los malos no dejen entrar á Cristo en su casa, ó que los malos se entren en la de Cristo. ¡Gran Rey, que no acertando tan divinos consejeros en lo que le consultan y en lo que le dejan de consultar, los enseña con lo que hace y deja de hacer!

La tolerancia muestra que los corazones de los reyes son de peso y sólidos. Al contrario, si cualquier chisme, en que se gasta poco aire, los arrebata y enfurece, ¿quién ignora que conserva y restaura y corrige más la paciencia que el ímpetu? Si donde no acogen á Cristo se hubiera de aposentar vengativo el fuego del cielo, ¿cuántas almas ardieran? ¿Cuántos cuerpos fueran cenizas? En la boca del cuchillo y de la llama fuera alimento el

vasallaje del mundo. Las culpas de la casa ajena todos las creemos; las de la propia las ven pocos, porque tienen en sus ojos todas las vigas de sus techos. Es huésped Cristo en casa de Simón el leproso; y siéndolo, tiene asco de que Cristo admita mujer pecadora, y no de que le comunique su lepra. ¡Cuántos leprosos de conciencia quieren cerrar á todo el rey en su casa; y para que no le participen los que le buscan y tienen necesidad dél, los calumnian, y acusan y desacreditan! Quiso Simón que sola su lepra fuese favorecida; mas no se lo consintió Cristo. Muchos quieren que el rey asuele las casas de los otros; mas ninguno la suya, ni la de los suyos. Muchos pretenden que el rey sólo asista á su casa de tal suerte que los demás no puedan entrar en ella. Nunca admitió Cristo de sus discípulos estas lisonjas de su comodidad, ni dejó de reprehendérselas.

Testifícalo en la transfiguración San Pedro, cuando de piedra fundamental de edificio eterno se metió á maestro de obras, y le dijo: «Hagamos aquí tres tabernáculos: uno para ti, otro para Moisén, otro para Elías.» Y dice el Evangelista: «No sabía lo que decía.» Sospechosos deben ser á los reyes, Señor, los solícitos de su comodidad y descanso, pues su oficio es cuidado; más útil hallan en el trabajo que le excusan tomándole para sí, que en el descanso que le dejan para él. Esto es ponerse la corona que le quitan. Hurto es igualarse el criado con el señor; así le llama San Pablo: *Non rapinam arbitratus est esse se æqualem Deo;* entiéndese como hombre. «No trazó rapiña (esto es, *hurto*) ser igual á Dios.» ¿Qué será trazar de hacer siervo al señor, y serlo el criado? Esto severamente lo castigó Dios en el ángel y sus secuaces, y en el hombre y su descendencia. Con

rigor castiga el pretender ser como él; con piedad el ser contra él. Luzbel pretendió aquello, y cayó para no levantarse. San Pablo le perseguía, y cayó para subir al tercero cielo. Mayor riesgo se conoce en la criatura que compite, que en el enemigo que persigue. ¿Qué casa hay en que el rey no haya menester desvelar su atención? En la que le reciben, porque el dueño quiere cerrarle en ella para sí solo; en la que no le admiten, porque los que le asisten quieren llueva fuego sobre ella; en la que le trazan en palacio, capaz para su séquito, y en gloria y descanso, porque le quieren retirar en las delicias del Tabor del oficio y trabajos, título y corona de rey que le aguardan en el Calvario. Empero el verdadero Rey Cristo Jesús ni se divierte de su oficio, ni consiente que el amor tierno y santo de los suyos le divierta. Y por eso dice: «Afirmó su cara hacia Jerusalén», donde había de padecer. Toda la salud del gobierno humano está en que los príncipes y monarcas afirmen su cara al lugar de su obligación; porque si dejan que las manos de los que se la tuercen la descaminen, mirarán con la codicia de sus dedos, y no con sus ojos. Aquel señor que, no queriendo imitar á Cristo, se deja gobernar totalmente por otro, no es señor, sino guante; pues sólo se mueve cuando y donde quiere la mano que se lo calza.

CAPÍTULO III.

Cuán diferentes son las proposiciones que hace Cristo Jesús, rey de gloria, á los suyos, que las que hacen algunos reyes de la tierra, y cuánto les importa imitarle en ellas. (*Joan.*, VI.)

Qui manducat meam carnem, etc. «Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el postrero día. De verdad mi carne es comida; y de verdad mi sangre es bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre queda en mí, y yo en él. Muchos de los discípulos dijeron: Duro es este razonamiento: ¿quién le puede oir? Sabiendo Jesús en sí mismo que murmuraban desto sus discípulos, les dijo: ¿Esto os escandaliza?»

Igualmente es importante y peligroso discurrir sobre estas palabras, que cierran el solo arbitrio eficaz para las dos vidas. Sea hazaña de la caridad, que venza al riesgo particular el útil común. Si las murmuraron oyéndoselas á Cristo los discípulos, ¿qué mucho que me las calumnien á mí los que no lo son, los que no quisieren serlo? «Esto os escandaliza?» les dijo. Lo mismo los diré, respondiendo con su pregunta. El mantener á los suyos y el sustentarlos es uno de los principales cuidados de los reyes. Por eso los llama Homero «pastores de los pueblos»; y lo que divinamente lo prueba es que Cristo, rey de gloria, dijo que era pastor: «Yo soy buen pastor.» No solamente porque guarda sus ovejas de los lobos, sino porque da su vida por ellas; y no sólo por esto, sino porque las da su vida. Los demás las apacientan en los prados y dehesas; Cristo en sí mismo, y de sí: viviendo, las

da vida con su palabra; muriendo, las apacienta con su carne y su sangre. «Es pastor y es pasto.»

Hablaba en este capítulo de su cuerpo sacramentado. Ofréceles pan de vida, pan que bajó del cielo, y en él vida eterna. Convídalos á sí mismo; es el señor del banquete en que es manjar el Señor. Y si bien estas misteriosas palabras se entienden del Santísimo Sacramento de la Eucaristía, fértiles de sentidos y de doctrina y ejemplo, me ocasionan consideración piadosa de enseñanza para todos los príncipes de la tierra. Probaré lo que al principio propuse: que son muy diferentes las proposiciones que Dios hace á los suyos, de las que hacen á sus vasallos los reyes de la tierra. Cristo, Rey, los dice que coman su carne y beban su sangre; que se lo coman á él para vivir. Los más de los monarcas del mundo los dicen que han de comer sus pueblos como pan. No digo yo esto, dícelo David (Psalm., 52, v. 5): «¿Será que no lo sepan todos los que obran iniquidad y traigan mi pueblo como mantenimiento de pan?» El texto es coronado y sacrosanto, por ser de rey, santo y profeta, y que con todas sus palabras prueba esta diferencia. Cristo Jesús dice á los suyos que le coman á él como pan; los que obran iniquidad dicen á los suyos que se los han de comer á ellos como pan. En Cristo el pan es velo de la mayor misericordia; en estotros demostración de la hambre más facinerosa. Noticia tuvo la antigüedad de estos reyes comedores de pueblos. Homero lo refiere de Aquiles: éste príncipe de los mirmidones, y aquél de los poetas y filósofos. En el primero libro de la *Iliada* trata de la grande peste que Apolo envió sobre el ejército de Agamenón, porque despreció á su sacerdote y le trató mal de palabra, amenazándole. Ya hemos visto á Dios

castigar con pestilencias universales semejantes delitos y sacrilegios, sin culpa de la malicia de las estrellas, ni de la destemplaza del aire. Elegantemente lo dijo Símaco á los emperadores que despojaban las cosas sagradas, templos y sacerdotes: «El fisco de los buenos príncipes no se aumente con los daños de los sacerdotes, sino con los despojos de los enemigos.» Y más abajo en la propia epístola: «Siguió á este hecho hambre pública; y la mies enferma engañó la esperanza de todas las provincias. No son de la tierra estos vicios. No achaquemos algo á las estrellas. El sacrilegio secó el año. Necesario fué que pereciese para todos los que á las religiones se negaba.» ¿Quién será, Señor, el católico que quiera ser reprehendido de Símaco con justicia, habiendo Símaco sido condenado por infiel, de San Ambrosio y de Aurelio Prudencio? No se puede llamar digresión la que previene lo que se ha de referir. Por la causa dicha, enojado Aquiles con el rey Agamenón, entre otros muchos oprobios que le dijo, le llamó *demovoros*, que se interpreta «comedor de pueblos.» Todo el verso de Homero dice: «Rey comedor de pueblos, porque reinas entre viles.» Dar por causa el reinar entre viles al ser el rey comedor de pueblos, mejor es dejar que lo entienda quien quisiere, que darlo á entender á quien no quisiere.

Que no sólo es rey uno por dar de comer á los suyos, Cristo lo enseñó literalmente cuando obró aquel abundante y espléndido milagro en el desierto con la multiplicación de cinco panes y dos peces; pues la gente persuadida de la hartura le quisieron arrebatar y hacerle rey; y Cristo se ausentó porque no le hiciesen rey. Mas después que, instituyendo el Santísimo Sacramento del Altar, dió su carne por manjar y su sangre por bebida y

le comieron los suyos, no negó que era Rey, preguntándole los pontífices si lo era, y aceptó el título de Rey. Claro está que los reyes de la tierra, que no pueden sacramentar sus cuerpos, no pueden imitar esta acción, dándose á sus vasallos por manjar; empero el mismo Dios y Hombre, nuestro Señor y Rey eterno, los enseña como han de ser comidos de los suyos, con palabras de David que los enseñó; porque eran obradores de iniquidad, comiéndose á los suyos. Cuando echó del templo los que vendían palomas y ovejas, y trocaban dineros (acción realísima, ponderada por tal de los santos), dijo Cristo: «El celo de tu casa me come», que son del *verso* 10, del *psalmo* 68, todo misterioso de la pasión del Señor.

Con toda reverencia y celo leal á Vuestra Majestad y á Dios, os suplico, serenísimo, muy alto y muy poderoso Señor, consideréis que estas palabras amonestan á Vuestra Majestad que sea manjar del celo de la casa de Dios. Bien sé que este celo os digiere y os traga. Sois rey grande y católico; hijo del Santo, nieto del Prudente, biznieto del invencible. No refiero á Vuestra Majestad esto porque ignore que lo hacéis, sino porque sepan todos á quién imitáis y obedecéis en hacerlo. Muchos habrá, forzoso es, que digan no hagáis lo que hacéis: haya quien diga lo que no queréis dejar de hacer. La casa de Dios, Señor, es su templo, su iglesia, la congregación de sus fieles, sus creyentes. Vuestra Majestad es el mayor hijo de la Iglesia romana: cuanto más obediente, monarca glorioso de los católicos, pueblo verdaderamente fiel. La monarquía de Vuestra Majestad ni el día ni la noche la limitan: el sol se pone viéndola, y viéndola nace en el Nuevo Mundo. Mirad, Señor, de cuánto celo ha de ser

manjar vuestra persona y vuestro cuidado y vuestra justicia y misericordia; cuán lejos ha de estar de Vuestra Majestad el comer vasallos y pueblos; pues antes ellos os han de comer. Son muy dignas de ponderación aquellas palabras de David, que tanto he repetido: «¿No lo sabrán todos los que obran maldad, que engullen mi pueblo como manjar de pan?» Señor, el pan es un pasto de tal condición, que nada puede comerse sin él; y cuando sobra todo, si falta pan, no se puede comer nada; y se desmaya la gente, y la hambre es mortal y sin consuelo, por haber acostumbrádose la naturaleza á no comer algo sin pan. Los tiranos que ha habido, los demonios políticos que han poblado de infierno las repúblicas, han acostumbrado á los príncipes á no comer nada sin comerlo con vasallos. Todo lo guisan con sangre de pueblos: hacen las repúblicas pan, que necesariamente acompaña todas las viandas. Esto dijo David á los reyes, como rey que sabía «que los que obran iniquidad» los alimentan de sus mismos súbditos. Y no se puede dudar que cualquiera que sustenta al señor con la sangre de sus vasallos, no es menos cruel que sería el que sustentase un hambriento dándole á comer sus mismos miembros y entrañas, pues con lo que le mata la hambre, le mata la vida.

¡Oh señor! perdóneme Vuestra Majestad este grito, que más decentes son en los oídos de los reyes lamentos que alabanzas. Si lo que es precio de sangre en la venta de Judas se llama *Acheldemach*, ¿cuántos edificios que se llaman de otra manera, cuántas posesiones, cuántos patrimonios, cuántos estados, cuántas fiestas son *Acheldemach?* ¿Y se deben á los peregrinos por sepultura? Los arbitrios de Cristo Rey para socorrer á los suyos, son á

su costa, cargan sobre su carne y su sangre, sobre su vida y su muerte. Quien quita de todos los suyos con los arbitrios, para defenderlos del enemigo, hace por defensa lo que el contrario hiciera por despojo. De que se colige que el señor que tiene necesidad de los suyos, no es señor, sino necesitado. Por esto David rey (Psalm. 15, verso 2) exclama: «Dije al Señor, tú eres mi Dios, porque no tienes necesidad de mis bienes.»

CAPÍTULO IV.

Las señas ciertas del verdadero rey.—*Luc.*, VII; *Matth.*, XI.

Cum autem venissent ad eum, etc.: «Como los varones viniesen á él, dijeron: Juan Bautista nos envía á ti, diciendo: ¿Eres tú el que has de venir ó esperamos á otro? En la misma hora curó muchos de sus enfermedades y llagas y espíritus malos, y á muchos ciegos dió vista. Y respondiendo Jesús, los dijo: Idos, y decidle á Juan lo que visteis y oisteis; los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos guarecen, los sordos oyen, los muertos resucitan.»

Estas palabras de los evangelistas son las verdaderas y solas señas de cómo y cuáles deben ser los reyes: no de cómo lo son algunos, que esto lo escribió Salustio en la *Guerra de Yugurta*, con estas palabras: *Nam impunè quælibet facere id est regem esse:* «Porque hacer cualquier cosa sin temer castigo, eso es ser rey.» Puede ser que el poder soberano obre cualquier cosa sin temer castigo; mas no que si obra mal, no le merezca. Y entonces la conciencia con muchos pasos le penetra en los retiramientos del alma los verdugos y los tormentos (que

divertido ve ejercitar en otros por su mandado), los cuchillos y los lazos. Si conociese que es la misma estratagema de la divina justicia mostrarle los verdugos en el cadahalso del ajusticiado, que la que usa el verdugo con el que degüella, clavándole un cuchillo donde le vea, para hacer su oficio con otro que le esconde, sin duda tendría más susto, menos seguridad y confianza. Bien entendió David esta verdad; pues siendo rey que podía hacer, sin temer castigo de otro hombre, cualquier cosa (y que lo ejercitó en un homicidio y un adulterio, y en mandar contar su pueblo), no hubo pecado, cuando se vió en manos de los más rigurosos verdugos, y en el potro de su conciencia daba gritos, diciendo: «A ti solo pequé, y hice mal delante de ti.» Había el rey pecado contra Urías, quitándole su mujer; y contra la mujer, dando muerte á su marido; y violo el ejército y súpolo todo su pueblo, y dice: «Pequé sólo á ti, y delante de ti hice mal.» Bien considerado, el rey profeta dijo toda la verdad que le pedían las vueltas de cuerda que le daban. «Señor, yo soy rey, y si bien pequé contra Bersabé y Urías, y delante de todos, como el uno ni el otro, ni mis súbditos podían castigar mis delitos, digo que pequé á ti solo, que sólo puedes castigarme; y delante de ti.» Extrañarán los poderosos del mundo que yo les represente un rey tendido en el potro, y dando voces. Sea testigo el mismo rey, óiganlo de su boca (Psal. 37, verso 3): «Porque tus saetas en mí están clavadas, y descargaste sobre mí tu mano. No hay sanidad en mi carne delante de la cara de tu ira; no tienen paz mis huesos delante de la cara de mis pecados.» El mismo dice que los cordeles se le entran por la carne y le quiebran los huesos. Y en el verso 19, para que aflojen las

vueltas, promete declarar: *Iniquitatem meam anuntiabo.* «Confesaré la iniquidad mía» lo mismo es que «Yo diré la verdad.» De manera que si los que reinan creen á Salustio, que su grandeza está en poder hacer lo que quisieren, sin castigo, David rey los desengaña, y sus proprias conciencias. Ha sido necesario declararlos primero el riesgo y castigos que ignoran en reinar como quieren, para enseñarlos á reinar como deben con el ejemplo de Cristo Jesús.

Envió San Juan sus mensajeros á Cristo, que le preguntasen «si era el que había de venir, el que esperaban, el Mesías prometido, el Rey Dios y hombre.» Bien sabía San Juan que era Jesús el prometido, que no había que esperar á otro: no aguardó á nacer para declararlo. ¿Por qué, pues, manda á sus discípulos el Precursor santísimo que de su parte le pregunten á Cristo lo que él sabía! La materia fué la más grave que dispuso el Padre Eterno, y que obró el Espíritu Santo, y que ejecutó el amor del Hijo. Tratábase de dar á entender al mundo con demostración que Jesús era hombre y Dios, el Rey ungido que prometieron los profetas. Quiso que su pregunta enseñase con la respuesta de Cristo lo que no podía tener igual autoridad en sus palabras. Literalmente lo probaré con el texto sagrado. Preguntaron á Jesús «si era el prometido el que había de venir.» Y Cristo respondió con obras sin palabras; pues luego resucitó muertos, dió vista á ciegos; pies á tullidos; habla á los mudos; salud á los enfermos; libertad á los poseídos del demonio. Y después dijo: «Id, y diréis á Juan que los muertos resucitan, los ciegos ven, los mudos hablan, los tullidos andan, los enfermos guarecen.» Quien á todos da y á nadie quita; quien á todos

da lo que les falta; quien á todos da lo que han menester y desean, ese rey es, ese es el prometido, es el que se espera, y con él no hay más que esperar. Pobladas están de coronas y cetros estas acciones. No dijo: «Yo soy rey»; sino mostróse rey. No dijo: «Yo soy el prometido»; sino cumplió lo prometido. No dijo: «No hay que esperar á otro»; sino obró de suerte que no dejó que esperar de otro.

Sacra, católica, Real Majestad, bien puede alguno mostrar encendido su cabello en corona ardiente en diamantes, y mostrar inflamada su persona con vestidura, no sólo teñida, sino embriagada con repetidos hervores de la púrpura; y ostentar soberbio el cetro con el peso del oro, y dificultarse á la vista remontado en trono desvanecido, y atemorizar su habitación con las amenazas bien armadas de su guarda; llamarse rey y firmarse rey; mas serlo y merecer serlo, si no imita á Cristo en dar á todos lo que les falta, no es posible, Señor. Lo contrario, más es ofender que reinar. Quien os dijere que vos no podéis hacer estos milagros, dar vista y pies, y vida, y salud, y resurrección y libertad de opresión de malos espíritus, ese os quiere ciego y tullido, y muerto, y enfermo y poseído de su mal espíritu. Verdad es que no podéis, Señor, obrar aquellos milagros; mas también lo es que podéis imitar sus efectos. Obligado estáis á la imitación de Cristo.

Si os descubrís donde os vea el que no dejan que pueda veros, ¿no le dais vista? Si dais entrada al que necesitando della se la negaban, ¿no le dais pies y pasos? Si oyendo á los vasallos, á quien tenía oprimido el mal espíritu de los codiciosos, los remediáis, ¿no les dais libertad de tan mal demonio? Si ois al que la ven-

ganza y el odio tiene condenado al cuchillo ó al cordel, y le hacéis justicia, ¿no resucitáis un muerto? Si os mostráis padre de los huérfanos y de las viudas, que son mudos, y para quien todos son mudos, ¿no le dais voz y palabras? Si socorriendo los pobres, y disponiendo la abundancia con la blandura del gobierno, estorbáis la hambre y la peste, y en una y otra todas las enfermedades, ¿no sanáis los enfermos? Pues ¿cómo, Señor, estos malsines de la doctrina de Cristo os desacreditarán los milagros de esta imitación, que sola os puede hacer rey verdaderamente, y pasar la majestad de los cortos límites del nombre? Por esto, soberano Señor, dijo Cristo: «Mayor testimonio tengo que Juan Bautista, porque las obras que hago dan testimonio de mí.» Y reconociendo esto San Juan, no dijo lo que sabía, sino mandó á sus discípulos le preguntasen «quién era», para que respondiendo sus obras, viese el mundo mayor testimonio que el suyo.

Pues si no puede ser buen rey (imitador del verdadero Rey de los reyes) el que no diere á los suyos salud, vida, ojos, lengua, pies y libertad, ¿qué será el que les quitare todo esto? Será sin duda mal espíritu, enfermedad, ceguera y muerte. Considere Vuestra Majestad si los que os apartan de hacer estos milagros quieren ellos solos veros y que los veáis, acompañaros siempre; que no habléis con otros, y que otros no os hablen; que no obréis salud y vida y libertad, sino con ellos; y sin otra advertencia conoceréis que os ciegan, y os enferman, y os tullen y os enmudecen; y os hallaréis obseso de malos espíritus vos, cuyo oficio es obrar en todos los vuestros lo contrario. Insensatos electores de imperios son los nueve meses. Quien debe la majestad á las anticipacio-

nes del parto y á la primera impaciencia del vientre, mucho hace si se acuerda, para vivir como rey, de que nació como hombre. Pocos tienen por grandeza ser reyes por el grito de la comadre. Pocos, aun siendo tiranos, se atribuyen á la naturaleza: todos lo hacen deuda á sus méritos. Dichoso es quien nace para ser rey, si reinando merece serlo; y no se merece sino con la imitación de las obras con que Cristo respondió que era Rey. El angélico doctor Santo Tomás, en el *Opúsculo de la enseñanza del príncipe*, dice que si los monarcas, que están en la mayor altura y encima de todos, no son como el fieltro, que defiende de las inclemencias del tiempo al que le lleva encima, son como las inclemencias, diluvios y piedra sobre las espigas que cogen debajo. Lleva el vasallo el peso del rey á cuestas como las armas para que le defienda, no para que le hunda. Justo es que recompense defendiendo el ser llevado y el ser carga.

CAPÍTULO V.

Las costumbres de los palacios y de los malos ministros; y lo que padece el rey en ellos, y con ellos. (*Matth.*, cap. XXVI; *Luc.*, XXII.)

Et viri, qui tenebant eum, etc. «Y los varones que le tenían se burlaban dél. Entonces le escupieron en la cara; cubriéronle dándole pescozones. Otros le dieron bofetadas, y le preguntaban diciendo: Cristo, profetízanos quién es el que te dió. Y los ministros le herían con piedras, y decían otras muchas cosas, blasfemando contra él.»

Del texto sagrado consta que ataron á Cristo para llevarle á palacio; y que en tanto que anduvo en palacio, anduvo atado y arrastrado de unos ministros á otros. Lazos y prisiones llevan al justo á tales puestos, y preso y ligado vive en ellos. Hasta el fuego de los palacios es tal que San Pedro, que en el frío de la noche se encendió en la campaña contra los soldados, calentándose al fuego de la casa de Caifás, se heló de manera que negó tres veces á Cristo. No se acordó, negándole, de que le había dicho él mismo que le negaría tres veces; y acordóse en cantando el gallo; porque en palacio se acuerdan antes de las señas del pecado cometido, que de la advertencia para no cometerle. Esta circunstancia de su negación, con la negación, llorando amargamente bautizó con lágrimas San Pedro. Hemos dicho de los que entran; digamos de los príncipes que le habitan. Uno y el primero fué Anás, el que dió el consejo de «que convenía que uno muriese por el pueblo». Este le preguntó de su doctrina y de sus discípulos. Cristo nuestro Señor, que predicando había dicho: «¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?», y en otra parte: «Yo soy camino, verdad y vida»;—viéndose preguntado por juez en tribunal, quiso responder (como dicen) derechamente, y dijo: «Siempre hablé al mundo claramente; siempre enseñé en la sinagoga y en el templo, donde se juntan todos los judíos; y en secreto nada he hablado. ¿Para qué me examinas á mí? Examina á aquellos que oyeron lo que yo les dije: estos saben lo que yo les he hablado.» Calumnia el mal juez al Hijo de Dios; y porque él le dice que examine testigos y le fulmine el proceso, lo que jurídicamente debía mandar, consiente que un sacrílego que le asistía le dé un bofetón, diciendo: «¿Así respon-

des al pontífice?» No es nuevo que príncipes tales, cuando no hallan delito en el acusado, castiguen por delito la advertencia justificada. Responde Cristo al que le dió el bofetón: «Si hablé mal, testifica en qué; y si bien, ¿por qué me hieres?»

Señor, divino y grande ejemplo nos dió Cristo Jesús, en estas palabras, del respeto que en público se debe tener á los supremos ministros. Grandes injurias habían dicho á Cristo los judíos, escribas y fariseos, llamándole comedor y endemoniado y otras cosas tales, y á ninguna respondió; sólo á decirle que en público y en la audiencia había hablado mal al que presidía, con ser Anás y un demonio, defendió su santísima inocencia. Si esto considerasen los que adquieren aplausos facinorosos del pueblo con reprehender en su cara y en público descortesmente á los reyes, su doctrina daría fruto, y no escándalo.

«De la casa deste perverso le llevaron atado á la de Caifás, donde el príncipe de los sacerdotes y todo el concilio solicitaban hallar un falso testimonio contra Jesús, para entregarle á la muerte; y no le hallaron, con haber venido muchos testigos falsos.» Esta ocupación tan detestable de buscar testigos falsos todo un concilio, se lee en el sagrado Evangelio, para advertir á los reyes de la tierra puede haber tribunales que hagan lo mismo. Consta que fueron peores los jueces que los testigos falsos; pues en todos ellos no hubo alguno que no solicitase el falso testimonio; y en muchos testigos falsos no hubo uno que lo supiese ser. Lo que resultó fué que el mal pontífice, á falta de falsos testigos, fuese testigo falso. Conjuró á Cristo por Dios vivo para que le respondiese. Respondióle Cristo palabras de verdad y de

vida; y en oyéndolas se rasgó la vestidura, diciendo había blasfemado. Ved, Señor, cuán poco hay que fiar en ver á un ministro con la toga hecha pedazos. Rompió su vestido para romper las leyes divinas y humanas. Hizo pedazos su ropa para hacer pedazos la sacrosanta humanidad de Cristo. «¿Qué necesidad tenemos de testigos?» dijo. Respondido se está que ninguna, donde el juez es juntamente testigo falso y falso testimonio.

Después de haber discurrido en las costumbres de estos palacios y príncipes que en ellos habitaban, lleguemos á lo principal deste capítulo, y veremos cómo le fué en ellos á Cristo Jesús. Hicieron burla dél, tapáronle los ojos, escupiéronle, dábanle bofetadas en la cara, y decíanle adivinase quién le daba.

Este tratamiento hacen, Señor, los judíos á los reyes que cogen entre manos. Y pues le hicieron á su Rey, ¿á cuál perdonarán? Si algo hacen de sus reyes, es burla: abren sus bocas para escupirlos; tápanles los ojos porque no vean. Si les dan, son afrentas y bofetadas, quítanles la vista, y dícenles que adivinen. Tienen ojos, y no profecía: prívanlos de lo que tienen, y dícenlos que se valgan de lo que no tienen. En Cristo nuestro Señor no les salió bien esta treta; que si le escupieron fué, como dicen, escupir al cielo, que cae en la cara del que escupe. Tapáronle los ojos, más no la vista, que penetra todas las profundidades del infierno, sin que pueda embarazárselos la tiniebla y noche que le cubre. Danle, y dicen que adivine quién le da. Ni ha menester profetizar quién le da quien sabía quién le había de dar. Habían visto en la mujer enferma de flujo de sangre, que sin verla sabía quién le tocaba en la orla de la vestidura; y se persuaden no sabrá quién le da bofetadas en la cara.

Bien se conoce que los judíos son los ciegos. El peligro, Señor, está en los reyes de la tierra, que si se dejan cegar y tapar los ojos, no adivinan quién los escupe y los ciega y los afrenta. No ven: no pueden adivinar; y así gobiernan á tiento, reinan sin luz, y viven á obscuras. Todos los malos ministros son discípulos de estos judíos con sus príncipes; y por desfigurarse las señales de sayones y no serlo letra por letra —como aquellos cubrieron á Cristo los ojos, y le daban, y le decían adivinase quién le daba, estos ciegan á sus reyes y les quitan, y les dicen que adivinen quién se lo quita; que no es otra cosa sino hacer burla dellos, y querer no sólo que no cobren, sino que sólo sepan que les quitan, y que son ciegos, y que no son profetas; y saber los que los ciegan que ellos no pueden saber quién son: con que se atreven á preguntarlos por sí mismos, que no es la menor burla y afrenta. Remediáranse los príncipes que padecen esta enfermedad postiza, si vieran que no vían. Mas como aun esto ni lo sienten ni ven, no echan las manos á la venda que los ciega, y la rompen y despedazan; antes persuadidos de la adulación presumen de la profecía, profetizando como Caifás sin saber lo que se profetizan, á costa del justo y de la sangre inocente. No hay hacerlos ver al que los ciega.

Señor, nadie ve las cataratas que le quitan la vista, ni las nubes que le son tempestad en los ojos. No se han de persuadir los reyes que no están ciegos, porque no tienen tapados los ojos, porque no tienen nubes ni cataratas: hay muchas diferencias de mal de ojos en los reyes. Quien les aparta ó esconde lo que convenía que viesen, los ciega. Quien les aparta la vista de su obligación, les sirve de cataratas. Quien no quiere que mi-

ren y vean á otro sino á él, les sirve de venda que les cubre los ojos para todos los otros. Éste les hace el ceptro bordón, y ellos tientan y no gobiernan.

CAPÍTULO VI.

Muchos preguntan por mentir: «¿Qué es la verdad?» Las coronas y ceptros son como quien los pone. La materia de Estado fué el mayor enemigo de Cristo. Dícese quién la inventó, y para qué. Ladrones hay que se precian de limpios de manos.

Dicit ei Pilatus: Quid est veritas? etc. (*Joan.*, XVIII.) «Díjole Pilato: ¿Qué es verdad? Y en diciendo esto sin pararse, otra vez salió Pilato á los judíos.»

«Pusiéronle sobre la cabeza corona tejida de espinas, y una caña en la mano derecha; y arrodillados ante él le escarnecían, diciendo: Salve, Rey de los judíos.» (*Matt.*, XXVII.)

«Los judíos gritaban: Si á éste libras, no eres amigo de César, porque cualquiera que se hace rey contradice á César. Y viendo Pilato que nada aprovechaba, antes con grandes voces crecía el tumulto, tomando agua se lavó las manos delante de todo el pueblo, diciendo: Yo soy inocente de la sangre deste justo. Miradlos vosotros.» (*Joan.*, XIX.)

Los delincuentes que en la eminencia de su maldad buscan las medras por asegurarse de la justicia que se las niega, ó del castigo que los corrige, quitan de la mano derecha el ceptro real á los reyes, y los ponen en ella el que ha menester su obstinación. Bien sabían los judíos de las palabras de David, en el *Psalmo* 2, que el Rey Cristo Jesús, Mesías prometido, había de traer ce-

tro de hierro. Así lo dijo: «Gobernarlos has en cetro de hierro, y quebrantaráslos como vasijas de barro.» Estos judíos, que se conocían vasijas de barro, y (como dice San Pablo) no fabricadas para honra, sino para vituperio: «¿No tiene potestad el alfarero para hacer de la misma masa de lodo un vaso para honra, y otro para afrenta?», porque no los quebrase con el cetro de hierro, le pusieron en la diestra una caña por cetro, pareciéndoles que el de hierro quiebra (quedándose entero) los vasos de lodo sobre que cae, y el de caña se quiebra aun con el aire, y cuando no, se dobla y se tuerce por hueco y leve.

En todos tiempos han tenido discípulos desta acción los judíos. ¿De cuántos se lee que á sus príncipes les han hecho reinar con cañas, trocándoles en ellas el cetro de oro, para que su poderío se quebrante en ellos, y no ellos con él? Engáñanlos con decir los descansan del peso de los metales; y dicen que con las cañas los alivian, cuando los deponen. En el Hijo de Dios no lograron esta malicia: que con las palabras hacía vivir la corrupción de los sepulcros; que pisaba sólidas las borrascas del mar; que mandaba los furores de los vientos, y que muriendo dió muerte á la muerte misma; que hizo gloriosas las afrentas, y de un madero infame, el instrumento victorioso y triunfante de nuestra redención. Por esto los quebrantó con la caña; que en su mano derecha las cosas más débiles, cobran valor invencible. Ya vieron estos flacos de memoria una vara en la mano de su siervo Moisén con un golpe hacer sudar fuentes á un peñasco, y con un amago fabricar en murallas líquidas el golfo del mar Bermejo, y pudieran creer mayores fuerzas y maravillas de la caña en la

mano derecha de Cristo, que era su Señor. Empero tan fácilmente se cree lo que se desea, como se olvida lo que se aborrece. Los judíos escogieron la caña por instrumento de su venganza. En esta coronación se la pusieron por cetro, en el Calvario con ella le dieron en la esponja hiel y vinagre. No olvidan esta imitación con los reyes de la tierra los ruines vasallos, pues en viéndolos con sed ó necesidad les dan la bebida en esponja, vaso que se bebe lo que los lleva.

Señor, vasallos que hincan las rodillas delante de su Rey, y le hincan las espinas de la corona que le ponen, no le adoran, no le reverencian: búrlanse dél y de su grandeza. Todo esto procede de los delirios que padecen los malos ministros que los gobiernan. Dos hemos examinado: veamos cómo procedió el tercero.

Éste fué Pilato, detestable hipócrita, en que se dice todo. Preguntó á Cristo: «¿Qué es verdad?» Y fuese sin aguardar la respuesta. Preguntar un juez lo que no quiere que le digan, cañas tiene. ¡Qué de preguntas que parecen celosas descienden de Pilato, y tienen su solar en esta pregunta! ¿Hay embustero que no diga desea saber la verdad? Los mentirosos nunca la dicen, y siempre dicen que se la digan. ¿Qué tirano hay que no publique diligencias que hace para saber la verdad? Y todos estos la vuelven las espaldas, la niegan la audiencia, la cierran los oídos. Tener la verdad delante, y preguntar por ella, más es despreciarla que seguirla. Era Cristo la verdad: él lo había dicho. Tiénele delante Pilato, y pregúntale: ¿Qué es verdad? ¡Cuántos la ven, y preguntan por ella! ¡Cuántos la oyen, y la desprecian! ¡Cuántos la saben, y la condenan! Ninguna maldad tiene en el mundo tan numeroso séquito, ni tan bien

vestido. Señor, para hacer Pilato lo que hizo, había menester preguntar por la verdad para disimular su intención, y no aguardar á saber della, para ejecutarla. Ostentar buen celo en la pregunta, y no aguardar la respuesta, ardid de Pilato. Soberano señor, tened á vuestros lados gente que os responda la verdad, y no os fiéis de aquellos que la preguntan y la huyen.

Preciábase Pilato de grande político; afectaba la disimulación y la incredulidad, que son los dos ojos del ateísmo. Conocíanle los judíos, y así, por diligencia postrera contra Cristo Nuestro Señor, le tentaron con la razón de Estado, diciendo: «Si á éste libras, no eres amigo de César, porque cualquiera que se hace rey, contradice á César.» En oyendo á César, y que sería su enemigo, entregó á Cristo á la muerte. De manera, Señor, que el más eficaz medio que hubo contra Cristo, Dios y Hombre verdadero, fué la razón de Estado.

De casta le viene el ser contra Dios: yo lo probaré con su origen (suplico á Vuestra Majestad oiga benignamente mis razones). Lucifer, ángel amotinado, fué su primero inventor; pues luego que por su invidia y soberbia perdió el estado y la honra, para vengarse de Dios introdujo la materia del Estado y el duelo. Primero persuadió la materia de Estado á Eva, cuando para ser como Dios y engrandecerse, despreció la ley de Dios y siguió el parecer é interpretación del legislador sierpe; y sucedióle lo que á él sucedió. No tardó mucho en introducir el duelo; pues encendiendo á Caín en ira envidiosa, le obligó á dar muerte á su hermano Abel, juzgando por afrenta que Dios mirase al sacrificio de su hermano menor, y no al suyo. Tuvo Caín la culpa de que Dios no abriese los ojos sobre su sacrificio, ofre-

ciendo lo peor que tenía, y da la muerte á Abel. Desde entonces son los primeros antepasados del duelo la sinrazón y la envidia. Murió Abel; mas el afrentado, con señal que le mostraba desprecio de la muerte, fué el matador.

Tres actos hizo el demonio, fundador de la razón de Estado, en la misma razón. El primero siendo ángel; y fué negar á Dios su honra, para ser como Dios y ensalzar su trono; y luego fué demonio. Y en siéndolo, persuadió al hombre pretendiese la misma traición por medio de la mujer: fué creído, y el hombre repitió su mismo suceso y castigo, perdiendo la inocencia y el paraíso. Tercera vez tentó por materia de Estado con la torre de Babel escalar el cielo, y hacer vecindad con las piedras y ladrillos á las estrellas, y que sus almenas fuesen tropiezo á los caminos del sol. Creció en grande estatura su frenesí, hasta que la confusión la puso límite. Tal fué el primero inventor de la razón de Estado y del duelo, que son los dos revoltosos del mundo; tales los fines de sus aumentos y advertencias, y de los políticos y belicosos que los creyeron.

Acordóse Lucifer del daño que había la materia de Estado hecho en Adán, y cuando Cristo estaba tan cerca de restaurarle, persuade á los judíos se valgan de la razón de Estado con Pilato, y á Pilato que la abrace; y nunca á Lucifer le burló más su infernal política, pues con el aforismo que quiso estorbar el remedio de Adán, se le acercó en la muerte de Cristo. Serenísimo y y soberano Señor, ¿si la materia de Estado hizo al serafín demonio, y al hombre semejante á las bestias, y al edificio orgulloso de Babel confusión y ruina, ¿cuál espíritu, cuál hombre, cuál fábrica no la temerá caída,

castigo y confusión? Halaga con la primera promesa de conservar y adquirir; empero ella, que llamándose razón de Estado es sinrazón, tiene siempre anegados en lágrimas los designios de la ambición. Su propio nombre es *conductor de errores, máscara de impiedades.* ¿Cuál secta, cuál herejía no se acomoda con el estadista, cuando no se ciñe y gobierna por la ley evangélica? Los perversos políticos la han hecho un dios sobre toda deidad, ley á todas superior. Esto cada día se les oye muchas veces. Quitan y roban los estados ajenos; mienten, niegan la palabra; rompen los sagrados y solemnes juramentos; siendo católicos, favorecen á herejes é infieles. Si se lo reprehenden por ofensa al derecho divino y humano, responden que lo hacen por materia de Estado, teniéndola por absolución de toda vileza, tiranía y sacrilegio. No hay ciencia de tantos oyentes, ni de más graduados. El mal es (muy poderoso rey y señor nuestro) que no hay traje ni insignia que no sirva á sus grados de señal. Entrase en las conciencias, tan abultada de textos y aforismos y autores, que no deja desocupado lugar donde pueda caber consejo piadoso.

Pilato fué eminentísimo como execrable estadista. Las tres partes que para serlo se requieren, las tuvo en supremo grado. La primera, ostentar potencia; la segunda, incredulidad rematada; la tercera, disimulación invencible. Él ostentó la potestad con el propio Cristo Jesús, Dios y Hombre verdadero, con estas palabras: «¿No sabes que tengo poder de crucificarte, y que tengo potestad de librarte?» La incredulidad fué la más terca que se ha visto; porque Pilato ni creyó á su mujer, ni á los judíos, ni se creyó á sí; pues confesando que en él no hallaba culpa, le entregó para que le crucificasen. La di-

simulación, ¿cuál igual á lavarse las manos en público para condenar al inocente? ¿Quién negará de los que son pomposos discípulos de Tácito y del impío moderno, que no beben en estos arroyuelos el veneno de los manantiales de Pilato? No ha de pasar sin reparo la cautela de los judíos de nombrar á César y dar miedo á Pilato con los celos imperiales, para que condenase á Jesús. ¡Oh, Señor, cuán frecuentemente los ministros aprendices de los fariseos y escribas, por hartar su venganza, por satisfacer su odio en el valeroso, en el docto, en el justo, mezclan en su calumnia el nombre de César, el del rey; fingen traición, publican rebeldía y enojo del príncipe, donde no hay uno ni otro, para que el César y el rey sea causa de la crueldad que no manda, de la maldad que no comete! Estos hacen traidores á aquellos que les pesa de que sean leales; y ruines vasallos, á los que no quieren dejar de ser vasallos leales y bien obedientes. Costóle á Cristo la vida esta treta. ¿Cuál será príncipe tan amortecido, que se persuada le saldrá barata?

Descendamos á ponderar la disimulación grande del execrable estadista Pilato. «Tomando agua, se lavó las manos delante de todo el pueblo, diciendo: Yo soy inocente de la sangre deste justo; miradlo vosotros.» Fingió con todo el aparato de la hipocresía; tomó agua, lavóse las manos delante del pueblo. En estos renglones se tocan tantas trompetas como hay palabras. Lávase las manos con agua para manchárselas con sangre. Ninguno otro se condenó con tanta curiosidad. Séquito tiene este aliño; muchos son limpios de manos porque se lavan, no porque no roban. ¿Quién ha dicho que con manos limpias no se puede hurtar? Pilato se preció delante de todo

el pueblo de limpio de manos, y fué tan mal ladrón como el malo. Pegádosele había el melindre ceremonioso de los judíos, que murmurando de Cristo y de sus Apóstoles, dijeron: «¿Por qué tus discípulos no se lavan las manos?» Éstos cuidaban poco de los pies, y mucho de las manos; y Cristo nuestro Señor cuidó mucho de los pies de sus discípulos, porque sabía cuánto riesgo hay en andar en malos pasos. Mandólos, enviándolos, que no llevasen calzado; cuidó del polvo de sus zapatos, mandando que le sacudiesen dellos donde no recibiesen su Evangelio y su paz. Lavólos á todos los pies, y dijo á Pedro no tendría parte con él si no se los lavaba; y mandó se los lavasen unos á otros. David, en el *Psalmo* 90, que es el de todos los peligros, como son «los lazos de los cazadores, la palabra áspera, la saeta que vuela de día, el negocio que camina en las tinieblas, el demonio meridiano, el áspid, el basilisco, el león y el dragón!»—para no peligrar en tantos peligros, se acuerda del pie (versos 11 y 12) «porque á sus ángeles mandó de ti que te guardasen en todos tus caminos. En las manos te llevarán, porque no tropieces tu pie en la piedra.» No hacían escrúpulos los judíos y Pilato de andar en malos pasos, y le hacían de no lavarse las manos.

No hay que fiar de ministros muy preciados de limpios de manos. Pilato lo persuade, y desengaña á todos. Ladrones hay que hurtan con los pies, y con las bocas, y con los oídos, y con los ojos. El lavatorio no desdeña el hurto, antes le aliña. Si miran á los pies á los que en público se precian de limpios de manos, muchas veces en sus pasos y veredas se conocerán las ganzúas, y en sus idas y venidas los robos. Ya los pies y las pisadas

han descubierto, Señor, hurtos y ladrones. Léese en los sacerdotes que persuadieron al rey que el ídolo se comia cuanto le ofrecían, comiéndolo ellos: lo que se averiguó mandando el profeta Daniel cerner ceniza por todo el suelo del templo, la cual parló las pisadas y retiramiento escondido de los sacerdotes ladrones. ¡Oh, si los príncipes hiciesen lo mismo! ¡qué de robos á su corona y á los templos les parlarían las pisadas de los ladrones retraídos, que le comen á Dios y al rey lo que se les da, y le atribuyen la glotonería al rey y á Dios!

Acabemos con ver lo que resultó del lavarse Pilato, y de la limpieza de sus manos. Dijo: «Yo soy inocente de la sangre deste justo.» Fué ésta la más desvergonzada mentira que se pudo decir. *Mentira*, ya se ve, pues le entregó para que le crucificasen; *desvergonzada*, pues se canonizó juntamente con Cristo, llamándose á sí inocente, y á él justo. Entregar al justo á los verdugos después de haberse lavado las manos, y luego canonizarse, no es limpieza y es descaramiento. Y para crecer en desatinos y delitos, y acabar de ser inicuo, pronunció estas perezosas y delincuentes palabras: «Miradlo vosotros.» Quien remite á otros que vean lo que él solo tiene obligación de ver, nada acierta. Quien ahorra su vista, y por no ver manda que otros vean por él, los que le obedecen le ciegan: gobiérnase por los cartapacios de Pilato; que no hubo dicho: «Vedlo vosotros», cuando cargaron sobre Cristo la cruz, y le llevaron donde le clavaron en ella.

CAPÍTULO VII.

De los acusadores, de las acusaciones y de los traidores.
(*Joan.*, VIII.)

Adducunt autem scribæ, et pharisæi, etc. «Tráenle los escribas y fariseos una mujer cogida en adulterio; pusiéronla en medio, y dijeron: Maestro, á esta mujer aprehendimos ahora en adulterio. En la ley nos mandó Moisén que á los semejantes los apedreásemos. ¿Qué dices tú? Esto decían tentándole para poderle acusar.»

«*¿Nonne ego vos duodecim elegi?* (*Joan.*, VI.) ¿No os elegí yo á vosotros doce, y uno de vosotros es el diablo? Hablaba de Judas Simón Iscariote, porque éste era quien lo había de vender, como fuese uno de los doce.»

Ni la acusación presupone culpa, ni la traición tirano; pues si fuera así, nadie hubiera inocente ni justificado. A ninguno acusaron tanto como á Cristo; y ninguno padeció traidor tan abominable ni traición tan fea. En las repúblicas del mundo los acusadores embriagan de tósigo los oídos de los príncipes: son lenguas de la envidia y de la venganza; el aire de sus palabras enciende la ira y atiza la crueldad; el que los oye, se aventura; el que los cree, los empeora; el que los premia, es solamente peor que ellos. Admiten acusadores de miedo de las traiciones, no pudiendo faltar traidores donde los acusadores asisten; porque son más los delincuentes que hacen, que los que acusan. El silencio no está seguro donde se admiten delatores. Estos empiezan la murmuración de los príncipes, para ocasionar que otros la continúen. Son labradores de cizaña, siémbranla para co-

gerla; y porque la prudencia del que calla ó alaba no sea mayor que su malicia, cuando espían dicen lo que calló y envenenan lo que dijo. Los reyes y monarcas que se engolosinan en la tiranía, es forzoso crean cuanto les dicen los acusadores, porque saben el aborrecimiento que merecen de los suyos; y así los compran su desasosiego y los premian sus afrentas; pues de ellos no oyen ni creen otra cosa. Donde éstos tienen valimiento, el siglo se infama con los castigos de los delitos sin delincuentes, y temen los príncipes hasta las señas de los mudos y los gusanos de los muertos. No se limpiará deste contagio, ni quitará el miedo á su conciencia, quien no imitare á Cristo Jesús, Rey de gloria, en las ocasiones que le acusaron á él los judíos, y en otras en que los Apóstoles acusaron á los judíos ante él, y en esta en que los escribas acusaron la adúltera para que la sentenciase.

Toda la atención real pide, Señor, este punto. Dice el texto sagrado que acusaron los escribas y fariseos la mujer adúltera en la presencia de Cristo, tentándole para acusar á Cristo. ¡Infernal cautela de la perfidia y ambición envidiosa, cuyo veneno sólo le advierte el Evangelio! Acusar ante el Rey á uno, tentando al Rey para acusarle á él mismo, es maldad que de los escribas se ha derivado á todas las edades; empero con máscara tan bien mentida, que ha pasado por celo y justificación, y que muchas veces han premiado los reyes por señalado servicio. ¡Oh si tuvieran voz los arrepentimientos de los monarcas que yacen mudos en el silencio de la muerte, cuántos gritos se oyeran de sus conciencias! ¡Cuántas querellas fulminaran de sus ministros, que si no se llaman fariseos y escribas, lo saben ser! El adúltero que acusare al adúltero, el homicida al homicida, el ladrón

al ladrón, el inobediente y rebelde al inobediente, entonces, acusando á otro, tientan al príncipe y acusan para acusarle; pues si castiga al que ellos quieren, y no á ellos, comete delito tan digno de acusación como su delito; porque con esto confiesa que sólo quiere que sean inobedientes, adúlteros, traidores, homicidas y ladrones los que le asisten, los que tienen tráfigo en sus oídos, los que cierran sus dos lados y se levantan aun con lo delgado de su sombra.

Con Vuestra Majestad, Señor, nadie lo hace, porque todos los que os sirven os reverencian, os aman y os temen. Vos, Señor, ni lo hacéis, ni lo haréis, porque es Vuestra Majestad católico, piadoso, vigilante y muy justificado monarca. Era Judas ladrón (este nombre le dió el Evangelista), y acusó á la Madalena diciendo que era perdición el ungir los pies de Cristo con el ungüento; y tácitamente nota de hurto la piedad, diciendo que se quitaba al socorro de los pobres el precio que dieran por él, si se vendiera. Era Judas hijo de la perdición (esta madre le dió Cristo nuestro Señor, cuando orando al Padre, dijo: «Los que me diste guardé, y ninguno de ellos pereció, sino el hijo de la perdición)»: y este hijo de la perdición llama perdición la untura caritativa y misteriosa de la Madalena. Hermanos tiene Judas de esta misma madre, que siendo ladrones acusan ante sus mismos príncipes por perdición su proprio servicio, su adoración, su misteriosa asistencia: y aquellos pobres que sirvieron de rebozo á sus hurtos, sirven de velo á los suyos. El oficio de Judas era dar de lo que tenía, y comprar lo que fuese menester para los Apóstoles y para Cristo; mas él no pensaba sino en vender. Ministro inclinado á ventas no parará hasta que su

señor sea la postrera. Cometió Herodes adulterio abominable: acusósele con reprehensión San Juan Bautista; acusó á Juan ante Herodes la misma adúltera y su hija, alegando bailes y movimientos lascivos. Y el mal rey, en quien, como dice San Pedro Crisólogo (*Serm.* 174), «los pasos quebrados, el cuerpo disoluto, desencuadernada la compaje de los miembros, las entrañas derretidas con el artificio», valieron por textos y leyes contra la cabeza sacrosanta del más que profeta, hizo juez á su mismo pecado contra su advertencia; y sigue las doctrinas de los pies de la ramera que bailaba, y en la cabeza ajena condenó la suya. El fin de estos acusadores es sabido. Judas fué peso de una rama, infamia de un tronco y verdugo de sí mismo. Herodías, bailando sobre el hielo de un río vengador de la maldad de sus mudanzas, rompiéndose, la sumergió; y haciendo cadalso los carámbanos, fué degollada de los filos del hielo impetuoso. Pies que fueron cuchillo para la garganta de Juan, fué justo que hiciesen del teatro de sus bailes cuchillo para la suya.

No se lee que Cristo admitiese acusadores, ni que condescendiese con las acusaciones; ya lo advertí en la de los Apóstoles contra los que no quisieron recibir á Cristo en su casa. Otra vez acusaron á uno que hacía milagros en nombre de Jesús, no siguiéndole con ellos; y porque le prohibieron el obrarlos, dijo (*Luc*, IX): «No lo prohibáis, porque quien no es contra vosotros, por vosotros es.»

No hay duda que acusaron los Apóstoles con santo celo la impiedad y descortesía de aquéllos y la disimulación de éste. Empero es cierto que Cristo Jesús, Rey de los reyes, no admitió el castigo que consultaron y

hicieron en estos dos que acusaron. ¡Oh gobierno de Cristo! ¡Oh política de Dios, toda llena de justicia clemente y de clemencia justiciera! Esta respuesta dada á los Apóstoles habló con ellos, proporcionando su doctrina á su intención; y sin detenerse pasa con espíritu que ningún tiempo le limita, á ser enseñanza de todos aquellos que como ministros de Dios, por su permisión, gobiernan la tierra. Él dijo universalmente: *Per me reges regnant:* «Por mí reinan los reyes»; mas no dijo: «Conmigo y para mí», por ser muchos los que, reinando por él, reinan sin él y contra él. Estos son infieles, herejes y tiranos. Por esto á Herodes, siendo rey, le llamó raposa y no rey, cuando dijo: *Dicite vulpi*, etc. «Decid á aquella raposa.» Señor, ninguna cosa envilece tanto á la majestad, ni enferma á la justicia, como permitir que los que asisten á los reyes prohiban y reprueben lo que otros hacen, porque no viven con ellos, porque no siguen sus pisadas, porque no los imitan. Y frecuentemente es crimen digno de muerte no hacer mal, sino no imitar á los que le hacen, y sólo tienen por bueno al que los imita en ser malos. Consuelo tienen los políticamente perseguidos, viendo que en el Evangelio aun no le valió á éste hacer milagros en servicio de Cristo y en gloria del nombre de Jesús, para que no le prohibiesen y castigasen. Muchos han muerto y morirán porque dan gloria á los nombres de los reyes, y en ellos hacen milagros con diferente fin y por diferente camino del que llevan los que los asisten.

De aquí se sigue que son premiados los que infaman sus nombres, siguiendo sus dictámenes: de que se origina desorden infernal y peor; pues en el infierno, donde no hay orden, á ninguno que sea bueno se da castigo, ni á

ninguno que sea malo se le deja de dar, y en ésta se dan los castigos á los méritos, y los premios á los delitos. Para merecer el infierno se presupone la mayor desorden, y padecerle es la mayor justicia. Revocó Cristo la sentencia dada por los Apóstoles contra éste, en que le prohibieron hacer milagros, diciendo: «No lo prohibáis»; y como en materia tan importante al caso presente y á la enseñanza de todos los príncipes, añadió: «Porque quien no es contra vosotros, por vosotros es.»

Literalmente el texto sagrado dice, que no le prohibieron y acusaron los Apóstoles el hacer milagros por otra cosa sino porque no acompañaba y asistía á Cristo como ellos. No dice que porque no seguía su doctrina ni creía en él; antes de la respuesta de Cristo se colige que creía en él y seguía su doctrina, pues dice: «Quien no es contra vosotros, por vosotros es.» De manera que la culpa fué de asistencia personal al lado de Cristo, y no otra; lo que se colige literalmente. No es nuevo, Señor, el prohibir y acusar que haga milagros en gloria del nombre de los reyes al que no es del séquito de los que están á sus lados. Dos remedios dejó la vida de Cristo. El primero, no solamente no dar sus dos lados á uno solo, sino no dar sus dos lados á dos, como se vió en Juan y Jacobo por la petición de su madre. El segundo, esta respuesta: «Quien no es contra vosotros, por vosotros es.» Mas ésta no sabrá pronunciarla algún príncipe, si no mira igualmente á las obras del acusado, y á su efecto, y á las palabras de los que acusan. Si un general restaurase á un monarca lo que otros le perdieron; si con diferentes vitorias diese gloria á su nombre, y haciendo milagros en mar y tierra se le eternizase; y lo que ha sido en otros tiempos, ó en todos, sucediese

que los ministros que asisten al príncipe, porque no sigue con ellos, porque no es de su séquito, le quitasen el cargo y el bastón, y le prohibiesen hacer tan milagrosas hazañas en nombre del rey, ¿cuál rey dejará de imitar á Cristo en revocar esta prohibición, y dejará de castigarlos, dándolos á entender que quien en su nombre hace milagros no es contra ellos, sino con ellos? Señor, en nombre de Jesucristo y de su imitación, afirmo á Vuestra Majestad que quien no hiciere lo uno, y dijere lo otro, es príncipe contra sí, y será en favor de los que son contra él y contra los que son por él.

Acabemos este punto de las acusaciones y acusadores, con doctrina universal que los castigue y las ataje. Esta nos la da Cristo Nuestro Señor en este capítulo con sus acciones. Prosigue el texto, y en proponiendo á Cristo la acusación, dice: «Más inclinándose Jesús hacia abajo, escribía con el dedo en la tierra.»

Lo primero, Señor, es no inclinarse el rey, para juzgar los delitos, á los acusadores sino á la tierra, que es la fragilidad del hombre que, hecho della, es enfermo y débil. Esto, Señor, es oir las partes, porque quien no las oye (como dice Séneca) puede hacer justicia, mas no ser justo. Lo segundo es que en tales casos escriba el rey con sus dedos, no con los ajenos, cuyas manos en las culpas de otros escriben con sangre de la venganza. El perdón y el castigo los ha de dar el buen príncipe por su mano: el castigar, á imitación de Cristo, cuando con el azote arrojó del templo los que le profanaban comprando y vendiendo; el perdón, á su imitación divina en este suceso de la pecadora aprehendida en adulterio. Grandes efectos hace la mano propria del rey que no se remite á otra mano. Previno el Espíritu Santo los desaciertos que

hacen entregándose á la ajena, cuando dijo: «El corazón del rey en la mano del Señor.» Excluyó expresamente que le pongan en la del criado.

No bastaban estas grandes demostraciones de Cristo para que los escribas y fariseos desistiesen de su malicia, y díjoles: «Quien de vosotros está sin pecado, el primero la tire piedra. Y otra vez, inclinándose, escribía en la tierra. Y oyendo esto, uno tras otro se iban, empezando los más ancianos.» La mordaza y el tapaboca de los acriminadores que acusan ante el rey para acusar al rey, son estas palabras: ¿Porfiáis en que se apedree esta mujer adúltera, que se ahorque el ladrón, que se degüelle el homicida, viéndome inclinado á su flaqueza, que es la tierra, para perdonarles? Pues el que de vosotros no tiene pecado, la empiece á apedrear; y el que no ha hurtado le ponga el lazo, y el que no es cómplice en la muerte de alguno, le pase el cuchillo por la garganta. Empero si el rey cree que solos aquellos que acusan á todos y consultan sus castigos, están libres de todo pecado, inclinaráse á ellos y no á la tierra; escribirá con su mano y no con la suya, y errará á dos manos. Díjoles Cristo nuestro Señor estas palabras: «Y otra vez, inclinándose, escribía en la tierra. Y oyendo esto, uno tras otro se iban, empezando los más ancianos.» No se ha de inclinar el príncipe sola una vez á la clemencia, Señor, sino muchas. No le han de mudar de su inclinación con su malicia los malsines y delatores. Es opinión de muchos Padres y de doctísimos intérpretes, que en lo que Cristo escribió en la tierra los escribas y fariseos leyeron sus delitos y pecados proprios, y que esto los obligó á irse avergonzados. No hay cosa más fácil que acusar uno á otro, ni más difícil que no tener el que acusa culpas que le pueda otro

acusar. Solo Cristo Jesús pudo decir: «¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?» Cuando los malsines no se dan por entendidos de sus maldades, y obstinados prosiguen en acriminar las ajenas y en mudar la inclinación que el rey tiene de piedad á rigor, es ejemplo de Cristo, verdadero Rey, hacer que lean sus pecados, y escribírselos con su propria mano en la misma tierra á que se inclinó para perdonar á la acusada. Sepan los acusadores, que si ellos buscan y saben los delitos ajenos, que el rey sabe los suyos; y que si ellos los hallan, él se los escribe á ellos y hace que los lean. Tanto importa que sepa el príncipe las maldades de los que acusan, como las de los acusados. Y esto no aprovechará si viéndolos pertinaces en solicitar el castigo de otros, no se las dice, no se las escribe, no se las hace leer, pues ni desistirán de su envidia ni se conocerán. Y si se las escribe y hace leer y se las dice, se irán, dejarán su lado desembarazado de calumnias, y darán lugar á más benigna y decente asistencia.

Fuéronse, y quedando solos Cristo y la delincuente, levantando su rostro Jesús, la dijo: «Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó?» Ella dijo: «Ninguno, Señor.» Dijo Jesús: «Ni yo te condenaré: véte, y no quieras pecar más.»

Señor, si condenase el que acusa, solamente habría hombres en las horcas, hogueras y cuchillos. Y si todos los pecados probados plenariamente se castigasen con la pena de la ley, pocos morirían por nacer mortales, muchos por delincuentes: fueran las sentencias desolación, y no remedio. Nada se comete más (dijo Séneca) que lo que más se castiga. Palabra es del Espíritu Santo: «No quieras ser justo demasiadamente.» Verdad

es, Señor, que enmienda mucho el castigo; más también es verdad que corrige mucho la clemencia, sin sangre ni horror. Y el perdonar tiene su parte de castigo en el delincuente que con vergüenza reconoce indigno su delito del perdón que le concede la misericordia del rey.

Señor, pasar de los acusadores á las traiciones, ni es dejar de tratar de aquéllos, ni empezar á tratar de éstas. De los dos se habla, hablando de cada uno. En aquéllos traté de Judas, y Judas es el mayor traidor. Considerando sus acciones, daré á conocer á los que le imitaren. Cristo Jesús le escogió para uno de los doce Apóstoles. Él lo dijo en el texto deste capítulo: «¿No os elegí yo á vosotros doce, y uno de vosotros es el diablo?» Y añade el Evangelista: «Hablaba de Judas Simón Iscariote, porque éste era quien lo había de vender, como fuese uno de los doce.» Tres consideraciones me son forzosas en estas palabras. La primera, que la primera vez que habló Cristo nuestro Señor del sacramento de la Eucaristía (que fué en este cap. VI de San Juan), dijo que Judas era el diablo, previniendo que la noche en que le instituiría se le había de entrar Satanás en el corazón. La segunda, que habiéndole elegido Cristo entre los doce Apóstoles por uno dellos, dijo que era el diablo. ¡Grande enseñanza para los reyes de la tierra, á quien persuaden que reparen en la elección que hicieron del ministro que se hizo ruín y traidor, para no castigarle, para no darle á conocer, diciendo que es el diablo! La tercera, que al traidor no se le ha de callar nombre, ni sobrenombre, ni apellido, ni patria, para que sea conocido peligro tan infame. Aquí, diciendo que hablaba Cristo del traidor cuando dice «que uno era el diablo», dice el Evangelio: «Era Judas Simón Iscariote, que se interpreta Varón

de Charioth.» En otra parte dice del mismo: «Era ladrón y robador; traía bolsas, en que recogía lo que daban.» Y hablando de San Judas, añade: «No el Judas que le había de vender.» Apréndese del texto sagrado cómo los han de tratar los príncipes, y las señas que tienen los traidores, y cómo han de escribir dellos los cronistas, refiriendo todas sus señas, y diciendo todos sus nombres, y no permitiendo que el ministro diablo se equivoque con el bueno y fiel.

He reparado que el sagrado Evangelista llama á Judas ladrón y robador; y no se lee en todo el Testamento Nuevo que hurtase nada, y esto dijo dél en la ocasión del ungüento de la Madalena, donde no hurtó cosa alguna. Señor, en esta ocasión del ungüento, ya que Judas no hurtó el ungüento, se metió á arbitrista; y en todos los cuatro Evangelios no se lee otro arbitrio, ni que escriba ni fariseo tuviese desvergüenza de dar á Cristo Jesús arbitrio. Que Judas fué arbitrista, y que el suyo fué arbitrio, ya se ve; pues sus palabras fueron «que se podía vender el ungüento, y darse á los pobres.» Resta averiguar si el arbitrista es ladrón. No sólo es ladrón, sino robador. Por eso no se contentó el texto sagrado con llamarlo *Fur*, sino juntamente *Latro: Fur erat, et latro.* «Era robador y ladrón.» Sólo el arbitrista hurta toda la república, y en ella uno por uno á todos. Tránsito es para traidor, arbitrista; y no hay traición sin arbitrio. Judas le dió para vender á Cristo y para entregarle: arbitrio fué la venta. No le faltó á Judas el entretenimiento tan proprio de los arbitristas, pues sólo él metía la mano en el plato con su Señor. Al que dan el arbitrio, le quitan lo que come. Estos, Señor, no sacan la mano del plato de su príncipe: quien quisiere conocerlos, búsquelos en

su plato, que hallará su mano entregada en su alimento. En toda la vida de Cristo no se hace mención de Judas, sino en arbitrio y traición. Y debe ponderarse que sólo en el huerto le hizo caricias, besó á Cristo y le saludó, llamándole *Rabbi*, *Maestro*. Mucho deben temerse aquellos ministros que son arbitristas, y meten la mano en el plato con su señor, y sólo le saludan, y agasajan y besan en el huerto.

Llamóle Cristo *amigo*. Muchos que no le imitan en otra cosa, llaman amigos á los Judas que los están vendiendo. Imitan las palabras, mas no el misterio de ellas ni la intención del Hijo de Dios que las pronunció. Esto no es imitarle, sino ofenderle; porque quién ama el peligro, perecerá en él. Señor, no es sólo traidor y Judas el que vende á su rey: Judas y traidor es quien le compra, y le hace mercader de sí proprio y mercancía para sí, comprándole el oficio con el ocio y los deleites que le da por él, con los divertimientos á que le inclina y entrega.

CAPÍTULO VIII.

De los tributos é imposiciones. (*Matt.*, XVII.)

Et cum venissent Capharnaum, etc. «Y como viniesen á Cafarnaum, llegaron los que cobraban el didracma á Pedro, y dijéronle: Vuestro Maestro ¿no paga el didracma? Respondió: Sí. Y como entrase en la casa, previnole Cristo diciendo: Qué te parece, Simón; los reyes de la tierra, ¿de quién reciben tributo ó censo, de sus hijos ó de los ajenos? Y él dijo: De los ajenos: Díjole Jesús: Luego libres son los hijos. Mas por no escanda-

lizarlos, ve al mar y echa el anzuelo, y aquel pez que primero subiere cógele, y abriéndole la boca hallarás en ella un *stater;* tómale, y dale por mí y por ti.»

No puede haber rey ni reino, dominio, república ni monarquía sin tributos. Concédenlos todos los derechos divino y natural, y civil y de las gentes. Todos los súbditos lo conocen y lo confiesan; y los más los rehusan cuando los pagan á quien los deben. Quieren todos que el rey los gobierne, que pueda defenderlos y los defienda; y ninguno quiere que sea á costa de su obligación. Tal es la naturaleza del pueblo, que se ofende de que hagan los reyes lo que él quiere que hagan. Quiere ser gobernado y defendido; y negando los tributos y imposiciones, desea que se haga lo que no quiere que se pueda hacer. Ya hubo emperador, y el peor, que quiso quitar los tributos al pueblo por granjearle; y se lo contradijo el Senado, porque en quitar los tributos se quitaba el imperio, destruía la monarquía y arruinaba á quien pretendía granjear. Los pueblos pagan los tributos á los príncipes para sustentarse y vivir; así se paga el tributo á los monarcas para el proprio sustento de las personas y familias, vidas y libertad; de que se convence la culpa y sinrazón que hacen al rey y á sí proprios en quejarse y rehusarlos. Ni crecen ni se disminuyen en el gobierno justo por el arbitrio ó avaricia del príncipe, sino por la necesidad inexcusable de los acontecimientos, y entonces tan justificado es el aumento como el tributo.

Así lo conoció España en el tiempo del rey D. Juan I, tan bueno como infeliz, en las persecuciones, trabajos y guerras que le forzaron á cargar sobre sus fuerzas, su reino y vasallos. Sintiólo tan extremadamente el bueno y clementísimo rey, que en demostración de paterno do-

lor se retiró á la soledad de un retrete, esquivando, no sólo música y entretenimientos, sino conversación y luz, y vistiendo ropas de luto y desconsuelo. Lastimado el reinado de tan penitente melancolía, para aliviarle de la pena que padecía por verlos gravados aun sin su culpa, le enviaron á pedir que se alegrase y oyese músicas, viese entretenimientos y vistiese ropas *insumes* (tal es la palabra antigua que le dijeron). El rey dió por respuesta que no aliviaría su duelo hasta que Dios por su misericordia le pusiese en estado que pudiese aliviar á sus buenos vasallos de la opresión de tributos en que los tenían oprimidos sus calamidades y enemigos. No fué mejor el rey que el reino, ni más justificado ni más piadoso; ni se lee armonía política más leal y más bien correspondida: ejemplo, que si el rey y el reino que le oye ó lee, no le da recíprocamente, se culpan el uno en tirano, el otro en desleal; considerando que nunca hay exceso, por mucho que sea lo que es menester, y que no se puede llamar grave aquel peso que no se excusa, y que lo que por esta razón no sienten los vasallos, por ellos lo ha de sentir el rey.

Toda esta materia, tan difícil de digerir y tan mal acondicionada, se declara con el texto deste capítulo: «Llegaron los que cobraban el didracma á Pedro (didracma es medio siclo; el siclo era de cuatro dracmas, lo mismo que tetradracma; esta moneda, que llamaban medio siclo, algunos la llaman siclo común y siclo de los maestros, á diferencia de otro que llamaban siclo de la ley y del santuario: ahora se entiende en vulgar que estos que cobraban el didracma, cobraban medio siclo), y dijéronle: Vuestro Maestro ¿no paga el didracma?» Siempre que éstos preguntaban algo á Cristo, le tentaban. Lo

proprio hicieron con San Pedro; pues no dicen: «Dile á tu Maestro que pague el didracma»; sino «Tu Maestro, ¿no paga el medio siclo?» Respondió San Pedro: *Sí*. Reparo en la razón que conmovería á San Pedro á responder en cosa tan grave, sin consultar á Cristo, que sí pagaba el didracma. Fué San Pedro sumamente celoso de la reputación de su Señor y Maestro Cristo; y como la pregunta fué de paga respondió que sí, persuadido de que quien venía á pagar lo que no debía, y sólo por todos pagaría el tributo, no excusaría el pagar éste. Entró donde estaba Cristo, que le previno, como quien sabía lo que había pasado, y preguntóle: «Los Reyes de la tierra ¿de quién reciben tributo ó censo, de sus hijos ó de los ajenos?» Pregunta como de tal legislador. Respondió Simón Pedro: «De los ajenos.» Hablan San Pedro y Cristo de los tributos ú de los censos que cobran los reyes de la tierra; y dice San Pedro que no los cobran de sus hijos, sino de los ajenos.

Y porque los innumerables jurisprudentes no interpreten estos hijos ajenos y proprios, y los hagan todos ajenos, confirmando las palabras de San Pedro, sacó Cristo esta soberana conclusión en forma: «¿Luego libres son los hijos?» Mal seguirá esta doctrina el monarca que de tal manera cobrare tributos ó censos, que no se le conozcan hijos proprios; y mal la obedecerá el vasallo que, aunque sea hijo proprio, no los pagare á imitación de Cristo, que dijo por no escandalizar: «Vé al mar, echa el anzuelo, y aquel pescado que primero subiere cógele, y abriéndole la boca hallarás en ella un *stater*; tómale, y dale por mí y por ti.» El hijo proprio del rey de la tierra, aunque por serlo sea libre, ha de pagar por no dar escándalo.

De grande peso son las cosas que se ofrecen en estas palabras. Lo primero, que cuando manda buscar caudal para el tributo, manda á su ministro que le busque en el mar, no en pobre arroyuelo ó fuentecilla. Lo segundo, que mandándole que le busque en la grandeza inmensa del mar, donde los pescados son innumerables, no le manda pescar con red, sino con anzuelo. No se ha de buscar con red, Señor, como llaman barredera que despueble y acabe, sino con anzuelo. Lo tercero, que le mandó sacar el primer pescado que subiese, y que abriéndole la boca le sacase de ella la moneda llamada *stater*, y la diese por Cristo y por sí proprio. Manda que le saquen lo que tiene y lo que no ha menester, porque al pescado no le era de provecho el dinero. ¡Oh, Señor, cuán contrario sería de esta doctrina quien mandase sacar á los hombres lo que no tienen y lo que han menester, y que con red barredera pescasen los ministros los arroyuelos y fuentecillas y charcos de los pobres, y no, aun con anzuelo, en los poderosos océanos de tesoros! *Stater* era siclo entero: pídenle á Cristo medio; y no le debiendo, como declaró, por no escandalizar paga uno entero por sí y por Pedro. ¡Tanto se ha de excusar el escándalo en pedir lo superfluo como en negarlo!

CAPÍTULO IX.

Si los reyes han de pedir, *á quién, cómo, para qué.*—Si les dan *de quién han de recibir, qué y para qué.*—Si les piden, *quién los ha de pedir, qué y cuándo; qué han de negar; qué han de conceder.* (*Marc.*, XII, *Luc.*, XXI.)

Los vasallos se persuaden que el recibir les toca á ellos siempre, y al príncipe siempre el dar; siendo esto

tan al revés, que á los vasallos toca el dar lo que están obligados y lo que el príncipe les pide; y al príncipe el recibir dellos lo uno y lo otro.

Qué han de dar los pueblos, y para qué, y qué han de recibir de los reyes; qué han de recibir los reyes, y por qué, y qué han de dar—diré con distinción;—y del ejemplo de Cristo nuestro Señor (cosa que autoriza y consuela), justificada la obligación en que pone al monarca y á los súbditos. Y sabiendo cada uno cómo ha de ser, verá el Señor cómo debe y puede ser padre; y los vasallos de la manera que sabrán ascender al grado de hijos. Pretendo curar dos enfermedades gravísimas y muy dificultosas, por estar sumamente bienquistas de los proprios que las padecen. Son la miseria desconocida de los unos, y la codicia hidrópica de los otros. Intento esta cura, fiado en que los medicamentos que aplico no sólo son saludables, sino la misma salud, por ser de obras y palabras de Cristo nuestro Señor: que siendo camino, verdad y vida, como camino, no puede errar la causa de donde la dolencia procede; como verdad, no puede aplicar un medicamento por otro; y como vida, no puede dar muerte, si recibimos su doctrina, ni dejar de dar salud á la enfermedad; y no sólo esto, sino resurrección á la muerte. Puede ser que algunos me empiecen á leer con temor, y que me acaben de leer con provecho. Precedan para disposición algunos advertimientos políticos.

Las quejas populares y mecánicas en cualquiera nueva imposición y asimismo al tiempo de pagar lo ya impuesto, son de gran ruido, mas de poco peso. Pierde el tiempo quien trata de convencer con razones la furia que se junta de innumerables y diferentes cabezas, que sólo se reducen á unidad en la locura. Débese esta tratar como

la niebla, que dándola lugar y tiempo breve, se desvanece y aclara. Yo no hablaré con estos vulgares sentimientos, porque es imposible con cada uno, y no es de utilidad con la confusión de todos juntos; empero hablaré para ellos. Es cierto que no se puede mantener la paz ni adquirir la quietud de las gentes, sin tribunales y ministros; ni asegurarse del odio ó envidia de vecinos y enemigos, sin presidios y prontas prevenciones. Tampoco puede hacerse la guerra, ya sea ofensiva ya defensiva, sin municiones, bastimentos y soldados y oficiales, sin gasto igual y paga segura; y sin tributos ninguna destas cosas se puede juntar ni mantener. Según esto (pues todos quieren paz y quietud y defensa y vitoria para la propia seguridad), todos deben, no sólo pagar los tributos, sino ofrecerlos; no sólo ofrecerlos, mas, si la necesidad pública lo pide, aumentarlos. Y es al revés; que deseando la quietud y la seguridad todos, el tributo le rehusa cada uno. Cuando se crece el que se pagaba, ó se añade otro, se ha de advertir que la quietud que se tiene cuesta mucho menos que si se defiende; y la que se defiende de un enemigo, mucho menos que la que se defiende de muchos. Para aquélla basta lo que se da, para ésta apenas lo que se pide. Y por esto es más y mejor pagado el tributo ó tributos que cuestan más, que los que cuestan menos. Allí se da lo que se debe, aquí se debe todo lo que se puede. Por donde en los vasallos viene á ser más justo dar lo que les hace falta, que lo que les sobra.

Esto en mi pluma se oirá con desabrimiento, y se leerá con ceño; pero se reverenciará oyendo las palabras de Cristo, verdadero y clementísimo Rey: «Estaba Jesús sentado enfrente del arca que guardaba el tesoro del

templo, y miraba los que en ella echaban sus ofrendas, cómo la turba echaba la moneda, y muchos ricos mucho. Empero como viniese una viuda pobre y echase una blanca, vió Jesús cómo aquella pobrecilla viuda ofrecía una blanca; y llamando á sí á sus dicípulos, los dijo: De verdad os digo que esta pobre viuda dió más que todos estos que han dado al tesoro del templo; porque todos dieron al tesoro de Dios de lo que les sobra; empero esta de lo que le falta, y de lo que no tiene: dió todo lo que tenía, todo su sustento.» (*Marc.*, XII, *Luc.*, XXI.)

De manera que no sólo fué digno de aprobación en Cristo el dar la pobre viuda de lo que le faltaba y no tenía, sino que convocó sus dicípulos para darles aquella dotrina con aquel ejemplo, como á ministros á quien había de encomendar diferentes provincias y reinos que alumbrar en la luz del Evangelio. Dirán dos cosas los que piden sosiego y comodidad propia sin tributos: «que este lugar á la letra se entiende de lo que se da á Dios»; y dicen bien. Mas no sé yo qué letra del falta para que se entienda á la letra de lo que se pide para defensa de la ley de Dios, en que consiste la salud de las almas. La otra, que este lugar citado trata de dádivas voluntarias á Dios, conforme á la voluntad de cada uno; y que por esto se aplica con poca similitud ó ninguna al tributo que se impone, y á la dádiva ó donativo que se pide. Respondo: que en este á que obligan es más justificada la obediencia, por cuanto á la voluntad de asistir á la defensa de la fe y bien público se añade el mérito en obedecer á la necesidad por evitar el riesgo. Después de acallados estos achaques, aun quedan réplicas á la miseria desconocida. Confesarán quieren quietud y armas; si son necesarias para defenderla ó adquirirla, y tributos,

empero que si los tributos los quitan el sustento, y las proprias armas la quietud, que es prometer lo que les quitan, y hacer con achaque del enemigo lo mismo que él pudiera hacer; y que más parece adelantarse con invidia de la crueldad en su ruina á los enemigos, que oponérseles. Esta malicia terca se convence con el proceder que en el cuerpo humano enfermo tienen la calentura y la sangría: ésta, evacuando la sangre, asegura la vida con lo que quita; aquélla la destruye, si la guarda. Queda debilitado, mas queda; tiene menos sangre, empero más esperanza de vida y disposición á convalecer; quita las fuerzas, no el ser, que puede restaurarlas. Doy que (como acontece) muera asistido de las purgas y de las sangrías; empero muere como hombre, asistido de la razón, de la sciencia y de los remedios. Si se deja á la enfermedad, es desesperado; conjúrase contra sí con la dolencia, muere enfermo y delincuente. No de otra suerte, en los tributos y el enemigo, se gobierna el cuerpo de la república: donde aquellos hacen oficio de sangría ó evacuación, que sacando lo que está en las venas y en entrañas, dispone y remedia; y este, de enfermedad, que sólo puede disminuirse creciendo aquellos con la evacuación que dispone su resistencia y contraste. Quien niega el brazo al médico y la mano al tributo, ni quiere salud ni libertad. Y como el médico no es cruel si manda sacar mucha sangre en mucho peligro, no es tirano el príncipe que pide mucho en muchos riesgos y grandes.

Verdad es lo que he dicho; mas porque no resbalen por ella ministros desbocados, que no saben parar ni reparar en lo justo, ó consejeros que se deslizan por los arbitrios (que son de casta de hielo, cristal mentiroso,

quietud fingida, engañosa firmeza adonde se pueden poner los pies, mas no tenerse), es forzoso fortalecer de justicia estas acciones, tan severa é indispensablemente, que los tributos los ponga la precisa necesidad que los pide; que la prudencia cristiana los reparta respectivamente con igualdad, y que los cobre enteros la propia causa que los ocasiona: porque poner los tributos para que los paguen los vasallos y los embolsen los que los cobran, ó gastarlos en cosas para que no se pidieron, más tiene de engaño que de cobranza, y de invención que de imposición.

Á esto miró el rey D. Enrique III cuando, importunado de los que le aconsejaban que cargase de tributos á sus vasallos, dijo: «Más miedo me dan las quejas de mis súbditos, que las cajas y los clarines y las voces de mis contrarios.» Y porque no querría que conciencias vendibles se valiesen para sus robos del lugar que cité de la viuda (á quien alaba Cristo porque dió de lo que no tenía y de lo que le faltaba), quiero prevenir el ejemplo de la higuera, á quien pidió Cristo Nuestro Señor fuera de sazón higos; porque los tales autorizarán con ésta, y dirán es lícito pedir á uno lo que no tiene: pues á la higuera, porque no dió á Cristo lo que no tenía y la pidió cuando no lo podía tener, la maldijo, y se secó. Y pretenderán que no sólo se le puede á uno pedir lo que no tiene, sino maldecirle y arruinarle porque no lo da; alegando que luego se secó la higuera y se le cayeron las hojas. Señor, esto sería propiamente lo que se dice andar por las ramas; y así lo hacen estos doctores, que á imitación de Adán quieren otra vez cubrir con hojas de higuera la vergüenza de su pecado. Téngase cuenta no sean hojas desta higuera con las que se cubren los que

aconsejan se pida á uno lo que no tiene, y que le castiguen porque no dió lo que no tenía.

Pues en este capítulo de lo que ha de pedir el rey, se valen deste caso en que Cristo pidió á la higuera su fruta, es forzoso declararle, y quitarles con esto el rebozo de su malicia. Señor, Cristo pidió á la higuera el fruto que no tenía ni podía entonces tener; maldíjola, y secóse. Viéronla á la vuelta los Apóstoles seca; y apiadados de la higuera por constarle de su inocencia (llamémosla así), compadecidos de su castigo y deseosos de saber la causa que no alcanzaban, preguntaron admirados: «¿Cómo se secó luego?» Esto se lee en San Mateo, capítulo XXI; San Marcos, cap. XI. «Y como á la mañana pasasen, vieron seca de raíz la higuera; y acordándose Pedro, dijo: «Maestro, ves que se ha secado la higuera »que maldijiste.» Débese reparar que si Cristo pidió lo que no tenía fué á un árbol, no á un hombre; y que siendo Cristo quien la pidió el fruto y el que la maldijo porque no le dió, el ver los Apóstoles que no daba lo que le pedía, porque no lo tenía, los obligó á admirarse de que la comprendiese la maldición y de que se hubiese secado, y á preguntar á Cristo por qué y la causa. De manera que aun en una higuera hizo admiración á San Pedro que fuese castigada porque no dió, pidiéndosele Cristo, el fruto que no tenía. Descabalado queda el texto para los que osaren valerse de su aplicación. Empero la respuesta del Hijo de Dios se le quitará totalmente de los ojos. Díjoles Jesús: «De verdad os digo, si tuviéredes fe y no dudáredes, no sólo haréis esto con la higuera, sino si á este monte dijéredes: Levántate y arrójate en la mar, lo hará.» Señor, la higuera como higuera sentencia tenía en su favor para no secarse y que las

hojas no se le cayesen, en el *Psalmo* 1: «Y será como el árbol que está plantado junto á las corrientes de las aguas, que dará su fruto en su tiempo, y sus hojas no se caerán.» Luego en favor de las hojas y verdor desta higuera habla literalmente en semejanza del justo David, pues sólo estaba obligada á dar su fructo en su tiempo; y cuando se le pidió Cristo, no lo era. Los santos dicen que en esta higuera castigó Cristo la dureza é incredulidad de la sinagoga. Así lo dice San Cirilo Jerosolimitano, *Catecches*. 13; y pruébalo San Pedro Crisólogo, en el sermón 106, de la higuera que no llevaba fructo.—*Luc.*, XIII. «Tenía uno en su viña plantada una higuera, y vino á buscar el fructo, y no le halló; y dijo al cultor de la viña: Ves que ha tres años que vengo á coger fruto desta higuera, y no le hallo: córtala: ¿para qué ocupa la tierra? Mas él respondiéndole, dijo: «Señor, déjala este año hasta que yo la cave alrededor y la estercole, y podrá ser lleve fruto; si no, después la cortarás.» Dice el santo Palabra de oro: *Meritò ergo à Domino sinagoga arbori fici comparatur.* «Con razon es comparada por el Señor la sinagoga á la higuera.» Y más adelante: «La sinagoga es higuera; el poseedor del árbol, Cristo; la viña en que se dijo estaba plantado este árbol, el pueblo israelítico.» Más adelante: «Vino Cristo, y en la sinagoga no halló fruto alguno, porque toda estaba asombrada con los engaños de la perfidia.»

Previno á la sinagoga Cristo para el castigo con la semejanza de la higuera en esta parábola; dióla tiempo; vino, llegó á la sinagoga en la higuera de que escribo, pidióla fruto, no le tenía, maldíjola, y secóse. Es tan malo ser símbolo de los malos, que participan de los castigos los que lo son. ¿Por qué entre los demás árboles

fué escogida la higuera para este ejemplo y castigo? Quiera Dios que lo acierte á decir. Pecó Adán, y luego tuvo vergüenza de verse desnudo; vistióse, y cubrióse con hojas de higuera. Árbol que cubrió al primer malhechor con sus hojas, desnúdese de ellas, y cáigansele, y séquese. Cuando Cristo, que viene á satisfacer por Adán, le pide fruto, y no le tiene, sea símbolo de la sinagoga. Muchos dicen fué su fruta en la que pecó; que se comprehende como las demás en el nombre de *poma*. Siguiendo esta opinión, todo este árbol está culpado, y con indicios manifiestos. Dar con que pequen, y ocasionar el pecado, y cubrir el pecador y vestirle, pena de cómplice merece: esa la dió Cristo, maldiciéndola como á la tierra, como á la serpiente. Aquellos castigos ejecutó Dios luego que pecó Adán; el de la higuera difirió hasta que vino Cristo á morir en otro madero: porque al secarse el de la higuera que lo ocasionó, sucediese el florecer el seco de la cruz que llevaba por fruto su cuerpo sacrosanto.

Resta la mayor dificultad. ¿Á qué propósito, preguntando los Apóstoles por qué se había secado la higuera á quien había pedido Cristo fruta que no tenía, respondió Cristo: «Dígoos de verdad que si tenéis fe y no dudáis, no sólo con la higuera haréis esto, sino que si á este monte decis: levántate y arrójate en el mar, lo hará?» El pecado y la dureza de la sinagoga era no tener fe ni admitirla. Ese fruto la pedía Cristo; maldícela, sécase, y dice: «Tened fe, escarmentad en la sinagoga, que es tan poderosa que no sólo secará luego á la higuera, sino que si mandáis á este monte que se eche en el mar, luego se levantará con su peso y se arrojará en él. De manera que fué la culpa de la higuera ser antes que otro árbol símbolo de los malos y pecadores; y esto porque nadie

mejor pudo representar el pecado, que aquella que le ocasionó y le dió vestido. Sacado hemos de las manos este ejemplo á los que para que se pueda pedir á uno lo que no tiene y castigarle porque no lo dió, á imitación de Adán, se visten de las hojas que á esta higuera seca se le cayeron, como él de las que tomó.

Es forzoso buscar ejemplo en que Cristo pidiese, ya que este se ha declarado. Tenémosle como hemos menester en el suceso de la Samaritana, donde Cristo, cansado del camino, la pidió agua, de que necesitaba. Oigamos el texto sagrado con diferente consideración de la que le he aplicado en su capítulo: «Jesús, fatigado del camino, así estaba sentado sobre la fuente. Vino una mujer de Samaria á sacar agua. Jesús la dijo: Dame de beber (sus discípulos habían ido á la ciudad á comprar de comer). Díjole aquella mujer samaritana: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides te dé de beber, siendo yo mujer samaritana? Porque no tienen correspondencia los judíos con los samaritanos. Respondióla Jesús, y díjola: Si tuvieras noticia de la dádiva de Dios, y quién el que á ti te dice: Dame de beber, pudiera ser que tú le hubieras pedido á él, y él hubiera dado agua de vida.» Díjole la mujer: «Señor, ni tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo.» (*Joan.*, IV.)

No se lee en este caso que Cristo nuestro Señor, que pidió de beber, bebiese. Y considerando que para decir á esta mujer que trujese su marido, y descubrirla su pecado para remediarla, lo podía hacer sin estas circunstancias, me persuado que pidió de beber para dar este ejemplo á los Príncipes en lo que han de pedir tan individual como se verá; y que le hizo disposición al remedio desta mujer.

Señor, Cristo cansado del camino pidió agua; pidió con necesidad: esto es lo primero que se ha de hacer. Lo segundo, pidió agua sentado sobre la fuente, que es pedir lo que hay, y donde lo hay sobrado. Lo tercero, pidió agua á quien venía á sacar agua, á quien traía con qué dar y sacar lo que se le pidiese. ¡Qué summamente justificada demanda! Es tal, Señor, que quien la imitare, dará á quien pide; y quien no la imitare, pedirá peor que el diablo: que él pidió que le hiciese de las piedras pan á quien podía hacerlo, que era el Hijo de Dios; y él pide lo propio á quien no puede. Y como en Cristo Jesús se lee el ejemplo para los reyes, en la mujer de Samaria se lee el de los vasallos que rehusan dar lo que con necesidad les piden los príncipes. Responde que cómo, siendo judío y ella samaritana, la pide de beber. Y alega fueros de diferentes naciones, y que no tienen comercio los judíos con los samaritanos. Esto, Señor, para no pagar tributos, ni contribuir á la necesidad pública y necesaria, cada día se ve. Muchas provincias me ahorran la verificación, cuando la causa de negarlo es decir: «Somos diferentes de los que contribuyen.» No se enojó Cristo porque le negó lo que la pedía con la necesidad que ella vió, y al brocal del pozo; sólo la dijo «que si conociera la dádiva de Dios y á quien la pedía de beber, ella le pidiera á él y la diera agua de vida.» De manera que pidió para dar, y así se ha de pedir. Pidió Cristo agua material para dar agua de vida. Pida el príncipe tributo para dar paz, sosiego, defensa y disposición en que los vasallos puedan con aumento multiplicar lo que dieron, y aventajarlo en precio; porque pedir sin dar estas cosas, es despojar, que se llama pedir. El ejemplo enseña que es tan interesado el pueblo,

que aun por no dar lo poco que se le pide, él mismo dificulta lo mucho que se le ofrece. Por eso dijo la mujer samaritana «que ni él tenía con qué sacar el agua, y que el pozo estaba hondo.» Dióla Cristo, reduciéndola, el don de Dios que no conocia; y dando á la que pedía, hizo que le confesase profeta y que se acordase del Mesías, y que dijese tales palabras: «Sé que viene el Mesías, que se dice Cristo»; palabras que merecieron la dijese: «Yo soy, que soy que hablo contigo.» No tuvo por indignidad justificar su persona para lo que pedía á su criatura, y le negaba. Y fué real paciencia y de Dios Hombre satisfacer sus réplicas desconocidas. Considero yo la propiedad con que en la mujer y en la codicia de la mujer se representa la verdad y la inconstancia y la codicia del pueblo. Dos veces tuvo Cristo sed: en este pozo, y estando en la cruz. Aquí no dijo que tenía sed y pidió de beber; en la cruz no se lee que pidiese de beber, sólo dijo que tenía sed. Donde pidió de beber, se le negó la bebida; donde no la pidió, se la dieron. Creo (es reparo mío; no por eso dejará de ser á propósito y necesaria su consideración), tal sucede á los reyes, que les niegan agua si la piden y sin pedirla les dan hiel. Previénelos Cristo Jesús, con su ejemplo y con sus obras y con sus palabras, á que satisfagan á la duda de quien les niega el agua ó tributo que piden; y á que la hiel que les dan sin pedirla, la prueben, mas no la beban. Señor, reinar sin probar hiel y amargura, no es posible.

Pasemos á lo segundo que se pregunta. «¿Si á los reyes les dan, qué han de recibir y de quién?» Han de recibir todo lo que se debe á la grandeza y decoro de su persona, y á las obligaciones del oficio de rey. Han de recibir oro, tesoros. Así lo hizo Cristo, que recibió los

tesoros que le trujeron los reyes que le vinieron á adorar, en que enseñó á recibir; empero como Rey de reyes, de príncipes, de poderosos. Y estos tesoros que recibió Cristo se los encaminó una estrella. Ha de ser, Señor, luz del cielo la que encamine tesoros al rey; no lumbre que haya abrasado á quien los tenía, primero que traídolos, ó quemado la provincia para sacarlos. Este, Señor, es ministro cometa, no estrella: promete más ruinas que augmentos.

Ha de recibir el magnífico y real tratamiento que se hiciere á su persona. Así lo enseñó Cristo Jesús con la Madalena, admitiendo la untura de aquel precioso licor en sus pies. Quien esto mormurare es Judas y ladrón, aunque como Judas, se arreboce con los pobres; quien esto contradijo decía quería vender el ungüento para dar á los pobres; y lo que quiso fué vender á su señor. Ya esto tiene su capítulo en esta obra.

Ha de recibir el aplauso, y aclamaciones y triunfos reales. Cristo lo enseñó en la entrada en Jerusalén, que se dice la fiesta de los Ramos, donde le bendijeron y aclamaron por el que venía en el nombre del Señor. Mas ha de advertir el príncipe que son demostraciones del pueblo: que el domingo echaron sus vestiduras para que las pisase, y el viernes echaron suertes sobre la suya; que el domingo, por fiesta, le dieron los ramos, para darle el viernes desnudo el tronco. No ha de recibir alabanzas de los mañosos hipócritas. Cristo Jesús al que entró diciendo: «Maestro bueno», le dijo: «¿Por qué me llamas Maestro bueno?» Y díjoselo porque le llamaba así, siendo él malo, y no queriendo ser bueno. Señor, este género de alabanzas en los oídos de los príncipes de la tierra son peste que les pronuncian con las palabras; estos li-

sonjeros son ensalmo de veneno, no dejan que el príncipe sea señor de sus sentidos y potencias: no sabe sino lo que ellos quieren, y sólo eso se ve, cree y entiende. De manera que la voluntad del lisonjero le sirve de ojos, de orejas, de lengua y de entendimiento. Y pues, Cristo, en quien ningún efecto destos podía hacer la adulación, la desechó, no es menester decirlo á los que están sujetos á padecer todos estos encantos y enajenaciones (pudiera llamarlos robos de su alma).

Tampoco ha de recibir unas caricias que parecen amarteladas, que se encaminan á divertirle de su oficio, cuya locución es tal: «No es esto para Vuestra Majestad.» Así dijo San Pedro á Cristo, tratando de que había de morir, que era á lo que vino: *Absit à te Domine.* Como si dijera: «No es morir para ti.» Otra letra: *Esto tibi clemens.* «Sé piadoso para ti mismo.» ¿A quién no parecerá requiebro de amante esto? Y tal era San Pedro para Cristo; empero con todo le respondió: *Vade retro post me, Sathana: scandalum es mihi.* «Vete lejos de mí, Satanás, porque me eres escándalo.» Quien olvidare esto, ó no se acordare de imitarlo, no sabrá el nombre que ha de llamar, ni dónde ha de inviar, ni el escándalo que le da el ministro, que le dice: «Tenga Vuestra Majestad piedad de sí. Sea para sí piadoso, no trabaje tanto en despachos, no padezca tan prolijas audiencias, no se aflija con los sucesos desdichados, no se inquiete por remediarlos. Apártese esto de Vuestra Majestad, y todo lo que no fuere ocio y entretenimiento.» Pues, Señor, á este (llámese como quisiere) los reyes, en oyéndole estas palabras, «Satanás» le han de llamar, y mandarle ir lejos; y no se ha de recibir caricia que da escándalo, que ni se ha de dar ni recibir, si es posible. El buen mo-

narca mejor merece reverencia y amor por lo que padece por los suyos, que por lo que puede en ellos. El que hace lo que debe y lo que le es lícito, hace lo que todos desean; y quien lo que se le antoja, lo que desea él solo.

El tercero punto es: «si piden á los reyes, á quién han de dar, y qué; y á quién han de negar, y por qué.» Los malos y destetables tiranos siempre fueron pródigos y perdidos, creyendo que con el afeite de las dádivas grandes cubrían la fealdad de sus costumbres; y quedando ellos pobres, á nadie hicieron rico. Tácito dice que hallaron más pobres á aquellos á quien dió Nerón mucho, que á los que se lo quitó todo. Añado que es tan perniciosa la prodigalidad de los tiranos, que empobrece su dádiva y no su robo. Lo que dan es premio de maldades: lo que quitan, envidia y venganza de virtudes; y así quedan estos con derecho á la restitución, y aquellos al castigo. Si no se mira á quién se da, más se pierde dando que perdiendo: piérdese la cosa sola que se pierde; y si no se sabe dar, se pierde lo que se dió y el hombre á quien se dió: daño muy considerable. Por esto dice el Espíritu Santo: «Si hicieres bien, sabe á quién le haces; y tendrán mucha gracia tus bienes.» Lo contrario dice el refrán castellano: «Haz bien, y no mires á quién.» No se puede negar que estas palabras aconsejan ceguedad, pues dicen que no mire. Esto quieren los que, si cuando piden los mirasen, saldrían, cuando mejor despachados, despedidos. Mírese á quién se da, y muchas veces se quitará al que pide; que si no se mira eso es dar á ciegas.

Hay tiranos de dos maneras: unos pródigos de la hacienda suya y de la república, por tomarse para sí no sólo el poder que les toca, sino el de las leyes divinas y

humanas. Otros son miserables en dar caudal y dineros; y son pródigos en dar de sí y de su oficio; y pasan á consentir que les tomen y quiten su propia dignidad, por no perder un instante de ocio y entretenimiento. De aquellos y destos hubo muchos en el mundo, cuyas vidas aun no consintió la idolatría; cuyas muertes quedaron padrones de la infamia de aquellos tiempos. La ley evangélica ha librado á las repúblicas destos monstruos, que son castigo de los reinos é imperios donde no la reciben para salud y vida, ó donde la han dejado, y la tuvieron, los que son propiamente renegados de Dios. Cristo Nuestro Señor no sólo dió á todos los que le pidieron, sino que dijo: «Pedid, y recibiréis.» Dió ojos, oídos, pies, manos, salud, libertad: esto á los vivos; y á los muertos vida. Dió sustento á los que necesitaban dél donde no le podían hallar. Más es de advertir que todo esto dió á los que faltaba todo esto: al ciego, ojos; al sordo, oídos; al tullido, pies; manos, al manco; al enfermo, salud; al endemoniado captivo del demonio, libertad, y á los muertos, vida. Así se ha de dar, Señor: éste es el oficio del rey; dar á los suyos lo que les falta, no darles lo mismo que tienen, para que le sobren más ojos al que ve, más oídos al que oye, y así en lo demás. Esto se hace cuando el príncipe da sus ojos y sus oídos á otro para que vea y oiga por él, que es añadirle oídos y ojos (cosas que él se tiene), cuando le da sus pies y sus manos para que obre en su lugar, que es ocasionar que digan: «Es sus pies y sus manos.» Nota que el común modo de hablar les pone no sin grave acusación.

Ha de dar el rey premio y castigo; mejor diré, que ha de pagar el premio y ejecutar el castigo, porque son dos cosas en que el rey no ha de tener arbitrio, ni otra

voluntad que las balanzas de la justicia en fil. Es gravísimo pecado el que llaman los teólogos *acceptio personarum*, «acepción de personas.» Este destierra toda justicia. Dar al delicto que sólo merece destierro la horca, y al que merece ésta destierro, no es mayor maldad que dar el magistrado y la dignidad al que no la merece, dando al que la merece el olvido que se debía á aquél.

Ha de dar bienes temporales á los méritos y servicios que le obligan; mas ha de ser en aquella medida que lo que da no le obligue á pedir, ni á quitar á unos para dar á otros. No lo ha de dar todo á uno; que deste género de dádiva sólo del diablo hay texto detestable en la tentación. No sólo no ha de dar sus dos lados á uno, empero ni á dos, aunque sean parientes, y como hermanos, y su querido el uno. Cristo nuestro Señor fué el ejemplo, cuando la madre de Juan y Jacobo pidió las dos sillas de la diestra y de la siniestra en su reino para sus dos hijos (desto traté en dos capítulos). La decisión fué: «No sabéis lo que pedís.» Y se sigue que lo es para quien lo concediere: «No sabéis lo que dais.»

Hay otro peligro casi inevitable para los príncipes, enmascarado de virtud y desinterés, tan al vivo fingido, que hay pocos que lo conozcan por quien es, y que no lo admitan por lo que miente. Esto es, hombres que ni piden ni reciben nada, porque aspiran á tomarlo todo. Judas fué el inventor desta carátula. Quien le vió ni pedir sillas, ni lado, ni primero lugar ni licencia para hacer bajar fuego del cielo sobre los que no hospedaban á Cristo, ni pedir para sí otro cargo del que tenía; que dél no se lee hurto que hiciese; que sola una vez que habló fué para que vendiéndose el ungüento se diese á los pobres por arbitrio, conocerá que la máscara de los

tales son arbitrios de socorrer necesidades. Y quien considerare que éste vendió luego á Cristo, y se le echó en la bolsa, conocerá que los que se disfrazan con esta máscara no piden ni reciben, porque pretenden tomarlo todo, y echarse á su señor en la faldriquera. Estos, mientras viven, traen la soga arrastrando, y para morir, la soga los trae arrastrando á ellos.

No ha de dar el rey los premios y las grandes mercedes medidas por el número de los años y tiempo que le han servido; sino por la calidad y peso de los servicios, por las circunstancias del lugar y de la ocasión. Dimas, ladrón toda su vida, condenado por ladrón á muerte, y con otro escogido para con sus lados infamar á Cristo puesto en medio de sus dos cruces, en breve rato mereció el reino de Dios y ser aquel día con el Hijo de Dios en el paraíso: porque apreció el verdadero Rey, y conocerle por Dios donde aun de hombre estaba desfigurado, donde el mismo que le conocía era quien más le ayudaba á desconocer, donde no sólo no estaba como Dios, sino aun como hombre delincuente y malo. Conocióse Dimas á sí, conoció á su compañero, y reprehendióle; conoció á Cristo, y confesóle por Dios. Y aquel Señor, que es suma piedad y suma justicia, le dió su gracia, y su reino y su compañía, á la calidad del servicio y al mérito de las circunstancias, sin mirar á la brevedad de un breve rato.

Esto, Señor, importa mucho que imiten los reyes para dar y saber dar materia de suma importancia que se discurrió en la *parte primera de esta Política*, capítulo XIV, y aquí se consumó su discurso, y premiar antes y más el valor de los servicios que el número de los días y de los años; porque en lo moral y político se ha de contar an-

tes lo que se vive bien, que mucho. Esto á cargo está de la vejez y de la muerte; esotro ha de ser cuidado de la justicia remunerativa. No pidió Dimas merced por lo que había servido, sino sirvió para merecerla. Esto advierte que cuando á los príncipes de la tierra quien les ha servido en un cargo, por aquella razón pide le hagan merced, se advierta que si pidió por merced el primero cargo que alega, no es otra cosa sino pedir le hagan merced porque se la hicieron, y hacerse acreedor de lo que debe, y deudor suyo al príncipe que es su acreedor.

CAPÍTULO X.

Con el rey ha de nacer la paz; esa ha de ser su primero bando. Con quién habla la paz; por qué se publica por los ángeles á pastores. Que nace obedeciendo quien nace á ser obedecido. (*Luc.*, II.)

Exiit edictum, etc. «Publicóse edicto de César Augusto para que se numerase el orbe universo: por lo cual subió José, de Galilea de la ciudad de Nazareth, en Judea, á la ciudad de David que se llama Bethlehem, porque era de la casa y familia de David, para registrarse con María su mujer (con quien estaba desposado), preñada. Sucedió que estando allí se cumplieron los días del parto, y parió su hijo primogénito. Y los pastores estaban velando en aquella región, y guardaban las vigilias de la noche sobre sus rebaños. Y veis que el ángel del Señor estuvo junto á ellos, y la claridad de Dios resplandeció en su contorno. Y luego se juntó con el ángel multitud de milicia celestial alabando á Dios, y diciendo: «Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.»

Es tan noble y tan ilustre la paz, que tiene por solar el cielo. Que desciende dél, se ve en los ángeles que bajaron del cielo á publicarla en la tierra á los hombres. Estos en paz imitan vida de ángeles; la tierra pacífica, estado de bienaventuranza. Tan apetecible es la paz, que siendo tan detestable la guerra, se debe hacer por adquirir paz en la religión, y en la conciencia, y en la libertad justificada de la patria. Hay paz del mundo, y paz de Dios; por eso dijo Cristo: «Yo os doy mi paz, no la que da el mundo.» En el mundo se usa mucha paz de Judas, enmascarada con el beso de su boca. Las señas desta son que se padece y no se goza; que se ofrece y no se da. Nadie presuma que no se le atreverá esta mala paz cara á cara, pues cara á cara se atrevió á Cristo, rey de gloria.

Señor, el ministro que aconseja que para conservar en paz los vasallos, los despojen, los desuellen y los consuman, ese Judas es, y la suya paz de Judas: con la boca más chupa sanguijuela, que besa reverente. Destruir los pueblos con achaque de que los enemigos los quieren destruir, es adelantar los enemigos, no contrastarlos ni prevenirlos. Es no dejarlos qué hacer ni qué deshacer. Hubo paz universal en el mundo cuando nació Cristo, porque nacía la paz universal del mundo. Publicóse por edicto de César Augusto, que el orbe todo se numerase. Nació Jesús en esta obediencia, y fué obediente hasta la muerte, desde el vientre de su Madre, antes de nacer, y naciendo. En la obediencia está la paz de todas las cosas: á Dios primero, á la razón, y á la justicia. No hay guerra sin la inobediencia á una de estas tres cosas, á que persuaden otras tres, impiedad y pecado, apetito, soberbia ambiciosa. Nace obedeciendo

quien sólo debe ser obedecido; ¿y no obedecerá quien sólo nació para obedecer? Toda la vida de Cristo fué paz. Nace, y luego la publican los ángeles; enseña y encarga la paz á sus discípulos, y envíala con ellos á todos. Va á morir; y al despedirse, repetidamente les da su paz y les deja su paz. Sólo el que se atrevió á arrimar su boca á su cara, el que le acarició con el beso, el que tenía á cargo la bolsa de su apostolado, despreciando la paz de Cristo, dió á Cristo la de Judas.

Dice el texto sagrado, que los ángeles que publicaron la paz á los hombres, se aparecieron á los pastores que velaban guardando las vigilias de la noche. Señor, mérito y disposición fué en los pastores el hacer bien su oficio, el no dormir por defender sus ovejas, y el velar porque los lobos, que velan por hacer guerra á sus ganados, no se la hiciesen. Por esto se les aparecieron los ángeles, y los anunciaron la paz. El sueño es puerta abierta á la guerra y á la cizaña; el desvelo, á la paz y seguridad.

Nace Cristo Rey; mas nace á ser Rey pastor, y á enseñar á los reyes que su oficio es de pastores. San Juan le llamó «Cordero de Dios», y le señaló y dió á conocer por Cordero; mas el mismo Cristo, pastor se llamó, y dijo era pastor: *Ego sum pastor bonus.* Yo soy buen pastor. No puede haber mejor disposición para ser pastor de corderos, que ser cordero y pastor. Uno y otro quieren que sean los reyes; porque sabrán, siéndolo, gobernar y guardar los que lo son. No sólo no es poco nombre el de pastor para el rey, mas sacrosanto, por el ejemplo de Cristo; sino es el solo nombre de toda la obligación de su oficio. Esto aun la más anciana gentilidad lo conoció; el más sublime espíritu de la idolatría,

que fué Homero, lo enseña: «Mas á Agamenón Atrides, pastor de los pueblos, no ocupa el dulce sueño.» (*Iliad.*, lib. x, *et Odis.*, III.)

Señor, según Cristo nuestro Señor, el buen pastor ha de conocer á sus ovejas, y ellas le han de conocer á él. De otra manera ni sabrá las que tiene, ni las que le faltan, ni el pasto y regalo ó la cura que han menester. El pastor ha de tener perros que guarden el ganado; mas él ha de velar sobre el ganado y los perros: que si deja al sólo albedrío de los mastines los rebaños, como son guarda no menos armada de dientes que los lobos, ni de más bien inclinada hambre, ellos los guardarán de los lobos; mas, como los lobos, para sí. Señor, el descuido del pastor hace lobos de los perros, si su oreja no atiende á los ladridos, y sus ojos al balido de las ovejas. Oso afirmar que el pastor que duerme y no vela sobre su ganado, ni guarda las vigilias de la noche, él propio es lobo de sus hatos. Si no habría hombre tan perdido que averiguando que el pastor de sus ovejas, por consumir la noche y el día en sueño y juegos, renunciaba su oficio en sus perros, no le quitase su hacienda, ¿cómo se presumirá que Cristo nuestro Señor (suma sabiduría, y que como buen pastor ama sus ovejas más que todos) no quitará el cuidado dellas al pastor que no supiere de su ganado, sino lo que preguntare á los perros, á quien él lo encomendó; que para ser peores que lobos, sólo faltaba á su hambre y sus dientes, su descuido? De un rey que Dios eligió á su corazón y llamó varón suyo, se leen estas palabras en el *Psalmo* 77: «Eligió á David su siervo, y sacóle de los rebaños de las ovejas; escogióle cuando seguía á las que estaban preñadas, para que apacentara á Jacob su siervo, y á Israel su heredad.

Y apacentólos en la inocencia de su corazón, y guiólos en los entendimientos de sus manos.» (Versículos 70, 71 y 72). La versión hebrea rigurosa vuelve: «Apacentólos por la integridad de su corazón, y encaminólos con la industria de su virtud.» Y lo mismo, aunque con más palabras, en su paráfrasi el Campense.

Señor, espero será agradable á la piedad y desvelo real de Vuestra Majestad este lugar y las consideraciones con que le aplico. Misterio tiene decir que á David, rey y profeta, le sacó Dios de guardar ovejas. Legítimo noviciado para ser rey es ser pastor. Grande misterio enseña añadir: «Escogióle cuando seguía á las ovejas preñadas.» Señor, el preñado de las ovejas es el aumento del ganado: por eso escogió Dios á David de pastor para rey, porque andaba tras el aumento de su ganado: y entonces mereció que le escogiese, cuando asistía al aumento. Ya nos ha dicho el salmo cómo era pastor, y cómo por saberlo ser mereció ser rey por la elección de Dios. Veamos si siendo rey dejó de ser pastor. El mismo salmo dice que fué pastor siendo rey: «Escogióle de pastor para que apacentase á Jacob su siervo, y á Israel su heredad. Y apacentólos en la inocencia de su corazón y en los entendimientos de sus manos.» Con la palabra apacentar con que habló del ganado, habla de Jacob y de Israel. Mas dice: «Los apacentó en la inocencia de su corazón y en los entendimientos de sus manos». Señor, apacentólos con la inocencia de su corazón, no con la malicia del ajeno. Y aquella palabra ó frase tan extraordinaria: «Con los entendimientos de sus manos», el Espíritu Santo la dió á nuestra *Vulgata*. Hay reyes que rigen sus reinos con los entendimientos de las manos ajenas, ó con sus manos gobernadas por los enten-

dimientos de otras manos. Estos no son pastores, sino ovejas de aquellos que con sus entendimientos gobiernan sus manos. Estos no son reyes, sino regidos de las manos, que dan sus entendimientos á aquellos á quien ellos dan mano. Sin salir de David, confiesan éstos su castigo, *Eclesiástico*, 49: «Si no fueron David, y Ezequías y Josías, todos cometieron pecado; porque dejaron los reyes de Judá la ley del Altísimo y despreciaron el temor de Dios: dieron su reino á otro y su gloria á gente extraña.» Señor, todos los que no gobiernan con los entendimientos de sus manos, como hizo David, dan con sus manos sus reinos á otros; y éste es el pecado que acusa en los reyes el *Eclesiástico*.

Los reyes son vicarios de Dios en la tierra: con este nombre los llama Calímaco en el *Himno á Jove*, y Homero lo mismo. Luego si Cristo fué pastor, ellos, que son sus vicarios, deben ser pastores, y á su imitación, «buenos pastores». El mismo Homero, *Odysea* III, los llama *Teotephres*, «instituídos por Dios», ó (como Favorino lo declara) «discípulos de Dios»; porque en griego *trophœ* es alimento del alma, como la leche de los niños y la comida del cuerpo. Bien lo enseña Cristo, Rey de los reyes, que tiene á los reyes por discípulos; pues para enseñarlos á ser pastores, la primera lición de la paz y de las vigilias la dió á los pastores; y luego despachó una estrella por los reyes, para que le viniesen á adorar como á Dios y á oir como á maestro. Permitió que viniesen por camino que topasen con Herodes, rey lobo (Cristo le llamó raposa), rey que gobernaba, no con los entendimientos de sus manos, sino con los de los pies de una ramera bailadora. Mas en viendo á Cristo aprendieron dél, como reyes discípulos de Dios, á volver por

otro camino, á no entrar en el de Herodes. No conocerá el rey sus ovejas ni ellas le conocerán, si no las ven, si no le ven, si no las da sal, si no las apacienta, si no las encamina con sus manos. El pastor que ni ve, ni guía, ni toca á sus ovejas, sea pastor, sea rey pastor, dél se habla con el proprio lenguaje que de los ídolos (*Psalmo* 134, *verso* 16 y 17): «Boca tienen, y no hablarán; ojos tienen y no verán; oídos tienen y no oirán, porque no hay espíritu en su boca.» Sígase, pues se sigue consecutivamente en el salmo, la maldición á los que hacen ídolos y á los que hacen estos ídolos, que siendo vivos, son más muertos. «Sean semejantes á ellos los que los hacen y todos los que confían en ellos»: pues no es menos infernal invención hacer ídolos los hombres, que hacer á los troncos y á las piedras ídolos.

CAPÍTULO XI.

Cómo fué el procurador de Cristo, rey de gloria, antes de nacer y viviendo; cómo y por qué murió; cómo preparó sus caminos, y le sirvió y dió á conocer. Y cómo han de ser á su imitación los que hacen este oficio con los reyes de la tierra. (*Marc.*, I.)

Ecce ego mitto, etc. «Ves que envío mi ángel delante de tu cara, que preparará tu camino delante de ti. Voz del que clama en el desierto: Aparejad los caminos al Señor, haced derechas sus sendas. Estuvo Juan en el desierto, bautizando y predicando bautismo de penitencia y perdón de los pecados.»

Mucho debe de importar al rey el buen criado y ministro que le ha de servir y darle á conocer, preparar sus caminos y enderezar sus sendas; pues los dos evange-

listas, San Marcos y San Lucas, empiezan la vida de Cristo nuestro Señor por la concepción de San Juan Bautista, en que resplandece tan misteriosa providencia del cielo. Y San Juan (llamado el Evangelista) empieza su evangelio, y después de la soberana teología del Verbo, trata de este criado, diciendo: *Fuit homo missus à Deo, cui nomen erat Joannes*, «fué un hombre enviado de Dios, cuyo nombre era Juan. Este vino en testimonio, para dar testimonio de la luz, para que todos creyesen por él. No era él la luz.»

Señor, hombre ha de ser el ministro del rey; por eso dijo: *Fuit homo*, «fué un hombre». Mas ha de ser enviado de Dios: así lo dice el texto sagrado: *Missus à Deo*, «enviado de Dios», en que se excluye el introducido por maña, por malicia, por ambición ó por otros cualesquier medios humanos que violentan las voluntades de los príncipes. «Enviado de Dios», excluye escogido por el monarca de la tierra; porque su elección suelen ganarla con lisonjeros ardides los que llaman atentos, siendo encantadores, é interesar su política halagüeña.

Dice: «A dar testimonio de la luz.» Esto le excluye de ciego, tenebroso, y anochecido, y enemigo del día y de la luz. Añade que ha de ser «para que crean todos por él»; mas no en él, sino en el Señor por él.

Dice «que él no era luz»: cláusula muy importante. Es muy necesario, Señor, escribiendo de tales ministros, referir lo que no son junto á lo que deben ser. Si el criado es luz, será tinieblas el príncipe. No ha de ser tampoco tinieblas; que no podría dar testimonio de la luz. Del Bautista dice el Evangelista, «que no era luz»; y de Cristo, rey y señor: *Erat lux vera, quæ illuminat*

omnem hominem, «era luz verdadera que alumbra á todo hombre». Esta diferencia es del Evangelio. Medio hay entre no ser luz y no ser tinieblas: que es ser luz participada, ser medio iluminado. De San Juan dice el Evangelio: «Él no era luz»; quiere decir la luz de las luces, la luz de quien se derivan las demás; que los ministros se llaman *luz*, y lo son participada del Señor. Cristo dijo á sus ministros y Apóstoles: *Vos estis lux mundi*. «Vosotros sois luz del mundo.» Ha de ser el ministro luz participada: no ha de tomar la que quiere, sino repartir la que le dan. Ha de ser medio iluminado, para que la majestad del príncipe se proporcione con la capacidad del vasallo. Visible es el campo y el palacio, potencia visiva hay en el ojo; empero si el medio no está iluminado, ni en el sentido ve, ni los objetos son visibles: uno y otro se debe al medio dispuesto con claridad.

Ha de ser el buen ministro luz encendida; mas no se ha de poner ni sepultar debajo del celemín, para alumbrar sus tablas solas y sus tinieblas, sino sobre el candelero: disposición es evangélica. Ha de ser vela encendida, que á todos resplandece y sólo para sí arde; á sí se gasta, y á los demás alumbra. Mas el ministro que para todos fuese fuego, y para sí solo luz que alumbrándose á sí consumiese á los otros, sería incendio, no ministro. El Bautista sirvió á su señor desta manera: enseñóle y predicóle; fué medio iluminado para que le viesen y siguiesen; alumbró á muchos, y consumióse á sí. Al contrario, Herodes consumió los inocentes, y cerró su luz debajo de la medida de sus pecados, que fueron Herodías y su madre. Como cierran la llama, hallan el celemín que la pusieron encima, con más humo que claridad, y más

sucio que resplandeciente. Ninguna prerrogativa ha de tener el ministro que la pueda atribuir á la naturaleza, ni á sus padres, ni á sí, sino á la providencia y grandeza del Señor, porque no le enferme la presunción. El Bautista fué hijo de esterilidad ultimada, para ser fertilidad y para hacer fecundos los corazones estériles. Fué voz, mas hijo del mudo. Pierde la voz Zacarías para engendrarle, para que no pueda atribuir á la naturaleza lo uno, ni á su padre lo otro. Es muy conveniente que el ministro, que ha de ser voz del Señor, descienda de mudo, porque sabrá lo que ha de decir y lo quo ha de callar. Así lo hizo San Juan, en lo que había de decir, cuando dijo: «Veis el cordero de Dios que quita los pecados del mundo»; en lo que había de callar, cuando preguntándole maliciosamente los judíos quien era, dijo «que no era profeta», siendo profeta y más que profeta; en lo que no había de callar, cuando á Herodes le dijo: «No te es lícito casar con la mujer de tu hermano.» Tanto importa que el ministro diga lo que no se ha de callar, como decir lo que se debe, y callar lo que no se debe decir.

Fué el Bautista voz. Señor, eso ha de ser el ministro. La voz es formada, y dala el ser quien la forma. Es aire articulado, poco y delgado ser por sí sola. Mas ha de ser voz que clame en el desierto. De sí lo dijo San Juan: «Yo soy voz del que clama en el desierto.» El ministro que con la multitud del séquito que puebla su poder, deja la majestad de su Señor con desprecio de sus vasallos deshabitada, ese no es voz del que clama en el desierto, sino rumor que grita y roba en poblado; y su príncipe mudo, y su palacio yermo.

Pasemos á ver como vivió este ministro que envió

Dios. Comía langostas. ¡Oh señor! Suplico á Vuestra Majestad atienda á la sustancia y salud deste alimento. Los ministros de los reyes no han de comer otra cosa sino langostas. Este animal consume las siembras, destruye los frutos de la tierra, introduce el hambre y esteriliza la abundancia de los campos; destruye los labradores, y remata los pobres. El alimento del ministro han de ser estas langostas: éstas ha de comer, no las cosechas, no los frutos de la tierra, no los labradores, no los pobres. Ha de comer, Señor, á los que se los comen y los arruinan; porque yo digo á Vuestra Majestad que el ministro que no come esta langosta, es langosta que consume los reinos.

Vestía pieles de camellos, no de vasallos. ¿Por qué de camellos, y no de lobos, osos ó leones, que han sido vestidura y blasón de emperadores y varones heroicos? Atrévome á responder: porque estos animales son feroces, crueles y ladrones. No ha de vestir el ministro piel que le acuerde de uñas y garras, de crueldad y robos. Seda y paño y telas hay que rebozan estas pieles. Conviene que vista el ministro piel de camello (que no sólo le acuerde de servir trabajando, sino de trabajar con humildad y respeto de rodillas), animal que se baja para que le carguen, que humilla su estatura para facilitar el trabajo de quien le carga con el suyo, que tiene desarmadas sus grandes fuerzas para ofender ni con las manos, ni con la cabeza, ni con los dientes. Esta piel no sólo es vestido, sino gala; no sólo gala, sino recuerdo, y consejo y medicina. Esta cubierta defiende como fieltro, abriga y honra al que la trae y al reino.

Dijo el Angel «que en el día de su nacimiento se ale-

garían todos». Esta promesa, como las demás, bien cumplida se ve en todas las naciones. ¿Quién no se alegra y hace fiestas al día en que nació ministro que come langostas, que viste pieles de camellos, que es voz del que clama en el desierto? Y por el contrario, ¿quién no maldice el día en que nació aquel ministro que á su rey hace voz en desierto, que es langosta en vez de comerlas, que viste pieles de vasallos, de león, de lobo y de oso? El Santísimo Bautista tenía discípulos: enviólos á consultar á su Señor, y á preguntarle. El ministro ha de preguntar y consultar á su príncipe.

Lo que tocaba á Cristo era bautizar en el Espíritu Santo, y quitar los pecados del mundo, el apartar el grano de la paja, y quemar la paja. Dijo «que el que había de venir después dél era más fuerte que él, y que no merecía desatar la correa de su zapato.» En ninguna cosa de las que pertenecían á la soberanía de Cristo, su Señor y nuestro, puso la mano, ni se introdujo en ella. Y enseñó, no sólo á respetar al rey recién nacido, sino al rey antes de nacer. La niñez de los monarcas engaña el orgullo de los descaradamente ambiciosos, que, fiados en la menor edad, hacen y los hacen que hagan cosas de que cuando los asiste madura edad se avergüenzan, se arrepienten y se indignan.

Vino Cristo á San Juan para que le bautizase; y reconociendo el gran Bautista la majestad de su Señor, dice el texto sagrado: «Mas Juan se lo prohibía, diciendo: Yo debo ser bautizado de ti, ¿y tú vienes á mí?» Las visitas del rey al criado las ha de extrañar el criado; no disponerlas y solicitarlas, ha de intentar prohibirlas. Este respeto era heredado de Santa Elisabet, su madre, y la respuesta fué la misma casi. Ella, cuando visi-

tada, en su preñado, de la Virgen y madre de Cristo, la dijo: «¿Por dónde merezco que venga á mí la madre de mi Señor?» Verdad es que cuando Santa Elisabet dijo estas palabras, San Juan no era nacido y habitaba en las entrañas de su madre; mas no se puede negar que en el vientre de su madre estaba atento, pues dice San Lucas: «Ves que luego que oyeron mis oídos la voz de tu salutación, en mi vientre con el gozo se alegró la criatura.» A esta reverencia y respeto, aun antes de nacer, han de estar atentos los criados con su señor, los ministros con su rey. Replicó San Juan á Cristo, cuando vino á que le bautizase; y Cristo le respondió con grande amor y blandura: «Obedece ahora, que así conviene que cumplamos toda justicia.» Movido del proprio respeto y reverencia de criado, replicó San Pedro á la propria majestad divina cuando le quiso lavar los pies: «¿Señor, tú me lavas los pies?» Respondió Cristo: «Lo que yo hago no lo sabes ahora, mas sabráslo después.» Replicó San Pedro: «No me lavarás los pies eternamente.» Puédese replicar al señor y al príncipe una vez; mas diciendo el señor al ministro que no entiende lo que hace, que después lo entenderá, ya ocasiona severa respuesta. Díjole Cristo: «Si no te lavo, no tendrás parte conmigo.» Severísima fué esta amenaza. Bien conoció San Pedro su rigor, pues dijo: «Señor, no sólo mis pies, sino mis manos y mi cabeza.» Todo lo enseña el Evangelio: á replicar el criado al señor una vez, y responder al que replica dos con amenaza, y á librarse della, ofreciendo al rey que pide los pies, no sólo los pies, sino las manos y la cabeza. La fe de San Pedro era tan sublime y fervorosa, que le dictaba siempre determinadas y magníficas palabras, como fueron:

«No me lavarás los pies eternamente. Y si conviniere que muera contigo, no te negaré.» Negó luego tres veces á Cristo, y escarmentó de manera, que preguntándole Cristo tres veces después de resucitado: *Petre, amas me?* «Pedro, ¿ámasme?»—amándole con amor tan grande no osó decir que sí, y todas tres veces le respondió: *Tu scis, Domine:* «Tú lo sabes, Señor.»

Murió el gran precursor y ministro escogido, por no dejar de decir al rey Herodes lo que él no debía hacer. ¡Oh Señor, cuánto conviene más que muera el ministro por haber dicho al rey lo que no debe callar, que no que muera el rey porque le calla lo que le debía decir!

Sacra, católica, real majestad, dé Dios á Vuestra Majestad ministros imitadores del Bautista, que sean medios iluminados y voz del que clama en desierto; que vistan pieles de camellos, y no de leones y lobos; que coman langostas, y no sean langostas que coman los pueblos; que contradigan las grandes mercedes antes que solicitarlas; que digan lo que no han de callar, y no callen lo que deben decir.

CAPÍTULO XII.

Enséñase, en la anunciación del ángel á Nuestra Señora la Virgen María, cuáles deben ser las propuestas de los reyes, y con cuál reverencia han de recibirse los mayores beneficios. Cómo es decente y santa la turbación; y en qué no se ha de temer. (*Luc.*, cap. I.)

Missus est Angelus, etc. «Fué enviado de Dios el ángel Gabriel á la ciudad de Galilea, cuyo nombre es Nazareth, á la Virgen desposada con el varón llamado

José, de la casa de David; y era el nombre de la Virgen, *María.* Y entrando el ángel, díjola: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres. La cual, como lo oyese, se turbó en su razonamiento, y meditaba cuál fuese esta salutación. Y díjola el Angel: No temas, María, porque hallaste gracia en Dios.»

Quiso el Padre eterno que su Hijo, antes de nacer y de encarnar, enseñase y diese doctrina á los reyes de la tierra. Este amor tan grande y tan prevenido, Señor, debemos los hombres acogerle en nuestros corazones con reverencia humilde, con reconocimiento agradecido, con ansiosa obediencia para su imitación.

Trajeron las semanas profetizadas el tiempo para ejecutar el alto é inefable decreto que para la redención del mundo había establecido aquella junta de tres Personas, en unidad de esencia, trinidad inefable, unidad trina en personas; y determinó el Padre eterno de enviar su Hijo á tomar carne humana, y el Espíritu Santo con su obra disponerlo. Y siendo esta la más soberana, y para la siempre Virgen María la merced más suprema escogerla para Madre de Dios, envía aquel soberano Señor (á quien la pluralidad de tres personas no divide la unidad de monarca único de cielos y tierra) al ángel Gabriel á que anuncie su decreto á la preservada y escogida Virgen, reina de los ángeles, para que dé su consentimiento y se efectúe tan soberana y misteriosa encarnación. Y siendo tan excesivamente mayor el poder y majestad del Criador con su criatura, que del rey con el vasallo, aun para hacer á la Virgen María reina de los ángeles y su Madre, la merced más suprema que pudo hacerla, envió por su consentimiento.

¿Cómo dejarán los monarcas de la tierra de pedir el de los súbditos, que les dió el gran Dios con este ejemplo, no para hacerlos merced, sino para deshacerlos? Viene Dios á tomar de su criatura carne humana, para endiosarla, y que sea la que se la da Madre del mismo Dios; y aguarda á que su criatura diga que se haga su voluntad: y los señores de la tierra ¿de sus pueblos tomarán á su pesar lo que han menester para vivir? Todo se debe á la justa y forzosa necesidad de la república y del príncipe; mas para que el servicio sea socorro y no despojo, no basta que el monarca pida lo que ha menester, sino que oiga del vasallo lo que puede dar. Tasan mal estas cosas los que aconsejan que se pidan, y luego las ejecutan; porque con tales ejecuciones socorren antes su ambición y codicia, que al reino ni al rey. Señor, de todos los caudales que componen la riqueza de los príncipes, sólo el de los vasallos es manantial, y perpetuo; quien los acaba antes, agota el caudal del Señor que le junta. El Espíritu Santo dice: «Que la riqueza del rey está en la multitud del pueblo.» No es pueblo, muy poderoso Señor, el que yace en rematada pobreza: es carga, es peligro, es amenaza; porque la multitud hambrienta ni sabe temer, ni tiene qué; y aquel que los quita cuanto adquirieron de oro y plata y hacienda, los deja la voz para el grito, los ojos para el llanto, el puñal y las armas. Para tomar Dios de su criatura un vestido humano (que eso fué el cuerpo), envía un ángel que se lo pida y que aguarde su respuesta, que satisfaga á las dificultades que se les ofrecieren, como fué decir la Virgen: «¿Cómo se obrará esto? porque no conozco varón»; y que la asegure turbada. El texto dice: «La cual, como lo oyese, se turbó.» No pueden los reyes en-

viar ángeles por ministros; mas pueden y deben enviar hombres que imiten al ángel en aguardar la respuesta, en quitar la turbación y el miedo; no hombres que imiten al demonio en no oir, en dar horror, y turbación y miedo. Si de lo mucho que se pidiese se da lo poco que se puede, es dádiva fecunda que luce y aprovecha. Y al vasallo le sucede lo que á la vid, que quitándole la poda lo superfluo, se fertiliza; y si la arrancan, llevan mucho más, mas la destruyen para siempre.

No sé que se tiene de grande abundancia lo que se concede pedido; y bien sé cuanto tiene de estéril cuanto se toma negado. Si, á intercesión de la gula, hay meses vedados para que los cazadores no acaben la caza matando los padres para las crías, haya meses vedados, cuando no años, á intercesión de la justicia y misericordia, para los cazadores de pobres, porque la cría de labradores no perezca.

Hemos considerado cómo se ha de pedir y proponer, y cuál ha de ser el ministro. Pasemos á examinar qué se ha de hacer con las propuestas de grandes mercedes.

Dijo el ángel á Nuestra Señora: «Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres»: palabras llenas de singulares y altísimas prerrogativas. Y dice el Evangelista: «La cual, como lo oyese, se turbó en su razonamiento.» Más seguro es, Señor, turbarse con la propuesta de grandes favores y mercedes, que tener orgullo en su confianza. A la Virgen María la saluda un ángel; llámala llena de gracia y bendita entre las mujeres, y se turba. A Eva la dice Satanás en la sierpe que coma y será como Dios; y se alegra, y confiada se ensoberbece. Ésta introduce con el pecado la muerte; la Virgen y Madre, concibiendo

al que quitó los pecados del mundo, introdujo la vida y la muerte de la muerte. Díjola el ángel Gabriel: «No temas, María, porque hallaste gracia en Dios.» Señor, los que hallan gracia en otro hombre, los que con otro hombre pueden y tienen valimiento, teman; sólo pierda el miedo el que halla gracia en Dios y con Dios. Las ruinas tan frecuentes de los poderosos, en que tanta sangre y horror gastan las historias, se originan de que temen donde no había de tener miedo, y no tienen miedo donde habían de temer. Doctrina es esta de David, y por eso doctrina real y santa (*Psalmo* 52, v. 6), tratando de los necios que en su corazón dijeron: «No hay Dios.» Tal gente reprehende en este salmo y verso: «Allí temblaron de miedo, donde no había temor.» Y da la causa en el verso siguiente: «Porque Dios disipó los huesos de los que agradan á los hombres.» Literal está la sentencia, y en ella la amenaza. Tienen gracia con los hombres, y no temen. Por eso Dios disipará sus huesos, y porque temen donde no hay temor. Muchos tienen gracia con Dios, á quien hace mercedes y favores; y muchos la tienen, á quien da aflicciones y trabajos. Hay algunos, y no pocos, que en viéndose en poder de persecuciones desconfían de tener gracia con Dios; y por eso temen donde no hay temor. Éstos más quieren estar contentos con lo que Dios hace con ellos, que no que Dios esté contento de ellos por lo que con ellos se sirve de hacer. Quieren á Dios sólo en el regalo y en el halago, no en el examen y dolor meritorio. Son almas regalonas y acomodadas. No lo enseña así San Agustín, pues dice: «Quien alaba á Dios en los milagros de los beneficios, alábele en los asombros de las venganzas; porque amenaza y halaga. Si no halagara,

no hubiera alguna advertencia; si no amenazara, no hubiera alguna corrección.»

Palabras son del Espíritu Santo: «El principio de la sabiduría es el temor del Señor.» Lo primero que se nos manda en el *Decálogo* es amar á Dios, y no se manda que le temamos, porque no hay amor sin temor de ofender ó perder lo que se ama, y este temor es enamorado y filial. Según esto, Señor, el hombre que tiene gracia con otro hombre, cuerdo es si teme. El que tiene gracia con Dios no tiene qué temer: ese sólo está seguro de miedos, y tiene en salvo los sucesos de sus buenas obras, sin que pueda variárselos la mudanza del monarca, por ser inmutable, ni la envidia de los enemigos, por ser la misma justicia, á quien no pueden engañar. Y el hombre, Señor, que tiene gracia con otro y no teme, éste le desprecia, y quiere antes ser temido de su Señor que temerle; y quien llega á temer al que hizo, él se confiesa por deshecho.

CAPÍTULO XIII.

Cuál ha de ser el descanso de los reyes en la fatiga penosa del reinar; qué han de hacer con sus enemigos, y cómo han de tratar á sus ministros, y cuál respeto han de tener ellos á sus acciones. (*Joan.*, IV.)

Jesus ergo fatigatus ex itinere, sedebat sic supra fontem. Venit mulier de Samaria haurire aquam. Dicit ei Jesus: Da mihi bibere. Dicit ergo ei mulier illa Samaritana: Quomodo tu, Judæus cum sis, bibere a me poscis, quæ sum mulier Samaritana? Respondit Jesus, et dixit ei: Si scires donum Dei, et quis est, qui dicit tibi da

mihi bibere; tu forsitan petisses ab eo, et dedisset tibi aquam vivam. Dicit ei mulier: Domine, neque in quo haurias habes, et puteus altus est: unde ergo habes aquam vivam?

Que el reinar es tarea; que los cetros piden más sudor que los arados, y sudor teñido de las venas; que la corona es peso molesto que fatiga los hombros del alma primero que las fuerzas del cuerpo; que los palacios para el príncipe ocioso son sepulcros de una vida muerta, y para el que atiende son patíbulo de una muerte viva, lo afirman las gloriosas memorias de aquellos esclarecidos príncipes que no mancharon sus recordaciones, contando entre su edad coronada alguna hora sin trabajo. Así lo escribió la antigüedad; no dicen otra cosa los santos; esta doctrina autorizó la vida y la muerte de Cristo Jesús, Rey y Señor de los reyes. Y como suene afrenta en las majestades el descansar un rato, y sea palabra que desconocen y desdeñan las obligaciones del supremo poderío, el Evangelista, cuando dijo que Cristo descansaba del cansancio del camino (eso es sentarse), dijo tales palabras: *Jesus ergo fatigatus ex itinere, sedebat sic supra fontem:* «Jesús, cansado del camino, se sentó así junto á la fuente.» Sentóse así, descansó así. Aquel *así* disculpa el descansar siendo rey; y dice que descansó así, para que los reyes sepan que si así no descansan, no se asientan, sino se derriban. Veamos, pues, cómo descansó, puesto que la palabra *sic, así*, está poseída de tan importantes misterios.

Bien sé que Lira dice: *Quod ex hoc apparebat veritas humanæ naturæ, quemadmodum et quando esuriit post jejunium.* Y San Juan Crisóstomo refiere sobre San Juan: *Sedebat, ut requiesceret ex labore.* Yo reverencio

como miserable criatura estas explicaciones, y en ellas adoro la luz del Espíritu Santo que asistió á sus doctores y la aprobación de la Iglesia en los padres. Diré mi consideración, sólo por diferente; sin yerro, á lo que yo alcanzo, y sin impiedad, así en esto como en otras cláusulas, porque se conozca cuál es el día de la lección sagrada y la fecundidad de sus lumbres y misterios, pues guarda que considerar aún á mi ignorancia, sin aborrecerla por mi distraimiento. Esta protesta bastará para los juicios doctamente católicos; que para los que respiran veneno y leen las obras ajenas con basiliscos, ninguna cosa tiene lugar de defensa.

«Cansado del camino, Jesús estaba así sentado junto á la fuente.» Señor: Cristo, Rey verdadero, cansado del camino, sentóse á descansar así. El proprio Evangelista dirá cómo descansó. Señor, descansó del camino y trabajo del cuerpo, y empezó á fatigarse en otra peregrinación del espíritu, en la reducción de un alma, en la enmienda de una vida delincuente con muchas conciencias. Así, Señor, que los reyes que imitan á Cristo y descansan *así*, no se descansan á sí, descansan de un trabajo con otro mayor, y estas ansias eslabonan decentemente la vida de los príncipes. De las acciones más principalmente dignas de rey que Cristo hizo fué ésta, y en que más enseñó á los reyes tres puntos tan esenciales, como cuál ha de ser su descanso, qué han de hacer con sus enemigos, y cómo han de tratar á sus ministros, y cuál respeto han de tener ellos á sus acciones, y cómo y para qué han de pedir los reyes á los miserables y súbditos.

Señor, cuando Vuestra Majestad acaba de dar audiencia, de oir la consulta del Consejo; cuando despachó las consultas de los demás y queda forzosamente cansado,

descanse así como Cristo, empezando otro trabajo; trate de reducir á igualdad los que le consultan de otros; atienda Vuestra Majestad al desinterés de los que le asisten, á la vida, á la medra, á las costumbres, á la intención, que este cuidado es medicina de todos los demás. Quien os dice, Señor, que desperdiciéis en la persecución de las fieras las horas que piden á gritos los afligidos, ese más quiere cazaros á vos, que no que vos cacéis. Preguntad á vuestros oídos si son bastantes para los alaridos de los reinos, para las quejas de los agraviados, para las reprehensiones de los púlpitos, para las demandas de los méritos, y veréis por cuántas razones vuestro sagrado oficio desahucia los espectáculos de que os tengan por auditorio hipotecado á sus licenciosas demasías. Quien descansa con un vicio de una ocupación, ese descansa la invidia de los que le aborrecen, la codicia y ambición de los que le usurpan, la traición de los que le engañan. Quien de un afán honesto descansa con otro, ese descansa así como descansó Cristo.

Muy poderoso y muy alto y muy excelente Señor, los monarcas sois jornaleros: tanto merecéis como trabajais. El ocio es pérdida del salario; y quien descansando *así* os recibió en su viña por obreros, mal os pagará el jornal que él ganó *así*, si *así* no lo ganáis.

«Vino la mujer de Samaria á sacar agua. Díjola Jesús que le diese de beber. Díjole, pues, aquella mujer samaritana: ¿Cómo, siendo tú judío, me pides á mí de beber, siendo mujer samaritana?» De Dios, de Cristo, su Hijo unigénito, pocos llevan lo que buscan. ¡Gran dádiva negarles la demanda de su ceguera y darles el provecho que previene su misericordia! Señor, no lleve agua el que viene por agua, si conviene que lleve re-

prehensión. Sentaos, Señor, *sic supra fontem*, así sobre la fuente de las mercedes, de los premios y de los castigos; no dejéis que se sienten vuestros allegados y ministros; vayan á buscar de comer, no se entrometan en vuestro cargo. Asistid vos á la fuente, y tendrán remedio los sedientos y beberán lo que les conviene, que es lo que vos les diéredes, y no lo que buscan y quieren sacar con sus manos.

Era pozo, y le llama fuente el Evangelista. Creo sea esta la causa (y á propósito, si no la desautoriza ser yo el autor). Como el Espíritu Santo por San Juan hablaba al suceso para el misterio, y sabía que la mujer buscaba pozo y agua muerta, y que en el pozo había de hallar al que es fuente de agua viva, llamóla así, previniendo la maravilla, y llamó fuente al pozo, porque la historia se cumplió en la fuente. San Agustín sobre San Juan admirablemente concierta la letra. (*Tract.* 15 *in c.* IV.)

Señor, los pretendientes, los sedientos, los allegados os quieren pozo hondo y obscuro y retirado á la vista, porque solos ellos puedan sacar lo que quisieren. Estos, Señor, que alcanzan con soga y no con méritos, paguen con su cuello al esparto lo que le trabajan con el caldero. Pozo os quieren, Señor; fuente sois, y tal os eligió Jesucristo. Ellos os quieren detenido y encharcado para sí; y Dios, difuso y descubierto para todos. Corred como fuente, pues lo sois; y para quien os quiere pozo, sed sepultura.

Pide este gran rey, Señor, y pide agua al pie de la fuente en el brocal del pozo: no pide oro, ni plata, ni joyas; pide lo que sobra donde lo hay, á quien viene á sacarlo para sí todo. Estos malditos, que son carcoma do-

méstica de los reyes, quieren que sean pozos; Dios manda que sean fuentes. Delito y castigo será contradecir á Cristo, y obedecer á los soberbios y vanagloriosos. Señor, rey, pozo hondo para todos y abierto para uno que sólo y siempre saca, atienda con todos los sentidos á ver si conoce algo de su séquito y de su alma en aquellas palabras del *Apocalipsis* (cap. IX): «Vi caer del cielo en la tierra una estrella, y fuéle dada llave del pozo del abismo. Y abrió el pozo del abismo, y subió el humo del pozo como humo de un horno grande; y el sol y el aire se obscurecieron con el humo del pozo. Y del humo del pozo salieron langostas sobre la tierra, y fuéles dada potestad como la tienen los escorpiones de la tierra; y fuéles mandado que no ofendiesen el heno de la tierra, ni alguna cosa verde, ni algún árbol; sólo á los hombres que no tienen la señal de Dios en sus frentes.»

Señor, este lugar, tan poseído de amenazas y espantos, donde las estrellas caen y el humo sube, cosa tan contraria, lo entienden los padres á la letra de los herejes; yo me aventuro á declararle de los reyes pozos. Nada, si bien se considera, es por mi cuenta: el propio lugar se declara, y no por eso deja de entenderse de los herejes; que los reyes que se apartan de los ejemplos de Cristo, y le desprecian y niegan la obediencia á sus mandatos, herejes son de esta doctrina, do está escrita esta cláusula con tantos espantos como letras: estrella que cae, humo que sube, horno, obscuridad, escorpiones y langostas. ¿Qué fábrica en el infierno se compondrá de más temerosos materiales? Hable la cláusula por sí. ¿Qué es un rey? Una estrella del cielo que alumbra la tierra, norte de los súbditos, con cuya luz é influencia viven. Por eso apareció estrella á los tres Reyes. Todos

os reyes, Señor, son estrellas del sol Cristo Jesús; familia suya son resplandeciente. El que cae de la alteza del cielo, el que se aparta de la igualdad de aquella circunferencia, que á su justicia llegan forzosamente todas sus líneas iguales, ese que del cielo cae en la tierra, ¿qué codicia? ¿Qué negocia con apear su luz encendida á la par con el día, y abatirla por el suelo? Negocia las llaves del pozo del abismo. Era vecino de oro en el glorioso espacio por donde se extienden en igualdad inmensa los volúmenes del cielo, y caía á ser llavero de las gargantas del humo de los depósitos de la noche. ¿Qué hizo este rey en teniendo las llaves del abismo? Abrir el pozo del abismo. ¡Ah, Señor! ¿Quién estuviera tan mal con alguna estrella, que de llama de aquel linaje que se encendió con la palabra de Dios en el más ilustre solar del mundo, sospechara pensamiento tan bajo? Yo creyera que bajaba la estrella á tomar las llaves del pozo del abismo para darle otra vuelta, para añadirle otro candado para que otra mano no le abriese. Mas no fué así; que quien deja el lugar que tenía por Dios, y el ministerio que le fué dado, todo lo dispone al revés. ¡Qué pensamiento tan vergonzoso para una estrella bajar ella á abrir el pozo para que suba el humo! Así el texto dice que subió del pozo humo como de un horno grande. Rey que deja de ser estrella y se inclina á pozo, ¿qué hace, Señor? Precipitarse á sí, que es estrella, y levantar el criado, que es humo. La luz y la tiniebla truecan caminos. Estrella que cae, ¿qué puede levantar sino humo? Rey que deja cetro de monarquía por llaves de pozo, desate de las cárceles de la noche contra sí las obscuridades, y sea su castigo, que cayendo porque el humo suba, no logrará aún esta maldad; porque el humo,

cuanto más sube, más se deshace, y la enfermedad mortal del humo es el subir.

«Y obscurecióse el sol y el aire con el humo del pozo.» Bien agradecida se mostró esta estrella al sol que la dió los rayos, pues abrió la puerta al pozo que le obscureció á él y al aire con el humo. Señor, todo lo deja á obscuras y confuso, y sepultado en noche, el rey que da puerta franca al humo; y debéis considerar, si con él se obscureció el sol, la que abrió con esta llave, ¡qué padecería siéndolo tan inferior en todo! Veamos, ya que dejó el cielo por el pozo, y escogió un eclipse tan desaliñado, qué fin tuvo y para qué. «Y del humo del pozo salieron langostas sobre la tierra.» Cuando se juntan con la humillación del príncipe la soberbia abatida y empozada del criado, engendran plagas, producen langostas. El hijo de esta bastardía tan alevosa, es el azote de la tierra, el despojo de los pobres, la ruina de los reinos. ¿Qué otra sucesión merece una estrella que con el humo comete adulterio contra toda la hermosura y majestad del cielo? «Y fuéles dada potestad, como la tienen los escorpiones de la tierra.» Hijos del pozo, mestizos del día y de la noche, de la majestad y de la traición, mayorazgos de la iniquidad, atended qué poder se os da; mas atended cuál poder tenéis, de escorpiones. Veneno sois, no ministros; fieras, no poderosos. Blasonar de este poder, es apostar con todo el infierno en la iniquidad nefanda; y este poder, de que tan impíamente presumís, os fué dado contra vosotros, y trae instrucción secreta de Dios para atormentar vuestras conciencias. Oid lo que se sigue: «Y fuéles mandado que no ofendiesen el heno de la tierra, ni alguna cosa verde, ni algún árbol; sólo á los hombres que no tienen la señal de Dios en sus frentes.» Poco os

duró el golpe de veros langostas, parto del pozo y del humo: ya vuestros dientes tenían amenazado cuanto vive sobre la tierra en las edades del año. Ni malos habéis de ser, como deseáis: todo se os ordena al revés. Y es así que las langostas ofenden lo verde, los campos, lo sembrado, y no á los hombres; y á vosotros os mandan como á langostas espúrias y de ayuntamiento tan ilícito, que no ofendáis al heno, ni á la hierba, ni á lo verde, ni á algún árbol, y que ofendáis á solos los hombres que no tienen la señal de Dios en la frente. Aquí está secreto vuestro dolor. No habéis de ofender al bueno, al pobre, al inocente, al humilde, al justo, no; que en esa venganza estaba vuestra gloria. Sólo habéis de ofender á los que no tienen la señal de Dios en la frente. Y así se cumple que siempre estáis ocupados en deshaceros unos á otros, y en aparejaros los cuchillos y las sogas.

Señor, estése la estrella en el lugar que Dios la dió; y al pozo del abismo antes le añada cerraduras, que le abra. Si se baja del cielo al pozo, ved, Señor, que subirá el humo que os anochezca y os quite el sol y os borre el aire. Ministros que son bocanadas del pozo del abismo, bien están debajo de llave y debajo de tierra: no déis poder de escorpiones, ni aguardéis de tales simas otra cosa que plagas y langostas. Al pozo venía la Samaritana; mas Cristo Rey eterno así se sentó junto de la fuente, porque baja del cielo á cerrar el pozo, y á enseñar la fuente, y á rogar con ella. Por eso la dió de su agua, que era de vida, y no bebió de la del pozo. Zacarías llama fuente á Cristo: «Fuente patente de la casa de David.» Y Isaías: «Sacaréis las aguas en gozo de las fuentes del Salvador.» Aguas con gozo sólo se sacan

de las fuentes: consejo es del Espíritu Santo; que de los pozos ya hemos visto lo que se saca.

«Vino una mujer de Samaria á sacar agua, y díjola Jesús: «Dame de beber.» ¡Qué leves y qué baratos son los pedidos de Dios, del Rey Cristo, á sus vasallos! Pide un jarro de agua, y pídele tan á propósito como se ve: al brocal del pozo, á quien tiene con qué sacar el agua y viene á eso. Leves serían los tributos de los príncipes si pidiesen (á imitación de Jesucristo) poco y fácil, y á quien lo puede dar, y donde lo hay: lo que las más veces se descamina por la codicia y autoridad de los poderosos, pues se cobra del pobre lo que le falta y sobra al rico, que por lo que él le ha quitado y le niega, le ejecuta.

Veamos qué sucedió á esta demanda tan justa de Cristo nuestro Señor, donde aquella suprema y verdadera majestad pidió con tan profunda humildad y tan inefable cortesía. Respondióle aquella mujer samaritana: «¿Cómo siendo tú judío, á mí, que soy mujer samaritana, pides de beber?» Señor, pidiendo Dios y el inocente y el justo, falta agua en el mar y en los pozos; y la respuesta no sólo niega lo que se pide, sino lo acusa y pretende hacer delincuente. Si estas negaciones se pasaran á las demandas de los codiciosos y descaminados, y las concesiones que sirven á su apetito se vinieran á estas demandas, los hombres estuvieran ricos, los reinos prósperos, la sed de Cristo socorrida, y la de los hidrópicos curada. Díjola Cristo: «Si supieras la dádiva de Dios, y quién es quien te dice: Dame de beber, pudiera ser que tú le pidieras á él, y él te hubiera dado el agua de vida.» No lo habíamos entendido hasta ahora, Señor: no deja que lo entendamos nuestra ignorancia y nuestra avaricia. Sirven á estas acciones gloriosas de

Cristo nuestro Señor, de tinieblas los estilos y sucesos de la tierra. Los príncipes temporales dan para pedir; Cristo, solo Rey, pide para dar. Dice á la mujer que le dé agua, y niégasela, y aun hace delito el habérsela pedido. Y el Señor la responde: «¡Si entendieras la dádiva de Dios, y quién es quien te dice: Dame de beber!» El negarle á Dios lo que nos pide, nace de que no conocemos que su pedir es dádiva. ¿Qué nos pide que no sea para darnos? ¡Gran misterio, pedirla agua, para que ella se la pida al que se la dará! Quien pide desta manera imitando á Cristo, será padre de sus reinos. Pida tributos para darles defensa, paz, descanso y aumento; no pida á todos para dar á uno, que es hurto; no pida á unos para dar á otros, que es engaño; no pida á los pobres para dar á los ricos, que es locura delincuente; no pida á ricos y á pobres para sí, que es bajeza. Pida para que le pidan, y entenderá la dádiva de Dios, que empieza en pedir y acaba en dar.

Señor: el demonio da sin que le pidan, porque da quitando. Acuérdese Vuestra Majestad de la sierpe y de la manzana, aunque no es cosa de que podemos olvidarnos. Una golosina dió, porque le diesen la gracia y el alma. Que sin retórica reciben las mujeres, Eva lo enseñó bien para nuestro mal. Que apriesa niegan y que fácilmente piden, la Samaritana lo demuestra; pues luego que se enteró de las calidades de esta agua de vida, dijo: «Señor, dame esta agua, para que no tenga sed, ni venga á sacarla de este pozo.» ¡Qué acomodadamente nos desquitamos de nuestros yerros con Cristo! De lo que pecó esta mujer negándole lo que pedía, se remedió pidiéndole lo que le daba. Señor: ¡gran Rey, grande y verdadero Señor, que perdona que le ne-

guemos su regalo si nos le pide, porque recibamos nuestro regalo cuando nos le da! ¡Por esto solo verdadero Rey, y sólo bien querido Señor! Oígalo Vuestra Majestad del gran padre de la Iglesia San Agustín: «Dios no manda algo que á él le aumente, sino á quien lo manda: por eso es verdadero Señor; que no tiene necesidad de su criado, sino su criado dél.»

Ya hemos visto cómo se le niega á Dios lo que pide, y cómo pide él para que le pidamos. Veamos cómo, y á quién da. Señor, oid al Evangelista: «Díjola Jesús: Vé, llama á tu marido, y ven aquí.» Señor, á ella la dijo: Si tú conocieses la dádiva de Dios, tú me pedirías. Ella le pidió la agua de vida, y no se la da á ella. Mirad, muy alto y muy poderoso Señor, qué maestro os disimulan estas palabras. Pidió diciendo: *Da mihi*, «Dame á mí.» No se acordó de otro. Cristo, que sus dones los comunica y no los encierra, los reparte en muchos, antes en todos; y no los arrincona en uno que los pide para sí. Mandó que llamase á su marido y lo trajese. ¡Dichoso vos, Señor, á quien es posible imitar esto, cuando en los demás no llega el caudal más adelantado sino á acordaros lo que muchos pretenderán que se os olvide! «Vinieron sus discípulos, y admirábanse porque hablaba con mujer; empero ninguno le dijo: ¿Qué buscas ó qué hablas con ella?» Llegado hemos, Señor, á lo profundo del pozo. ¿Quién creyera que este brocal había de ser cátedra donde la suma sabiduría enseñase á reinar á los reyes, y que de tan soberana doctrina serían interlocutores una mujer y un cántaro? Todo, Señor, es aquí maravilloso; y más que yo, despreciada criatura, os descifré esta lección, disimulada en trastos tan ajenos de la majestad.

Los Apóstoles, Señor, que eran los ministros y los

privados y los parientes, habían ido á buscar mantenimiento: «Sus discípulos habían ido á la ciudad á comprar de comer.» Algo han de hacer, Señor, los reyes solos por sí, sin asistencia de los ministros. Algo es forzoso; porque con eso ya habrá sido rey alguna vez. Muchas cosas ha de hacer solo el señor; es conveniente: todas las cosas no le es posible. Mas siendo las importantes é inmediatas á su oficio, han de ser todas. Y así lo enseña Cristo Jesus. Cuando Su Majestad dispone obra de rey despacho de monarca, vayan los ministros á buscar de comer, sirvan como criados en lo que les toca; no se entrometan en el oficio coronado. El remedio del vasallo toca al rey, no al ministro: cánsese él por la ocasión de dársele. Matar la sed y la hambre del vasallo, Señor, toca al rey; matar la suya del rey, á sus ministros. Los Apóstoles van á buscar mantenimiento á Cristo; y Cristo viene á dar bebida á la Samaritana. Oidme, Señor; que esta porfía por vuestra intención, más tiene de leal que de atrevida. Criado que tratare y se encargare de matar la sed á vuestros vasallos, no buscará la comida para vos, sino para sí; y ellos quedarán muertos, y no su sed; y vos sin mantenimiento y sin qué comer. Veamos si los Apóstoles se sintieron de esto. No, Señor, que eran ministros de Dios y trataban de servirle á él, dejándole ser rey, y no de servirse dél, mancomunándose en la corona. Vinieron, y admiráronse de que hablase con una mujer; mas ninguno se atrevió á preguntarle qué buscaba ó qué hablaba con ella. Señor, no lo advirtió de balde el Evangelista. Fué como si dijera: sabía Cristo, Rey sólo, lo que solo había de hacer; y sus privados lo que había de hacer, que era servirle; lo que no habían de hacer, que era escudriñarle. Criado que quiere

saber todo lo que el rey hace y lo que dice, preguntándoselo, llámale rey y pregúntale esclavo. Quien quisiere, Señor, saber lo que hacéis, sepa de vos que no sabe lo que hace.

Al ministro más alto le es lícito admirarse de las acciones del rey: así lo hicieron los Apóstoles. No es lícito adelantarse, ni atreverse, ni entremeterse: así lo hizo el diablo. Halla el criado y el ministro hablando al príncipe con otro, á solas; no envidie ni recele, no maquine; admírese y calle; que vos, Señor, habéis de hablar con quien conviene, con quien lo ha menester, no con quien ellos quisieren. Acobardad, Señor, la pregunta curiosa en los vuestros; que entonces ellos serán mejores criados, y vos más rey. Ni os pregunten qué buscáis, ni qué habláis, ni qué os hablaron: tengan admiración muda, que es admiración de apóstoles; no admiración preguntadora, que es admiración de fariseos que también se admiraban y le preguntaban siempre. «Dijéronle los Apóstoles: Maestro, come. Mas él les dijo: Yo tengo manjar que comer, que vosotros lo ignorais.» Habían ido por mantenimiento para Cristo: trajéronsele, y rogábanle que comiese. Aun haciendo su oficio, Señor, y bien hecho y con puntualidad, y lo que les mandó Cristo, tuvieron mortificación en la respuesta. Comida tengo yo, dijo el gran Rey, que vosotros ignoráis. Señor, no lo sepan todo los ministros grandes, ni lo pregunten, aunque se admiren; y no sólo eso, mas oigan de vos que ignoran algunas cosas. Y cuando os ofrezcan en el cargo el divertimiento de la comida, Cristo os dejó sus palabras: tomádselas, que no es atrevimiento sino obediencia: «Díjoles Jesús: mi comida es hacer la voluntad de quien me envió para perfeccionar su obra.»

Señor, la voluntad de Dios, que os envió para Rey al mundo, es que le gobernéis á su imitación; y vuestra obra sólo se perfecciona con este cuidado. Y esto, si no es vuestra comida, es el sustento de vuestro oficio y el sustentamiento de vuestra monarquía.

CAPÍTULO XIV.

Ningún vasallo ha de pedir parte en el reino al rey, ni que se baje de su cargo, ni aconsejarle que descanse de su cruz, ni descienda della, ni pedirle su voluntad y su entendimiento: sólo es lícito su memoria. Quien lo hace quién es y en qué para. (*Luc.*, XXIII.)

Unus autem de his, qui pendebant latronibus, blasphemabat eum dicens: Si tu es Christus, salvum fac temetipsum, et nos dicens: Neque tu times Deum, quod in eadem damnatione es. Et nos quidem juste, nam digna factis recipimus: hic vero nihil mali gessit. Et dicebat ad Jesum: Domine, memento mei, cum veneris in Regnum tuum. Et dixit illi Jesus: Amen dico tibi: hodie mecum eris in Paradisso.

Señor, si el Espíritu Santo, ya que no me reparta lengua de fuego, repartiese fuego á mi lengua, y adiestrase mi pluma, desembarazando el paso de los oídos y de los ojos en los príncipes, creo introducirán en sus corazones mis gritos y mi discurso la más importante verdad y la más segura doctrina. ¡Oh infinitamente distantes á nuestro conocimiento, misterios de la divinidad de Jesucristo! ¡Que lo más excelso de su imperio, lo más admirable de su monarquía, se admire de un leño entre dos ladrones, en la sazón que se agotó de opro-

brios la ira, y que se hartó de castigos la pertinacia y el miedo! ¡De cuán diferentes semblantes se vale la divinidad humana y la vanidad presumida en los señores temporales! Jesús, hijo de Dios, del escándalo hace compañía, de la cruz trono, de la infamia triunfo, de los ladrones ejemplo. San León, Papa, sermón 8, *de Passione Domini: O admirabilis potentia Crucis! O ineffabilis gloria Passionis! In qua et Tribunal Domini, et judicium mundi, et potestas est Crucifixi.* No así los príncipes que entretiene la fragilidad, que embaraza la ambición, que engaña el aplauso; cuya vida desmenuzan las horas, y cuya potestad, trillada de los pasos del tiempo, en polvo y ceniza se desmiente. Estos ¡oh cuán frecuentemente de la compañía hacen escándalo, cruz de su trono, de los triunfos infamia y del ejemplo hurtos! Así lo confiesan sus obras en sus fines, sin que su maña sepa acallar los sucesos, por más que la terquedad de su soberbia trabaje en disculparlos.

Coronáronlo, Señor, los judíos de espinas. Secreto se reconoce grande misterio. Las coronas todas de los reyes parecen de oro y son de abrojos. Los que parecen reyes, y no lo son, corónense del oro, que es apariencia: el que no parece rey, y solamente lo es, corónese de las espinas, que es la corona; no del engaño precioso que mienten los metales. Pilato le llamó rey constantemente, y en juicio contradictorio, pues oponiéndose los judíos, perseveró en el rótulo y en lo escrito. Y porque ya que como rey tenía corona y sobrescrito de la majestad, tuviese el séquito del cargo y el peligro de los lados de monarca, le acompañaron de ladrones. Más parece rey en los dos que le asisten, que en las insignias que le ponen. No hubo camino que estos ladrones no inten-

tasen con la grandeza de Cristo. El uno le blasfemaba, diciendo: «Si tú eres Cristo, sálvate á ti y á nosotros.» Esto llama blasfemia el Evangelista en el ladrón. Y lo fué dudar si era Cristo; más la blasfemia calificada ya, es decir: «Sálvate á ti y á nosotros.» Esto ya se condenó en San Pedro, cuando dijo á Cristo: *Esto tibi clemens; Absit a te Domine;* y en el Tabor: *Bonum est nos hic esse.* Este mal asistente de Cristo, lado izquierdo del rey, de las palabras de San Pedro duda las fervorosas, y las que premia, y toma las reprehendidas. Dijo Pedro: *Tu es Christus Filius Dei vivi.* Y este dice, dudándolo con interrogación blasfema: *Si tu es Christus;* y añade: «Sálvate á ti»; que fueron las que le negociaron aquel enojo tan despegado: *Vade retro post me Sathana, quia scandalum es mihi.* Quien al lado de los reyes atiende al descanso del rey y á su comodidad, ese el mal ladrón es. En no librarse Cristo de los tormentos estaba el librarnos á todos: así lo pronunció en concilio el Pontífice; y este quería que se ejecutase al revés. Quien al rey quita la fatiga y el trabajo de su oficio, mal ladrón es, porque le hurta la honra y el premio y el logro de su cargo. San Marcos dice: *Salvum fac temetipsum, descendens de Cruce.* «Sálvate á ti mismo, descendiendo de la cruz.» Así dicen todos los malos que asisten al lado de los reyes: «Sálvate á ti, y á nosotros con bajarte, Señor.» Vasallo que pide á su rey que se baje, alzarse quiere. El bajarse de la cruz el príncipe, es quitarse y derribarse de la tarea y fatiga de su oficio. Eso deponerse es á ruego de un mal ministro, de uno que está á su lado izquierdo; que le blasfema, y no le aconseja; que dice que se condene con lo que propone que se salve.

Que la cruz sea cetro del poder, dícelo San León Papa (dicho serm. 8, *de Passione Domini*): *Cum ergo Dominus lignum portaret Crucis, quod in sceptrum sibi convertere potestatis erat. Erat quidem hoc apud impiorum oculos grande ludibrium; sed manifestabatur fidelibus grande misterium.* De otra suerte habló el buen ladrón, el buen ministro, el buen lado del rey. Reprehendió á este blasfemo: *Neque tu times Deum*, «Ni tú temes á Dios.» Palabras ajustadas á la maldad, que pedía al rey que se bajase de su cruz para salvarle, habiendo buscádola y subido en ella para sólo eso. Vemos, pues, este buen criado, buen ladrón, este que supo conocerse á sí y á Cristo y á su mal compañero, cómo se valió de la cercanía del rey; si negoció como buen lado del señor. Oiga Vuestra Majestad el respeto, la piedad, el reconocimiento con que habla: *Domine, memento mei, cum veneris in regnum tuum*, «Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino.» No le pide sillas en su reino; que oyera el *Nescitis quid petatis*, «No sabes lo que te pides.» A su lado más le valió cruz que silla. No dijo: «Hazme el mayor en tu reino»; que se le respondiera como á los Apóstoles, cuando discurrían «cuál sería el mayor.» Ni dijo: «Señor, cuando vayas á tu reino, dame parte dél.» No es demanda de vasallo esa: es tentación. Menos le dijo que se bajase; que exaltado quiere á su Señor, y asistir á su lado con su cruz, no con la de su rey. No se introdujo en su voluntad como atrevido; llegóse á su memoria; confesóle rey, pues reconoció su reino; pidióle que se acordase dél; no que por él se desacordase de sus obligaciones. ¿Qué premio granjeó, qué mercedes premiaron su bien reconocida negociación? Oígalas Vuestra Majestad: *Amen dico tibi, hodie mecum*

eris in Paradisso, «Hoy serás conmigo en el Paraíso.»

Señor: al que mejor sirvió al lado de Cristo Rey, lo más que se le consintió pedir fué que en el reino se acordarse dél, no algo del reino; y lo más que se le respondió fué: «Estarás hoy conmigo en mi reino.» No dijo: «Estarás en mi reino por mí»; eso el buen rey no lo concede á alguno. Señor, quien pidiere á Vuestra Majestad que para salvarle á él se bajase de la cruz, ese mal ministro es, perezca como tal. Quien con su cruz al lado de vuestra Majestad le confesare, y no atreviéndose á su voluntad y entendimiento, se encomendare á su memoria, ese tal, ese digo, tenga buena promesa de estar con Vuestra Majestad en su reino, y véala cumplida. Recorra Vuestra Majestad la vida de Cristo, y verá que niega á su lado sillas á dos privados, á dos Apóstoles, á dos parientes, y admite á su lado cruces y ladrones, de los cuales, el que pide á Cristo que se baje de su oficio (que es su cruz), se condena; y el que sin entremeterse con la del rey y padece en la suya, y no pide en el reino parte sino memoria, se salva. En el imperio de Dios no logra el mal ladrón sus blasfemias acomodadas; y goza el bueno su negociación humilde y reconocida.

Bien se dió á entender en esto Cristo nuestro Señor, cuando dijo por San Lucas (cap. IX): «Decía á todos: Si alguno quiere venir detrás de mí, niéguese á sí mismo, y tome su cruz cada día, y sígame.» Suplico á Vuestra majestad, por la caridad de Jesucristo, no divierta su atención de estas palabras, que obedecidas le pueden ser la guarda de mejor milicia y de mayor defensa. Señor, á todos decía Cristo estas palabras; no puede la insolencia de alguno desentenderse dellas. *Todos* es palabra sin excepción, y que no admite achaque en la fami-

lia de Cristo, ni excluye á Judas, ni exceptúa á Pedro. Así se ha de hablar. Señor, cuando se mandan cosas como estas que importan á la regalía y autoridad del príncipe, con *todos;* que quien manda á algunos, de otros es mandado. «Si alguno quiere venir detrás de mí»: lenguaje de rey *venir detrás*, no delante, que es traición y usurpar; no al lado, que es competir y atreverse; sino detrás, que es servir. Señor, en nada se ha de ver primero al criado que al señor.—«Niéguese á sí mismo»; porque sólo el que esto hiciere no negará á su rey. Toda la fidelidad de un privado está en negarse á sí las venganzas, las codicias, las medras, los robos, las demasías, la adoración; y en negándose esto á sí mismo, va detrás de su señor, y no le va arrastrando tras sí como alevoso que se concede á sí propio no sólo cuanto desea él, sino cuanto los otros; pues de la necesidad ajena saben lo que pueden envidiar á los méritos y á la virtud. «Y tome su cruz cada día.» No dice: «Tome mi cruz», que eso era darle el reino, sino «tome la suya, y tómela cada día», que en esa tarea está la verdad y la salud. Rey que ruega á otro con su cruz, adelántase contra sí á la blasfemia del mal ladrón. Señor, vos habéis de llevar vuestra cruz, que son vuestros vasallos y vuestros reinos, no otro; habéis de llamar á vos á los que quisieren ir detrás, no delante; á los que se negaren á sí propios; y juntamente habéis de mandar que no os siga sino el que cada día tomare su cruz; y ha de ser cada día, porque el día que quien os sigue deja de tomar su cruz toma la vuestra, y esto no es seguiros sino perseguiros. Hubo, Señor, quien ayudó á llevar la cruz á Cristo; más no le llamó él, sino los verdugos. Fué en esto ingeniosa su maldad, y mostraron docta hipocresía, pues en traje de

misericordia razonaron su mayor martirio llamando quien le aliviase el peso que tanto amaba. Más como el Cirineo era hombre, lo poco del leño que aligeró con los brazos, cargó inmensamente con sus culpas. Señor, quien va delante del rey, le arrastra, no le sirve; quien va al lado, le arrempuja y le esconde, no le acompaña. Ladrones asistieron al mayor y mejor Príncipe; mas quien le quiso quitar de su cruz, se condenó. Cayó quien le pidió que bajase, y tuvo nombre de malo; solamente se acordó de quien, dejándole en su cruz, padeció en la suya.

Al pie de la cruz estuvo la Virgen madre de Cristo, y no empezó sus mandas por acompañar su desconsuelo con San Juan. Primero pidió perdón para sus enemigos, y premió la fe del buen ladrón; porque aprendiesen los reyes á cumplir primero con las obligaciones del oficio, que con las propias, aunque sean tales. Por eso dice en su *Décacordo* el doctísimo Cardenal Marco Vigerio de Saona (fol. 205): «Para que aprendiéramos á anteponer por nuestro oficio las utilidades públicas á las nuestras propias. Cuando nuestro sapientísimo Rey, estando para expirar, antes se acordó en el codicilo de sus enemigos y de los pecadores, que de su Madre.» No puede pasar la fineza deste parentesco, ni desentender desta imitación, sino quien por consejo de un ministro malo se bajase de su oficio.

CAPÍTULO XV.

De los consejos y juntas en que se temen los méritos y las maravillas, y por asegurar el propio temor y la malicia envidiosa, se condena la justicia. (*Joan.*, XI.)

Collegerunt ergo Pontificis et Pharisæi concilium, et dicebant: Quid facimus, quia hic homo multa signa facit?

Si dimittimus eum, sic omnes credent in eum: et venient Romani, et tollent nostrum locum et gentem. Unus autem ex ipsis, Cayphas nomine, cum esset Pontifex anni illius, dixit eis: Vos nescitis quidquam, nec cogitatis quia expedit vobis, ut unus moriatur homo pro populo, et non tota gens pereat. Hoc autem à semetipso non dixit; sed cum esset Pontifex anni illius, prophetavit, quod Jesus moriturus erat pro gente. Ab illo ergo die cogitaverunt, ut interficerent eum. «Juntaron pues concilio los pontífices y fariseos, y decían: ¿Qué hacemos, que este hombre hace muchas maravillas? Si lo dejamos así, todos creerán en él, y vendrán los romanos, y nos quitarán nuestro lugar y gente. Uno dellos, que se llamaba Caifás, como fuese pontífice de aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada, ni pensáis que os conviene que un hombre muera por el pueblo para que no perezca toda la gente. Esto no lo decía él de sí mismo; pero como fuese pontífice de aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la gente. Desde aquel día trazaron que Jesús muriese.»

En esta junta, consejo y concilio se congregaron *pontífices* y *fariseos*, por donde fué de las más graves que ha habido, y por lo que se juntó la materia más importante que ha habido ni habrá en la vida del mundo. Y siendo esto así, en el votar *todos* (menos un pontífice llamado Caifás), no saben lo que se dicen, ni lo que se piensan. Y Caifás, que sólo supo lo que se dijo, no supo lo que se decía; fué mal presidente, y pareció buen profeta; dijo la verdad, y condenó á la verdad. Señor, si éste lo enseñó, muchos lo han aprendido; callan el nombre de Caifás, y pronuncian su doctrina. Si en este concilio sucede esto, temerse puede en otros. Acabóse el

hombre que se llamaba Caifás; más siempre habrá hombres á quien puedan dar este nombre. Veamos con qué palabras empiezan este consejo tantos consejeros: «¿Qué hacemos, que este hombre hace muchas maravillas?» Los que preguntan qué hacen, ellos confiesan que no saben lo que hacen; y juntamente confiesan que el hombre contra quien se juntan, que es Dios y hombre verdadero, hace muchas maravillas. Muchas veces, después acá, se han juntado los que ni saben lo que se hacen, ni lo que se dicen, contra hombres que han hecho maravillas. Dicho se está que la envidia y el odio que juntaron aquellos, juntaron estotros. Desta casta fué la junta que hicieron Bruto y Casio contra Julio César; y la que hizo el mozuelo Ptolomeo contra Pompeyo el Magno; la que se hizo para quemar los ojos y condenar á infame pobreza á Belisario; y todas aquellas que innumerables ha formado la emulación mal intencionada de hombres que ni sabían lo que hacían, y de quien todos sabían que no habían hecho nada, contra los hombres que hacían muchas hazañas, daban victorias y monarquías.

Bien sé que el sentido de la palabra *¿Qué hacemos?* es: ¿Cómo consentimos que este hombre haga tantas maravillas? ¿Qué hacemos que no estorbamos que obre tantas maravillas? Cualquiera sentido es el peor. Digna causa de juntar concilio irritarse á no consentir que Cristo haga muchas maravillas, lamentarse de que no estorban que las haga á beneficio de otros. Podíaseles responder, cuando dijeron *¿qué hacemos?* Hacéis concilios contra quien hace muchas maravillas: diligencia que siempre fué ridícula y lo será.

Conociólo y enseñólo Demóstenes en la *Filípica primera.* (Sea lícita esta advertencia política.) Estaba opri-

mida la república por Filipo con muchas victorias, y la república trataba de cómo se remediaría, y no se remediaba. Viendo el daño destas perezosas juntas, les dice Demóstenes: «Lo que hallo que en este caso se debe hacer, es que determinéis ante todas cosas que no se pelee con Filipo con solos decretos y cartas, sino con la mano y las obras.» Parece que Caifás, oyendo á los otros fariseos y pontífices que se juntaban á preguntar qué se hacía contra Cristo que hacía muchas maravillas, siguió esta doctrina, pues dijo *convenía que muriese.* Eso es hacer la guerra con la mano y con la obra.

Oiga Vuestra Majestad la razón que dan por qué no conviene dejarle hacer muchas maravillas: «Si le dejamos así, todos creerán en él.» Confiesan llanamente que las maravillas son tantas y tales, que obligarán á que todos crean en Cristo. Nada niegan de su malicia los que no se obligan de maravillas dignas de universal crédito. Menester es que los que gobiernan no pierdan de vista esta cláusula. Suelen los envilecidos decir á los príncipes, con invidia de las glorias del valiente y del virtuoso: «Mucho amor le tienen los soldados, mucha reverencia todo el reino; menester es bajarle, quitarle el mando y el puesto.» Califican al rey por peligro el eminente sabio, el felizmente valeroso, el admirablemente bueno.

Pareciéles débil causa, y añadieron: «Vendrán los romanos, y nos quitarán nuestro lugar y gente.» Aquí empezó la razón de Estado á perseguir y condenar á Cristo, valiéndose los judíos de los romanos; y en el tribunal de Pilatos con la misma materia de Estado, achacada á los romanos, se ejecutó su muerte: de manera que la razón de Estado hizo que se tratase dello con

decreto; y la misma, que se pusiese en ejecución. Mal se califica con estas cosas esta ciencia que llaman de Estado. Muy disfamada dejó su conciencia con estos dos decretos. «Uno dellos, que se llamaba Caifás (no podía ser de otros), como fuese pontífice de aquel año, dijo.» Da por causa de lo que dijo, la suma dignidad que le fué dada aquel año. Dios solo, que da las supremas dignidades, sabe para qué las da: al que se las da contra sí, como á Caifás, más le castiga que le honra. Lo más que dicen los grandes ministros es en virtud de sus cargos; miren no les sean cargos sus palabras: «Vosotros no sabéis nada, ni pensáis que conviene que un hombre muera por el pueblo, para que no perezca toda la gente.» Siempre el ministro que supo ser peor que todos los demás, trató de ignorantes á los menos arrojados y temerarios; porque este solo entiende que se sabe tanto como se atropella, y tiene la suficiencia en la atrocidad facinorosa. Dice Caifás que sus compañeros no sabían nada; y esto lo dice porque no piensan que conviene que un hombre muera por el pueblo, para que no perezca toda la gente. Fué verdad que los otros no sabían nada, y fué verdad que convenía que un hombre muriese por el pueblo, para que no pereciese toda la gente.

Hay hombres que son mentirosos diciendo verdades: dícenlas con los labios, y mienten con el corazón. Ya dijo Dios esto de los judíos, que le alababan y le ofendían. Muchas mentiras se entran por los oídos de los príncipes con traje de verdades; y como es un sentido, cuyo órgano, si se habla, no se puede cerrar por sí, como los ojos al ver, la boca al hablar, y las manos al tacto, es necesario dar al crédito por juez de apelación el entendimiento. He notado que siendo esto así en la

oreja, previno la naturaleza que pudiese la mano cerrarla cuando la razón y la voluntad lo dictase: no acaso, sino misteriosamente, pues por la mano en las divinas y humanas letras se entienden las obras. Y fué advertir que los hombres defiendan sus oídos del engaño de las palabras con la verdad de las obras, y que sus oídos quieren que antes se los tapen obras, que se los embaracen palabras.

Caifás dijo lo que verdaderamente convenía para la salud de todos; y aconsejó que se hiciese, como mal presidente, para su condenación. Señor: éste, diciendo lo que el Padre Eterno había decretado, lo que los profetas sagrados habían dicho, lo que dijo muchas veces de sí el mismo Cristo, sin saber lo que decía, dijo, sabiendo lo que pronunciaba, lo que la pertinacia de los fariseos y escribas y de todos los judíos, y su venganza esperó. Débese temer mucho el ministro que acierta en la verdad, en que no tiene parte su intención, y yerra en lo que la tiene. Ministros que profetizan no siendo profetas, y presidiendo no saben lo que se votan, tratando de remediar el mundo, pecan y se condenan. He considerado que se concluyó este gran concilio con solas aquellas palabras de Caifás que aun no suenan voto expreso, sino una reprehensión de lo que los demás pontífices y fariseos no sabían ni pensaban; y sin votos ni respuestas de algunos dellos, pasó por decreto, y se disolvió. Concilio en que el mayor y el peor de todos es presidente, y concilio y voto y votos, cuyo parecer (aun tratados de ignorantes) siguen los demás, siempre ha de costar la vida al inocente.

Otro concilio grande contra Cristo, escribe San Lucas (cap. XXII): «Juntáronse los ancianos del pueblo, los

príncipes de los sacerdotes y los escribas, y trujéronle á su concilio, y dijeron: Si tú eres Cristo, dínoslo.» Traen á Cristo de unas juntas y concilios en otros, que es el modo de disimular el mal intento de los jueces contra la verdad y la ignociencia: ingeniosa invención de la venganza y de la malicia. Responde Cristo, y da á conocer el fin del concilio y de los jueces: «Si os lo dijere, no me creeréis; y si os preguntare, no me responderéis.» Que no creerían lo que Cristo nuestro Señor les dijese, ellos lo confiesan; pues en el concilio de Caifás, cuyo es este capítulo, lo que se temían era que todos creyesen en él. Señor: concilios en que se pregunta para no creer lo que se respondiere, y no se responde á lo que se pregunta, Caifás los preside, él los determina. Pilato preguntó á Cristo: «¿Qué es verdad? Y diciendo esto se fué.» Preguntar lo que no quiere oir el juez, imitación es de Pilato: no sólo no quiso creerlo, sino excusó el oirlo. Suele ser maña para colorar la maldad de un Concilio abominable y de una sentencia sacrílega, introducir en él jueces encontrados, porque se entienda no se ejecutó por un parecer. Mas, Señor, es de advertir que los malos ministros que se aborrecen por sus propios particulares, se reconcilian y juntan fácilmente para la maldad contra la ignociencia de otro. Doctrina es que la enseña el Evangelio (Luc., XXIII): «Desprecióle Herodes con su ejército, y se burló de él vistiéndole una ropa blanca, y lo remitió á Pilato. Y este día se hicieron amigos Herodes y Pilato, porque antes eran enemigos entre sí.» Herodes granjeó á Pilato con la lisonja de remitirle la causa de Cristo y su sacratísima persona; y Pilato se dió por obligado de Herodes con esta adulación: que no sin causa (ni por otra) habiendo dicho

el Evangelista que aquel día se hicieron amigos, añade: «Porque antes eran enemigos.» Lo que importa es que no entren en concilios, ni sean jueces Pilato ni Herodes, ni Caifás, ni los que los imitaren; porque cuando estén encontrados, luego serán amigos que se ofreciere maldad en que puedan concurrir, agradeciendo cada uno á su enemigo la parte que le da de autoridad en ella contra la verdad.

CAPÍTULO XVI.

Cómo nace y para quién el verdadero rey, y cómo es niño; cuáles son los reyes que le buscan, y cuáles los reyes que le persiguen.

La primera virtud de un rey es la obediencia. Ella, como sabidora de lo que vale la templanza y moderación, dispone con suavidad el mandar en el sumo poder. No es la obediencia mortificación de los monarcas; que noblemente reconocen las grandes almas vasallaje á la razón, y á la piedad y á las leyes. Quien á estas obedece bien, manda; y quien manda sin haberlas obedecido, antes martiriza que gobierna. Cristo nuestro Señor, sólo y verdadero Rey, nació obedeciendo el edicto de César que mandó registrar todo el orbe (Luc., II): sobre cuyo lugar se hizo ya discurso en otro capítulo, de que se puede llamar parte muy esencial éste al mismo propósito. Vino Joséf de Nazareth, ciudad de Galilea, á Bethlehen, ciudad de Judá, á registrarse con María su esposa, que estaba preñada. A Cristo antes de nacer le debe pasos la obediencia; y nació obedeciendo donde por el concurso de la gente no tuvo otra cuna sino el pese-

bre; y creció con tanto amor á la obediencia, y le fué tan sabrosa, que se dijo dél «que fué hecho obediente hasta la muerte,» porque fuera en el verdadero Rey gran defecto dejar de ser obediente alguna parte de la vida. Y como antes de nacer obedeció, y obedeció hasta la muerte, pasó la obediencia más allá de los límites del vivir. Y como fué conveniente, después de muerto obedeció al ultraje y á la fiereza, cuando con sangre y agua respondió á la lanzada; que aun después de muerto satisfizo con misterios las iras. San Cirilo (*Catech.*, XIII) dice: «Principio de las señales en tiempo de Moisén sangre y agua, y la última de las señales de Jesús lo mismo.»

Mucho tiene de enigma esta proposición mía. «Han de ser los reyes obedientes hasta la muerte»; y por otra parte: «Es muerte de los reyes y de los reinos que sean obedientes.» Mas la verdad desata esta tiniebla, y amanece esta noche, para despejar sus horrores á la luz del entendimiento. Obedecer deben los reyes á las obligaciones de su oficio, á la razón, á las leyes, á los consejos; y han de ser inobedientes á la maña, á la ambición, á la ira, á los vicios. No pongo entre estas pestes los criados y los vasallos, porque en todo discurso eso se está dicho. Y son cosas contrarias obedecer el rey al siervo; y cuando se ve, es un monstruo de la brutalidad que produce el desatino humano para escándalo de las proprias bestias. Nasció, pues, Cristo cuando mandaba Augusto registrar todo el mundo; y el venir á la obediencia le trujo á nacer en lugar tan humilde, al hielo y al frío. Y en un día Augusto, rey aparente, registra el universo, y Cristo Jesús le remedia.

Para esto nacen los reyes, para su desnudez y des-

abrigo, y remedio de todos; no para destruir á alguno, ni desacomodar á nadie. ¡Con cuántas ventajas de elegancia dijo esto aquel prodigio de Africa, Quinto Septimio Florente Tertuliano! (*Adversus Marcion*, lib. IV.) Considerando aquellas palabras del cap. VIII, de San Mateo: *Quid nobis, et tibi, Jesu, Fili Dei?* «¿Qué hay entre nosotros y entre ti, Jesús, hijo de Dios? Veniste aquí antes de tiempo á atormentarnos.» Dice este gran padre, concurrente de los Apóstoles: «Reprehendió Jesús al demonio como á invidioso, y en la propria confesión descaminado, y que adulaba mal; como si esta fuera suma gloria de Cristo haber venido para la perdición de los demonios, y no antes á la salud de los hombres.» Los reyes, Beatísimo Padre, cabeza primera de nuestra Iglesia que altamente vive en la eminencia del monte para la salud universal del cuerpo místico suyo, no han de nacer, ni heredar, ni venir para destruir y perder y atormentar: su oficio es venir á fortalecer, á restaurar, á dar consuelo. Y es vituperio (que deben sentir sumamente y reprehenderlo y contradecir luego con las obras) que digan viene á atormentar aun á los delincuentes. Los demonios (nadie puede ser peor) le dijeron que venía á atormentarlos; y dice Tertuliano que fué invidia y confesión del enemigo, y que adulaba mal, pues él venía á traer salud y no calamidades; y porque los desmintiese el suceso, les concedió á los demonios luego lo que le pidieron. Al delincuente venga el rey á emendalle y á reducille; que atormentar no es blasón, sino vituperio: es mala adulación. Ser tirano no es ser, sino dejar de ser, y hacer que dejen de ser todos. ¡Ah, ah, Pastor vigilantísimo del mejor rebaño! ¡Cuánto padece de calamidad el orbe con las hostilidades injustas

que por tantos lados turban su paz, alentadas por el enemigo común con el soplo vivo de la que llaman razón de Estado, ambición y venganza, para la desolación de las repúblicas! Vuestra Beatitud, pues, se halla en la cumbre de los montes con la altura de la primera silla, fundada en ellos con buena estrella de los hijos de la fe en vuestra elección, mire estas turbaciones públicas, y el estado miserable de los que á gritos las lloran; porque mirarlas y remediarlas, todo ha de ser uno en quien ha sido elegido de Dios para el remedio de todos.

Nace Cristo Jesús en el pesebre, y conténtase, por no desacomodar á los hombres, con el lugar que le hacen las bestias. Quien empieza padesciendo, ¿qué padescerá acabando? Bien pudieran los ángeles que se aparecieron á los pastores, aparecerse á los huéspedes que embarazaban los aposentos; más el Rey grande, el todo Rey, el solamente Rey, sus ministros los invió á lo que importa á los suyos, no á él. Nace entre los que no tienen razón, que son las bestias, y muere entre los que dejaron la razón, que son los ladrones, porque nace para todos (*Joan.*, I). «Es luz que alumbra en las tinieblas.» Aquí en el pesebre el profeta dice que alumbró las bestias: «Conoció el buey á su posesor, y el jumento el pesebre de su Señor.» Aquí la luz dió conocimiento á las bestias, y en la cruz al delincuente: «Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino.» Esta es luz real, que luce en las tinieblas; que á la noche añade lo que no tiene; que empieza por las bestias; que pasa por los reyes sin detenerse ni detenerlos; que no se agota en los poderosos; que llega á los ladrones, y los busca, no para servirse dellos, sino para mudarlos de suerte que le puedan servir. Bien suena que al rey le pida al la-

drón que se acuerde dél en su reino; mas, triste del rey cuyo reino hubiere menester acordarle que se olvide del ladrón. No invió los ángeles á que le dispusiesen mejor alojamiento: inviólos á los pastores antes que á los reyes, porque es Rey que ha de ser pastor; y con él más merece y primero el que vela, que el que sabe. Dice San Lucas: «Y había en aquella región pastores que velaban guardando las vigilias de la noche sobre su ganado.» A éstos invía, santísimo Padre nuestro, la primera nueva; á éstos invía ángeles, porque velan (¡oh causa! ¡en tus experiencias provechosas se libra la salud del pueblo!) y guardan las vigilias de la noche sobre su ganado. Prefiere éstos á los reyes y á los sabios: á aquéllos despachó una seña de luz, á éstos muchos ángeles.

Y es de considerar que en naciendo enseñó cuatro cosas: qué oficio era el de rey, cuáles habían de ser los que escogiese, y cómo habían de recibir sus favores y llamamientos, y qué traía á la tierra y al cielo. «Qué oficio era el de rey»: inviando ángeles á los pastores, dijo que era oficio de pastor, y que venía á velar sobre su ganado. «Cuáles habían de ser los que escogiese»: declaró que habían de ser gente de vela, y atenta sobre lo que tiene á su cargo. «Cómo habían de recibir sus favores», lo dijo en aquellas palabras de San Lúcas, capítulo II: «Y véis el ángel del Señor estuvo cerca dellos, y la claridad de Dios los rodeó, y temieron con temor grande.» Ha de ser gente que en las grandes mercedes y favores que el rey les hiciere, teman con un temor grande. No se han de hacer mercedes á los que con ellas se desvanecen y se confían. Ese de la luz hace rayo que le parte. Los que velan y guardan su ganado,

y el ángel del Señor los halla despiertos sobre su obligación, temen con temor grande, mas provechoso, las mercedes muy preferidas. El que vela para adormecer al rey, el que vela, no por guardar el ganado, sino por guardar lo que gana, ese no teme, antes se hace temer y obliga á que la propria luz le tema. «Lo que trae al cielo y á la tierra», declaran las palabras del proprio Evangelista: «Grande alegría, que será á todo un pueblo.» ¡Cómo lo desquita el gran Rey Dios todo! A gran miedo gran alegría; no á un pueblo, sino á todos: «porque hoy ha nacido el Salvador.» Sea lícito á costa de los tiranos celebrar las maravillas de Dios. Sacrificio es, no murmuración, abominar los que le contradicen la dotrina. Rey Salvador—alegría de todos los pueblos. Rey condenador—llanto de todos los lugares. ¿Qué te callan tus ojos, si ven anegados en lágrimas los de tus vasallos? Rey de lamentos, rey de suspiros, ¿qué tienes que ver con rey? ¿Qué te falta para desolación?

¿Qué más trae? «Gloria á Dios en las alturas, paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.» Tú, que reinas, has de nacer primero para Dios, para gloria de su Iglesia, de su vicario, de sus obispos, de sus sacerdotes, de sus doctores, de sus santos, de sus religiones. Éstos son las alturas de Dios, no el cielo, no las estrellas; pues (como dice Crisóstomo) «no se hizo la Iglesia por el cielo, sino el cielo por la Iglesia.» San Pablo, *ad Galatas*, IV: «La Hierusalén de arriba libre es; y es nuestra madre.» Y á Timoteo (1, cap. III): «La Iglesia de Dios vivo es columna y firmamento de la verdad.» De la altura dice que es esta Jerusalén columna de la verdad y firmamento: fuerza es que esté más arriba del cielo. Crisóstomo, elocuentísimo abogado, *boca de oro*,

en la estimación de la de todos los padres griegos y latinos, en la homilía *ad Neophitos*, tratando de los doctores de la Iglesia en comparación de las estrellas y de los santos, dice: «Aquéllas con la venida del sol se escurecen; éstas, cuando el sol de justicia se llega más á ellas, tienen más luz. Aquéllas con la confusión de los tiempos se acaban; éstas con el fin del tiempo se muestran más claras. De aquéllas se dijo finalmente: «Las estrellas del cielo caerán.» Y desta mayor perfección de los santos de la Iglesia da la razón, diciendo: «Los ciudadanos de la Iglesia, no sólo son libres, sino santos; no sólo santos, sino justos; no sólo justos, sino hijos; no sólo hijos, sino herederos; no sólo herederos, sino hermanos de Cristo; no sólo hermanos, sino coherederos de Cristo; no sólo coherederos, sino miembros; no sólo miembros, sino templo; no sólo templo, sino órganos del espíritu.» Así que las alturas de Dios para quien trae la gloria el Rey verdadero, es la Iglesia, los santos, los doctores, las religiones, los sacerdotes.

En la tierra trae paz; eso es traer á propósito (y muy del tiempo desear esta paz, cuando se arde toda la tierra en armas y sangre). La vida es guerra: *Militia est vita hominis super terram;* de lo que necesita es de esta paz. Mas no la trae á todos, sino á los hombres de buena voluntad. El rey á todos la trae; mas los hombres de mala voluntad no la quieren, porque, como dice San Agustín (lib. XII *De Civit. Dei*): «La mala voluntad es causa eficiente de la obra mala. Mas la voluntad mala no tiene causa eficiente, sino deficiente.» Y gente mala sin causa no es capaz de paz. Sólo lo son los que tienen buena voluntad; porque, como dice el mismo Santo (libro VII de la *Ciudad de Dios*): «Nadie, teniendo buena

voluntad puede ser malo.» Adviertan los príncipes sobre sí propios, Santísimo Padre, y miren si tienen buena voluntad; que si la tienen, á sí se traerán paz, y si no, guerra sangrienta. Buena voluntad es con la que el príncipe quiere más el público provecho que el propio; más el bien del reino que el suyo; más el trabajo de su oficio que el deleite de sus deseos. Mala voluntad es con la que quiere desordenadamente el ocio, y la venganza, y la prodigalidad. Mala voluntad es la que resigna en otro hombre; con la que prefiere el interés de uno á la necesidad de muchos. Si él se halla á sí propio con esta voluntad, no es capaz de la paz: batalla es de sí propio; no reina, como Cristo, ni en sí ni en los demás.

Falta ver cómo reinó niño, cosa tan amenazada por el mismo Dios en la Sagrada Escritura (*Eccles.*, x, v. 16): «Desdichada la tierra donde reina rey niño.» Despachó, como he dicho, una lumbre del cielo, y llamó y trajo á sí los sabios. Propio principio de Rey divino llamar los sabios y traerlos á sí. Eran sabios; así los llama la Escritura. Eran reyes; así los intitula la Iglesia. Aquí veremos cuáles son los reyes que obedecen señas de Dios. Vinieron de Oriente á adorarle, no á perderle, no á sonsacar su niñez, no á usurpar su trono. Llegaron á Herodes (aquí veremos cómo es el rey que persigue á Dios), y preguntáronle: «¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos? Vimos su estrella, y venimos á adorarle.» Estos Reyes, imitadores de Cristo, y que le siguen, obedecen á la estrella, desprecian las dificultades de la peregrinación por adorar á Cristo. Quien con este fin viene, halla la verdad del camino en la boca de la propia mentira. Oyólo Herodes, y turbóse, y con él toda Jerusalén. El tirano se turba de oir nombrar á Dios, y con él todo

su reino. Eso tiene más á cargo el mal príncipe: éstos temen á la verdad y á quien la busca; esles enojosa la pregunta.

«Y haciendo una junta de los príncipes de los sacerdotes y de los escribas del pueblo.....» Maña es perniciosa del veneno de los tiranos hacer estas juntas de personas de autoridad para disimular su fiereza. Preguntó dónde había de nacer Cristo; dijéronselo: llamó á los Magos en secreto; preguntóles del tiempo que habían visto la estrella, disfrazando con celo devoto la envidia rabiosa. Enviólos á Betlen. ¡Qué bien los encamina el descaminado! Más certeza debieron del camino á Herodes que á la estrella, pues los llevó con la mano de la profecía hasta el portal. Díjoles: «Preguntad con diligencia por el Niño; y en hallándole, venídmelo á decir, porque yo le adore.» Muchos, Santísimo Padre, preguntan de Dios, y dicen que quieren ir á Dios, sólo para hacer instrumentos de su iniquidad á los varones de Dios, á quien lo preguntan. Queríalo degollar Herodes, y encargábales á los Santos Reyes le buscasen con diligencia y le advirtiesen de todo, porque le quería adorar.

«Entraron en la casa, y hallaron el Niño con su Madre María, y arrojados en el suelo, le adoraron; y abiertos sus tesoros, le ofrecieron á él presentes: oro, incienso y mirra. Y respondidos en sueños que no volviesen á Herodes, por otro camino volvieron á su región.» Estos Reyes supieron serlo, y que Dios era sólo Rey y cómo le han de adorar los reyes. «Arrojáronse.» No es humildad para Dios la que hace melindre de alguna bajeza, la que deja algo por hacer. «Abiertos los tesoros.» Á Dios así se ha de llegar, sin prevención escasa, sin temor miserable. Los tesoros han de estar abiertos para Dios, y así

los han de traer los reyes. ¿Qué serán los reyes que á Dios le quitan lo suyo? «Diéronle presentes: oro, incienso y mirra.» Cierto es que recibió Cristo estos presentes; mas no dice el Evangelista que los recibió. Justo decoro fué dar á entender el logro que se tiene en presentar á Jesucristo. Dios más da en lo que recibe que en lo que da: Él sólo da recibiendo; y así no dijo el Evangelista que lo recibió. ¡Oh, buen Melchor! ¡oh, santísimos Gaspar y Baltasar, que vinisteis á adorar al Rey Niño, y echados en el suelo, le adorasteis; y abiertos los tesoros, se los ofrecisteis; y porque vuestro Rey Niño viviese, volvisteis por otro camino: vinisteis á adorarle, no á divertirle; trajisteis y no llevasteis! Tú que le adoras, tú que te derribas, tú que le sirves con tus dones, Rey mago eres. Tú que presumes, tú que le derribas, tú que prefieres el dinero á la gracia del Espíritu Santo, Simón mago eres, no rey. ¡Oh, sumo Rey! ¡Oh solo Rey, que siendo Niño no te obligaste del presente, ni de las dádivas para entretener á tu lado, ni acariciar á estos tres santos y sabios Reyes! Recibes la adoración, recibes el servicio y el tributo; no ocasionas el entretenimiento. Los sabios que llamó la estrella se vuelvan en adorando y en ofreciendo; que los que te han de asistir no han de ser los que te dan, sino los que dejan lo que tienen; no reyes, sino pescadores. Con el Rey verdadero nadie confronta la estrella, nadie introduce la caricia, nadie acredita la dádiva; todo lo dispone la elección. Ha sido causa de tantas ruinas en reinos é imperios el tomar los príncipes por achaque la que llaman suma necesidad (en que se hallan más por sus culpas ó descuido que por la defensa común) para enviar ministros escogidos de la codicia á que busquen tesoros entre los vasallos y reinos,

para que supla el robo público lo que la prodigalidad necia y el descuido mal atento dejó robar.

Es de tanta importancia este punto, que fué el primero de que Cristo quiso desengañar á los príncipes, pues ningún rey ni monarca del mundo se vió ni verá en necesidad tan grande como su Divina Majestad recién nacido en un pesebre, entre bestias y desnudo al frío. Veamos, pues, qué ministro envió que le trajese tesoros del Oriente. Envió un ministro celestial de purísima luz, atento sólo á servirle con el decoro que debe una estrella al sol. No se fué á los pobres y desamparados que no sólo comen del sudor de sus manos, sino que beben el mismo sudor de sus venas; trajo reyes, y en ellos buscó los tesoros: no los trajo el ministro, que suelen adolecer de su compañía; adiestró á los mismos reyes que los trajesen; llegaron y ofreciéronselos á Cristo desnudo. Mas como Cristo sabe cuánto se debe estimar la pobreza por los reyes humanos que le sustituyen, y cuán saludables costumbres trae consigo la necesidad, no quiso que el oro enriqueciese su pobreza, sino que le adorase. Por eso dice que se le dieron, y no hace mención del uso de él, ni aun en la huída á Egipto, donde parece que era necesario. Vino el oro á llenar la profecía, no la codicia. Pudo Cristo quedar rico en cuanto hombre, y para ejemplo quiso quedar pobre.

Que haya hecho grandes á las repúblicas y á los reinos la pobreza, y que el día que se acabó y se volvió en abundancia perecieron, hasta las bocas profanas lo han dicho. Juvenal no llora por otra cosa la ruina de Roma con aquellas animosas palabras (Sat. 6): *Nullum crimen abest, facinusque libidinis, ex quo Paupertas Romana perit.*

Señor, este ejemplo de Cristo á los que le han tomado les ha sido gloria y remedio; á los que le han despreciado, enviando ministros por sus reinos, no á que saquen, sino á que arranquen; no á que pidan, sino á que tomen, premiando al que más sin piedad desuella los vasallos, ha sido ruina, y desolación, y levantamiento universal de las provincias y reinos.

Con buenas canas de antigüedad lo refiere Polibio (libro I): «Porque en la guerra pasada, presumiendo tenían para ello justas causas, con mucha soberbia y avaricia habían gobernado los pueblos de Africa, tomándoles la mitad de todos sus frutos y dobládoles los tributos, ningún delito habían querido perdonar, aun á aquellos que con ignorancia habían pecado. De los magistrados, á aquéllos solos habían premiado, no los que con benignidad y clemencia hubiesen administrado sus cargos, sino que hubiesen amontonado mucho dinero en el tesoro, por más injusticias y tiranías que hubiesen ejecutado contra el pueblo, cual fué éste Anón, de quien hicimos mención arriba. Con lo cual parecía que los pueblos de Africa podrían ser inducidos fácilmente á rebelión, no solamente con persuasión de muchos, mas aun con un solo aviso. Pues las mujeres mismas que en el tiempo pasado habían visto llevar á sus maridos y hijos hechos esclavos por no haber pagado los tributos, se conjuraron en todas las ciudades, no sólo no ocultando algo de los bienes que les habían quedado, antes dando (lo que parece increíble) de su voluntad hasta sus mismas joyas para pagar los sueldos.»

Temeroso es este suceso; empero el grande Simaco, fulminando palabras, en vez de pronunciarlas, no deja necesidad de otra voz ni de otra pluma. Óigalas Vuestra

Majestad, y no permita que las olviden sus ministros: «Destiérrense de la pureza de vuestro tesoro estos aprovechamientos atropellados. El fisco de los buenos príncipes no se aumente con daños de sacerdotes, sino con despojos de enemigos. De semejantes maldades han nacido todos los daños del romano linaje. Permaneció la entereza deste oficio, hasta que los monstruosos mohatreros convirtieron en premio de viles traginadores los alimentos de la castidad sagrada. A esto se siguió pública hambre, y la mies enferma burló las esperanzas de todas las provincias. No son éstos vicios de las tierras; nada imputamos á los astros; ni á las mieses dañó la niebla, ni la avena ahogó los sembrados: con el sacrilegio se abrasó el año, porque es necesario que á todos falte lo que á las religiones se niega.»

Señor, el ministro que fué á buscar vuestro socorro para defender vuestros reinos, y á fuerza de sangre de vuestros vasallos os trae en la ruina dellos y en su sangre chupada más manchas que tesoros, ese no sólo no ha de medrar, antes el castigo público le ha de hacer ejemplo y escarmiento. El que os trae poco por dejaros mucho en vuestros pueblos y en vuestros vasallos, y llevó por contadores la piedad y la justicia, y trajo enjuto de lágrimas de los que le dieron lo poco que trajo, ese, Señor, medre y sea premiado: reconózcale vuestra majestad por buen discípulo de la estrella de Belén. Y cuando han sucedido semejantes robos y delitos en las Repúblicas, y se les sigue la peste armada de muertes, y las enfermedades habitadas de venenos, y se ve que la naturaleza deja fallecer las plantas y morir de sed por falta de lluvias los sembrados, grave delito es, Señor, acudir por las causas destos azotes, los que los merecen

de la mano de Dios, á la inocente astrología, y querer que sea causa de tanta ruina la malicia del cielo, cuando lo es la de la tierra. Esto, Señor, es huir del remedio, que es acudir á Dios con la enmienda y satisfacción, y no pretender disculparse con malos aspectos y oposiciones de astros: por lo cual todo queda sin remedio, siendo la causa el sacrilegio, como Simaco dice.

Cristo en el pesebre queda adorado y reconocido de los reyes por sabio, por Rey y por Dios; los reyes van premiados con advertencia divina; Herodes, que preguntó de Dios para ofenderle, quedó burlado. De los Reyes cuidó Cristo; de Cristo el Padre Eterno, advirtiendo la huida á Egipto con un ángel á Josef. Herodes solo quedó en manos de su pecado y de su rabia, y degolló los inocentes, y luego murió; que la vida de estos tiranos no pasa de los límites de su desorden. Rey que no nace para traer gloria á Dios en las alturas, alegría á todos los pueblos, paz á los hombres de buena voluntad en la tierra; el que no viene como los Reyes magos á adorar y á servir á Cristo con los tesoros abiertos, más le valiera no nacer ni venir: pues solo, como Herodes, hace juntas para saber de Dios, y encarga á los sabios le sepan dél para perseguirle. No logra su malicia, y logra su ira; es cuchillo de los inocentes, y tal que el proprio Dios manda que huyan dél, y él proprio huye, como se vió en Egipto.

CAPÍTULO XVII.

El verdadero Rey niño puede tener poca edad, no poca atención; y ha de empezar por el templo, y atender al oficio, y no á padre ni madre. (*Luc.*, II.)

Reversi sunt in Galilœam in civitatem suam Nazareth. Puer autem crescebat, et confortabatur, plenus sapientia; et gratia Dei erat in illo. «Volvieron en Galilea á la ciudad suya de Nazareth. Y el Niño crecia, y se confortaba lleno de sabiduría; y la gracia de Dios era en él.»

El Rey niño, que crece y se conforta lleno de sabiduría, en quien está la gracia de Dios, excepción es de la sentencia temerosa de la Escritura Sagrada (traída en el capítulo antecedente próximo), en que con lamentación prevenida le declara por plaga de sus reinos. Ha de estar el rey lleno de sabiduría, porque la parte de su ánimo que de sabiduría estuviere desocupada, la tomarán de apasento ó las insolencias ó los insolentes. Ha de ser habitado el Rey niño de la gracia de Dios. Tales y tan grandes preservativos ha menester la poca edad para reinar: oficio de gracia de Dios, no de hombres, que ha menester, no sólo ser sabio, sino lleno de sabiduría. ¿Cómo reinará quien no tiene años ni sabiduría, que no sólo no esté lleno della, sino yermo? ¿Cómo, pues, reinará quien no sólo no tiene gracia de Dios, antes tiene por gracia no tenella? ¿Cómo reinará sin desgracia una hora quien sólo tiene en su gracia su divertimiento, su vicio y su ceguedad? Y el que tuviere con título de bienaventurado la gracia deste rey que no tiene la de Dios, ¿qué otra cosa tiene en la niñez de un príncipe que un peli-

gro forzoso, crecido de la licencia y asegurado en su rendimiento? No desmienten las historias estas palabras mías: rubricados tienen con su sangre estos malos sucesos aquellos criados que en las niñeces de los monarcas solicitaron por los doseles los cadalsos y por la adoración los cuchillos.

No sin especial asistencia y providencia del cielo, Santísimo Padre Urbano, tomastes este nombre grande (correspondiente bien á la doctrina, al celo y á la virtud heroica que anima generosamente ese espíritu, con cuyo aliento vive el católico nuestro), manifestándolo en solicitar la unión de los hijos grandes de la Iglesia, domando la dura cerviz de la discordia con las armas espirituales y tesoros del Jubileo grande que habéis franqueado á los fieles. Porque de vuestra santidad se diga lo que de la eficacia viva de otro antecesor insigne vuestro dijo Roberto Monaco. (En su lib. I, *de Christianorum Principium Bello contra Turcos.*) «El papa Urbano (segundo de este nombre), tan urbanamente oró, que conciliando en uno los afectos de todos los que le oían, aclamaron todos: Dios quiere, Dios quiere.» Vuestra Beatitud tiene prenda segura de la virtud de esta unión, para lograrla en imitar aquella eficacia con la de la oración. Hable Vuestra Santidad: concilie los afectos de todos, que hoy están en batalla y en disensión. Pues Dios quiso con este nombre, con esta doctrina, poner á Vuestra Beatitud en la silla de San Pedro, oiga la propria aclamación de los que no padecen ni temen menos que aquellas gentes. «Dios quiere, Dios quiere», decimos todos. Esta ha de ser con Vuestra Beatitud para lo espiritual nuestra aclamación. *Dios quiere* que Vuestra Beatitud hable, cuando se hace y se ejecuta lo que él no

quiere. Santísimo Padre, conducid á vuestra nave los que fuera della osan navegar. Desagraviemos todos los que somos pueblo verdadero del verdadero Dios esas llaves, que por no usar de ellas el Rey de Inglaterra descerrajó su iglesia, los herejes las adulteran con ganzúas, y los malos hijos por no pedirlas se quedan fuera. Oídnos; que quiere Dios. Hablad, y juntad en uno la enemistad de nuestros afectos; que Dios quiere.

Séanos ejemplo de toda justicia (en el imperio y en el pontificado) Cristo Jesús, hijo de María, Rey en doce años lleno de ciencia y de gracia de Dios. «Y como fuese de doce años, subiendo sus padres á Jerusalén, según la costumbre del día de fiesta, acabados los días, como volviesen quedó el niño Jesús en Jerusalén, y no lo echaron de ver sus padres; y entendiendo venía en su compañía anduvieron el camino de un día.»

Este pedazo de la historia de Jesucristo tengo por el que está retirado en más dificultosos misterios. Así lo confiesa la Virgen María; así lo dicen las palabras de Cristo. Mal puede arribar el entendimiento á convenirse con descuido en el amor de María y José con su Hijo; menos con despego tan olvidado, que viniendo sin él no le echasen menos. Pues entender que son sin misterio aquellas palabras de Cristo á su Madre, será sentir con Calvino. ¡Oh gran saber de Dios! ¡Oh altura de los tesoros de su sciencia, que así mortifica la presunción del juicio humano, porque se persuada que sin Dios no se aprende, ni se sabe sin Dios! Mucho refiere Maldonado de los padres griegos y latinos, todo digno de gran reverencia; pero á mi ver siempre queda inaccesible la dificultad, y retirado el misterio. Yo (como el camino que sigo es nuevo) no puedo valerme de otro intérprete

que de la consideración de la vida de Cristo. Y si no me declarare al juicio de todos, séame disculpa que, en lugar y de palabras, que el Evangelista afirma que la Madre de Dios y José no entendieron lo que les dijo: *Et ipsi non intellexerunt verbum.* Forzosa me parece á mí la ignorancia, y en ella estaré sin otra culpa que la de haber osado acometer lugar tan escondido.

Santísimo Padre, quien hace su oficio, y atiende á lo que le envían, y acude á Dios, y asiste al templo, y se da á la Iglesia, y oye los doctores, y los pregunta, y los responde, acudiendo á lo que es de su cargo, aun donde no está no le echan menos; y no puede faltar de ninguna parte quien atiende á lo que manda Dios. Y por el contrario, quien huye de la Iglesia, quien se aparta del templo, quien se esquiva de su oficio, quien deja su obligación, donde está le buscan, los que le tratan le echan menos, donde asiste no le ven, en todas partes falta, en ninguna parte está: fuera de su obligación, está fuera de sí. Este fué uno de los mayores misterios del soberano Rey, y de los más dignos de su monarquía y providencia. Grande es el aparato que en este capítulo cierra el Espíritu Santo. Los padres iban al templo por la costumbre (así lo dice el texto), y así se vuelven. El Hijo fué al templo por la costumbre, y se quedó por su oficio, y por hacer lo que le mandó su Padre: por eso no vuelve. Vulgarmente llaman esta fiesta del *Niño perdido*, sin algún fundamento: ni sus padres le perdieron, ni él se perdió. Los padres, dice el texto, que vinieron sin él y que «no conocieron»: así dice la palabra en todos los textos. Quiere decir, que no echaron de ver que faltaba. Y es cierto; que padres que no sólo le amaban mucho, sino que no amaban otra cosa ni en otra tenían los ojos y el

corazón, que no se descuidaron ni divirtieron. Antes este sumo amor, con la contemplación y el gozo de verle crecer lleno de sabiduría y gracia, los llevó en éxtasi, no sólo con él, mas también en el niño; que ni de los ojos faltó lo que no vian, ni de su compañía lo que no llevaban, porque iban tan arrobados en el Hijo, que quedándose él en Jerusalén, no iban sin él por el camino. Y esto dice el texto con decir «no conocieron», debiendo decir «echáronle menos», ó «vieron que faltaba». Porque no conocer, disculpa con gran prerrogativa el elevamiento misterioso y el amor; y esotras palabras, en el son, tienen resabios de descuido. Permisión llena de doctrina de Dios. En tanto que el Rey niño asiste á su oficio, no haga falta á nadie, pues hace bien á todos. Sirvióse Cristo del sumo amor que le tenían sus padres como de nube tan noble que le ocultaba á los sentidos, no á las potencias. Entretúvolos consigo para no ir con ellos: el se quedó para irse, ensayándolos en estas maravillas para la postrera del Sacramento del Altar, donde para la Iglesia se fué para quedarse, como aquí se quedó para irse. Y como fué conveniente esta suspensión tan amartelada para lo que hemos dicho, lo fué que no durase, ni pasase de los tres días, en ir y venir, no conocer si faltaba, y hallarle.

Grandes misterios aguardaban años había este suceso, desempeño de muchas profecías y muchos profetas. Y en la primer obra nos acuerda de su resurrección. «Entendiendo iba en la compañía, caminaron un día, y buscábanle entre los parientes y conocidos; y no hallándole, volvieron á Jerusalén en su busca.» Entendieron como tales padres, y padres de tal Hijo, entendieron que iba en la compañía; y era así, porque Cristo Jesús nunca dejó á

sus padres; y eso fué el decir «no conocieron». Iba con ellos y con la compañía de su Madre, como Dios que los asistía siempre y en todo lugar; y como hombre se había quedado, para que oyesen de su boca los doctores el misterio de la Santísima Trinidad, y ante los doctores dijesen lo que sabían sus padres, y oyesen dellos el misterio del Verbo divino y de su encarnación. Que todo se declaró cuando hallándole en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándolos, se admiraban todos los que le oían de su prudencia y de sus respuestas: «Y viéndole, se admiraron.» Este sí fué Rey de reyes, Rey verdadero, Rey de gloria: primero oye, luego pregunta, y luego responde. Ésta, Santísimo Padre, fué la prudencia que admiraba en un niño Rey de doce años; que oía primero, y luego preguntaba para responder, y esto siendo suma sabiduría. ¿Cómo, pues, acertarán los reyes que, no lo siendo, ni oyen, ni quieren oir, ni preguntan, y empiezan su audiencia y sus decretos por las respuestas? Esto, Santísimo Padre, fué enseñar á los doctores, oirlos y preguntarlos; y esto no quisieron ellos aprehender, pues nunca le quisieron oir.

Dijo su Madre: «¿Hijo, por qué has hecho esto con nosotros? Tu padre y yo te buscábamos con dolor.» No, dijo: «Por qué nos dejastes»; que bien sabía que en su corazón había asistido siempre; sólo dice: «¿Por qué has hecho esto con nosotros?» (que es lo que llamó el Evangelista: «No conocieron»: que fué embeber nuestros ojos en nuestra contemplación). Por este rato que no te hemos visto, tu padre y yo te buscábamos con dolor.» Aquí dicen que es hombre verdadero, y que son sus padres: cosa que importó tanto que la oyesen dellos mismos con afecto tan casual y penoso. El respondió:

«¿Qué es la cosa por qué me buscabais?» Eso fué decir: Acudir yo al templo, que es á lo que vine, y á enseñar, á oir, y á preguntar, á responder, á hacer lo que mi Padre me ordena, no es faltar de vuestro lado, no es dejaros. No los reprehende, sino los satisface con pregunta llena de favores. ¿Por qué me buscáis, si no me he perdido? Soy templo, y estoy en el templo; soy Rey, y oigo, y pregunto, y respondo; soy Hijo, y hago la voluntad de mi Padre. ¿Por qué me buscáis con dolor? ¿No sabíades que conviene que yo esté en las cosas que son de mi Padre? A su Padre le dice que está en cosas de su Padre. De manera que le busca el Padre cuando está en las cosas del Padre. ¡Gran llamarada del misterio de la Trinidad! Este modo de decir es así común á todos los idiomas: «¿No sabéis que he de estar en las cosas que son de mi Padre?» Que fué decir: ¿Para qué me buscáis, si no me he apartado de vosotros? Yo estoy en las cosas de mi Padre; y supuesto que nadie es más propriamente de mi Padre que vosotros, en vosotros estoy. San Josef ya se ve si es cosa de su Padre, pues le escogió para lugarteniente suyo en la tierra, para Padre de su Hijo en la manera que lo fué. ¿Pues la Virgen María? *Ab initio, et ante sæcula* la escogió para su esposa. De suerte que con los proprios misterios y sacramentos que se quedó, y no los dejó; que iban sin él, y tan en él que no lo entendieron, los responde cosas tales, que dice el Evangelista: «Y ellos no entendieron la palabra que les dijo á ellos.» No pudieron ignorar que era Hijo de Dios. Ya la Virgen había oído: *Spiritus Sanctus superveniet in te; et virtus Altissimi obumbrabit tibi.* Pues Josef ya había oído: *quando nolebat eam traducere: Quod enim in ea natum est, de Spiritu*

Sancto est. Luego esto no era lo que no entendieron; y es cierto que no entendieron una palabra, que así lo dice el texto, y esta fué: *Quid est, quod me quærebatis?* «¿Qué es por lo que me buscábades?» Que fué decirles que no sabían que había ordenado y permitido que no le echasen menos; para que se revelasen tantos misterios, y fuesen testigos de su divinidad y humanidad, que por entonces no convenía declararlo. Y así permitió que ignorasen esta palabra, como que no sintiesen que se había quedado en Jerusalén.

«Y bajó con ellos, y vino á Nazareth; y estábales sujeto.» Sabe ser Rey: deja por Dios y por el templo los padres. Sabe ser Rey: oye, y pregunta, y después responde. Sabe ser Rey: asiste y está donde le toca por oficio y obediencia. Sabe ser hijo de dos pabres: obedece al del cielo, y acompaña al de la tierra. Bajó con él, y estábale sujeto. Considere Vuestra Beatitud un Rey Niño de doce años que es Rey de todos y Rey de reyes, Rey eterno, y dador de las monarquías, ¡cuánto nos enseñó aquí! ¡cuánto ejemplo dejó á los reyes! Por el templo, por las cosas de la Iglesia deja á su Padre y á su Madre. Por enseñar deja las caricias, y ocasiona el dolor á los que más quiere, y no por eso deja de estar sujeto; pero es al que le busca con dolor, á su Padre, al que Dios escogió por sustituto suyo. A este solo se ha de sujetar un rey; mas de tal manera que sepan que Dios es lo primero, y la iglesia y el templo. «Y su Madre conservaba todas estas palabras en su corazón.» ¿Quién nos podía declarar lo inexplicable, sino la que fué toda llena de gracia? Cierto es que pues guardaba todas estas palabras en su corazón, que las entendía y sabía el peso dellas, pues las depositaba en tan grande

parte. La Virgen lo declara: todo se entiende, y se concilia. No lo entendieron, cuando lo dijo; luego que se vino con ellos lo entendieron, y á su propia luz lo descifraron. Conocieron que sin faltar á nada, cumplía con los dos padres, con Dios y con los hombres; que sabía sujetar y estar sujeto. Y para evidente declaración, añade el Evangelista: «Jesús crecía en sabiduría, y edad, y gracia con Dios y con los hombres.» Buenos autores tengo de mi declaración: la Virgen María, Cristo y el Evangelista que lo refiere. No han de crecer los reyes en sabiduría, gracia y edad sólo para Dios, sino para los hombres también; porque su oficio es regir, no orar: no porque esto no les convenga, sino que por esto no han de dejar aquello que Dios les encomendó. Juntas han de estar estas cosas: Dios primero; y con él y por él y para él el cuidado de los hombres. Que Cristo Jesús era niño y Rey, y crecía en gracia y sabiduría, y en edad para Dios, y para los hombres; porque á Dios con estas cosas se le da lo que se le debe, y á los hombres lo que han menester.

CAPÍTULO XVIII.

Á quién han de acudir las gentes. De quién ha de recibirse. El crecer y el disminuir, cómo se entiende entre el criado y el señor. (*Joan.*, III.)

«Maestro, el que estaba contigo de esotra parte del Jordán de quien tú testificaste, ves aquí que bautiza, y todos vienen á él. Respondió Juan, y dijo: No puede el hombre recibir alguna cosa, si no le fuere dada del cielo.» Y más abajo dice San Juan, de San Juan Bau-

tista: «Conviene que él crezca, y que yo me disminuya.»

Cuando yo no supiera el oficio de San Juan Bautista, por las señas dijera que había sido valido de Dios hombre. ¡Cosa admirable, que en toda su vida no hubo otra cosa sino peligros, y tentaciones, cárcel y muerte! Unos le ofrecen el Mesiazgo, que era el reino; otros le preguntan si es él, y lo dejan en su voluntad. El capítulo pasado todo fué peligros; que los favores y mercedes preferidas, para la verdad no son otra cosa. Aquí, Santísimo Padre, hizo el séquito del privado el postrer esfuerzo, y con ser San Juan hombre inviado de Dios, porque era privado se le atrevió el chisme. Es la parlería de los caseros muerte doméstica del privado, enfermedad asalariada de la buena dicha. Vinieron sus discípulos á Juan, y dijéronle: «Maestro, el que estaba contigo de esotra parte del Jordán, de quien tú testificastes, ves aquí que bautiza, y todos vienen á él.» A otro ministro que á San Juan, puesto en privanza, estas palabras le llevaban al alma por los oídos todo el veneno del mundo, todos los tósigos que sabe mezclar la ambición. «Todos acuden al rey.» Nueva de muerte para la invidia de un valido que tiene puesta la estimación en la soledad y desprecio de su príncipe. La lisonja mañosa gana albricias con los poderosos cuando les dice: Yermo está el rey, desierta la majestad, todos acuden á ti. Y si bien entienden éstos que valen la palabra «Todos acuden á ti», cabeza es de proceso: el que se lo dice más le acusa que le aplaude; los que acuden á él, menos le acompañan que le condenan. Tarde conocerá la mengua de su seso: que los que hizo pretendientes suyos la que llamó buena dicha, se los volverá fiscales la adversidad, poderosa para hacer estas transformaciones.

Llegan á San Juan sus discípulos con esta nueva (llamémosla así); y él, en vez de entristecerse por ver enflaquecer su séquito, responde: «No puede el hombre recibir alguna cosa, si no le fuere dada del cielo.» Aforismo sacrosanto de lo que han de recibir los privados, y de quién. Privado habrá que sus manos las tenga religiosas para el poco dinero, y distraídas para la cantidad: esto no es limpio, sino astuto; este más peca en lo que deja de tomar, que en lo que toma. Privado habrá que ni poco ni mucho reciba de los vasallos; y que del rey reciba tanto, que ni le deje mucho ni poco. Este tiene por cosa baja el ser ladrón y el hurtar por menudencia, y con mejor nombre hace lo propio, y llega á merecer nombre de universal heredero de su rey en su vida. Esto es no tomar de puerta en puerta, sino tomar todo el manantial. ¡Oh qué discreta maldad! ¡Qué docta bellaquería! El mayor ingenio de los insolentes ha sido este.

Santísimo Padre, oidme atento: bien merecen mis voces tan grande atención. A vuestro cargo están los reyes de la tierra, y sobre sus coronas están vuestras llaves: oid la habilidad de los traidores. Vieron que el levantarse con los reinos, ó intentarlo, ó pensar en ello era delito digno de muerte y que se llamaba traición, y acogiéronse por temor de los castigos á levantarse con los reyes: cosa que, siendo más sacrílega es tenida por dicha, y el que lo hace, por ministro, no por aleve. Lo uno castigan los reyes, lo otro premian. ¡Oh gran tiniebla del sexo humano! ¡Que haya príncipe que acaricie al que se levanta con él, y que castigue al que se levanta con el reino, siendo aquel peor más osado! Porque el uno usurpa á Dios su teniente, depone á Dios su elección; y el otro emprende los pueblos encomendados, que aquel

arrebata más seguro y más dueño. Y bales caído esto tan en gracia á los desvanecidos y facinerosos, que desde que los reyes consienten privanzas, desechan las conjuraciones y levantamientos por necios y arriesgados. ¿Qué falta hacen las comunidades, donde hay quien se levante con el rey? A César, y á Tiberio, y á Claudio, los motines y levantamientos les fueron ocasión de gloria y de esfuerzo, mas los privados de ruina y de afrenta. Más le costó á Tiberio, Seyano, que todas sus maldades y todos sus enemigos. Hagan los príncipes la cuenta con las historias en todos los reinos, en todas las edades, y verán cuánta mayor maldad es levantarse con ellos que con sus reinos. Allí verán que á los que la traición quitó los estados, llaman hombres sin dicha los coronistas y historiadores; y á aquellos á quien les quitó el ser reyes el valimiento, los llaman hombres sin entendimiento y sin valor. Los que padecen esta nota en la memoria de los hombres, después de su muerte, aunque les permitieran el volver á nacer, lo rehusaran por no verse tales como fueron. ¡Qué universalmente descartó esto San Juan, cuando dijo: «Que no ha de recibirse nada, sino lo que fuere dado del cielo!» El reino dióle Dios al rey (excluído está de recibirle el privado) la majestad y el poder. Y si ha de recibir sólo lo que le fuere dado del cielo, excluído está el cohecho, y la negociación, y el presente, y la niñería, que arreboza con esta humildad los tesoros.

«Vosotros me sois testigos (dice San Juan) que yo dije: No soy Cristo.» ¡Qué plenaria información! ¡Qué bien acordada defensa! ¡Qué prevención de privado escogido de Cristo para sí! Venisme á decir que al rey acuden todos. Ya os digo que así ha de ser; que á mí no

ha de acudir nadie, porque no soy nada en su comparación: no soy profeta; soy voz que clama en el desierto. Á mí no se me dió del cielo que me siguiesen: á él sí, que es el Señor y el Rey. Y porque ve la apretura de la plática, dice: «Vosotros sois testigos que yo he dicho: No soy Cristo; no soy el Rey.» Eso sí, Juan: haced testigos á los que os asisten, de que no habéis pensado levantaros con el rey en aceptar el Mesiazgo: sean testigos, no de sólo eso, sino de confesión expresa: «Yo no soy Cristo.» No se ha de hablar en esto por señas equívocas; hase de hablar claro; y á quien se ha de desengañar es á la familia del poderoso; porque allí asiste asalariado su peligro, y allí ha de asegurar su descargo, si se sabe, ó si puede.

Bien pasara sin detenerme, por las palabras que otro alguno no ha advertido; mas como hablando de un privado Juan, las dice otro Juan privado, no excuso advertir á los principes y á los poderosos en ellas. «Y venían y se bautizaban. Aun no habían preso á Juan, y hubo cuestión entre los discípulos de Juan con los judíos.» ¡Extraña cosa decir que aun no estaba preso, cosa que constaba de la historia! No es pluma la de San Juan, que escribe rasgo sin misterio. Advertir los que priváis, que aun no estaba preso el privado; aun no estaba en la cárcel Juan, y ya los suyos levantaban canteras y marañaban cuestiones. Preso un poderoso, cierto es que todos hablan dél y contra él; mas antes de caer, antes de la adversidad, los más propios, los más de casa arman cuestiones y voces, y le desasosiegan la buena ventura. No es el peligro estar en la cárcel, sino en la privanza. «Este gozo se me cumplió: él importa que crezca y que yo me disminuya.» ¡Qué bien lo dijo el más que profeta!

Aquí deslindó toda la materia de Estado divina y humana. No les queda licencia á los confesores ni á los teólogos para absolver los unos y interpretar los otros lo que contra estas palabras se cometiere. Privados, si oís otra cosa que lisonjas, oíd el gozo que dice San Juan, que es que crezca su rey, y que él se disminuya. ¡Oh reyes! luego importa que el criado se disminuya y que el rey se aumente. En este solo aforismo está la medicina de todos los gobiernos. No aprovecha que el rey crezca y el criado también; porque el criado no puede crecer sin la diminución del rey, de lo que le quita en la riqueza, de lo que le usurpa en el poder, de lo que le estraga en la justicia, de lo que le desacredita en la verdad, de lo que le descuida en su obligación. Y esto no es crecer entrambos, es disminuirse el rey porque crezca el vasallo; y ha de ser al revés, y dice San Juan Bautista que conviene. Y esto, ¡oh miserables favorecidos de los príncipes, los que no lo entendéis así! á vosotros os conviene, porque en diminuir está vuestra triaca contra la envidia; y sólo os es de salud un modo de crecer, que es crecer por la diminución.

¿Queréis ver ¡oh monarcas! (con todos hablo) qué delito es crecer el criado y disminuirse el señor, y cuán gran delito es y qué pena merece? Aprendedlo de los proprios criados: oidlos á ellos. Decidme, príncipes: los castigos tan ciertos y tan frecuentes y tan grandes de todos los privados, que se han hecho; que visteis hacer á vuestros padres; que vosotros hicisteis, ¿quién os los aconsejó? ¿Quién os los dispuso? ¿Quién los acriminó? Todos me responderéis, concordando con las historias, que otros ambiciosos que quisieron para sí, con nombres de servicios, lo que condenan en los otros por traición y

por robo. Bien mereció castigo el que privó diminuyendo al rey y creciendo él: su patrimonio es la horca; soga y cuchillo son el estipendio de su desvergüenza. Mas no merece menos la prisión y la muerte el que acusa á aquel por codiciar para sí sus delitos, no para el rey la libertad. Pues ¿cómo, monarcas, lo que el que quiere ser privado justifica para la medra de su invidia, admitís por lícito y provechoso? Y los proprios privados os harán creer que á vosotros os es indecente no consentir por malos y detestables los que ellos proprios acusan y degüellan porque lo son, para serlo ellos. Esta sola justicia he conocido y leído siempre en los que mal han privado, sin excepción: que unos han sido castigo de otros, y los más afrenta de sus señores y ruina de sus reinos. ¿Queréis ver, príncipes, cuál engaño padece, no vuestra vida, que ese era corto; no vuestra hacienda, que ese era civil; no vuestra comodidad, que ese era delgado,—vuestra honra, que es mucho; vuestra salvación, que es todo? Decidme, ¿cuál acusación habéis admitido contra algún favorecido vuestro, en que no os prometan grande restitución al patrimonio, gran satisfación á las partes? Y si hacéis la cuenta, hallaréis que os cuesta cien veces más á vosotros y á vuestro reino el satisfacer la hipocresía de los acusadores, que se os aumenta de la perdición del caído. Este es el engaño que os atraviesa las almas. Quien acusa al que tiene y al que puede, para poder él y tener, ese al criado acusa la dicha y al señor el talento; y el castigo es igual en el criado y en el príncipe. Siempre he visto, y siempre lo veréis, que destas persecuciones y visitas hechas por desembarazar para sí el que acusa los delitos que acusa, se sigue que vosotros quedáis por este engaño depuestos de la dignidad, como

el ministro del oficio, y más condenados que el preso y depuesto; porque quedáis condenados á otros peores que aquel, y á padecer muchos ímpetus de codicia recién nacida.

Santísimo Padre, puerta es de vuestras llaves la de la salud de los pueblos, la de la salvación de las gentes; por aquí tienen paso al cielo, que vos abrís y cerráis, las almas de los potentados del mundo. Enseñaldes con el ejemplo de San Juan esta verdad: que importa que ellos crezcan y los criados se disminuyan (lo que él cumplió tan presto, perdiendo la cabeza). Lo propio, Santísimo Padre, que ha de ser entre los criados y los reyes, ha de ser entre los reyes y la Iglesia: ella conviene que crezca, y los reyes se disminuyan; no en el poder ni en la majestad; en la obediencia y respeto rendido al vicario de Cristo, á esa Santa Sede.

Dos criados tuvo Cristo: uno, que fué Juan, se disminuyó para que creciese el Rey; y este fué hombre inviado de Dios, y entre los nacidos ninguno mayor que él. ¡Gran cosa! ¡Nadie mayor que el disminuído! Otro quiso crecer él y que no creciese el Señor; y éste fué Judas, hijo de perdición; y que le valiera más no haber nacido. De aquel primero pocos imitadores se leen y se ven; deste, su fin, sus cordeles, su horca, su bolsa, su venta, su beso se precia de gran séquito y de larga imitación; y toda su vida presume de señas de muchos, y de original de muchas copias, por lo proprio ajusticiadas.

CAPÍTULO XIX.

De qué manera entre el rey y el valido en su gracia se cumplirá toda justicia; y de qué manera es lícito humillarse el rey al criado. (*Matt.*, cap. III.)

«Entonces vino Jesús de Galilea al Jordán á Juan para que le bautizase. Juan se lo prohibía, diciendo: Yo he de ser bautizado por tí, ¿y tú vienes á mí? Respondiendo Jesús, le dijo: Deja ahora; así conviene que nosotros cumplamos toda justicia. Entonces le dejó. Y bautizado Jesús, al punto salió del agua. Y véis se abrieron los cielos; y vió el Espíritu Santo de Dios bajar como paloma, y que vino sobre él. Y véis una voz del cielo, que decía. «Éste mi Hijo amado, en el cual me agradé.» Fué tan grande esta acción, que se repartieron los misterios della por los tres evangelistas. Quiso cada uno tener parte en tan grande sacramento. *Marc.*, I, dice: «Vió los cielos abiertos, y al Espíritu Santo que bajaba »como paloma.» Y añade esta grande palabra, que añuda esta acción con lo que dijo Isaías: «Y que se quedaba »en él.» *Lucas*, cap. III, dice: «Fué empero como se bau»tizase todo el pueblo, y Jesús fuese bantizado»; y añade: «Y estando orando, se abrió el cielo.»

En la consideración deste capítulo parece que se agota todo lo importante del oficio del príncipe, y todo lo peligroso del oficio del privado. Cumplir el rey toda justicia es hacer todo su oficio; humillarse al criado el señor, es todo el riesgo. Era San Juan Bautista grande privado de Dios, y el que venció todas las malas andanzas del puesto. No ha habido ni habrá mal paso en la pri-

vanza que él no le padeciese y le santificase con su humildad y con su vida y con su muerte. La aclamación del pueblo engañada le ofreció la adoración de Mesías, le rogó con el cargo de su señor; el séquito de las gentes hizo diligencias contra su oficio; su grande santidad equivocaba la fe de los judíos para su persecución. En uno de los capítulos antecedentes ponderé sus diligencias y sus respuestas. Y como él sabía cuán sabrosa perdición y cuán forzoso peligro es este de la privanza—no por sí, que era hombre enviado de Dios, y no de la ambición—por todos los que serían en el mundo privados habló tales palabras (*Joan.*, I): «Éste es el que ha de venir en pos de mí, que ha sido antes de mí; de quien ya no merezco desatar la correa del zapato.»

¡Oh privados, oh reyes! tened respeto los unos hasta á la correa del zapato de vuestro príncipe, los otros haced reverenciar hasta vuestro calzado. Yo con toda humildad y reverencia admiro en estas palabras las interpretaciones de los santos que sirven al misterio. Vosotros, todos los que mandáis y aspiráis á mandar, atended á mi explicación. Juan, primero privado escogido, cuando se ve vacilar en el reconocimiento del Señor verdadero, de su Rey eterno, del Rey Dios y hombre, en estas palabras dice todo lo que se ha de decir, y todo lo que no se ha de hacer: «No soy digno de desatar la correa de su zapato.» Pues, Santísimo Padre, si Juan privado no es digno de desatar la correa del zapato de su Rey, ¿qué será del criado que intentare atar con la del suyo á su rey? ¿Qué cosa es atar el criado al Señor? Eso no se ha de presumir de toda la perdición del seso ambicioso de los hombres; es menester para tan sacrílega osadía toda la desvergüenza del infierno. No sólo

no ha de atar el criado ni el ministro al rey, mas ha de conocer y confesar que no merece desatar la correa de sus pies. Lo que el rey añuda, nadie, si no es Dios, y la razón, y la verdad, lo puede desatar sin delito. Majestad tienen los reyes hasta en los pies: digno es de reverencia su calzado. Pues si no es lícito desatar la correa del zapato, ¿cómo será lícito desatar al rey de su alma, al rey de sus reinos, al rey de su oficio, al rey de la religión, al rey de Dios? Esto el que lo hace, el que desata al rey de estas cosas, no es ministro, no es privado, no es vasallo, no es hombre: lo que es dígalo por Bautista el evangelista San Juan, que yo no me quiero atrever á decirlo, ni caben en mi autoridad sus palabras, que son dignas dél solo. Oigan los reyes y los emperadores al águila, que es autor de coronas imperiales y blasón propio suyo (Epist., I; *Joan.*, IV): «Y todo espíritu que desata á Jesús, no es de Dios, y éste es espíritu de Antecristo.» El un Juan lo dice, que el que desata á Cristo es espíritu de Antecristo; y el otro Juan, que vino antes de Cristo y fué enviado dél, cuando dice estas palabras, no sólo confiesa que no ha de desatar á Cristo, sino que no merece desatar la correa de su zapato. Y el uno que lo hace fué el privado, y el otro el querido. Y el que no los imitare, si desata á su rey, ¿qué será? Ya lo ha dicho San Juan. Y si le atare (lo que no se puede creer), será Judas. Ese le vendió y entregó por dineros á la cárcel y á los cordeles. Con razón, pues, Cristo, se viene al Jordán á buscar tal criado, á honrarle, y á ser bautizado dél.

El mérito de San Juan nos ha llegado al discurso del capítulo: con sus palabras nos introducimos en sus obras; y este ejemplo no pierde por descender de Cristo,

Dios y hombre, á los reyes hombres; que pues los reyes son vicarios de Dios, y reinan por él, y deben reinar para él, y á su ejemplo y imitación, ningún lugar tiene el desahogo de la lisonja, ni lo delatado de la explicación ambiciosa y negociadora, en estas palabras: «Vino Cristo de Galilea al Jordán para que Juan le bautizase.» Todo va bien: el rey va al criado, no el criado al rey; él se vino á Juan, no le trajo Juan. ¡Gran decoro de monarca! ¡Grande y discreta y segura fidelidad de criado! «Juan se lo prohibía.» Hace lo que debe su humildad y conocimiento, lo que conviene á su oficio, que Dios hará lo que conviene á la obra, al gobierno y al misterio. No sale de sí Juan, grandes márgenes deja á la dignidad de Cristo; no compite jamás ni con su sombra. No parece lícito contradecir ni prohibir nada el criado al señor: no parece lícito, porque los atrevidos vuelven la cara hacia otro lado para dejar pasar la verdad. Santísimo Padre, en las honras proprias y mercedes excesivas que se les hacen á ellos, lícito les es el prohibirlo, el rehusarlo. Mas los mañosos, que la dotrina la ajustan al talle de su pretensión, prohiben las mercedes de los otros, que luego que no son para ellos, son excesivas; y las proprias, aunque sean demasiadas, se admiten con queja por pequeñas, y á veces la insolencia del ministro obliga al príncipe que le ruegue para que acepte lo que no pudo el criado codiciar sin delito, ni conceder el príncipé sin afrenta. «Prohibióselo diciendo: Yo he de ser baptizado de tí.»

En el agua, con favores y honras grandes, ejercitó los dos mayores ministros con acciones y palabras bien parecidas. Juan, viniendo á Cristo á que le bautizase, se lo prohibía diciendo: «Yo he de ser bautizado por ti.»

Pedro parece que repite este suceso y palabras, y le dice: «¿Tú me lavas á mí los pies?» y se lo quiso prohibir como Juan. A Juan respondió: «Déjalo ahora; así conviene que nosotros cumplamos toda justicia.» A Pedro en la respuesta le juntó alguna amenaza: «Si no te lavo, no tendrás parte en mi reino.» Con novedad, Santísimo Padre, examino yo la diferencia destas respuestas en una propia acción. Juan en el desierto rehusó por su humildad la acción que servía á los misterios de Dios sin testigos, y así bastó la advertencia del fin para que Cristo se humillaba á su criado. Pedro replicó entre todos los Apóstoles y delante de Judas, cuando él hacía aquella acción para ejemplo y para que la imitasen. A la repugnancia en el misterio y á solas, basta advertencia; á la repugnancia, el ejemplo entre los que le han de tomar para darle, provechosa es la amenaza. No se ha de temer que el príncipe dé buen ejemplo aun con humildad rendida.

«Así conviene que cumplamos nosotros toda justicia.» Esta no es cláusula, es sima infinita de misterios. Santísimo Padre, ¿cómo? ¡Que ni en el encarnar, ni en el nacer, ni en el morir, ni en el resucitar dijese que cumplía *toda justicia*, y aquí lo dijese, cuando él es bautizado de Juan, y Juan dél! ¿Qué hay aquí de *justicia?* ¿Cómo se cumple *toda justicia* donde el hecho es sacramento; donde no hay pueblo? Río era, y no tribunal, en el que estaban. Esta vez el agua del Jordán vidriera es de toda la justicia de Dios, de *toda*, y cumplida en *todo*. Dejar el rey su casa y su ciudad por el bien de sus reinos, *justicia es.* Buscar el criado que no se halla digno de desatar la correa de su zapato, *justicia es.* Humillarse por salvar los que tiene á su cargo, *justicia es.* Desnu-

darse por los que han menester su desnudez, *justicia es.* Rehusar Juan levantar la mano sobre la cabeza de su Señor, aun para bendecirle, *justicia es.* Estorbar que aun en el desierto el silencio de las peñas y la fuga del agua y el ruido le vean más alto que su Señor, *justicia es.* Mortificarse el criado con la obediencia en tan altos favores, *justicia es.* Autorizar el Rey los despachos de tan grande ministro con tan prodigiosa demostración, *justicia es.* Que el rey pase por lo que ordena que pasen todos, *justicia es* Que el príncipe, para introducir el remedio de los suyos, no repare en desnudarse de la majestad ni en humillarse, *justicia es.* Que empiece por sí mismo la ley que quiere dar á todos, *justicia es.* Que use del remedio que da, *justicia es;* pues aunque no le ha menester para la disculpa, le ha menester para el ejemplo.

Solos estaban Cristo y San Juan, mas no por eso el privado se alargó en admitir favores, ni usó de familiaridad: recibió el criado aquella honra, que le mandó el Señor que la recibiese. De otra manera negocian su perdición en el mundo los ministros que (como ellos dicen) cogen á solas, sin entender que el príncipe para el criado no puede estar solo, porque el reino y el oficio, y el ser lugartenientes de Dios, no son separables del rey. Bien habrá habido criados que hayan visto desnudos á sus reyes delante dellos, y humillados; mas esto no habrá sido porque los reyes proprios lo hiciesen por el bien común, ni lo rehusarían los malos criados. Por eso en los tales con su rey no se cumple *toda justicia* como aquí, sino toda maldad y toda codicia. No dice Dios que éstos son sus hijos. No sólo no lo dice Dios, mas sus padres se corren de haberlo sido y de que ellos digan que

lo son. Aquí fué, en el Jordán, donde «se apocó á sí mismo recibiendo forma de criado.» No le apocó el criado, él se apocó. El criado quería reverenciarle como Señor; mas él, porque conociesen que era el Señor que lo merecía ser, se apocó recibiendo la forma de criado. Apocarse es virtud, es poder, es humildad; dejarse apocar es vileza, es delito. Siempre Cristo mostró que en todo lo que se hacía con él tenían poca parte los que lo hacían, ni el poder. Iba preso, quísole librar Pedro, y le dijo: «¿Piensas que si yo quisiera librarme, y pidiera á mi Padre que me enviara de guarda un ejército de ángeles, que no me los enviara?» A Pilatos, cuando le dijo que tenía poder de darle muerte y librarle, le respondió que no tuviera poder si no se le hubiera dado de arriba. «Yo tengo potestad de vivir y morir», dijo.

Tan gran Rey fué y tan solo Rey, que hasta en el padecer y en el morir, que fué á lo que vino, quiso que supiesen que padecía porque quería, porque convenía á su honor y al negocio. «Vió los cielos abiertos, y al Espíritu Santo que bajaba como paloma y quedaba en él.» Y veis una voz del cielo que dice: «Este es mi Hijo amado, en el cual me agradé.» Aquí también se le guardó su justicia á la oración; ella penetra los cielos siendo fervorosa; ella los abre y ve abiertos; ora Cristo, y abre los cielos y velos abiertos. ¡Buen Rey, que por medio de la oración trata con Dios los negocios de su reino! «Y vió al Espíritu Santo que bajaba sobre él.» Justicia es que á Rey que se deshace por los suyos y recibe forma de siervo por haçerlos señores, el Espíritu Santo baje sobre él, y quede en él, y le dé á conocer. Justo es que se abra el cielo cuando Cristo instituye el bautismo, con que se ha de poblar su gloria y restaurar su vecindad ya per-

dida. Justo es que donde el Hijo de Dios se humilla, el Espíritu de Dios baje. Ved, Santísimo Padre, si donde el criado y el Señor, y el cielo y la tierra, el Hijo de Dios y su Espíritu, hicieron tantas justicias, si se cumplió toda justicia, pues en sólo el bautismo está toda. Así se ha de creer: nadie puede salvarse si no renaciere por el bautismo del agua y del Espíritu Santo.

Bien se conocen los grandes méritos de Cristo en esta acción del Jordán: bien los declaró con demostraciones todo el cielo. Y ya hubo alguno que, predicando ó haciendo que predicaba, por decir cosa que nadie hubiese dicho, dijo lo que nadie puede decir. Declarando estas palabras: «Este es mi Hijo muy amado», se atrevió á errar contra la letra sagrada, diciendo: «En el Tabor, donde estaba glorioso y trasfigurado, lo dijo afirmativamente; mas en el Jordán, donde le vió humilde y arrodillado, lo dijo como dudando: «Este que así está postrado, ¿es mi Hijo amado? ¿Este? como admirándose de que fuese.—¡Gran desdicha de los tiempos, no que haya un impío, un ignorante que tal desacierto pronuncie contra toda la verdad; mas que se usen auditorios que tales cosas las aplaudan y no las enmienden! Vino Cristo á nacer, y á padecer y á morir: á eso le envió su Padre, no á gloria ni descanso; ¿y desconocióle cuando hacía lo que le había ordenado y á que le enviaba? Que si fuera posible desconocerle, había de ser glorioso en la tierra, que un instante hizo á Pedro que desconociese el oficio de Cristo y á lo que venía, pues olvidársele no era posible. ¡Grande ignorancia atreverse á llamar indigna de Cristo la acción que abrió los cielos, y cumplió toda justicia, y bajó al Espíritu Santo! ¡Qué ignorancia tan grande que diga aquel perdido que no le agrada Cristo,

donde el Padre Eterno, diciendo que es su Hijo, dice que le agrada: *In quo mihi bene complacui!* Perdóneme el que la reprehensión forzosa á tan mala dotrina ocasiona, por la demasiada cortesía de callar su nombre.

Tan de otra suerte lo pondero yo, Beatísimo Padre, que he considerado con novedad, y muchas veces, qué fué la causa de que en el Tabor y aquí en el Jordán se oyese esta aprobación y testimonio del cielo, y no en su nacimiento divino, no en la adoración de los Reyes (cosa de tanta majestad), no en aquel milagro tan espléndido de los panes y los peces, no en la resurrección de Lázaro, no en su muerte, no en su resurrección: yo lo he considerado el primero. Y también por qué en el Tabor añadió las palabras: «Este es mi Hijo amado, oidle»; y en el Jordán no dijo que le oyesen, sino que era su Hijo. Por la primera diferencia mucho responde todo este capítulo, pues en las demás acciones milagrosas referidas se vieron esfuerzos de su amor por el hombre, hazañas de su justicia contra el pecado original; mas en el Jordán se cumplió toda justicia de su parte, de la de su ministro, de la del Espíritu Santo y del Padre. Y como él encarnó por librar al hombre del pecado original, y vivió y murió por eso, y el bautismo es el sacramento que nos santifica contra él y nos limpia más de la culpa, que fué la causa de su pasión, fué justicia, como lo demás, que aquí se abriese el cielo, donde moria la culpa que nos le cerró; que aquí bajase el Espíritu Santo, donde la carne mortal se disponía á poderle recibir; que bajase en forma de paloma, en el rio donde se ahogaba la primera serpiente; que el Padre dijese: «Este es mi Hijo en quien me agradé», pues entonces por él empezó el hombre inobediente y ciego á ser agradable.

Estas cosas tan especiales dieron estos favores á esta acción particularmente entre todas las demás, y también al intento de mi obra, porque en los reyes las acciones de justicia son las de primera alabanza, y entre ellas serán las de mayor alabanza las de toda justicia; y ésta fué sola en la que él dijo «que así convenía cumplir toda justicia». Y es de advertir que todo el oficio de los reyes es justicia. No les dice otra cosa el Sabio: «Amad la justicia los que juzgáis la tierra.» No es opinión mía decir que los reyes en la justicia tienen la misericordia. San Pedro (llamado *Discurso de oro*) dice (*Serm.* 6): «Dios, salva la verdad, se apiada, el cual así da perdón á los pecados, que en la misma misericordia guarda justicia y razón.» Pues en el Tabor bien mereció Cristo favor tan preferido, donde se vistió de fiesta para morir, donde, estando en gloria, trataba de su muerte, donde se enojó con el más favorecido porque le desviaba della con amor y con ternura, donde á tratar de su fin trujo los muertos y despertó los dormidos. Que Cristo entre sus enemigos afligido trate de padecer, grande cosa es; mas que transfigurado, y entre sus dicípulos, y con sus criados, trate de morir, fineza es digna de la demostración del Jordán.

Resta ver por qué en el Tabor se añadió *Ipsum audite* á las palabras del bautismo. Y á mi ver el texto evangélico da la causa. En el Jordán Cristo y Juan decían una misma cosa, iban á su mismo fin: uno como Señor, otro como criado; entrambos cumplieron toda justicia, obrando uno como Dios, otro como ministro. En el Tabor no fué así: Cristo y los que estaban con él «hablaban con él de la partida» que había de hacer y cumplir en Jerusalén. Y así lo entiendo yo. Desto hablaban

con Cristo Moisén y Elías. Otro dijo: «Bien será que nos quedemos aquí.» Unos tratan con Cristo de su partida, Pedro de su quedada. El Evangelista dice que los de la partida hablaban á propósito, y no Pedro: «No sabía lo que decía.» Pues como era parecer tan contrario á lo que convenía al género humano y á Cristo y á su Padre el de San Pedro, fué necesario que se dijese: «Oidle á él, que trata de ir donde le envío; no á Pedro, que pretende que se quede aquí.» Santísimo Padre, cuando los primeros ministros descaminan, aunque sea con buen celo, el oficio del rey, si callan todos, el cielo habla. Y cuando, advertidos del cielo, prosiguen, como hizo Pedro en bajando del monte: *Non expedit tibi, Domine; Absit a te, Domine*, entonces no se excusa el despedirle: *Vade retro post me.* ¡Justa cosa mandar que se vaya al que quería quedarse! El cielo y Dios habla en los predicadores. Ministro que no los oye y prosigue, despedirle, y en el río y en el monte sea oído sólo el Rey, y no se atreva el criado á desatar la correa de su zapato, ni á bendecirle, si él no se lo mandare.

CAPÍTULO XX.

La paciencia es virtud vencedora, y hace á los reyes poderosos y justos. La impaciencia es vicio del demonio, seminario de los más horribles y artífice de los tiranos. (*Joan.*, XX.)

Thomas autem cum audisset a condiscipulis suis, quod vidissent Dominum, respondit: Nisi videro fixuram clavorum, et mittam manum meam in latus ejus, non credam. Denique venit, et dicit Thomæ: Infer digitum tuum huc, et vide manus meas, et affer manum tuam, et mitte in la-

tus meum: et noli esse incredulus, sed fidelis. Respondit Thomas, et dixit ei: Dominus meus, et Deus meus. «Como Tomás oyese de los que con él eran discípulos, que habían visto al Señor, respondió: Si no viere la señal de los clavos, y no metiere mi mano en su lado, no creeré. Finalmente vino y dijo á Tomás: Entra tu mano en mi lado, y no quieras ser incrédulo, sino fiel. Respondió Tomás, y dijo: ¡Señor mío y Dios mío!»

San Cipriano empezó aquella elegantísima oración del bien de la paciencia con estas palabras (siguiendo á Tertuliano, á quien llamaba maestro): «Habiendo de hablar, hermanos dilectísimos, de la paciencia, y declarar sus utilidades y provechos, ¿de dónde podré mejor empezar, que de la necesidad que ahora tengo de vuestra paciencia para oirme? Porque esto mismo que oís y aprendéis, sin la paciencia no lo podéis obrar.» Desta prevención me excusa, serenísimo, muy alto y muy poderoso Señor, el hablar en todo este libro con Vuestra Majestad, en quien resplandece heroica esta virtud, que el mismo santo mártir llama en esta oración *bien de Cristo;* y en otro lugar de la propia oración dice: «Porque esta virtud es común á nosotros con Dios.» Esto, que es de tan esclarecida loa al real ánimo de Vuestra Majestad, es de confianza á la poquedad de mi entendimiento; porque así como el que teme hablar con Vuestra Majestad reverencia su grandeza, así quien osa hablar con tan soberana grandeza, conoce vuestra piadosísima clemencia y benignidad. Yo trataré de la virtud de la paciencia ética, política y cristiana, y probaré que para la guerra, no sólo es fuerte y eficaz, sino que en la guerra, sin ella, los más fuertes son flacos; que siempre venció quien la tuvo; que siempre quien no la tuvo fué

vencido; que es autora de la paz, y quien la conserva, y quien solamente sabe gobernar en la paz y en la guerra; que ella contradice á todos los vicios; que con ella florecen todas las virtudes.

Mucho pareciera lo que prometo desta virtud, si no fuera aun más lo que ella obra. Por ser este capítulo el más importante desta política para todos y particularmente para los reyes y monarcas, busqué con atenta consideración en toda la vida de Cristo nuestro Señor, que toda fué paciencia desde el nacer al morir, lugar en que autorizar mi discurso; y por el más encarecido de su soberana, inmensa y benigna paciencia, escogí éste del Apóstol Santo Tomás. La causa que me obliga á preferirle á tan innumerables actos de paciencia en Cristo nuestro Señor, quiero que proceda á la doctrina política cristiana. Aguardó el Hijo de Dios, para encarnar, con paciencia enamorada que se llegase el plazo de las profecías y el de las semanas; aguardó para hacerse hombre el *sí* de su criatura, de su Madre y siempre Virgen; aguardó en su sacratísimo vientre los plazos de la naturaleza en los meses; nació yendo á obedecer el edicto de César quien es obedecido de los serafines; consintió que le fuese cuna un pesebre, y compañía dos animales; que siendo él fuego del divino amor, le hospedasen las pajas y el heno, no sólo seguros de incendio, sino gozosos; tuvo paciencia viendo que Herodes le espiaba la vida; y siendo toda la valentía del cielo, para huir con sus padres á Egipto. Esto será explayarme sin orilla, si prosigo por todas las acciones en que Cristo nuestro Señor tuvo la paciencia con ejercicio grande é incomparable. Llamáronle *comedor y endemoniado*, y no se enojó; quisiéronle apedrear y despeñarlo, y tuvo paciencia;

sufrió á Judas á su lado, tuvo paciencia para sentarle á su mesa, y para que comiese en su plato; besóle para entregarle, y pacientísimamente consintió el beso; escupiéronle muchos; dióle un ministro una bofetada, y el golpe que alteró el rostro no demudó su paciencia, azotóle Pilato; hicieron burla de su Majestad los soldados, hiriéndole con golpes, coronándole con espinas. Las señales se vieron en su santísimo cuerpo, no en su paciencia. Ésta más allá estaba de la furia y de la crueldad: todos la ejercitaban, nadie la irritó. Pusiéronle desnudo en la cruz por malhechor, entre dos ladrones. Tuvo paciencia para todas tres cruces: para la que padecía; para la del buen ladrón, perdonándole, y acompañándose con él en su reino; para la del malo, viendo que aun un ladrón no le quería acompañar. Vió á su Santísima Madre al pie de su cruz, vióla que le veía; vió que su cuerpo y su pasión la eran martirio; tuvo pacieneia para dejarla, para llamarla mujer, y darla por hijo su discípulo querido, para dársela por madre. ¿Puede ser la paciencia de Cristo más hazañosa, más divina, ni más encarecida? Señor, maravillosas acciones son éstas, dignas sólo del que era hijo de Dios y Dios verdadero; mas se obraron todas siendo hombre pasible, y que padecía como tal lo que vino á padecer por su amor y por nuestro remedio. Empero dudar Tomás Apóstol que hubiese resucitado, y decir que si no ve las señales de los clavos y entra la mano en su costado, que no lo ha de creer; y mandarle Cristo nuestro Señor resucitado, glorioso, impasible, que metiese la mano en su costado y manosease sus llagas, es hazaña de la paciencia divina, que excede toda ponderación, adonde se desalienta el espanto.

San Pedro Crisólogo pesa los quilates inmensos desta paciencia en el sermón 84. Juzguen los oídos y los ojos con oirlas ó con verlas el fil de las balanzas de sus preciosas palabras, que aun el desaliño de mi estilo no podrá apagar todas las luces que tienen: «¿Por qué así Tomás requiere las señales de la fe? ¿Por qué á quien tan piadosamente padece, tan duramente examina resucitado? ¿Por qué aquellas heridas que la mano impía rasgó, la diestra devota de nuevo las ara? ¿Por qué el lado que la impía lanza del soldado abrió, vuelve á cavarle del discípulo la mano? ¿Por qué los dolores que causaron los furores de los que le perseguían, la cruel curiosidad del compañero los renueva? ¿Por qué con los tormentos al Señor? ¿Por qué á Dios con las penas? ¿Por qué, para averiguar el médico celestial, el discípulo se informe de la herida? Cayó la potestad del demonio, abrióse la cárcel del infierno, fueron rotas las ataduras de los muertos. Muriendo el Señor, se arrancaron los monumentos; y resucitando el Señor, toda la condición de la muerte fué mudada: fué transtornada la piedra del mismo sacratísimo sepulcro del Señor; las ligaduras fueron deslazadas, y á la gloria del que resucitaba huyó la muerte, volvió la vida, resucitó la carne, que no había de volver á caer. ¿Y por qué á ti sólo, Tomás, demasiadamente curioso explorador, pides que solas las heridas se presenten para el juicio de la fe? ¿Qué fueron si éstas como otras cosas se hubieran borrado? ¿Cuál peligro hubiera ocasionado á tu fe esta curiosidad? ¿Juzgaste que no podías hallar algunas señales de piedad, ni documentos de la resurrección del Señor, si no surcabas con tus manos las entrañas que la judaica crueldad había arado?» No se hartaba el Santo de más elegante pluma,

de más sabroso estilo, con mejor metal de palabras, de ponderar la más encarecida ocasión á la más encarecida paciencia de Cristo.

Tertuliano, en su doctísimo libro *De Patientia*, dice: «La paciencia del Señor fué herida en Malco.» ¡Grande encarecimiento de la paciencia misericordiosa! Mas en Tomás fué la paciencia de Cristo en él propio (digámoslo así) sobreherida. Solamente la incredulidad inventará herir las mismas heridas; hízolas la judaica incredulidad, volvió á abrirlas la del discípulo; sus dedos volvieron á ser clavos, su mano lanza. Según esto, acreditado deja la elección que hice de este lugar, y acción de paciencia en Cristo, para arrimar firmemente á su doctrina este capítulo. Para empezar á discurrir en lo político cristiano, resta averiguar la utilidad que resultó desta incredulidad, que obligó á Cristo resucitado á tan soberana paciencia. Consecutiva al lugar referido la declara San Pedro Crisólogo: «Buscó, hermanos, esta piedad, inquirió esta devoción que después ni la misma impiedad pudiese dudar que el Señor resucitó. Pero Tomás, no sólo curó la incertidumbre de su corazón, sino la de todos. Habiendo de predicar esto á las gentes, diligente ministro inquiria cómo fortaleciese sacramento de tanta fe. De verdad más fué profecía que terquedad. ¿Pues para qué había de pedir esto, si de Dios no le hubiera sido revelado con espíritu profético, que para el juicio de su resurrección se guardaban sus heridas?» En importando, Señor, á la salud de los suyos, que la paciencia de Cristo sea ejercitada en su cuerpo, dispensa los privilegios de resucitado.

Yo aplico, para la inteligencia deste misterio, literales las palabras del Apóstol (cap. II, á los romanos):

«Todo lo cerró Dios en la incredulidad, para apiadarse de todos. ¡Oh altura de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios, y cuán investigables sus caminos! ¿Quién conoció el sentido del Señor? O ¿quién fué su consejero? O ¿quién le dió á él primero, y se le dará retribución?» No sé que haya otro lugar en todo el Testamento nuevo, en que literalmente se viese que Cristo lo cerrase todo en la incredulidad, para tener misericordia de todos, sino este de Santo Tomás; pues en su incredulidad desengañada y convertida en fe por la paciencia de Cristo, curó con misericordia la duda de todos los corazones, como lo afirma San Pedro Crisólogo en el lugar referido, diciendo que dudó Tomás para que nadie dudase. Es tan sublime esta misericordiosa paciencia de Dios, que en acabándola de referir, exclama San Pablo con tan esclarecidas palabras: «¡Oh altura de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios, y cuán investigables sus caminos!» Exclamación que nos da bien á entender de cuán majestuosa admiración está colmado este misterio, y que para mi intento es el ejemplar más á propósito y el mayor.

Ofréceseme considerar con novedad (quiera Dios con provecho y acierto) por qué causa, siendo María Madalena tan favorecida de Cristo, y tan amartelada y tierna amante suya, y que con tanta solicitud y lágrimas le buscaba en el sepulcro, habiendo asistido al pie de la cruz; cuando buscándole, y no conociendo á Cristo, le pregunta por sí mismo, y Cristo con sólo llamarla María se da á conocer, y ella derretida en amor le llama «Maestro», Cristo le dice: «No me quieras tocar»; y á Tomás, que certificándole los demás apóstoles que Cristo

había resucitado, dijo con despego incrédulo: «Si no veo las señales de los clavos y entro mi mano en su costado, no lo creeré»: no sólo se le aparece, no sólo dice que le toque, sino le manda que le escudriñe las entrañas, que le repase las heridas. ¿Por qué el Señor dispensa aquí, para que le toque Tomás, el inconveniente de no haber subido al Padre; y en la Madalena no lo dispensa, pues dice: «No me quieras tocar, porque aun no he subido á mi Padre?»

Señor, en tocar la Madalena á Cristo no había interés de bien universal, solamente una caricia amorosa de reverencia y adoración; más en el tocar Tomás á Cristo había utilidad para la fe y creencia de todos. Del tacto de aquella mano pendían los corazones de todos los hombres, el crédito de aquella gloriosa resurrección. Aquella mano, tentando con duda, adiestra á que nosotros con la fe, que es ciega, acertemos creyendo. Por eso acaba su sermón el gran Crisólogo diciendo: «Vengan y oigan los herejes; y como dice el Señor, no sean incrédulos sino fieles.» Cristo nuestro Señor no dispensó por las caricias en sus favorecidos y amados algo de su severidad, y siempre dispensó por el provecho y mejora de los suyos y de las almas. Cuando á Vuestra Majestad le dicen que un vasallo hizo de otra manera lo que en su real nombre se le mandó, ó que lo hizo mal, ó que no lo hizo, entonces ha de dispensar á intercesión de la paciencia (virtud de Dios) con su poder para castigarle, con su ira para deshacerle. Entonces para reducirle ha de hacer las más encarecidas pruebas de su real ánimo: no sólo le ha de oir Vuestra Majestad, no sólo dejar que le vea; ha de consentir que ponga la mano en las diligencias que á su remedio importan: que en estos

negocios tanto importa á los reyes dejar que los toquen los acusados para que los reyes no crean acusaciones envidiosas, como que los toquen para creer y obrar lo que dicen y mandan.

¿Cuál descortesía pudo igualarse á no creer que Cristo había resucitado, habiéndolo él dicho, y diciéndoselo á Tomás los otros Apóstoles? Empero el Señor, que vió el bien que resultaba de aquella incredulidad, olvidó la descortesía y atendió al provecho del mundo. ¿Quién contará los príncipes á quien ha depuesto su impaciencia? ¿Los que por ella han sido cuchillo de sus reinos, veneno de sus buenos vasallos, fin de sus grandes, vituperio de sus ascendientes, infamia de los siglos, escándalo á los porvenir y abominación á la memoria de las gentes? ¿Quién, sin perder la paciencia, pudo ser cruel? ¿Quién avaro? ¿Quién soberbio? ¿Quién adúltero? ¿Quién tirano? Si pudo resultar provecho tan grande de la incredulidad de Tomás examinada, ¿por qué, Señor, no podrá resultar para los reyes y príncipes, de la duda y terquedad de los vasallos? Para que esto no se averigüe, los que mal los asisten procuran que no sólo no puedan tocar á los monarcas, más ni verlos ni hablarlos. No quieren que la mano delincuente negocie por sí, sino con las manos que la hacen delincuente. Dios guarde á Vuestra Majestad, que en esto ha dado ejemplo á todos los reyes de su tiempo, cuando en materia tan ardua y temerosa se cerró con el Duque de Ariscot, gran señor en Flandes, y le oyó, y vió, y acercó á sí con piedad magnánima: de que espero resultará á él libertad con perdón, y á Vuestra Majestad gloria con seguridad.

El grande y magnánimo rey D. Alonso de Aragón (á quien todas las naciones llaman por excelencia el

Sabio) tuvo tan docta é invencible paciencia, que no sólo sufrió que se le atreviesen, como se vió en el soldado que en público en Nápoles le detuvo con insolencia, más no contento con perdonarlos, premió á los que dél hablaban mal; y no consintió que en su presencia se dijese de otros, como sucedió con los que notaron á Nicolao Pichinino de bajo nacimiento. No sólo no rehusaba que no le obedeciesen, antes mandaba á todos sus consejos que no le obedeciesen en lo que ordenase contra razón; y á los ministros que dependían de estos superiores mandaba que no los obedeciesen en lo que ordenasen en lo que no fuese justo. Así lo refieren todo esto deste raro ejemplo de reyes valientes y sabios y católicos Antonio Panormitano, en el libro que en latín escribió de sus dichos y hechos, adicionado por el doctísimo Eneas Silvio, obispo de Sena, por otro nombre papa Pío. Léase este libro y el que de su historia escribió el elegantísimo Bartolomé Faccio, y se verá cuánto mayor rey fué don Alonso con una paciencia perpetuamente docta y triunfante, que Alejandro Magno y César; cuánto mayor capitán que Aníbal y Escipión; cuánto más sabio que Sócrates.

Conozcan, pues, los que á los príncipes les quitan la paciencia, todo lo que les quitan; pues les quitan todo lo que es bueno y real. Deseo saber dónde halló Nerón paciencia para sufrir siempre y solos á aquellos que le quitaban la paciencia para que no pudiese sufrir á ningunos otros; y cómo y dónde dejaron estos paciencia en Nerón para sí, quitándosela para los demás. Tropelía es del diablo ésta: padecióla Roma en éste y en otros malos emperadores, sin entenderla. Tan grande virtud y tan real es la de la paciencia, que Tertuliano dice della estas

animosas y altísimas palabras, hablando de Cristo: «El que propuso esconderse en la figura de hombre, nada de la impaciencia de hombre imitó. Desto principalmente, fariseos, debisteis conocer al Señor: paciencia semejante ningún hombre pudo alcanzarla.» ¡Gran dignidad de la paciencia, que diga tan elegante y docto escritor que de la paciencia de Cristo principalmente debieron conocer los fariseos que era Dios; pues siendo hombre, no participaba nada de la impaciencia de hombre! ¿Quién desecha virtud que da á conocer á Dios, siendo hombre? Y ¿cuál hombre admitirá la impaciencia, no sólo pecado del demonio, sino artífice de los demonios y de los pecados y de los pecadores? Así lo prueba, desde Luzbel y Adán y Caín, universalmente, San Cipriano, en su *Oración de Paciencia*. Según esto, los que á su señor dijeren que tener paciencia es de esclavos y de bestias el sufrir, contradice á la verdad calificada por Cristo con sus mismas experiencias.

Tiene el diablo sus paciencias, porque siempre pone los nombres de las virtudes á sus maldades. Aconsejan los instrumentos de Satanás, que por un leve descuido quiten el oficio y el crédito á uno: quéjase, y dícenle con enojo que agradezca á la suma paciencia del rey el haberle sufrido sin hacerle morir en una prisión; préndenle, y dícenle que agradezca no haberle hecho quitar la vida; hácenle morir, lloran los hijos, dicen que fué paciencia no degollarlos con el padre. ¿Quién creerá esto, sino el que lo mandare hacer? Porque el demonio que lo aconseja, porque conoce lo que es, lo aconseja. Él no hace sino poner nombres: á la soberbia llama grandeza, á la envidia atención, y al robo ganancia, y á la avaricia prudencia, y á la mentira gracia, y á la venganza castigo;

y por el contrario, á la humildad vileza, á la pobreza infamia, al desinterés descuido, á la verdad locura, y á la clemencia flojedad. Y los que estudian por estos vocabularios sólo adquieren suficiencia para condenados. Dije que la paciencia siempre era vencedora en la guerra: lo que yo dije dicen las historias del mundo.

Alejandro el Magno, á quien el grito universal da mayor gloria militar, véase si fué en otra virtud tan frecuente ni tan glorioso: léanse sus acciones con los vencidos, con los que se le dieron, con los enemigos que cautivó. ¡Cuál ejemplo de paciencia dió con el aviso del veneno! ¡Cuál de constante ánimo y sufrido en las heridas, pues dice Plutarco que no tenía parte en su cuerpo que no se la señalasen! ¡Cómo trató á la mujer y hijas de Darío! ¡Cómo sufrió el motín de su gente! ¡Cuán magnánimo fué en dar lo que más quería! ¡Con cuán dócil paciencia oía de los sabios los consejos y las reprensiones! ¡De Diógenes los desprecios! Julio César, que le es segundo, sólo tuvo por principio, medio y fin de sus glorias la paciencia: esta fué su imperio y su mayor estratagema en la guerra. Carlos V, nuestro glorioso emperador, á quien estos dos deben ceder, á entrambos los excedió en grandeza. Nadie mereció el imperio con más virtudes, ni lo tuvo con más triunfos, ni le dejó con tanta gloria; y esto porque los excedió á todos en la virtud de la paciencia. No se lee sin ejemplo en ella alguna palabra en su vida ni en su muerte, por eso gloriosas entrambas.

Señor, esta doctrina de la paciencia militar un ejemplo de los romanos es quien mejor le enseña. Quinto Fabio Máximo (llamado *El Cuntador*, *El Detenido*, que en sustancia es *El Sufrido*), conociendo la valentía y

astucias de Aníbal, y que si recibía batalla ó si se la daba se perdía, aconsejado con la paciencia le llegó á desesperar. Los bachilleres en el Senado llamáronla cobardía; enviaron otro que alternativamente mandase con él: éste de impaciente dió la batalla de Canas y perdióse con toda la nobleza romana, sólo por haber perdido la paciencia con que Quinto Fabio vencía sin pelear. Irrefragable texto es en el libro I de los *Macabeos*, en el verso III del cap. VIII: «Y (oyeron) cuanto habían hecho en la región de España, y como habían puesto bajo de su poder las minas de plata y de oro que hay allí, y habían conquistado toda la región por su consejo y paciencia.» Donde el nombre *paciencia* dice literalmente toda la valentía victoriosa de los romanos en España.

La paciencia, Señor, no da lugar á la ira ni á la pasión, con que estorba la ceguedad, y se le debe la vista; da lugar al consejo y al mejor consejero, con que se le debe el acierto: ella dispone la prevención propria y embaraza la ajena; no admite presunción ni orgullo, con que no se precipita; no cree ligeramente, con que no se engaña; no se cansa de oir, con que se informa; ni de ver, con que se asegura; en los casos adversos se recobra, en los prósperos se reporta. Pues, Señor, si esto obra la paciencia, y la impaciencia lo contrario, y Cristo, naciendo, viviendo y muriendo, y lo que más es, resucitado, nos es (todo y en todo) ejemplo de paciencia, ¿quién no reconocerá en ella y por ella todas las utilidades de la guerra y de la paz del alma y del cuerpo, de la vida y de la muerte? Mucho importa la paciencia para vencer; mas si el vencedor la deja, podrá ser vencido de su propria victoria por la confianza della. Cristo nuestro Señor,

muriendo, había vencido la muerte y el infierno con la paciencia; y con no poder ser vencido nunca, ni de nada, victorioso y triunfante y resucitado, no sólo tuvo paciencia, sino la mayor, como he probado en este capítulo. ¿Quién peleó, como Job, con todos los elementos, con Satanás, con la salud y con los amigos? ¿Cuál persecución fué igual á la suya? Todo lo venció con la paciencia. Y victorioso por no quedar sin ejercicio de paciencia, dice Tertuliano en su libro *De patientia* que no pidió á Dios que le volviera con lo demás sus hijos, que le había muerto la ruina de la casa; que si los pidiera, otra vez se llamara padre. Sufrió tan voluntaria orfandad por no vivir sin alguna paciencia. Hasta en esto fué Job sombra de Cristo, que después de la victoria que le dió la paciencia, quiso quedarse con paciencia que le conservase victorioso. Que la paciencia en el príncipe y en los vasallos es el alma de la paz, es cierto, porque la paz es amor y caridad, y la caridad el Apóstol dice es paciente y es sufrida.

Con admirable elegancia lo dice Tertuliano (haréle español, con temor de poder expresar aquella elegancia africana): «La dilección, dice, es magnánima: así admite la paciencia. Es bienhechora: la paciencia no hace mal. No envidia: eso proprio es de la paciencia. No sabe á protervia: la modestia tomó de la paciencia. No se hincha, no se encona: no son cosas que pertenecen á la paciencia. No cobra lo proprio: súfrelo mientras á otro aprovecha. No se irrita: ¿qué dejará á la impaciencia? Por esto dice: La dilección todo lo sufre, todo lo sobrelleva; conviene saber, porque es paciente. Con razón, pues, nunca caerá: todas las demás cosas se evacuarán, serán consumidas. Agotarse han las lenguas, las cien-

cias y las profecías: quedan la fe, la esperanza y la dilección. La fe, que la paciencia de Cristo introdujo; la esperanza, que la paciencia del hombre espera; la dilección, que, teniendo á Dios por maestro, acompaña la paciencia.»

Luego pruébase que sin paciencia no se puede gobernar la paz; porque no hay fe, esperanza y caridad sin paciencia, y sin estas tres virtudes no puede haber paz, ni gobierno pacífico, ni cristiano. Por esto los que quieren á los reyes con paciencia para ellos solos, que á ellos solos los sufran, y que á todos los demás sean insufribles, en nada se ocupan tanto como en poner asco para la grandeza real en la virtud de la paciencia. Dicen que los hace despreciables, que los abate, que introduce pusilanimidad en su soberanía y abatimiento en su respeto, que les borra la majestad y se la vulgariza. Dicen verdad, si se entiende de la paciencia con que los sufren á ellos solos.

Quiero quitar á la paciencia estas máscaras abominables con que estos solicitadores de la mentira desfiguran la paciencia, y que descubra la hermosura de su rostro una acción del rey D. Alonso el Sabio, rey de Aragón, de Nápoles y Sicilia, rey que en los que le precedieron no tuvo de quien pudiese aprender ni ser discípulo, y de quien todos los por venir aprendieron y aprenderán. Refiérela el libro citado de sus *Dichos y Hechos*, en el folio 9, pág. 1, al fin, y refiérela Antonio Panormitano, que la vió. «Yendo que íbamos de Aversa para Capua, acaeció que el rey iba el delantero de todos: acaso halló que á un pobre hombre se le había caído en el lodo un asno cargado de harina, y él estaba en necesidad, sin haber quien le ayudase, dando voces. Los que algo atrás

quedábamos vimos al rey apearse del caballo; vimos luego al rústico asido de la una parte del asno y al rey de la otra; de manera que se lo ayudó á levantar del lodo. Nosotros entonces aguijamos y alimpiamos al rey del lodo que se le había pegado. El labrador que esto vió, y conociendo que era el rey, estaba espantado, y temblando de miedo pedía perdón. Esto fué, como veis, una muy poca cosa; mas sin duda fué causa la nueva que de aquí salió para que muchos pueblos de la Campania se dieran muy libremente al rey.» Y añade en su nota ó glosa Eneas Silvio, papa Pío: «El rey don Alonso, por haber ayudado al asnero, concilió á sí los de Capua.» Estas son, fielmente trasladadas, las palabras con que lo refiere Antonio Rodríguez de Avalos en la traducción de este libro, que hizo y imprimió en Amberes, en casa de Juan Steelsio, año 1554.

Señor, considere Vuestra Majestad si puede haber acción de rey en que intervengan más bajos interlocutores: un asno, un villano, una carga de harina, un pantano. ¿Quién duda que si estuvieran con el gran rey los que llegaron después á limpiarle el lodo, que, riñendo al villano por desvengozado, procuraran manchar con impaciencia aquel ánimo todo real? ¿Cuáles cosas dijera la retórica de la adulación contra el villano? ¿Qué inconvenientes hallara en el lodo para la grandeza coronada, y en la vileza del asno para el decoro de la caballería? Lo cierto es, Señor, que el rey lo hizo porque iba solo. ¿Qué le dió este asno caído y este lodo que le ensució, por medio de su magnánima paciencia? Muchos lugares de la Campania, y á Capua, fortísima ciudad y cabeza de aquella provincia. Más y mejor, muy poderoso monarca, conquistó el nunca bastante alabado rey D. Alonso con

un borrico caído, que todo el poder de los griegos con el caballo preñado de escuadras. Él, con lodo y sin sangre, ganó una provincia; ellos, con sangre y fuego y traición y engaño, una sola ciudad. Juzgue Vuestra Majestad si debió más aquel rey á su paciencia, que le apeó del caballo para levantar al asno caído y le enlodó en el pantano, que á sus allegados, que, estregándole el lodo, no hacían otra cosa sino quitarle la tierra que, agradecida á tal acción, pegándose á su vestido, le dió posesión de sí misma. Nunca se levantan más los reyes que cuando se bajan á levantar los caídos, aunque sean bestias. Este rey (de quien se escribe que estudió tantas veces con sus glosas toda la Biblia, que casi la tenía de memoria), sin duda de aquella meditación se dispuso á imitar, como le fué posible, la paciencia de Cristo, Dios y hombre verdadero; y esto le hizo rey poderosísimo, muy sabio, siempre triunfante, aun preso de sus enemigos, como se lee en su historia: en todo piadosísimo, sabio en dichos y en hechos, católico en ejemplo á todos sus vasallos, padre en el amor, rey y padre en la soberanía y gobierno, padre, rey y maestro en la enseñanza. He dicho cómo en su vida y en su muerte todo lo obró Cristo nuestro Señor con paciencia, y luego que resucitó. Resta decir cuánto y con cuál amor favorece la paciencia de los suyos, y cuánto le merecen con la paciencia. Murió Cristo, y fué su sacratísimo cuerpo sepultado; y en aquellos días que estuvo en el sepulcro, bajó su sacratísima alma al limbo á sacar las almas de los padres, que con tan larga y envejecida paciencia le estaban aguardando por tantos siglos. Premió la paciencia antes de resucitar con su glorioso cuerpo: fineza, Señor, llena de celestiales promesas á los que esperaren en su Di-

vina Majestad y le esperaren con infatigable paciencia.

Seis apariciones de Cristo, verdadero Rey y Rey de gloria, se leen después de su resurrección, y en todas mostró su inmensa paciencia con la incredulidad de los suyos, que no creían su resurrección y le tenían por fantasma, y oyendo á las santas mujeres que había resucitado, lo tomaron por burla.

De suerte, Señor, que el ministro de que Cristo se servía para todos sus negocios, vivo, y muriendo, y muerto resucitado, fué la paciencia. Bien encomendada queda con estas meditaciones para que el real ánimo de Vuestra Majestad y su piadosísima inclinación, su santo celo, su justicia católica, no despache nada sin ella, ni deje que se la usurpen, ni consienta que se la limiten, ni permita que se la comenten. Esto es desear que Vuestra Majestad prosiga lo que siempre ha hecho, y que siempre sea, como siempre ha sido, el mayor lugarteniente de Dios entre los monarcas temporales y el más obediente hijo de su vicario en la universal y católica Iglesia romana.

CAPÍTULO XXI.

En que se inquiere (siendo cierto que todas las acciones de Cristo nuestro Señor fueron para nuestra enseñanza) cuál doctrina nos dió con los grandes negocios que en las apariciones despachó después de muerto y resucitado, no pudiendo nosotros resucitar en nuestra propria virtud, y en elegir en apóstol á San Pablo después de su gloriosa ascensión á los cielos.—*Es texto las apariciones y el lugar de los actos de los Apóstoles.*

El lado de los grandes príncipes, en algunos de los que abrigan con él siempre su valimiento, tiene la asis-

tencia que la alma eterna en el cuerpo mortal; pues como ésta le disimula la corrupción, los gusanos y la ceniza, que en dejándole deshabitado se manifiestan, así aquel reprime el temor, la desconfianza y la incredulidad y otras cosas que valen por gusanos y horror. No consiente la familiaridad del príncipe que las advertencias leales, ó las quejas justas, ó las acusaciones celosas le descubran el asco que encierran los tales en los sepulcros de sus conciencias. No porque el monarca manda que no le desengañen, sino porque la gente engañada con el esplendor de la fortuna en que los mantiene siempre acerca de sí, ó respeta su elección ó la teme. Ignóranse los peligros que hay en los caminos, y los venenos que se retraen en las cavernas, y las fieras que se ocultan en los bosques, en tanto que el día con luz benigna desarreboza el mundo de las malicias de la sombra; empero en cayendo por su ausencia la noche sobre la tierra, á quien ciega y hace invisible, los ladrones se apoderan de los pasos, vuelan las aves enemigas del sol, las sierpes desencarcelan sus asechanzas, y los lobos aseguran los hurtos de sus dientes. Si un príncipe quiere saber las fieras que se emboscan en la felicidad de los que mal le asisten, hágalos unos días sombra, retíreles algunas veces sus rayos, déjelos (aunque sea por muy poco tiempo) á escuras, y verá en qué sabandijas desperdiciaba sus luces, y cuánta más verdad debe á su noche.

Malas costumbres son las de la costumbre, y desagradecidas; en el criado con el señor engendra confianza para él, y desprecio para el amo. Dicen que es otra naturaleza; y dos naturalezas solas en Cristo nuestro Señor, que es Dios y hombre verdadero, se ven. Desto hablo. Si un hombre es de tan mala naturaleza, que con-

siente que los malos le acostumbren á su trato, y esta costumbre se vuelve en él otra naturaleza, ¿por dónde hallará entrada el remedio, y salida el daño? No importa tanto apartar los que se allegan como los allegados; si son buenos, no por eso los pierde; si malos, por eso no le pierden. Quien ve que siempre tiene á uno, y cree que siempre le tendrá, siempre le tendrá en poco. No se deben volver las espaldas á los enemigos, que es infamia; mas pueden volverse á los amigos, por ser cordura. Dice el refrán francés: «De quien me fío, me libre Dios; que de quien no, me libro yo.» Ya que es bien político, yo le enmiendo para que sea pío; y porque sin Dios no podemos librarnos del mal, le corrijo: «De quien me fío, me libre Dios; que de quien no, ya me libró.» Vulgar cosa son los refranes, mas el pueblo los llama evangelios pequeños: véalos con buen nombre este tratado. Los ministros, muy poderoso Señor, han de ser tratados del príncipe soberano como la espada, y ellos han de ser imitadores de la espada con el príncipe. Este los ha de traer á su lado, ellos han de acompañar su lado. Y como la espada para obrar depende en todo de la mano y brazo del que la trae, sin moverse por sí á cosa alguna, así los ministros no han de tener otras obras y acciones sino las que le diere la deliberación del señor que los tiene á su lado. No acredita menos suspendido el rigor de los castigos por los ministros, al respeto que en no delinquir le tienen los vasallos, que la espada al valiente, cuando siempre en la vaina, de miedo, ninguno se atreve á ocasionarle que la saque. Al que siempre la trae en las pendencias desnuda, espadachín y revoltoso le llaman, no esforzado. No es más discreto muchas muertes en un médico, que muchos castigos en un rey. Sean, pues, al

lado del rey sus ministros como la espada. Esta, Señor, importa, y por eso se trae para la defensa de la propria persona al lado; y los que estiman su persona y vida, no sólo miran que sea de buena ley, sino que la prueban por si salta de vidriosa, ó se queda de blanda, lo que resulta del mal temple. Lo mismo, y con más razón y cuidado, se debe hacer con los ministros que se traen al lado. Probarlos, Señor; que suelen saltar con la pasión fuera de los límites de la equidad y justicia, y quedarse por el interés torcidos y con vueltas. Y es mejor que salte y se quede en las pruebas para el desengaño del príncipe, que en los despachos y tribunales para ruina de la república; cuánto es mejor que la mala espada se quiebre y tuerza contra la pared probándola, que en la pendencia con manifiesto peligro del que fió de ella.

Que esto se deba hacer y que se haya hecho, yo lo probaré con ejemplos magníficos de un emperador y un sumo pontífice. Fadrique Furio, en el tratado *Del consejo y consejeros*, refiere de Erasmo, en el panegírico al rey D. Felipe II, estas palabras: «Para conocer el príncipe si los consejeros le aconsejan fielmente, finja pedirles consejo en cosas que son contrarias al bien público, diciéndoles que, aunque sean tales, todavía importan al real servicio por ciertos diseños, como sería romper leyes importantes, privilegios grandes, poner tributos excesivos, y otras semejantes; y de la respuesta que los consejeros le dieren puede en alguna manera colegir qué tal es su amor para con la república.» Esto, Señor, expresamente es aconsejar que se prueben los ministros. Y si bien Erasmo en otras cosas fué autor sospechoso, este consejo está católicamente calificado. No con menos majestad que la de un emperador refiere la *Historia Tri-*

partita (lib. I, cap. VII), «que Constantino, emperador, quiso saber si los que le servían y aconsejaban eran fieles, y publicó que todos los que quisiesen dejar la fe de nuestro Redentor Jesucristo y volver á servir á los ídolos, lo pudiesen libremente hacer; que él no dejaría de servirse de ellos y tenerlos por amigos. Dejaron algunos la fe y volviéronse á ser idólatras, y el emperador no se sirvió más de los que la dejaron.»

Y porque hay más sacrosantamente superior dignidad á la imperial en el vicario de Cristo, sucesor de San Pedro, referiré de Paulo Jovio, (lib. XLIII), otra prueba de consejeros: «Paulo III, pontífice máximo, usaba de esta sagacidad para conocer la afición de los hombres y saber sus voluntades. Proponía sin necesidad algún negocio en que hubiese ocasión de porfiar, y decía á los cardenales que dijesen su parecer, y de sus porfías aprendía las respuestas para los embajadores de los príncipes.» Estos ejemplos refiere el doctor Bartolomé Felipe, en su doctísimo libro *Del consejo y de los consejeros de los príncipes*, en el discurso VI. Es tan importante la imitación de este modo de probar los ministros y consejeros, que porque hay otra mayor majestad que la del Sumo Pontífice, que es la de Cristo nuestro Señor, Dios y hombre verdadero, con un ejemplo suyo canonizaré esta doctrina; porque toda ella, como he propuesto, sea imitación de las acciones de Jesucristo, verdadero Rey. Fe católica es que el Hijo de Dios, cuando preguntaba algo á sus discípulos, sabía lo que habían de responderle; de que se sigue que se lo preguntaba para tentarlos, que es probarlos, y asimismo para dar ejemplo á ellos que le habían de suceder en el cuidado de las almas, y á los ministros y reyes; supuesto que si el mismo Dios no los revela lo

que les han de responder á lo que preguntan, lo ignorarán. Pruébase literalmente que Cristo (preguntando) tentaba á sus Apóstoles (*Joan.*, VI): «Dijo á Filipo: ¿De dónde compraremos panes para que coman éstos? Empero decía esto tentándole, porque él sabía lo que había de hacer.» Viene tan á propósito esta palabra *tentar*, á la comparación de la espada que yo hago con los ministros (pues vulgarmente llaman «tentar la espada» al probar su tieso y temple), que no es niñería el ponderar la alusión que en otras voces lo es. En San Mateo (capítulo XVI), San Marcos (cap. VIII), San Lucas (capítulo IX), se lee: «Preguntó á sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen las gentes que soy?» Esta fué la más grave prueba en que Cristo preguntó á sus discípulos, por ser la que ocasionó la confesión de San Pedro. Respondieron: «Unos dicen eres Juan Bautista, otros Elías, otros Jeremías, otros que pareces uno de los profetas, otros que resucitó uno de los profetas.» Respondieron los Apóstoles á la pregunta lo que habían oído. Entonces les dijo Jesús á ellos: «Vosotros, ¿quién decís que soy? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres Cristo, hijo de Dios vivo.»

Quería Cristo que la confesión de que era Hijo de Dios precediese á la elección de Pedro, para declararle por piedra sobre que había de fundar su Iglesia. Pregunta á todos quién decían las gentes que era. Todos respondieron lo que habían oído. Cuando preguntó á todos quién decían ellos que era, sólo Pedro dijo que Hijo de Dios vivo. Esto probarlos fué á todos, pues preguntaba lo que sabía le habían de responder, por dos razones: la *una*, para dar ejemplo á todos de que pues Él, siendo inefable sabiduría, probaba á los suyos, los que,

por ser hombres, viven las ignorancias del cuerpo, hagan lo mismo con los que, siendo también hombres, no son apóstoles. La *otra*, para enseñar á los reyes que el primer puesto, el mayor cargo de su gobierno, la suma dignidad no la han de dar por afición suya, ni dejar que se la sonsaque la maña, ni que se le arrebate la negociación, sino que la adquiera el mérito del que, probándole entre todos los demás, se adelanta en la fe y en los servicios y suficiencia para aquel cargo. Por esto, luego que le confesó por Cristo, Hijo de Dios vivo, le dijo: «Bienaventurado eres, Simón Pedro, porque la carne y la sangre no te lo reveló, sino mi Padre, que está en el cielo. Yo te digo á ti que tú eres piedra, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.» Fué decir: los demás refieren lo que les dijeron las gentes, y tú lo que te dijo mi Padre. De manera que para el ministerio superior, después de la prueba, entre los demás se ha de escoger el que en su respuesta no dice palabra alguna de la nota de carne y sangre.

Bastantemente dejo fortalecida mi proposición de que conviene que los ministros los pruebe quien los tiene al lado, como la espada, á quien acabaré de compararlos. Señor, no conviene tener siempre ceñido al lado al ministro, como no la espada: ésta se deja muchas veces en un rincón; muchas, por otra, ó ya sea más leve ó de mejor maestro. Lo propio se ha de preferir en el ministro. Si es tan pesado que venza para usar de él las fuerzas del príncipe, más es carga que ministro.

Si no es de buen maestro, discípulo de la fidelidad, de la verdad, de la humildad, de la templanza, del desinterés, más bien acompañado anda solo el lado del príncipe que con él. Si por nuestra naturaleza no hay hom-

bre que esté siempre igual consigo mismo, y son pocos los que cada día no están muchas veces consigo desiguales, ¿cómo podrá ser natural cosa estar siempre igual con otro? Esta, ya lo he dicho, no es naturaleza, sino costumbre; y quien debe imitar á Dios, ha de advertir que Cristo nuestro Señor, Rey, Dios y Hombre, no dijo: «Yo soy costumbre», sino «Yo soy verdad.» Agudeza es de Tertuliano, en el libro de *Virg. velandis.* Grandes palabras son, y llenas de salud: «Empero Cristo, Señor nuestro, se llamó verdad, no costumbre.»

Con esto he abierto la puerta á la consideración de este capítulo, que por ser de rara novedad ha necesitado de larga disposición. Dejo las explicaciones escolásticas y expositivas al tesoro de los Santos Padres y á las cuestiones de los varones doctísimos que en esto han escrito, antiguos y modernos. Yo sólo trataré de buscar enseñanza política y católica. Los negocios que Cristo nuestro Señor dejó para después de su muerte y resurrección, fueron gravísimos. El primero, hacer que los Apóstoles descubriesen con su muerte y sepultura la duda y la incredulidad, tan porfiada en algunos para enmendarla; reconocer el que le amaba más que todos con tres veces repetido examen; dar á Pedro las llaves y entregarle sus ovejas, lo que le había prometido; y después de su ascensión al Padre, elegir en Apóstol á San Pablo. Descubre muchas cosas la ausencia del príncipe en los que le asisten. Conviene que los desampare por poco tiempo, que los deje, que se esconda; y reconocerá presto lo mucho que en ellos tiene que corregir y reprender. Los Apóstoles habían visto á Cristo nuestro Señor resucitar muertos, y á Lázaro, no de tres días solamente, sino de cuatro. Ellos abrieron la sepultura; ellos se taparon las

narices por el olor de la corrupción. Aquel día más de los tres, contra su duda, se añadió con divina providencia. Habíanle oído decir que había de morir y resucitar al tercero día, y dudaron que habría podido cumplir en sí propio lo que le habían visto hacer y obrar en otros. Señor, la muerte y la ausencia igualmente son acompañadas entre los hombres de olvido. No sólo olvidan al que se fué y al que murió, sino á sí mismos. Y pues entre los Apóstoles se ejecutó esto con el Hijo de Dios en tres días de sepultura, mucho tienen todos que temer. Que los acusó el olvido, díganlo las palabras de San Lucas, cap. XXIV, en aquellos dos varones que, cuando las Marías fueron á buscar á Cristo en el monumento, las dijeron: «¿Por qué buscáis al que vive con los muertos? No está aquí; mas resucitó. Acordaos de qué manera os habló en el tiempo que estaba en Galilea, diciendo: Porque conviene que el Hijo del Hombre sea entregado á las manos de los hombres pecadores, y ser crucificado, y resucitar al tercero día; y acordáronse de sus palabras.» El texto las manda que se acuerden de lo que poco hacía les había dicho; y convence su olvido con decir que en oyendo las palabras se acordaron. Y lo que más se debe ponderar, que iba allí María Madalena, en cuya casa había resucitado Cristo á Lázaro su hermano. Ciego borrón el de la muerte, que olvida los oídos y los ojos, lo que oyó y lo que vió.

Señor: si un rey (no digo por tres días, sino por tres horas) se muriese de prestado para los que le asisten, para aquel en cuya casa obró mayores maravillas, ¡qué presto se vería vivo buscar entre los muertos, y no dar crédito á lo que en su favor se dijese, y partirse desconfiados, y verle y tenerle por fantasma, y no creerle á él

mismo hasta escudriñarle las entrañas con las manos! Todo esto sucedió á Cristo Jesús, de tal suerte, que en la última aparición (numérala *sétima* el reverendo padre Bartolomé Riccio, de la Compañía de Jesús, en su docto y hermoso libro *Vita D. N. Jesu Christi ex verbis Evangeliorum in ipsismet concinnata*), antes de subir á los cielos, se lee: «Á lo último, estando comiendo los once, se les apareció, y reprendió la dureza de su corazón porque no creyeron á los que le habían visto resucitado.» Estas cosas son tales, que en los ministros del lado se ha de saber para darlas remedio y no castigo; para mejorarlos, no para deponerlos; ni se pueden saber por los hombres, ni descubrirse de otra manera, que faltándoles algunos días, retirándoles el abrigo de su persona. Cristo, que pudo resucitar como Dios y hombre en su propia virtud, hizo esta prueba, sabiendo los corazones de los suyos, para que el hombre, que si muere no puede resucitarse, haga con la ausencia y el retiramiento lo que no puede hacer muriendo y enterrado.

La causa única de las inadvertencias confiadas de los criados preferidos para con sus señores, es persuadirse que siempre han de vivir para ellos; que nunca les pueden faltar. La medicina es que les falte algún tiempo lo que á eternidad se prometen, para que no merezcan que para siempre les falte lo que para siempre quieren. Quiere dar las llaves á San Pedro y hacerle su vicario y cabeza del apostolado, y aguarda que esté pescando en el mar. Quiere que se acuerde de su oficio y del barco y las redes que le hizo dejar de la mano; mas no quiere las deje de la memoria cuando le encumbra en tan soberana dignidad. Conoció San Juan primero á Cristo; mas Pedro, en oyéndole, estando desnudo, se vistió para

echarse, como se echó, en la mar; siendo así que estando vestido, para echarse en el agua, se debía desnudar. Lleno está de misteriosos preceptos este capítulo: Vuestra Majestad les dé la atención religiosa con que atiende al gobierno de su inmensa monarquía.

Dice el texto sagrado que aquel discípulo á quien amaba Jesús, le conoció y lo dijo á Pedro. Llámalos Jesús á todos y dales que coman, y luego delante de todos pregunta á Pedro: «Simón de Juan, ¿ámasme más que éstos?» Respondió: «Sí, Señor, tú sabes que te amo.» Díjole: «Apacienta mis corderos.» Díjole otra vez: «Simón de Juan, ¿ámasme?» Respondió: «Sí, señor, tú sabes que te amo.» Díjole: «Apacienta mis corderos.» Díjole tercera vez: «Simón de Juan, ¿ámasme?» Entristecióse Pedro porque le dijo tercera vez «¿Amasme?», y respondióle. «Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo.» Díjole: «Apacienta mis corderos.» Reparo, Señor, en que de todas tres preguntas, sólo en la primera dijo á San Pedro que si le amaba más que todos los demás. Señor, para dar á uno el primer puesto, hase de imitar á Cristo: Él no se le dió á su querido; diósele al que le quería más que todos; á él por esto se lo preguntó una vez; y por no entristecer á los demás con el exceso de amor en la comparación con ellos, dejó aquella cláusula en las otras dos preguntas. Reparo en que le preguntó tres veces si le amaba. ¡Gran cuenta tiene Cristo con los yerros que sus ministros cometen! Contóle á Pedro, con la advertencia, las veces que le había de negar, diciendo le negaría tres veces: ahora le hace confesar tres veces, porque hasta en el número cabalmente se desquite la culpa, antes que le entregue sus corderos. Oso afirmar que luego que Cristo la primera vez preguntó á San

Pedro si le amaba, se acordó de que le había negado; y pruébolo con las palabras que dijo: Respondió: «Sí, Señor»; y añadió: «Tú sabes que te amo.» Esta fué razón que le mostró escarmentado de haber asegurado de sí y por sí que si conviniese, moriría por Cristo, y no le negaría; y por eso, habiendo respondido que le amaba, siempre añade que Él lo sabe, remitiendo su verdad, no á su afirmación, sino á su inefable sabiduría. Mas la tercera vez que Cristo se lo preguntó, dice el Evangelista que «se entristeció Pedro porque le dijo tercera vez: ¿Amasme?» Es la razón que la primera vez Pedro se acordó de que había negado lo que había dicho y prometido, para enmendarse en el modo de asegurar lo que dijese, como lo hizo. Mas cuando vió que tercera vez le preguntaba Cristo la misma cosa, reconoció que le acordaba de que tres veces, habiéndole advertido, le había negado. Y es diferente acordarse uno del delito que cometió y de que ya se había arrepentido y de que entonces se enmendaba, de ver que le acuerde de él el Señor contra quien le cometió. Grandes méritos fueron para ser vicario de Cristo acordarse de la ofensa que le había hecho y había llorado amargamente para enmendarla, y entristecerse porque el Señor, que fué ofendido, con el número de las preguntas le acordó de su negación: dióle las llaves del cielo y de la tierra.

El discípulo amado conoció á Cristo primero, y lo dijo á Pedro. Proprio es del amado conocer al amante. Pedro lo oye; y para arrojarse al mar, estando desnudo, se viste y se arroja para ir á Cristo. Estas son las señas del que ama: no reconocer peligro ni temer mar ni borrascas, y hacer finezas por ver á lo que ama, y ser impaciente de las tardanzas del barco en que el amado y

los demás vinieron. El que ha de ser ministro primero, no sólo ha de ser el que primero se arroje en el peligro y en las ondas, sino el que solamente se arroje. No ha de nadar desnudo, como los que no tienen el puesto que tiene; ha de nadar vestido y con el embarazo de su cargo y obligación. Díjole el Señor, viendo esta acción; y después de las tres preguntas, mandándole apacentar sus corderos: «De verdad, de verdad te digo: Cuando eras mozo te ceñías y ibas donde querías; cuando envejecieres, extenderás tus manos, y ceñiráte otro y te llevará donde tú no quieres.» Lugar difícil, que literalmente pretendo declarar conforme á lo que dice el Evangelista: «Esto decía significando con qué muerte había de clarificar á Dios», aplicando á esta verdad las acciones de San Pedro. Luego que oyó decir á Juan que era Cristo, estando desnudo se vistió para echarse en el mar y ir á Cristo, sin aguardar la pereza del barco: arrojóse, fué y llegó á Cristo, donde y á quién iba. La majestad divina, que le vió ceñirse para nadar y nadar y llegar á su mano, como soberano monarca le previno con celestial advertencia cuán diferentemente había de navegar el gobierno de la Iglesia, que el mar, diciéndole: Pedro, siendo pescador, para arrojarte al mar tú mismo te ciñes y vas donde quieres (lo que ahora has hecho); mas en siendo mi vicario en la tierra, extenderás tus manos en la cruz: no te ceñirás, que otro te ha de ceñir; no te será peso la túnica que tú te pones, sino tu proprio oficio; y entonces irás, no donde quieras tú, sino donde la obligación y necesidad de tu ministerio por mi servicio y gloria te llevare.

Señor: juntamente da Dios con el primer puesto al ministro noticia del martirio que con él le da, y de que

lo ha de llevar el oficio donde le conviene al oficio, y no donde querrá ir él. Dícele: «Que le siga á él solo»; y volviendo Pedro, vió á aquel discípulo á quien amaba Jesús, que seguía, el que se recostó en la Cena sobre su pecho, y le dijo: «¿Quién es el que te ha de vender?» Y como á éste le viese Pedro, dijo á Jesús: «Señor, ¿qué ha de ser de éste?» Respondió Jesús: «Así quiero se quede hasta que yo venga: á ti, ¿qué te importa?» ¡Qué cuidado tan digno de ser primero en el celo del privado, solicitar el puesto y la dignidad del amado del rey, y no contentarse de seguir él solo con puesto á su señor, sino desear que el que ama y le sigue sin puesto, le tenga! No sabían los celos políticos y carceleros del espíritu de los monarcas por donde se entraba al corazón de Pedro; empero San Juan, que era el querido y es quien de sí mismo y de San Pedro escribe esto, por sí, ni de sí, para sí no habló. ¡Divino y altamente meritorio silencio! ¿Cómo pudiera merecer ser entre todos el amado de Cristo quien tuviera otra cosa que desear más que ser su amado? Esto dió á entender el proprio Evangelista; mas podría ser que yo el primero lo advierta. No con otro fin, á mi parecer, en este caso dijo de sí San Juan que era el discípulo que amaba Jesús, añadiendo los actos tan preferidos y exteriores con que lo había Cristo manifestado, como en recostarle sobre su pecho en la Cena, el ser él quien le preguntó quién le había de vender. Fué decir el mismo Evangelista, viendo que Pedro preguntaba què había de ser él: «¿Yo qué tengo de ser, si soy el amado de Cristo y el favorecido?» Y por eso refirió los actos en que lo había dado á entender Cristo, y aquel en que San Pedro y los demás, reconociéndole por el discípulo querido, le pidieron preguntase á Cristo

quien le había de vender. No refirió el querido de Jesús el mayor favor, que fué encomendarle á él su santísima Madre muriendo, y llamarle hijo de María su madre siempre Virgen, por ser aquel un favor de tan excelsa majestad y grandeza, que no se debía alegar en propria causa por el exceso de su misteriosa prerrogativa.

Respondió Cristo á San Pedro: «Así quiero se quede hasta que yo venga: á ti ¿qué te importa?» No ha de consentir el monarca que le inquiera el más preeminente ministro el intento, ni lo que calla, ni que sepa de su pecho sino lo que le dijere. Entonces, Señor, estará el lado del monarca bien asistido, cuando el ministro á quien ama esté contento con ser su amado; y el que más le ama á él, no sólo no tema que otro le siga con puesto, sino que lo procure con el rendimiento á su voluntad, de que en este suceso se le da ejemplo.

Resta considerar, después de muerto y resucitado y haber subido á los cielos, qué ejemplo dió político divinamente con la elección de San Pablo en Apóstol. Dió, Señor, ejemplo á los reyes de tan alta importancia, que temo las pocas fuerzas de mi ingenio para ponderarlo. De la manera que confiesan los filósofos que el mayor primor de la medicina es hacer de los venenos remedios, lo que acredita la triaca, enseñó Cristo Jesús que el mejor primor del gobierno era hacer de los enemigos, y de los mayores, defensa. San Pablo fué infatigable perseguidor de Cristo y de los cristianos, y celoso de la ley que profesaba. Con los edictos para su prisión y muerte, ansioso discurría de unas en otras ciudades: guardó las vestiduras á los que apedrearon al protomártir Esteban. A este enemigo tan diligente, yendo á toda diligencia á ejercitar contra sus fieles creyentes su odio, se le aparece

en tempestad, le habla con truenos y le ciega con rayos; derríbale del caballo, hállase caído; mira y no ve; conoce que está ciego. No lamenta la vista, ni el golpe de la caída; ni pide á los que iban con él que le levanten, ni les dice que la vista le falta: cosas todas que á todos dicta la naturaleza en tales accidentes. Sólo dice: «Señor, ¿quién eres?» ¡Grande espíritu, aun cayendo y antes de levantarse, que conoció que de aquel trabajo había de acudir al Señor y no á los que con él iban, á saber quién era el que le castigaba, y no á convalecer del castigo! Fuéle respondido: «Yo soy Jesús, á quien persigues: dura cosa es para ti repugnar contra mi estímulo.» Atemorizado y temblando dijo: «Señor, ¿qué quieres que haga?» ¿Qué más evidente señal de lo que había de ser, que tal respuesta? No dijo: «Dame, Señor, mi vista que me has quitado, descánsame del golpe.» Luego se olvidó de sí, y creyó con supremo afecto, y se resignó en la voluntad sola de Dios, y la tuvo por ojos y descanso. Mandóle ir á Damasco, y no replicó que le diese vista para ir. ¡Qué fe tan pronta! Conoció que la obediencia suplía y aventajaba la guía de los ojos proprios. Arte de Dios derribar al levantado para alzarle, cegar al que ve para que sepa ver. A los demás Apóstoles llamó con halago; á San Pablo con enojo, entre horror y amenazas: á cada uno habló Cristo en su lenguaje. San Pablo era la tempestad de los que creían en Cristo, era rayo de los fieles: oiga rayos y tempestad. Quiérele para arma escogida para sí (eso es vaso de elección): búscale arma ofensiva y ejercitado en serlo.

Señor: teniendo sus doce Apóstoles, y electo á Pedro por su cabeza, lleno el número por la falta de Judas; después de su ascensión, y enviado sobre ellos el Espí-

ritu Santo, ¿qué necesidad había de otro Apóstol? Había electo los doce viviendo; habíasele ahorcado el uno, que le vendió juntos los Apóstoles para que se cumpliese lo que dijo el Profeta, eligieron á Matias, sobre quien cayó la suerte. Importaba elegir desde el cielo un Apóstol que se siguiese á la venida del Espíritu Santo: este fué Pablo (llamémosle así), electo Apóstol valentón de Cristo. Que le sea decente tal epíteto, lo declara el miedo que Ananías confesó le tenía por perseguidor de los cristianos, y mejor las palabras de Cristo á Ananías: «Ve, porque este es arma escogida para mí, para que lleve mi nombre delante de las gentes y de los reyes é hijos de Israel. Yo le enseñaré cuánto conviene que padezca por mi nombre.» Todas las cosas á que le destina son de gran valentía y llenas de peligros. No repararé yo sin gran causa en la novedad de elegirle en Apóstol después de los doce, y después de la ascensión. Del mismo santo Apóstol lo aprendí. (En la epístola *Ad Corinth.*, I, cap. XV). Tratando de cómo fué visto Jesús de los Apóstoles y de otros muchos, por su orden, empezando de Cefas, que es Pedro, dice: «Mas últimamente el postrero de todos como abortivo, fué visto de mí.» para que fuese necesaria esta visión en que le eligió, y el Apóstol llama *abortiva*, dícelo el mismo vaso de elección en esta epístola (cap. IV): «Persuádome que á nosotros nos declaró Apóstoles después de los demás, como á destinados á la muerte, pues somos hechos espectáculo al mundo, á los ángeles y á los hombres.» Con estas palabras parece que no desdeña San Pablo el epíteto de Apóstol valentón de Cristo. Dice fué nombrado el postrero, como destinado á la muerte, y que era espectáculo al mundo, y á los ángeles, y á los hombres con sus tra-

bajos, peregrinaciones, borrascas, destierros, azotes y cárceles; cuyo número cuenta él mismo gloriándose en el número. Importa mucho, Señor, esta elección, que parece abortiva, de ministro destinado á la muerte y á ser espectáculo de todos por su señor. Y á quien más importa es á los ministros electos antes, y entre ellos al supremo entre todos y sobre todos.

Si Cristo no eligiera á San Pablo, ¿quién se atreviera á reprender en su cara á San Pedro? En la epístola *Ad Kalatas*, cap. II: «Como viniese Cefas á Antioquía, delante de todos me opuse á él, porque era reprensible.» Y más adelante pocos renglones: «Díjele á Cefas delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como las gentes, y no como los judíos, ¿cómo obligas á las gentes á judaizar?» Este lugar fué batalla de las dos más altas y sagradas plumas, entre San Agustín y San Jerónimo. Tanto han sudado, como escrito, para desatar el rigor destas palabras muchos doctísimos escritores. Los más procuran que San Pedro, aunque fuese reprendido, no tuviese culpa, ni San Pablo en reprenderle con muy doctas y piadosas explicaciones. San Ambrosio, en el *Exameron:* «¿Por ventura alguno de los otros se atreviera á resistir á Pedro Apóstol primero, á quien dió el Señor las llaves del reino de los cielos; sino otro tal, que confiado en su elección, y sabiendo que no le era desigual, constantemente reprobara lo que él hizo sin consejo?» ¡Luego es utilísimo al supremo ministro que el monarca, después de su elección, elija otro que no le sea desigual y se atreva á contradecirle en su cara, y á reprenderle ásperamente delante de todos. Proprios ministros escogidos por Dios, que tocando al servicio suyo, el postrero se oponga severamente al primero en público

y en su cara, y el primero ni se indigne ni responda.

Esto, Señor, me ha persuadido siempre que con un mismo celo iban San Pedro y San Pablo á un fin. He tenido muchos años atareado mi corto entendimiento á la inteligencia de este lugar: he leído muchos pareceres eruditos é ingeniosos. Unos dicen que fué concierto entre los dos Apóstoles, y que fué disimulación la de San Pedro. Otros, por no admitir en cosa tan grande la disimulación, por parecerles medio forastero desta materia tan sagrada, siguen otras veredas, no obstante que para calificar la disimulación les citan las palabras del Evangelio que, hablando de Cristo, dice: «Con disimulación dió á entender iba lejos.» El doctísimo cardenal de San Sixto en este lugar entiende *reprehensibilis*, reprensible, por *reprehensus*, reprendido, y añade: «Y por esto Pablo, proponiendo esta historia, dice: Porque había sido reprendido»; conviene á saber, por los gentiles, llevando mal la novedad. Esta novedad fué que San Pedro comía con los gentiles antes que viniesen algunos de con Jacobo, y luego se retiró de ellos. Así lo cuenta San Pablo en este capítulo, y á esta narración sigue su represión. Gelasio I, pontífice, San Gregorio, pontífice, Enodio, tratan variamente esta dificultad.

Empero San Juan Crisóstomo, sobre la epístola *Ad Galatas* (siendo tan amartelado discípulo de San Pablo, que le llama *cor mundi*, corazón del mundo), dice: «Muchos, que con poca atención leen este lugar, juzgan que San Pedro es indiciado de simulación por San Pablo. Empero esto no es así: digo que no es así; apártese de todos entender tal. Porque en esto hallamos mucho de prudencia, así de San Pedro como de San Pablo.» ¡Oh palabras, que en el precio y riqueza se conoce las pro-

nunciaron las minas de aquella boca de oro! Prosigue el gran padre en un panegírico de las hazañas de la fe, á todos adelantaba la de San Pedro, y dice: «De donde Pablo reprende y Pedro calla; porque en tanto que el maestro reprendido no responde, con más facilidad los discípulos muden de opinión.»

Según esto fué método celestial callar San Pedro á la represión que no le tocaba, porque viéndole sus discípulos no responder, no se avergonzasen de mudar de opinión. Pruébalo así palabra por palabra el gran Crisóstomo, y lo dice: «Porque si Pedro, oyendo aquellas palabras las contradijera, podía alguno con razón culparle porque subvertiera la dispensación.» ¡Gran ministro superior Pedro, que por el servicio de su Señor se dejó desautorizar con los semblantes de la reprensión; que propuso al negocio los privilegios de cabeza del apostolado; que se convenció sin tener de qué, para que sus discípulos, que tenían de qué, se convenciesen! No ha hecho ministro á señor tan grande servicio, ni tan costoso para el que le hizo. Gran padre y gran santo ha habido que dijo que, aunque levemente, San Pedro había delinquido. ¿Qué mayor mérito, que siempre está creciendo en recomendación del servicio con las continuas controversias en el sonido riguroso de las palabras? Mal imitan esto, Señor, aquellos ministros de los reyes del mundo que sobre ceremonias delgadas del oficio, sobre cortesías vanas, sobre poco antes ó poco después, ó alborotan los reinos, ó los pierden; y así las batallas, ó los socorros que se les ordenan.

Las más rigurosas palabras de la reprensión fueron: «Y consintieron con su simulación los demás judíos; de suerte que también Bárnabas fué llevado á su simula-

ción.» Coméntalas el gran Crisóstomo: «No te espantes si este hecho le llama hipocresía, quiere decir, disimulación; porque no quiere (como primero dije) descubrir su consejo, porque ellos se corrijan. Y porque ellos estaban vehementemente asidos á la ley, por eso llama disimulación el hecho de Pedro, y severamente le reprende para arrancarles la persuasión, que en ellos había echado raíces; y oyendo esto Pedro, juntó disimulación con Pablo, como que hubiese delinquido, para que por su reprensión se enmendasen.» Convino que San Pedro dejase la reprensión de lo que él toleraba á San Pablo; porque viendo los engañados que su maestro callaba y se convencía de las rigurosas palabras del que le era inferior, por las llaves que á él sólo le fueron dadas, reconocido por cabeza de todos los Apóstoles, era él solo medio eficaz de su reducción; pues solo ver convencido á su maestro les pudo quitar el empacho de convencerse. Señor: todos los negocios que importan la salud de muchos, si no hay otro modo (y pocas veces le hay), se deben hacer á costa de los grandes ministros.

Que pudo San Pedro tolerar lo que San Pablo reprendió á los otros en su persona, y en su cara, y delante de todos, yo lo añado á este discurso del caudal corto de mis pocos estudios: si lo aplico á propósito, el texto es irrefragable, y podrá ser alguno me lo agradezca. Oponían los fariseos á Cristo acerca de la indisolubilidad del matrimonio la ley de Moisén. «Díjoles: Moisén por la dureza de vuestro corazón os permitió á vosotros repudiar vuestras mujeres; mas al principio no fué así (*Matth.*, XIX).» Dice Cristo que Moisén lo permitió por la dureza del corazón de los judíos: mas no dice que Moisén pecó en permitirlo: la culpa da á la

dureza de sus corazones, no á Moisén por lo que permitió. No de otra manera San Pedro por la dureza de sus corazones toleró en ellos lo que San Pablo reprendió después, para que su tolerancia ocasionase el remedio; que de otra manera antes ocasionara escándalo y ruina, que enmienda.

Cuán fértil de las más secretas é importantes doctrinas políticas cristianas ha sido este capítulo, conoceràlo quien lo leyere, lograrálo quien lo imitare.

CAPÍTULO XXII.

Cómo ha de ser la elección de capitán general y de los soldados, para el ministerio de la guerra: contrarios eventos ó sucesos de la justa ó injusta; y el conocimiento cierto de estas calidades.

Post mortem Josue consuluerunt filii Israel Dominum, dicentes: Quis ascendet ante nos contra Chananaeum, et erit dux belli? (Lib. Judic., cap. I, in principio.)

Tiene grandes prerogativas la materia de la guerra y la elección de capitán general, para que á ella preceda el consultarla con Dios. Él se llama *Dios de los ejércitos*, y así le llama la Sagrada Escritura. David no tuvo guerra, ni se defendió de enemigos, ni los venció, sin que precediese esta consulta. De las acciones humanas ninguna es tan peligrosa, ni de tanto daño, ni asistida de tan perniciosas pasiones, envidia, venganza, codicia, soberbia, locura, rabia, ignorancia: unas la ocasionan, otras la admiten. Es muy difícil el justificar las causas de una guerra: muchas son justas en la relación, pocas en el hecho; y la que raras veces es justificada con ver-

dad, es más raro limpiarse de circunstancias que la disfamen. Las que Dios no manda, desventuradamente se aventuran; y en las que él manda, no es dispensable, sin consultarle y sin su decreto, el nombrar capitán general que gobierne en ellas. Lo que en el Testamento viejo despachó el coloquio con Dios, hoy lo negocia la oración á Dios, los sacrificios. Los hombres juzgan de otros por lo que saben; es poco: por lo que ven; es corto: por lo que oyen; es dudoso: por felices sucesos; tiene menos riesgo, y el engaño más honesta disculpa; mas ninguna desquita los arrepentimientos de los días y de las ocasiones. Victorias conseguidas por estos medios, medios son de vencimientos y persuasión para ruinas. Es materia que está fuera de la presunción del sexo humano.

Adviértase que, no sólo se ha de pedir á Dios nombre capitán, sino que se ha de saber pedir, no para que los envíe ni los mande con las órdenes solas, sino quien vaya delante en la guerra y en el peligro: «¿Quién subirá contra el cananeo delante de nosotros?» No basta que vaya con ellos, sino va delante. Más importa que yendo delante le vean los soldados pelear á él, que no que yendo detrás vea él pelear á los soldados, cuanto es más eficaz mandar con el ejemplo que con mandatos; más quiere el soldado llevar los ojos en las espaldas de su capitán, que traer los ojos de su capitán á sus espaldas. Lo que se manda se oye, lo que se ve se imita. Quien ordena lo que hace, deshace lo que ordena: «Dijo el Señor: Judas subirá.» ¡Breve y ajustado decreto! Elígeles el general, y con la condición que le piden. Dijeron: «¿Quién subirá delante de nosotros?» Responde: «Judas subirá.» Saber pedir á Dios, es el arte de alcanzar lo que se pide.

Y dijo Judas á Simeón, su hermano: «Sube conmigo á mi fuerte y combate contra el cananeo, y yo después iré contigo á tu fuerte.» Y fué con él Simeón. El pueblo pidió capitán á Dios, que subiese delante de ellos: diósele Dios con promesa de la victoria. Y respondió el Señor: «Judas irá, porque yo he puesto la tierra en sus manos.» Pues ¿cómo Judas, siendo él solo nombrado, dice á su hermano Simeón que suba con él, y parte con otro el cargo que Dios le dió á él solo? Parece desconfianza de la victoria que le prometió; esto parece, mas no lo es. Toca al Dios de los ejércitos nombrar al general y dar la victoria que puede dar él solo; empero deja los medios al hombre. Dejó á Judas el hacer las confederaciones y alianzas: sabía que era advertido en hacerlas. Hízola con su hermano Simeón, no por hermano, que todos lo eran, sino por más vecino á su tribu, cuyas ciudades estaban, no sólo juntas, sino mezcladas, por más amigo con experiencias repetidas. El socorro apartado menos dañoso es cuando se niega que cuando se tarda: previénese el que no le espera; engáñase el que le aguarda; emprende lo que solo no pudiera, juzgándose asistido, y hállase solo. Por eso dice el Espíritu Santo en los *Proverbios:* «Mejor es el amigo cerca que el hermano lejos.» En nuestro caso hay cerca hermano y amigo. Quien hace liga con príncipe distante, prevéngase á quejarse de sí, si viene después que le hubo menester; y si no viene, de él y de sí.

«Entregó Dios en las manos de Judas al cananeo y al fereceo, y degollaron en Bezec diez mil hombres. Y hallaron á Adoni-bezec en Bezec, y pelearon contra él, y vencieron al cananeo y al fereceo. Empero huyó Adoni-bezec: siguiéronle y aprisionáronle, cortándole

las extremidades de las manos y de los pies. Y dijo Adoni-bezec: «Setenta reyes cogían las migajas que me sobraban debajo de mi mesa, cortadas las extremidades de las manos y de los pies: como yo lo hice, así lo hizo Dios conmigo. Lleváronle consigo á Jerusalén, y allí murió.»

Guerra que es instrumento de la venganza de Dios en sus enemigos, en su justicia se justifica. Asistir á la causa de Dios es ser ministros suyos; ser medio de su providencia es calificación de la victoria. Cogen á Adoni-bezec, y córtanle las extremidades de los pies y manos, y confiesa él mismo que Dios hizo con él lo que él con setenta reyes. Sepan setenta reyes que pueden ser despedazados de uno, y sepa el que los despedazó que puede ser despedazado, y que cada uno se condena, en lo mismo que hace padecer, á padecer lo mismo.

Enojóse Dios con su pueblo. ¿Por qué? Porque, mandándole que no perdonase á sus enemigos, los perdonó. Quien perdona á los enemigos de Dios, no es piadoso por Dios, es rebelado contra Dios. Excitó Dios por esto enemigos que le oprimieron: abrióles los ojos la calamidad, que es el colirio de los que ciega el pecado. «Y los hijos de Israel volvieron á hacer el mal delante del Señor, después de la muerte de Aod. Y entrególos el Señor en manos de Jabin, rey de Canaan, que reinó en Asor.» Cuando entrega Dios una república ó una nación en manos de sus enemigos, negociación es de sus culpas. El pecado es período de los imperios y la cláusula de las dominaciones y ejércitos. Menos hace lo que los enemigos pueden que lo que las culpas merecen. Quien quisiere vencer, no se deje vencer de las ofensas de Dios. Había una profetisa llamada Débora, mujer de Lapi-

doth: ésta en aquel tiempo gobernaba el pueblo. Y sentábase debajo de una palma que tenía su mismo nombre, entre Rama y Bethel, en el monte de Efraim, y venían á ella los hijos de Israel en todos sus litigios. Ella envió á llamar á Barac, hijo de Abinoem de Cedes de Néftali, y díjole: «El Señor, Dios de Israel, te manda; vé, y lleva el ejército al monte Tabor, y tomarás contigo diez mil combatientes de los hijos de Neftali y de los hijos de Zabulón; y yo haré que vengan á ti en el lugar del arroyo de Cison Sísara, general del ejército de Jabin, y sus carros y toda su gente, y los pondré en tu mano.» Y díjole Barac: «Si vienes conmigo, iré; mas si no quieres venir conmigo, no iré.» Ella le respondió: «Bien está, yo iré; empero esta vez no se atribuirá á ti la victoria, porque Sísara será vencido de una mujer.» Dicho esto, Débora se levantó y fué con Barac á Cedes. Dice Débora á Barac que Dios le manda que vaya á la guerra con diez mil hombres, y que vencerá á sus enemigos; y él responde á Débora que si ella va con él, irá, y si no, que no irá. Parece desconfianza de la palabra de Dios, y que duda de que, yendo solo, tendrá la victoria. Responde Débora: «Yo iré; empero esta vez no se atribuirá á ti la victoria, porque Sísara será vencido de una mujer.» Dicho esto, Débora se levantó y fué con Barac á Cedes.

La más recóndita doctrina militar se abrevia en este suceso. Si yo sé desañudarla de las palabras, deberánme los príncipes y soldados la más útil lección. Llevar Barac consigo á Débora, mujer con quien ó por quien habla Dios, no es desconfiar de su promesa, sino acompañarse de su ministro. Quiere ir, porque le dice Débora que vaya de parte de Dios; y no quiere ir sin Débora, mujer

santa, favorecida de Dios: obedece el mandato y reverencia la mensajera. Quien se acompaña de los favorecidos de Dios, asegurar quiere lo que por ellos les manda Dios.

Bajemos á lo político. Mandar ir á la guerra á otros, y si es necesario, no ir quien lo manda, aun en una mujer, no lo consiente Dios. Por esto fué Débora con Barac luego que él dijo no iría si ella no iba. Los instrumentos de Dios no rehusan poner las manos en lo que de su parte mandan á otro que las ponga. Esto en Barac fué obedecer y saber obedecer, y en Débora dar la orden y saberla dar; ser ayuda al suceso, no inconveniente. Puso Dios este ejemplo en una mujer porque ningún hombre le pudiese rehusar y porque quien le rehusase fuese tenido por menos que mujer.

No es menos importante la doctrina que se sigue. Dice Débora que irá con Barac; empero que la victoria de Sísara no sería suya, sino de una mujer: cosa que parece había de disgustar á Barac y desazonarle, y orden en que retrocedía con disfavor suyo la gloria que se le prometió sólo en la orden primera. No obstante esto, Barac fué y obedeció.

¿Cuántas plazas se han perdido, cuántas ocasiones, y por ellas batallas de mar y tierra, sólo por llevar ó no la vanguardia, tener este ó aquel puesto, lado izquierdo ó derecho, sobre quién ha de dar las órdenes y á quién toca mandar? Son tantas, que casi todas las pérdidas han sido por estas competencias más que por el valor de los contrarios. Generales y cabos que gastan lo belicoso en porfiar unos con otros, al cabo son la mejor disposición para la victoria del enemigo. Hombres que no quieren que mande más la necesidad del socorro que sus punti-

llos, y la oportunidad en acometer que su presunción, en más precio tienen el entonamiento que la victoria. A los que no concierta el bien público, más debe temerlos el que los envía que quien los aguarda. Y es de advertir que esto es por melindres personales y sobre ir á cosa contingente. Empero Barac, en jornada que le manda Dios hacer, donde la victoria era indubitable, pleitea el que Débora, mujer, vaya con él, asegurando en su compañía el suceso. Y diciéndole Débora que irá, mas que la gloria de la muerte de Sísara no ha de ser suya, sino de otra mujer, cuyo nombre fué Jael, no mostró sentimiento, no porfió, no alegó el sexo, ni el ser electo por capitán general él solo. Contentóse con la mayoría de obedecer y con el mérito de no replicar: venció ejército formidable; borró con su propria sangre los blasones de tan innumerable soberbia; obligó á que Sísara desconfiase del carro falcado y huyese. Llevároule vergonzosamente sus pies á la casa de Jael, que le recibió blanda y le habló amorosa, y le escondió diligente donde descansase; pidióle agua, fatigado de la sed; dióle á beber, en su lugar, leche; bebió en ella sueño, que no se contentó con ser hermano de la muerte, sino padre; dormido, le pasó con un clavo que arrancó las sienes; buscó próvida la parte más sin resistencia al golpe y más dispuesta á perder luego todos los sentidos con él. Desempeñóse la promesa que por Débora hizo Dios á Barac y á Jael. Barac venció á fuerza de armas, asistido del poder de Dios. Jael, como mujer, llamándole *mi señor*, escondióle, y regalándole con astucia prudente (esto significa la voz hebrea), cada uno con las armas de su naturaleza. ¿De qué otro ingenio pudo ser estratagema tan á propósito, como al que pide agua para matar su sed, darle leche para ma-

tarle la vida y acostarle en la muerte? No es menos ofensiva arma la caricia en las mujeres que la espada en los hombres: de ésta se huye, y esotra se busca. Cante Débora igualmente las hazañas de Barac con todo un ejército y las de Jael con un clavo. Aquéllas constaron de mucho hierro y sangre; ésta de poco hierro y leche. En la causa de Dios tanto vale un clavo como un ejército; y la leche combate es y munición, y no alimento.

En viéndose vengados y defendidos, vuelven á pecar, y de nuevo provoca el pueblo de Dios con delitos su enojo; castígalos al instante con los madianitas, desolándolos. La mayor piedad de Dios con su pueblo fué el castigarle á raíz de la culpa y prevaricación, sin dilatar en su paciencia el castigo, favor que no hizo á otros. No es opinión mía, es aforismo sagrado, que yo advertí con admiración religiosa en el libro II de los Macabeos, capítulo VI, ver. 13: «Porque es de grande beneficio no permitir á los pecadores largo tiempo el obrar según su voluntad, sino aplicar desde luego el castigo. Porque el Señor, no como con las otras naciones que sufre con paciencia para castigarlas en el colmo de sus pecados, cuando viniere el día del juicio, lo ordenó así con nosotros.» Más se ha de temer por el pecador la paciencia de Dios, que el castigo: aquélla le agrava y le crece cuanto le dilata; éste advierte al pecador y le corrige. República tolerada en pecados y abominaciones en la paciencia de Dios, atesora ruinas. Las palabras referidas son doctrina y pronósticos, no por conjeturas de los semblantes del cielo, sino por palabras dictadas del Espíritu Santo. Estaba el pueblo de Dios en poder de sus delitos, y por eso en el último peligro; clamó á Dios para que le rescatase del poder de los madianitas, que

ya tenian reducidos á ceniza sus campos y fortalezas. Arma Dios á Gedeón en su defensa. No hay más pérdida que apartarse de Dios, ni más ganancia que volverse á él. Manda á Gedeón juntar gente: formó numerosísimo ejército.

A la pluma se ha venido lo más importante del arte militar. Sólo Dios pudo y supo enseñarlo y verificarlo: doctrina y hazaña suya es. No está la victoria en juntar multitud de hombres, sino en saber desecharlos y elegirlos. El número no es fuerza: confía y burla más que vence. Muchos suelen contentarse con ser vocablo y blasón: en no los temiendo la vista, el corazón los desprecia: más dan que hacer á la aritmética, que á los contrarios. La multitud es confusión, y la batalla quiere orden. Pocas veces es la fanfarria defensa, muchas ruina. Dígalo Dios, porque no haya duda en tan importante advertimiento (cap. VII *de los Jueces*): Y dijo el Señor á Gedeón: «Mucho pueblo hay contigo, Madian no será entregado en tus manos; porque no se glorie contra mí Israel, y diga: Con mis fuerzas me libré.» Reparó Dios en que era mucho el pueblo que Gedeón llevaba consigo, y dijo que no les entregaria á Madian; y la causa, porque no se alabe Israel y diga: «Con mis fuerzas me libré»; enseñando que la fuerza la estimarán por la multitud. Y para que sepan disponer sus empresas, añade: «Habla al pueblo, y haz publicar de manera que lo oigan todos: El que es medroso y cobarde, vuélvase. Y se retiraron del monte de Galaad, y se volvieron veintidós mil hombres del pueblo, y sólo quedaron diez mil.» Dos veces más eran los cobardes y medrosos que se volvieron, que los valientes que se quedaron: en que se conoce el peligro de los ejércitos grandes, que llevan

muchos y tienen pocos; acometen como infinitos, y pelean como limitados. Más seguridad es que los despidan, que no que se huyan; no es el acierto muchos, sino buenos; junta los cobardes el poder, y descabálalos el miedo. El tímido, aunque le lleven á la guerra, no va á ella. Son los cobardes gasto hasta llegar, y estorbo en llegando. El que aguarda á conocerlos en la ocasión, tan necio es como ellos cobardes: nada se les debe dar con tanta razón como licencia. Por esto mandó á Gedeón Dios pregonase que los cobardes y medrosos se volviesen; y de treinta y dos mil se volvieron los veintidós.

Y porque no sólo basta expeler del ejército los cobardes, sino los valientes que lo son con su comodidad, achaque no menos peligroso, dijo el Señor á Gedeón: «Aun hay mucha gente, llévalos á las aguas, y allí los probaré; y el que yo te dijere que parta contigo, ese vaya; y al que le vedare el ir, vuélvase. Y habiendo descendido el pueblo á las aguas, dijo el Señor á Gedeón: Pondrás á un lado los que lamieren el agua con la lengua, como suelen hacer los perros; y los que hincaren la rodilla para beber estarán en otra parte. Y fué el número de los que habían lamido el agua, echándola con la mano en la boca, trescientos hombres: todo el resto de gente había doblado la rodilla para beber: Y dijo el Señor á Gedeón: Con los trescientos hombres que han lamido el agua, os libraré y pondré en tu mano á Madian; mas toda la otra gente vuélvase á sus casas.» Quedaron de treinta y dos mil, diez mil; y aun dice Dios que son muchos. Desecha por superfluo lo que no es útil; dice que los lleve á las aguas y que los pruebe; que los atentos á la ocasión, y que por hallarse prontos á lo que se ofreciere bebieren en pie, salpicándose con el agua

las bocas (que es más lamer como perros que tragar), que esos aparte, y sólo esos lleve: y que á todos aquellos que por beber más, y con más descanso y más á satisfacción de su sed, doblando las rodillas, bebieren de bruces, los despida y envie á su tierra. Estos acomodados fueron nueve mil y setecientos, y los despidió; y los que pospusieron su comodidad á su obligación, solos trescientos; y con estos solos le mandó Dios que fuese: útil advertencia, y temeroso ejemplo para los príncipes.

Si de un ejército junto por Gedeón de treinta y dos mil hombres, se hallaron veintidós mil cobardes y nueve mil y setecientos acomodados, y solos trescientos valientes y sin aquel achaque, y por eso solamente útiles y dignos de la victoria, ¿qué se debe temer y expurgar en los ejércitos de aquel y de mayor y menor número? Valientes con su comodidad solo difieren, en el nombre, de los cobardes, no en los efectos. Ser inútil por tener temor de otro, ó por tenerse amor á sí, no es diferente en las obras. No hallarse en la ocasión por no dejar de comer, por acabarse de vestir ó armar á su gusto, por no dejar de dormir algo más, ó por dormir desnudo, es huir sin moverse, y no es menos infame que corriendo. Medrosos y valientes acomodados no son gente de cuenta. Por eso aunque vayan treinta y un mil y setecientos, no hacen número, y trescientos solos lo hacen. No ha de juntar los ejércitos la aritmética, sino el juicio. En los ejércitos del guarismo halla el suceso muchos yerros en las sumas, échale fuera muchas partidas. Quien pesa y no cuenta ejércitos y votos, más seguramente determina, y más felizmente pelea. Llevar muchos soldados y malos, ó pocos y buenos, es tener el caudal en oro ó abreviado

en el valor, ó padecerle, carga multiplicada en número y peso bajo. Los bultos ocupan y la virtud obra.

Jerjes barrió en soledad sus reinos; sin elegir la gente llevó tanta, que si los enemigos no podían contarla, él no podía regirla: venció la hambre de su diluvio de hombres las cosechas desapareciéndolas, y su sed los ríos enjugándolos; dejó desiertas sus tierras para poblar los desiertos; enseñó á la mar á sufrir puente; ultrajó la libertad de los elementos; salióse, á poder de confusión armada, con ser pesadumbre á la naturaleza. Estos afanes mecánicos obró con el sudor de la multitud; más peleando, antes fué vencido de pocos, que supiese que peleaban. Volvió huyendo, como dice Juvenal (*Sat.*, x), con sola una nave, navegando en el mar la sangre de los suyos, y tropezando la proa en los cadáveres de su gente, que la impedían la fuga vergonzosa. Roma, con el aviso de haber Aníbal vencido las nieves y alturas de los Alpes y entrado en Italia, obedeciendo al susto por consejo, se desató de pueblo y nobleza para oponérsele formidable. Dióse la batalla en Canas, y de tan ostentosa multitud apenas se le escapó á la muerte una vida que costase la ruina. Diferentes son el oficio del ciudadano y del soldado. Esta fué la causa de la pérdida, y por esto Aníbal decía que los romanos sólo en su tierra podían ser vencidos, y que en la ajena eran invencibles. Los que estaban fuera todos militaban y sabían el arte, y tenían la medra en la victoria, y tenían con almas venales acostumbrados los oídos á estas dos voces: mata, muere.

Los que en su patria poblaban las ciudades y lugares, acostumbrados al descuido de la paz y á los desacuerdos del ocio, enseñados á servir á la toga y á

reverenciar las leyes, y sólo atentos al lustre de sus familias y á su comodidad, cuando los junte la necesidad y la obligación, cumplen con ella sólo con morir contentos con saber por qué, sin saber cómo. Esto que Aníbal verificó en Roma, poca excepción puede padecer en otra ninguna gente. La nobleza junta es peligrosísima, porque ni sabe mandar, ni obedecer. Esta parte fué tan auxiliar á Aníbal, que midió á fanegas la ejecutorias; que entonces los anillos lo eran para la nobleza. Pompeyo amontonó naciones, y de avenidas de bárbaros discordes fabricó, en vez de ejércitos, un monstruo, en la cantidad prodigioso. Había ya con la paz desaprendido el capitán. César, que fué con legiones escogidas y ejercitadas, le rompió sin otro trabajo que el de haber de degollar tan pocos á tantos.

Acerquémonos á nosotros. El rey D. Sebastián se llevó á su reino consigo, y no sólo los nobles, sino sus herederos, aun sin edad bastante para oir la guerra si se la contaran. Perdió la jornada miserablente; murió él, y de todos, siendo tantos, nadie escapó de muerto ó cautivo. La armada de Inglaterra que juntó el señor rey D. Felipe II, cuyo nombre y relación sólo pudo conquistar para su pérdida, que tanto quebrantó la monarquía, adoleció de abundancia de nobles novicios, que con fidelísimo celo llevaron peso á los bajeles, discordia al gobierno, embarazo á las órdenes, y estorbo á los soldados de fortuna.

Otros muchos ejemplos pudiera referir; más éstos son bastantemente ilustres, lastimosos y conocidos por los príncipes y los capitanes generales, y los sucesos. Y siempre que no se imitare lo que Gedeón ejecutó por mandado de Dios en dar licencia á los cobardes para

volverse ó quedarse, y á los valientes acomodados, se podrán repetir las calamidades referidas en ejércitos, y generales, y príncipes, y provincias. Cierto es que pues Dios con alistar mosquitos vence, y sin otro medio que quererlo, que pudiera vencer á los madianitas con los tímidos y acomodados, como con los trescientos valientes, empero hasta en lo que obra su poder nos enseña cómo hemos de obrar con el nuestro, sin excluir las causas naturales. Sepan los príncipes, que pues Dios, que para vencer no necesita de valientes ni cobardes, escoge valientes, que ellos no pueden vencer sin ellos. No han de presumir aun con ellos, y mucho menos valiéndose de los cobardes. Dios, que es (como dice el Salmo) el que solo hace milagros, no quiso que fuese milagro todo, y se sirvió de ministros naturales. Nadie pretenda que todo sea milagro; que es antes persuasión del descuido que de la piedad religiosa. Peleó Gedeón y los trescientos, y en milagro tan grande tuvieron lugar y aclamación. Quien sirve y obedece á Dios, ni litiga el premio ni mendiga el sueldo. En el capítulo VII, al embestir (como acá decimos *Santiago*, otros *San Dionis*, otros *San Jorge*) aclamaron igualmente: «Espada de Dios y de Gedeón.» No se dedigna el Dios de los ejércitos de que la espada que pelea por él sea invocada con la suya. No sólo permitió que los soldados lo gritasen, sino que Gedeón se lo mandase. Con mucha elegancia dispone el parafraste caldeo aquel grito, cuando Gedeón les mandó que dijesen: «A Dios, y á Gedeón.»

CAPÍTULO XXIII.

La milicia de Dios, de Cristo nuestro Señor, Dios y hombre: y la enseñanza superior de ambas para reyes y príncipes en sus acciones militares.

SECCIÓN PRIMERA.

Hæc locutus sum vobis, ut in me pacem habeatis. In mundo pressuram habebitis: sed confidite, ego vici mundum. «Esto os he dicho á vosotros para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis trabajo; mas confiad, que yo vencí al mundo. (*Joan.*, cap. XVI.)

Ite: ecce ego mitto vos sicut agnos inter lupos. «Id: ved que yo os envío como corderos entre lobos.» (*Luc.*, capítulo X.)

Nadie extrañará este capítulo (que divido en dos secciones, porque son dos las milicias de su argumento) sabiendo que Dios se llama Dios de los ejércitos, que mucho tiempo eligió capitanes generales, escogió los soldados, ordenó las jornadas, dispuso los alojamientos, facilitó las interpresas y dió las victorias. Esto se lee en todo el Testamento viejo, Moisén, David, Josué y Judas Macabeo. No trataré de aquel género de guerra en que Dios con ranas y mosquitos deshacía á los tiranos, ni del escoger los cobardes y dejar los valientes para vencer, ni de abrir en garganta el mar para que tragase á Faraón con todas sus escuadras. Este modo de milicia, muy poderoso Señor, no se puede imitar; empero débese imitar la santidad de aquellos reyes y caudillos, para merecer de Dios que le use con nosotros.

Ya repitió el milagro de Josué con fray Francisco Jiménez de Cisneros, bienaventurado Arzobispo de Toledo, en la batalla de Orán. ¿Cuántas veces invió al glorioso apóstol Santiago, único y solo patrón de las Españas, á dar vitorias gloriosas á su pueblo y á aquellos reyes que en oración y lágrimas confiaban con pocas fuerzas en sólo su auxilio? De manera que esta parte de milicia, que no se puede imitar, se ha de procurar merecer; pues siempre Dios es Dios de los ejércitos.

Dos cosas son de admiración en la materia de guerra: *La una*, que siendo la gente que la sigue la que no sólo está más cercana á la muerte, sino por poco sueldo vendida á la muerte, es la que no sólo se juzga lejos de ella, sino exenta. *La otra*, que en las conferencias, y juntas y consejos en que los soldados ó los oficiales con el general tratan de cosas militares que es frecuentemente, no se oye: «Esto mandó Dios á David, esto á Moisén, esto á Josué y á Gedeón»; y nunca dejan de la baca á Alejandro, á César, á Escipión, á Aníbal, siendo las hazañas y victorias destos dictadas de perdido furor, de ciega ambición, de rabiosa locura ú de abominable venganza; y aquéllas, de la eterna é inefable sabiduría. Dirán que aquel género de milicia de David y los demás, los tiempos le han variado y hecho impracticable: y no es así, ni tiene la culpa el tiempo con las nuevas máquinas de fuego y diferentes fortificaciones, sino el distraimiento que padecen los ánimos belicosos, que no les deja meditar los procedimientos llenos de misterios del pueblo de Dios, en las cosas que no habrá tiempo que las varíe, ni siglos que no las reverencien y verifiquen. Esforzaréme á probar esto. Ya hubo un libro en tiempo de Moisén, cuyo título era: *Libro de las batallas del*

Señor. (Está citado este libro en el capítulo XXI de los *Números.*) De lo que en él se contenía son varios los pareceres: yo sigo el de aquellos padres que dicen había mandado el Señor recopilar en él, de todo el cuerpo de las Sagradas escripturas, solos aquellos lugares que pertenecían al precepto ó al ejemplo del arte militar, en aquella manera que él dijo á Moisén en la guerra de los amalecitas: «Escribe esto para advertencia en el libro.» Perdióse este libro, dejemos el porqué; no se han de escudriñar los secretos de Dios, que es vanidad y soberbia. A ninguno parecerá mal que cuando se puso aquel sol se encienda en mi discurso esta candela, no para suplirle y contrahacer su día, sólo para con pequeña llama alegrar las tinieblas de su noche: basta estorbar que no anden á tiento en esta materia tan importante. No alumbra poco quien hace visibles los tropiezos y despeñaderos. La centella deste discurso se enciende en la inmensa luz de las batallas del Señor, que se leen en las sacrosanctas escripturas. Cuando sea pequeña, tiene buen nacimiento.

Empezaré por la milicia de Dios ejercitada en el Testamento Viejo, y acabaré con la milicia de Dios y Hombre en el Nuevo.

En el cap. XVII del *Exodo* se lee: «Vino Amelec, y peleaba con los hijos de Israel en Rafidim. Dijo Moisén á Josué: «Elige varones, y saliendo, pelea contra los »amalecitas: yo estaré mañana en lo alto del cerro, y »tendré la vara de Dios en mi mano.» Hízolo Josué como se lo ordenó Moisén, y peleó contra Amalec. Empero Moisén y Aarón y Hur subieron sobre la cumbre del cerro. Sucedía que como Moisén levantaba las manos, vencía Israel; mas si las bajaba, vencía Amalec.

Las manos de Moisén ya estaban cansadas. Y tomando una piedra, la pusieron debajo de él, y sentóse en ella, y Aarón y Hur de entrambos lados le sustentaban las manos; así sucedió que sus manos no se cansaron hasta que el sol se puso. Desbarató Josué á Amalec, y pasó su pueblo á cuchillo. Dijo Dios á Moisén: «Escribe esto »para memoria en el libro.» Esto es decir que quien manda que se dé batalla, vence tanto como ora á Dios: que las victorias se han de esperar de la vara y cetro de Dios, no del propio del príncipe; que los brazos levantados al cielo y sostenidos con el auxilio de los sacerdotes, hieren y desbaratan los enemigos, más que aquellos que descienden son filos sobre sus cuellos; que quien se cansare de orar á Dios, se cansará de vencer. Este primer precepto militar es tan grande, tan digno de ser príncipe entre todos los de esta facultad, que de él solo y por él mandó á Moisén Dios que para memoria le escribiese en el libro. Dios le pondera; no puede ser de los que dicen ha variado el tiempo, para no seguirle, con la invención de la artillería y de la fortificación; pues sólo éste burla las cóleras del fuego, las violencias de la pólvora y las prevenciones y defensas de los muros y baluartes.

Señor: sólo Dios da las victorias, y el pecado los vencimientos y las ruinas. En este texto había estudiado aquel capitán inglés que, cuando últimamente los franceses echaron aquella nación de Francia, diciéndole con fanfarronería otro capitán francés: «Monsieur, ¿cuándo nos volverémos á ver en esta tierra?», respondió: «Cuando vuestros pecados sean mayores que los nuestros.» Los sacrilegios horrendos de los hugonotes en estos días, gobernados por los sacrílegos Mos de Xatillon y maris-

cal de la Forza, y de otros que se llaman católicos, me parece que apresuran la vuelta del inglés á Francia; si los pecados excedidos le han de volver, y yo no yerro la cuenta, ya le traen, Dios nuestro Señor muchas veces castiga con los malos á los que son peores: parte de castigo, y no pequeña, es la infamia del instrumento del castigo. Hasta ahora he dicho yo que sólo los preceptos militares de Dios se han de platicar siempre sin consideraciones de tiempos ni interpretaciones de ingenieros; ahora quiero mandar el silencio forzoso á sus réplicas con referírselo en las palabras del mismo Dios, que en el XXVI del *Levítico* son éstas: «Si os gobernáredes por mis preceptos, perseguiréis á vuestros enemigos y caerán delante de vosotros. Vencerán cinco de vosotros ciento de los suyos, y ciento vuestros á diez mil de ellos. Caerán á fuerza de la espada vuestros enemigos en vuestra presencia. Empero, si no me oyéredes á mí, caeréis vosotros delante de vuestros enemigos, y seréis sujetos á los que os aborrecen, y huiréis sin que nadie os persiga. Daré miedo en vuestros corazones; espantaros há el sonido de la hoja que vuela, y huiréis de ella como de la espada; caeréis sin que nadie os derribe; caeréis cada uno sobre vuestros hermanos, como huyendo las batallas; ninguno de vosotros se atreverá á resistir á sus enemigos.» Dios manda que estos preceptos se sigan; Dios ofrece que vencerá quien los siguiere; Dios dice que siguiéndolos, cinco soldados vencerán á ciento, y ciento á diez mil. Y Dios amenaza y dice que quien no los siguiere y obedeciere, huirá del son de la hoja del árbol como si fuera de un ejército; que caerá sin que nadie le persiga, y que no podrá resistir á sus enemigos. Véase si estos preceptos se deben preferir á los de Ve-

gecio, y á los que exprimen los que alambican las acciones de Alejandro, César, Escipión y Aníbal, y otros modernos; y si quien promete las victorias á su obediencia (siendo Dios) las puede dar, y la cobardía de corazón y el vencimiento que amenaza á los que no los siguieren y los dejaren por otros.

Descendamos á preceptos particulares. Dijo Dios á Moisén: «Envía varones que consideren la tierra de Canaan que he de dar á los hijos de Israel.» Enviólos Moisén á considerar la tierra de Canaan, y díjoles: «Subid por la banda de Mediodía, y luego que lleguéis á los montes, considerad cuál es la tierra y el pueblo que la habita; si es fuerte ó flaco; si en número son pocos ó muchos; si la tierra es buena ó mala; cuáles son las ciudades ó fuertes, y con murallas ó abiertas; si la tierra es fértil ó estéril; si tiene bosques ó si carece de árboles.» (*Númer.*, cap. XIII.) Si estas consideraciones precedieran á las interpresas y jornadas, algunas que no están enjutas de la sangre de los que las intentaron y de las lágrimas de los que las vieron, sin duda no hubieran tenido lastimoso fin, ó por haberlas prudentemente dejado, ó bastantemente prevenido. Que todo esto se deba inquirir y considerar antes de entrar en tierra de enemigos no conocida, sin dejar ni una advertencia de las que dió Moisén á sus espías, convéncese de que se guardaron para entrar en esta tierra que Dios les quería dar, y que podía dársela sin estas diligencias. Empero también nos enseña el texto sagrado que para obligar á que Dios haga con nosotros lo que quiere hacer, conviene que de nuestra parte hagamos lo que podemos. San Pedro Crisólogo lo dijo en el *Sermón de Lázaro*, cuando para resucitar al muerto, que era el milagro, mandó á

los Apóstoles que levantasen la losa. Estas son sus palabras: «Entre las virtudes divinas, requiere Cristo el auxilio humano.»

La honesta, y cortés, y justificada disciplina militar en los tránsitos Moisén la enseñó enviando embajadores al rey Edom, pidiéndole paso por sus tierras. (*Números*, capítulo xx.) «No iremos por los sembrados ni por las viñas; no beberemos agua de tus pozos; marcharemos por el camino real, sin declinar á la diestra ni á la siniestra hasta haber pasado.» Respondióle Edom: «No pasaréis por mi tierra: de otra manera, yo os lo impediré armado.» Dijeron los hijos de Israel: «Iremos por camino pisado, y si nosotros y nuestros ganados bebiéremos tus aguas, daremos lo que justo fuere; no habrá dificultad en el precio; sólo queremos pasar aprisa.» Él respondió: «No pasaréis.» Y luego les salió al encuentro con infinita multitud y poderosos aparatos de guerra. No quiso condescender con los que le rogaban, ni dejarles pisar sus términos. Por lo cual los hijos de Israel, dejando aquel camino, tomaron otro. Si esto se observara en los tránsitos y alojamientos de los ejércitos, no se quejaran las provincias más de los que admiten que de los que resisten, pues vemos que los soldados (particularmente franceses) son peores para sus huéspedes que para sus enemigos. No sólo enseñó Moisén justificación de capitán general electo por Dios, y que se gobernaba por él, sino prudencia generosamente militar en dejar el camino que se le negaba presentándole la batalla, y rodear por otro. Empeñar la justificada cortesía es cordura meritoria; mas pudiendo excusar el venir á jornada, empeñar la gente es temeridad. No es rodeo el que excusa una batalla; la razón le llama atajo. Quien

tiene por reputación el no dejar lo que una vez intentó, tendrá muchas veces por castigo el haberlo proseguido. Ir adelante por el despeñadero, más es de necios que de constantes; no es perseverancia, sino ceguedad.

Dios permite que su ejército sea vencido para que acuda á su Divina Majestad por la victoria, y para que conozca que sin Él no tiene fuerzas, y que con Él nadie puede resistirle. «Como oyese el cananeo, rey de Arad, que los hijos de Israel habían venido por la vía de los exploradores, los fué á dar asalto, y los combatió y venció, y fué grueso el despojo. Mas volviéndose los hijos de Israel á Dios, y haciendo voto, prometieron que si podían vencer, degollarían todos los enemigos de su santo nombre, y asolarían sus ciudades. Oyólos el Señor, y volviendo á combatir, vencieron y degollaron cuantos cananeos pudieron coger, y pusieron por tierra todas sus ciudades, y llamaron aquel lugar en su lengua *Horma*, que quiere decir anatema, exterminio. (*Números*, capítulo XXI.) El vencido para vencer no tiene otro remedio sino acudir á Dios, y armarse con la oración y los votos.

Señor: no lo dejaré de decir, ni lo diré con temor hablando con Vuestra Majestad, antes con satisfacción; que á su católica grandeza será grato este reparo. En llegando una buena nueva de victoria ú otro cualquier negocio importante, cual se desea, luego se acude á los templos á dar gracias á Dios con el *Te Deum laudamus:* justa, santa y piadosísima acción. Empero, viniendo nueva de desdicha, nunca he visto ir á dar gracias á Dios, ni se canta el *Te Deum laudamus*. El alabar y dar gracias á Dios tiene dos autores en sus opiniones encontradas. San Agustín, gran Padre de la Iglesia, dice: «Quien alaba á Dios por milagros de los beneficios, alábele tam-

bien en los espantos de las venganzas, porque halaga y amenaza. Si no halagara, no hubiera alguna exhortación; si no amenazara, no hubiera algún miedo.» Este gloriosísimo maestro y luz en las divinas letras, expresamente dice que se han de dar gracias y alabanzas á Dios por los castigos como por las mercedes; y da la razón por qué se ha de cantar y oir el *Te Deum laudamus* por los vencimientos y pérdidas, como por las victorias y ganancias. La otra opinión (derechamente contraria á ésta) es de la mujer de Job. Está viendo que su marido á todas sus gravísimas calamidades no decía otra cosa sino: «Dios lo dió, Dios lo quita. Como Dios es servido se hace. Sea bendito el nombre del Señor.» Ella le dijo: «Alaba á Dios, y muérete»; no aprobando que alabase á Dios por los trabajos que pasaba; antes queriendo le maldijese. Empero el santo varón pacientísimo, de quien dijo Dios era su amigo, y que en la tierra no tenía semejante, la respondió: «Tú has hablado como una de las mujeres necias. Si recibimos los bienes de la mano de Dios, ¿por qué no recibiremos los males?» Señor: San Agustín y Job afirman que el dar gracias á Dios y el cantar el *Te Deum laudamus* se debe igualmente á las pérdidas y trabajos y desdichas, como á los triunfos y victorias y felicidades. En la opinión contraria, el santo marido (refutándola) llamó necia á su propia mujer. Dar á Dios públicamente gracias sólo por los bienes, puede ser que por la ingratitud interesada en la propia felicidad le merezca los males. Y quien de uno y otro le da gracias, ese tal ni será vencido de las dichas, en que el seso humano tiene gran riesgo, ni dejará de vencer á las calamidades, aunque apenas su piel roída de gusanos cubra sus huesos.

Deseo, Señor, que aquel Dios todopoderoso que escondió los misterios á los sabios y los reveló á los pequeños, dé eficacia á estas palabras mías, para que, viendo las gentes que por los favores y los castigos se dan públicas gracias á Dios, y que le canta el *Te Deum laudamus* el vencido como el vencedor, aclamen, movidos del ejemplo, la piedad entera del que lo hiciere con resignación á su divina voluntad, desasida de las comodidades propias.

He tratado del modo de alcanzar con Dios la victoria y de remediar con su favor el vencimiento; síguese lo que se debe hacer con Dios después de lo uno y lo otro. Dijo Dios á Moisén (*Númer.*, cap. XXXI): «Haz traer delante de ti y de Eleazar, sacerdote, y de las cabezas del pueblo, enteramente toda la presa y saco que tienen de los madianitas los nuestros; y vosotros mismos divididla igualmente, la mitad á los que se hallaron en la batalla y combatieron, y la media á todo el remanente del pueblo que no salió á la jornada. Empero advirtiendo que de la parte de aquellos que combatieron, vosotros quitaréis aquella parte que se ha de dar al Señor, quiero decir, á sus sacerdotes; y de la otra parte que toca al pueblo, quitaréis la que toca á los levitas.» Hízose así; mas luego vinieron á buscar á Moisén los maestros de campo, capitanes y demás oficiales que habían gobernado á los que combatieron, diciendo: «Señor, nosotros hemos hecho la reseña de nuestros soldados, y hallamos que en esta impresa ni uno nos falta. Por lo cual, conociendo bien claramente la victoria de Dios solo, ves aquí que, fuera de la parte que has tomado, de lo que nos toca ofrecemos nosotros al Señor todas las cosas de oro que nos han tocado; y tú ruégale por nosotros.» Cuánto importa la igualdad en premiar y en di-

vidir las presas, nadie lo ignora, todos lo desean, y pocas veces se ve. Suelen los cabos superiores saquear á los soldados lo que ellos saquearon al enemigo. No es esto lo peor: eslo olvidar la parte que á Dios se debe. Acordáranse desto, si el estudio militar fuera por las sagradas escripturas, y no por aforismos de Livio, Salustio, Quinto Curcio, Polibio y Tácito. No se contentaron las cabezas de este ejército con que se diese á Dios la parte que se tomaba de la que les cabía; antes, en reconocimiento de no haber perdido ni un soldado, dieron á Dios todo el oro que habían adquirido, confesando que lo que solamente tenían era lo que les quitaban para dar á Dios, que sólo les había dado la vitoria, y sin un hombre menos sus compañías. Capitanes y oficiales que estiman más un solo soldado suyo que todo el oro del saco y despojo, bien muestran que Dios los alista y los conduce. Mas consolarse de la pérdida de los soldados con el robo de los despojos, y querer antes contar un ducado más que un soldado menos, mercaderes los muestra, no capitanes. Quien de ellos se sirve junta ladrones que hurten la vitoria á quien se la da. Devoción es en algunos dar las banderas y estandartes á los templos, y reconocimiento cristiano y digno de alabanza é imitación; mas bien sería acompañar aquellos cendales rotos con el oro, cuando, no porque no murió alguno, porque no murieron ellos. Colgar los trofeos militares en la sepoltura del que los ganó, lícito es; mas no deja de adolescer de alguna vanidad querer que en el templo blasonen sus gusanos. Es verdad que en muchos no cabe esta dolencia, y segurísimamente en aquellos que, no mandándolos ellos poner, sus amigos, parientes ó hijos, ó la república, ó el príncipe mandó que se pusiesen.

Para que el ejército sea como conviene, es forzoso decir de qué gentes se ha de componer. Dos géneros de soldados hay: voluntarios y forzados. Estos no sólo no manda Dios que se alisten y se fíe dellos nada; antes que si vinieron libremente y dejaron sus tierras y casas (cosas que los pueden obligar á asistir de mala gana), que los despidan y los rueguen que se vayan. El texto, Señor, es expreso (*Deuteronomio*, cap. xx): «Antes que se dé la batalla, dirán á voces los capitanes, compañía por compañía: Soldados: quien ha edificado casa nueva y aun no ha hecho la fiesta de su dedicación, váyase á su casa, no sea que, muriendo en la guerra por su desgracia, toque á otro el dedicarla. Quien ha plantado una viña, y aun no ha llegado el tiempo que, convidando los parientes y los amigos, con mucho regocijo se empieza á gozar y la hace común, vuélvase á su casa, no muera acá, y toque á otro aquella solemnidad. Quien se ha casado y aun no se ha juntado con su mujer, vuélvase á su casa, porque muriendo él en la guerra otro marido no la goce. Y finalmente, quien no tiene corazón y es medroso, vuélvase con buena licencia á su casa, que aquí no es de provecho; antes con su temor, acobardando á los otros, hará daño.»

Débese reparar en que presupone que todos estos que ó vinieron forzados, ó están por fuerza, ó no tienen corazón y tienen miedo, morirán en la guerra. Y de verdad así sucede, porque los tales son simulacros de hombres, sirven de crecer el número de las listas, de consumir los bastimentos, de abultar la confusión y ocasionar desconfianza para las impresas que ellos mismos burlan. Quien lleva hombres por fuerza á la guerra, lleva por fuerza la flaqueza. Quien va atado y llorando á la guerra, ¿qué

hará en la guerra? Quien se sirve en los ejércitos de hombres viles contra su voluntad, sola una cosa puede hacer contra su enemigo, y es que la victoria que de sus gentes alcanzare no sea ilustre. De mejor gana lleva un ganapán y un pícaro veinte arrobas á cuestas por cuatro reales, que un arcabuz ó una pica por ciento: véase lo que hará por uno. Éstos huyen antes del peligro, que aun eso no aguardan. Donde está, huye el que desea huir de adonde está. Quien los echa, quien los despide, tiene menos caudal, si se le cuenta la aritmética; y más, si le numera el valor. Carecer de lo que le embaraza, es multiplicar lo que se tiene. ¡Señor! de Saúl se lee en el primero de los Reyes (cap. XIV): «Cualquiera hombre valiente y animoso que vía Saúl, y apto para la guerra, le acariciaba y atraía á sí.» De manera, Señor, que para disponer las victorias, se han de obedecer estos dos preceptos: escoger y traer á sí los valerosos y aptos para la guerra, y no traer á ella por fuerza los viles. Y si vinieren y tienen deseo de volverse, no sólo permitir que se vuelvan, sino mandárselo. Son lastimosísimas pérdidas y frecuentes las que con esta gente se hacen. Piérdese la reputación sólo en juntarlos, pues quien los junta, para perderse y perderlos los junta. Pónese mala voz á la fortuna del príncipe, y aliéntase al enemigo más con la propia ignorancia y torpeza que con su valor.

No hay otro libro escripto en que semejante pregón se haya dado por todo el ejército, no sólo dándoles licencia y rogando que se vuelvan á sus casas los que lo desean, sino mañosamente honestándoles la vuelta con razones, porque no se queden de vergüenza donde están con miedo. No negarán los que están graduados en esta arte y disciplina por los autores modernos, que este pre-

cepto no es hoy practicable, pues hoy se llora, y cada día se llorará no haberle practicado. David era pastor ejercitado en arrojar piedras con la honda: ofrecióse que Goliat, gigante, desafió en público campo á todo el pueblo de Dios, remitiendo á aquel duelo singular el ser esclavos ó señores los unos ó los otros; espantó á todos los hijos de Israel la estatura disforme del gigante; y léese en el primero de los Reyes (cap. XVII): «Dijo David á los soldados que con él estaban: ¿Qué premio se dará á quien rindiere y degollare á este filisteo, y librare de esta afrenta y oprobio á todo el pueblo de Israel, que tiene acobardado? ¿Quién es este filisteo soberbio, no circuncidado y gentil, que afrenta los ejércitos de Dios vivo?» Estas son las señas del soldado voluntario y valiente: ofrecerse á la batalla movido de la afrenta que se hace á su nación y de la que se quiere hacer á las armas de Dios. Sólo pretende justamente premio quien por este camino le pretende. «Decíanle los del pueblo que con él estaban: Al varón que venciere y castigare á éste, el Rey le hará poderoso con muchas riquezas; casarále con su hija, y exentará de tributo la casa de su padre en Israel.» Fueron referidas las palabras que había dicho David á Saúl, al cual, siendo llevado á su presencia, dijo muy animosamente á David: «Desechen el temor los corazones de todos: yo iré, y combatiré con el filisteo.» Dijo Saúl á David: «No puedes tú resistir á este filisteo gigante ni combatir con él, porque eres mozuelo, y éste, soldado desde que nació.» Y respondióle David: «Dios, que pudo librarme de las garras del león y de las manos del oso, él mismo me dará victoria deste filisteo infiel.» Respondió Saúl: «Vé, y sea Dios contigo.» Muchas riquezas y la hija del Rey en casamiento, y libertad

del tributo á toda su familia, son premios debidos á quien libra de afrenta á su patria y de agravio á las armas de Dios, y castiga á quien intenta lo uno y lo otro. Prudente se mostró Saúl en desconfiar de la poca edad y pequeña estatura de David, sin experiencia de las armas, contra un gigante nacido y criado en ellas. Mas luego que le oyó confiar en Dios, y no en sus fuerzas, se mostró religioso, le dió licencia para el desafío. No hubo cosa de prudente y piadoso rey en que Saúl no se mostrara advertido. Puede la prudencia humana ser dañosa, si no la acompañan el temor y la confianza de Dios. Fíese todo con ánimo constante al que todo fía en Dios, y nada, sin recelo, á las grandes fuerzas que fían de sí. Los gigantes contra Dios son enanos, y los enanos, asistidos de Dios, son gigantes.

«Para que saliese á la batalla vistió Saúl á David sus mismas vestiduras, enlazóle en la cabeza su celada, ciñóle su loriga. Y viéndose David con la espada al lado, empezó á probar si podía regirse bien con las armas, y como no estaba acostumbrado á ellas, dijo David á Saúl: Yo armado no soy señor de mi persona, porque no estoy hecho á este embarazo. Desarmóse luego, tomó su cayado, el cual nunca había dejado de la mano, y escogió cinco piedras muy limpias de la corriente, echólas en el zurrón de pastor que consigo tenía, tomó la honda en su mano, y fuese para el filisteo.» Cada día se ve que los príncipes honran y agasajan (puestos en necesidad) á los que han menester. Si no olvidasen esta condición en saliendo del aprieto, no vengaría en ellos su ingratitud la invidia que hacen padecer á los que los sirven y defienden. No tienen los reyes consejero tan justificado como el trabajo. ¡Dichosos los valientes y virtuosos

cuando el príncipe tiene urgente y precisa necesidad de ellos! ¡Desdichados los monarcas que se olvidan en la prosperidad y paz de los que se la defendieron ó se la conquistaron! El que quiere ser defendido adorna con sus vestiduras, y arma con su espada, loriga y celada al que le sale á defender; y el que sale á defenderse, se desnuda de las armas para pelear. Sin errar Saúl en armar á David, acertó David en desarmarse. Atendía el rey á lo que le dictaba el temor para la prevención humana, y David á la confianza en el amparo de Dios; á que se redujo Saúl con permitirle saliese sin armas.

Probóse con las armas: éranle peso y estorbo; no podía mandarse bien con ellas por no haberlas ejercitado. Con esta acción fué David maestro de lo más importante del arte militar. Estaba ejercitado en el tirar la honda, no en la espada, y quiso antes pelear con destreza ágil, que con gala y defensa impedida. El que está diestro en disparar el arcabuz, si por la bizarría del coselete y el blasón de la pica le deja, él lleva coselete y pica, mas ellos no llevan soldado. Dar por merced ó por ruegos al que ha sido infante la superintendencia de la caballería, y al que mandó en el mar las escuadras encomendarle los ejércitos en la campaña, es seguir la opinión de Saúl, que sólo sucede bien cuando hay quien (como David) quiere más pelear como está acostumbrado que como quiera costumbrarle. Más quiso vencer como pastor, que ser vencido como rey. No sólo no han de pretender los hombres los puestos y las honras que no han tratado ni entienden, antes han de rehusarlas cuando se las den. De lo contrario se originan los desórdenes y las ruinas vergonzosas. El que da estos pues-

tos á personas inexpertas, da principio á su ruina, y los que los aceptan, obedeciéndole, fin.

Lo primero que dice el texto que tomó David fué el cayado, y añade: «El cual siempre tenía en las manos.» Quien no se precia de su oficio, nunca fué en él eminente. Estaba David agradecido al cayado y al gobierno y defensas que le debía en sus corderos contra leones y osos: ha de ser rey, ha de casar con la hija del rey; quiere hacerle ceptro, no dejarle por el ceptro; ser rey y no dejar de ser pastor, porque ha de ser buen rey, y santo rey. Va á pelear con un gigante que ni conoce á Dios de impío, ni se conoce de soberbio: lleva el cayado para que con la humildad del oficio de pastor le afrente; va sin armas para darle á conocer lo que puede Dios contra las armas. Que llevase para este efecto el cayado con que no había de pelear, y que sucediese asi, el mesmo Goliat en viendo á David lo dijo: «¿Por ventura soy yo perro, que te vienes á mi con ese báculo? Ven, y yo daré por sustento tus carnes á las aves que vuelan, y á las fieras de los montes.» Literalmente consta que se afrentó de solo el cayado, pues dijo era tratarle como á perro. No saben los impíos y los soberbios de qué se han de ofender, ni de qué deben temer, ni con qué cosa han de enojarse; por eso no aciertan si no con su castigo. Enfurécese contra el báculo que no le ha de ofender, y no hace caso de la honda que le ha de matar.

Mucho sabe, Señor, quien sabe temer: en esto se cierra el misterioso secreto de la prudencia. David respondió al filisteo: «Tú vienes á mí con espada, lanza y escudo; yo voy á ti en el nombre de Dios, y Dios te entregará en mis manos. Yo te heriré y apartaré tu cabeza de tu cuello; y no solamente tu cuerpo, más los cadáve-

res de los escuadrones de los filisteos repartiré á las aves y á las fieras, para que conozca todo el mundo la grandeza del Dios de Israel; y particularmente la iglesia de estos fieles, que aquí están juntos, conocerán es verdad que Dios para vencer no tiene necesidad de espada ni de lanza, dependiendo absolutamente de sus manos toda guerra y victoria.» No importa poco responder á los fanfarrones que hablan con demasiado orgullo, con doblado brío; su parte es de conquista, porque los enflaquece la novedad del desprecio que no esperaban. David no deja cosa de las que traía el gigante, que no le nombra; y á la espada, lanza y escudo le opone el venir á él en nombre de Dios. Dice que Dios se le pondrá en sus manos, no dice que le cogerá á él con ellas. Olvida David las muchas riquezas prometidas, la hija del rey por mujer, la libertad de tributo para la casa de su padre; no dice que pelea por esto, ni lo toma en la boca, dice que pelea porque todo el mundo conozca la grandeza de Dios; y la iglesia de los fieles que estaban presentes, que Dios, para vencer, no necesita de espada; y que las victorias y las guerras son absolutamente de Dios. Alma que no se quieta en las mayores mercedes que los reyes del mundo pueden hacer, y aspira á las de Dios, bien sabe negociar.

Derribó con la primera piedra David al filisteo; córtole la cabeza con su propria espada. Los tiranos y los soberbios siempre la traen, porque no falte hierro con que los degüellen. Tomó la cabeza, y llevóla en las manos á Jerusalén. Dice el texto (*Regum*, I, cap. XVIII): «Luego que vió Saúl al mozuelo David con la cabeza del gigante en la mano, quiso que con él juntamente volviese triunfante á Jerusalén. En este viaje, cuando

pasaban por alguna ciudad de Israel, salían las mujeres, por honrar al rey Saúl, cantando y bailando con tímpanos y otros instrumentos músicos; empero cantando decían: Saúl ha derribado mil, y David diez mil. De lo que se disgustaba Saúl, que bien se holgara que alabaran á David, mas no más que á él; y por eso enojado decía entre sí: A mí me dan mil, y á David diez mil; ¿qué falta sino que le dén mi reino? Y desde aquel día adelante nunca Saúl miró á David con buenos ojos.»

¿Quién juzgara que le quedaba á David, después desta victoria, enemigo ni monstruo que vencer más fiero que el gigante Goliat? Venciόle David, y luego entró en más sangrienta batalla con la invidia del rey Saúl. Monstruo es y horrendo la invidia, vilísimo y el más vil de los pecados en el corazón real. Asciende David á tan alto valimiento y tan preferida privanza con Saúl, que públicamente por todas las ciudades del camino le llevaba á Jerusalén á su lado triunfante, reciben las mujeres á David y á Saúl con canciones y bailes; alaban á Saúl que venció mil, y á David que venció diez mil, y enójase Saúl de que alaben más á David que á él. No he leído valimiento que pase de la alabanza excesiva dada al criado en competencia del señor; en llegando á dar invidia al príncipe, no tiene más vida el valimiento. Es el odio de los que aborrecen al favorecido tan vengativo y ciego, que por no alabarle, aun para destruirle (que es lo que desean), dejan de destruirle, y con los vituperios que les dicta la rabia, en vez de arrancarle del corazón del príncipe, le arraigan en él. Conócese esta verdad, en que las mujeres que no aborrecían á David, antes le aclamaban, alabándole con afecto, con efecto le destruyeron. Hirvió luego el pecho del rey con invidia, pues

decía entre sí: «¿A mi me dan mil, y á David diez mil?» Está claro que era el contador de las hazañas ajenas y de las proprias la invidia en lo mentiroso de la cuenta, pues sólo era verdad que á Saúl le daban los mil que él no había muerto ni vencido (eso es dar), y que á David no le daban los diez mil, sino que los contaban, habiéndolos dado él en la victoria. Quería el rey Saúl que David venciera al filisteo y á su ejército en el desafío y la rota dada á sus reales, mas no á él en las alabanzas. No tuvo culpa de esto David. ¡Gran miseria, que las verdades que canta el pueblo agradecido, las llore el rey invidioso, y las padezca el valiente de quien se cantan! «No le miró más Saúl á David con buenos ojos.» ¡Qué veloz y eficazmente persuaden al desagradecimiento, los oídos mal informados, á los ojos! Oyó las alabanzas ajenas con invidia, miró con aborrecimiento. Quien mal oye, peor mira. Desde allí adelante no miró Saúl á David con buenos ojos. ¿Qué sucedió desto? Que como miró siempre á David con malos ojos, le fascinó la dicha; y como él no tenía buenos los ojos para mirar, dió de ojos. Quiso, para cumplirle la promesa de su hija, que la dotase con su muerte; intentólo, y libróle Dios. Muchas veces trató que le matasen á traición y con engaño; muchas le persiguió para darle muerte. Tenía aquel rey un mal espíritu, estaba poseído del demonio, librábale del David con su arpa: música decente á un rey la que vale por exorcismo; pagábale el beneficio del conjuro sonoro con arrojarle una lanza. Rey que era ingrato á quien le daba victorias y le libraba de sus enemigos y del demonio, no paró hasta ser ingrato á su vida, dándose muerte con arrojarse sobre su propia espada; y desembarazado de sí el reino para David, á quien per-

seguía, dispuso á su costa lo que procuraba estorbar. He dicho todo lo sustancial de los preceptos de la milicia de Dios, que todo se cifra, sin que algún tiempo lo pueda variar para que no se platique, en estas dos palabras: «El pecado es vencimiento; la gracia con Dios victoria.» Y si algún príncipe lo dudare, sucederále lo que á Olofernes, que informándose del pueblo de Dios, y de sus hazañas y milagrosas victorias, y diciéndole que cuando estaban en gracia de Dios vencían, y cuando pecaban eran vencidos; que si quería pelear con ellos, que aguardase á saber que tenían ofendido á Dios, y les diese batalla, y los desharía, se riyó de esta dotrina, y de que Dios defendía á su pueblo, y dijo á Achior que le aconsejaba: «Yo iré sin hacer caso de lo que dices, y los degollaré á todos, y luego á ti.» ¡Señor! fué Olofernes, y dióle la muerte Dios con su propio deseo: cortóle la cabeza Judit, de quien estaba enamorado. Esto se lee en el quinto del libro de Judit. Permita Dios que en los consejos de estado y guerra que determinan las jornadas, impresas y batallas, prevalezca este voto de Achior y no el de Olofernes; porque los propios deseos de que Dios hace milicia contra los tiranos que le desprecian, no acompañen este suceso con otros muchos.

SECCIÓN SEGUNDA.

He acabado la primera parte de la milicia divina, en que Dios hacía la guerra con la guerra: síguese la segunda parte, en que, Dios y hombre, Cristo nuestro Señor hizo la guerra, con la paz, á la misma guerra. Sólo de Cristo, Dios y hombre, se puede aprender esta paz belicosa. Nació publicando la paz en la tierra; y en prendas de que era Rey pacífico, nació en tiempo de paz universal,

y nació para hacer guerra al mundo, á la muerte, al pecado y al infierno: enemigos tan poderosos y aunados, que ningún otro príncipe dejó de ser vencido, si no de todos, de algunos. En naciendo, armó contra la vida de Cristo Jesús la envidia al rey Herodes, que le buscó para darle muerte, con los soldados y armas que en los inocentes derramaron la leche que apenas la naturaleza había colorado en sangre: de manera que entrar en la vida mortal y en batalla, fué todo á un tiempo. San Pedro Crisólogo considera militarmente esta huída de Cristo Jesús á Egipto con rara doctrina. Suyas son estas palabras: «¿Qué pretende el Evangelio escribiendo esto para la memoria eterna? El soldado devoto calla la huída de su rey, refiere su constancia, cuenta sus virtudes, calla sus temores, públicamente pregona las hazañas, calla las flaquezas, disculpa lo adverso, predica las victorias para quebrantar los atrevimientos de los enemigos y ejercitar la virtud de los confederados. Parece, pues, refiriendo el Evangelista estas cosas, que despierta los ladridos de los herejes, y que quita la defensa á los fieles. Ya es tiempo que averigüemos por qué causa se nos escribe esto. Toma el Niño su Madre, y huye á Egipto. Cuando el valiente huye en la batalla, arte es, no miedo: cuando Dios huye del hombre, sacramento es, no miedo. La vitoria secreta y la virtud desconocida no deja ejemplo á los porvenir; de aquí procede el huir Cristo: cede al tiempo, no á Herodes.» No huye Cristo de Herodes, antes se retira para Herodes. Aquí le busca niño, y en edad viril se le presenta en las juntas contra su vida. Era tanta la paz de Cristo, que para tratar dél, aunque para condenarle, hubo paz entre Herodes y Pilatos, que antes eran enemigos.

No pasen, Señor, sin reparo las palabras con que San Pedro Crisólogo definió el buen soldado (lo mismo se entiende del vasallo). Dice que pregona las victorias, que calla las desdichas, que dice las hazañas y disculpa las pérdidas. ¿Puede creerse, sino es de malos soldados y de ruines vasallos, que pregonen las pérdidas y vencimientos de su príncipe, y callen los triunfos, las hazañas y victorias? ¡Oh tiempos! ¡Oh costumbres! Ningún afecto lo dijo con tan grande razón. Vemos, no sólo que pregonan las ruinas y las calamidades, sino que las desean; no sólo callan las victorias y las felicidades, sino que las contradicen: no las creen; poco he dicho, se entristecen oyéndolas: pídense albricias de las calamidades, y danse pésames de los sucesos prósperos; si suceden desastres, los creen; si no, los inventan. No sé si otra vez se ha visto ni oído tan portentosa maldad; empero hoy se oye y se ve. Nadie les pregunte la causa, porque cometerán mayor delito; que el ingrato sólo es peor cuando se disculpa. Cristo enseñó á vencer huyendo, Cristo á vencer con la paz, Cristo á vencer con morir.

Esta soberana milicia no la comunicó el Padre Eterno á Moisén, Josué, Gedeón y David: reservóla para su Hijo. Con doce tribus, tan innumerable ejército bien armado, no hicieron nada en comparación de las victorias de Cristo con doce hombres desnudos á quienes mandó que aun no llevasen báculos. Dirán que ésta era conquista de almas, y que no lo era de temporales reinos. Verdad es: ¿empero ha habido reino ni rincón donde esta verdad evangélica no haya adquirido provincias? «Llegó á todos los fines de la tierra su voz.» ¿Cuántas provincias ha conquistado la constancia de los mártires? ¿Cuántos reyes y monarcas, con todos sus imperios,

se han puesto sujetos á los pies de la Iglesia, mirando entre las llamas caer en ceniza sus miembros, relucir abrasadas sus entrañas, despoblar de la carne sus huesos con garfios, agotar con heridas sus venas, padecer lo que los verdugos hacían á tiento, por no poder sufrir el mirarlo? ¿Qué ejército de Jerjes (que lo pudo juntar, y no contarle ni regirle, á persuasión de su locura y armas) se pudo prometer una de las hazañas que aquellos soldados de Cristo hicieron con su cadáver deshecho? La mayor monarquía que ha habido y hay, ¿no es la de España en lo temporal y espiritual? ¿No es victoria toda ella de Santiago mártir, soldado de Cristo, capitán general nuestro? ¿No lo confiesan los reyes, intitulándose, por gloriosísimo blasón, alféreces del Santo Apóstol, único patrón de las Españas? Él nos llamó en lo espiritual; nosotros en lo temporal le llamamos. No es impracticable la milicia de Cristo; nosotros no queremos practicarla.

No porque alabo el hacer guerra con la paz, vitupero hacerla con la guerra á la guerra: fuera error. Hay guerra lícita y santa: en el cielo fué la primer guerra; de nobilísimo solar es la guerra. Y hase de advertir que la primera batalla, que fué la de los ángeles, fué contra herejes. ¡Santa batalla! ¡Ejemplar principio! Quien los consiente no quiere descender del cielo como de solar, sino como demonio. Quien con herejes hace guerra á católicos, no sólo es demonio, sino infierno. Cuando lo niegue con lo que dice, lo confiesa con lo que hace. El mismo cielo, Señor, es solar de la paz, y ésta fué primero en el cielo que la guerra, y la guerra fué para no ser más en el cielo y que fuese y reinase siempre la paz. Hubo guerra en el cielo una vez, para que nunca

más la hubiese. En lo bien intencionado se conoce que fué guerra primera, y trazada por Dios para ejemplo de todas. Buscar y cobrar la paz con la guerra, de ángeles y serafines; buscar la guerra con la guerra, de locos; buscar la guerra con la paz, aun no es de bestias. Y estas dos cosas son la mayor ocupación y fatiga del mundo.

La guerra no bajó del cielo á la tierra; cayó precipitada al infierno en los ángeles amotinados, en el serafín comunero. Subió luego del infierno á la tierra; conquistó á Adán con la inobediencia; armó á Caín con la envidia contra Abel, su hermano. Los primeros hermanos fueron los primeros enemigos. La muerte primero estrenó violenta que natural sus filos en la sangre pariente. No se contenta Caín de ser el primero, quiere ser solo; no sólo heredar solo á su padre, sino heredarle en vida el pecado que cometió con el fratricidio que comete. Todo el mundo le parece pequeño para dos, y juzgó que él solo era bastante poblador para todo el mundo. Bien se conoce que los motivos de esta guerra subieron del infierno contra el cielo. Por esto bajó de cielo en Cristo la paz á la tierra contra el infierno. Preséntanse la batalla el Hijo de Dios y Lucifer; á entrambos capitanes llaman leones. San Pedro en su canónica dice de Lucifer: «Que anda rodeándolo todo con bramidos como león, buscando á quien tragar.» A Cristo llaman «león de Judá.» La diferencia es que aquel, rugiendo, busca á quien coma: y Cristo, enseñando, busca quien le coma frecuentemente. Dijo: «Que quien comiere su carne y bebiere su sangre vivirá eterna vida.» No sólo busca quien le coma, sino que propone vida eterna por premio á quien le comiere, deseoso que todos le coman. Tan diferent son

estos leones, tan diversas sus armas y los efectos de ellas.

Luego que nació Cristo, como sol de justicia y paz, hizo sentir su influencia aun á los soldados que profesaban la dura milicia del mundo. «Preguntaban también los soldados á Juan Bautista, diciendo: «¿Y nosotros qué debemos hacer?» A la cual pregunta respondió: «No maltratéis á nadie, ni calumniéis á alguno; estad contentos con vuestros sueldos y pagas» (*Luc.*, III.) ¡Grande y milagrosa fuerza de la divina influencia de la luz de Cristo! ¡Que la presunción bizarra de los soldados acuda á preguntar lo que han de hacer, y como se han de gobernar, á un hombre habitador de yermo, vestido de pieles, penitente, voz que clama en el desierto, retirado del comercio y trato humano, predicador austero y desnudo! Señor, si los soldados preguntaron á los varones apostólicos y santos los que habían de hacer, no hicieran lo que se debe cartigar. Este texto prueba que el Evangelio y los predicadores apostólicos han de ser oráculos de la milicia, que se ha de gobernar por sus respuestas. Yo haré que lo confiesen los soldados, los reyes y las gentes, y acallaré á los que dicen: ¿Quién le mete al religioso y sacerdote con las batallas? ¿Qué tiene que ver el púlpito con la materia de estado y guerra? Yo probaré que no tiene menos que ver, que el freno con el caballo, y la medicina con la enfermedad; y que la materia de estado, sin las riendas del Evangelio y de la religión, correrá desbocada; y la guerra, sin los remedios de la dotrina, será incurable dolencia y contagio rabioso.

Preguntan á San Juan Baptista los soldados: ¿Qué harán? Y San Juan les responde lo que no harán, pri-

mero que lo que han de hacer. Bien se reconoce lo que he dicho. Los soldados que hacen cuanto quieren, y viven con la licencia de sus fueros, preguntan qué harán. La voz precursora de Cristo, enfrenándolos, responde lo que no han de hacer. No maltratéis á nadie, ni calumniéis á alguno, que todo esto procede de no contentaros con vuestros sueldos. Por eso os digo que os contentéis con ellos El médico cura al enfermo, mas no le dice el horror de su enfermedad, el asco de sus llagas, la corrupción de sus heridas. Lo mismo hace con la reprensión divina San Juan. No responde á los soldados: «Vosotros saqueáis á los que os alojan, los afrentáis de palabra, pedís lo que no deben daros, quitáisle lo que tienen, robáisles las hijas, afrentáisles las mujeres.» Ni á los capitanes: «No rescatéis alojamientos donde no es tránsito para tomarle donde lo es; no alojéis á discreción: no forcéis con molestias á que os contribuya quien no lo debe; no tiréis pagas de cien soldados teniendo cincuenta; no resucitéis pagas muertas para vuestro interés: no hagáis caudal de pasavolantes.» Esto fuera avergonzarlos y desabrirlos para recibir la doctrina y disponer la enmienda. Cúralos todas estas enfermedades y úlceras, sin decirles su horror y asco, sólo con decirles: «No maltratéis á nadie», que toca al soldado; «ni calumniéis á alguno», que toca al capitán y oficiales que gobiernan.

Ultimamente añade: «Estad contentos con vuestros sueldos.» ¡Oh, cuanto tienen que reconocer los reyes al santo Precursor en estas palabras! Señor, si los soldados se contentaran con sus pagas, no se cometieran las desórdenes arriba dichas, no fueran molestados los vasallos, ni robados; los príncipes no juntaran ejércitos delincuen-

tes, que antes merecen los castigos que las victorias de Dios, pues á veces obligan á las provincias á desear antes los enemigos que las amenazan, que los presidios que las defienden. Si estuvieran contentos con su sueldo, alistáranlos los reyes sólo contra sus enemigos; y no lo estando, primero los alistan contra sí: empiezan la guerra por el señor que los junta, y el despojo y el saco. Quien menos se defiende de ellos y con más pérdida, es quien los junta para defenderse. Cuando valía por paga la reputación de la patria, el amor del príncipe, el celo de la religión, ni el caudal público ni el particular los padecía; cobraban su premio de la victoria y del vencimiento de los contrarios; eran menos porque eran tales, y eran más por ser tales. Quien pone su premio en el robo de los que le alojan sin riesgo, no le busca en el despojo de los enemigos con él. Esto cada día se verifica en los muchos que sientan plazas, y marchan en tanto que duran los alojamientos; que antes de llegar al puesto ó al embarcadero se dejan las banderas solas. Suplico á Vuestra Majestad haga reflexión en lo que ve hoy que junta y paga, y reconocerá que en estas pocas palabras que el Evangelio refiere de San Juan Bautista, está breve y cortés la reprensión de las desórdenes del arte militar, y eficaz el remedio en el consejo que dió á los soldados que le consultaron. Ni se puede decir que esto no es platicable; sólo puede decirse que no se platica, debiendo platicarse.

Gloriosa reformación hizo la predicación del Evangelio en los soldados. De esclarecida reputación es á los que lo son este lugar de San Mateo, VIII, San Lucas, VII: «Habiendo entrado el Señor en la ciudad de Cafarnaun envió á él el Centurión dos judíos ancianos á rogarle

fuese servido de sanar un criado suyo, que estaba paralítico. Hicieron con todo afecto y solicitud la embajada, diciendo á Jesús que muy bien merecía le hiciese aquella merced; porque si bien era gentil, quería bien á los judíos, y de su hacienda les había edificado una sinagoga. Dijo el Señor: «Yo iré, y le daré salud.» Y encaminándose el Señor á su casa, estando ya cerca, envió otros dos amigos suyos el Centurión, y en su nombre le dijeron: «Señor, yo no soy merecedor de que vengas á mi casa, que aun me he hallado indigno de ir á ti; basta que tú digas una sola palabra, que yo creo que luego sanará mi criado; porque si yo, que tengo superior, mando á un súbdito mío, soy obedecido luego, ¡cuánto más lo serás tú, Señor, sobre cuya grandeza no hay alguna superioridad!» Maravillóse el Señor, y vuelto á la multitud, dijo: «De verdad nunca vi tan grande fe en Israel: y respondiendo á su petición, dijo: Como lo has creído, así se haga: y en aquel punto sanó el criado.»

Soberano y eterno blasón de la milicia es, que no sólo se maravillase Cristo de la fe de este Centurión, sino que dijese que no había visto otra que se le pudiese comparar en Israel. Por esto se debe desear que le imiten, los que son capitanes, en la caridad con sus criados, en el gastar lo que adquieren en la guerra, en tener buenos amigos y camaradas, en ser obedecidos de los que mandan, en la discreción reverente y en la fe con Dios. De todo esto dió ejemplo este Centurión, y está aprobado y admirado por Cristo nuestro Señor el ejemplo, y premiado con el milagro. Sumamente se compadeció de su criado, pues solicitó un milagro por su salud. Buenos y diligentes camaradas y cuerdos tenía, pues alegaron, para que le hiciese aquella merced, no que era muy va-

liente, ni sus hazañas y crédito, nobleza ni puesto, sino que gastaba su hacienda en fábricas dedicadas á la religión. Y quien en esto gastaba lo que en la guerra había adquirido, conocía que Dios, librándole de los peligros, se lo había dado. Recibir de Dios para dar á Dios, es en cierta manera apostar con él en liberalidad; más lo gana dándolo que adquiriéndolo. Sabía hacerse respetar de sus soldados, pues dice que en ordenándolos algo le obedecían luego; alabanza igual para el que manda y obedece: de entendimiento tan reverente y tan cortés, que no aplicó lo que decía, confesando en esto la suma sabiduría del Señor á quien hablaba. En la letra sólo dijo: «Yo, que tengo superior, mando á mi súbdito: ve, y va.» Y no dijo: Así lo puedes, Señor, hacer tú con la salud á quien mandas como á súbdito de tu voluntad. Y en decir: «Yo, que tengo superior», conoció que Cristo, por ser Dios, no le tenía. La fe, las palabras de Cristo la ensalzaron soberanamente en público; serán prolijas y por demás otras palabras. ¿Quién negará que para el consejo y para la batalla no es conveniente que los capitanes imiten estas costumbres y virtudes? ¿Quién dirá que estorba tener caridad para ser soldado, siendo la caridad, como dice el Apóstol, la que nada hace mal? ¿Quién dejará de confesar que es muy conveniente que los capitanes tengan tales camaradas, que sepan negociar por ellos, y dar ejemplo á los soldados? ¿Y cuanto importan cabos y oficiales en la disciplina militar, cuya fe merezca que Dios obre por ellos milagros?

Señor: para mayor gloria de los que militan, acuerdo á Vuestra Majestad que con este centurión fueron tres centuriones los que son dignos de preferida y honesta recordación. Lucas, XXIII: «Viendo el Centurión el te-

rremoto y señales maravillosas que habían sucedido, glorificó á Dios diciendo: De verdad este hombre era justo; y toda la demás gente que junta había concurrido á aquel espectáculo y vían tales cosas, dándose golpes en los pechos se volvieron.» Marcos, XV, refiere esto con tales palabras: «Empero viendo el Centurión, que estaba enfrente de Cristo, que quien expiraba, expirase dando tan grande voz, dijo: De verdad este hombre Hijo de Dios era.» Mateo, XXVII: «Empero el Centurión y los que con él estaban guardando á Jesús, visto el terremoto y lo que sucedia, con grande temor dijeron: Verdaderamente este era Hijo de Dios.» Estas fueron, Señor, las palabras de la célebre confesión de San Pedro, y no le vía en la cruz desnudo entre dos ladrones. Asistía San Pedro á Cristo como discípulo, y el Centurión como ministro de la justicia que en él se ejecutaba. No digo esto por igualar la fe del Centurión con la de San Pedro, sino para ponderar la del Centurión con aquel recuerdo. Con piedad colijo de las palabras de los tres evangelistas, que aquellos que dice San Lucas que oyendo al Centurión y viendo el terremoto y señales, dándose golpes en los pechos se volvieron, eran soldados que debajo de su mano asistían á aquella ejecución; y colíjolo de San Mateo, que dice: «Que el Centurión y los que con él estaban guardando á Jesús, dijeron: Verdaderamente era éste Hijo de Dios»; pues es cierto que los que lo guardaban con el Centurión eran soldados, pues consta que á ellos tocaba y tocó siempre, hasta guardarle en el sepulcro. De manera, Señor, que admitiendo por prueba esta conjetura, diremos que el Centurión y los soldados conocieron y confesaron que Cristo era Hijo de Dios. Dispúsolos á este conocimiento su propio oficio

de soldados; pruébase con la causa que da San Marcos, diciendo: «Que viendo que Cristo expirando expiraba con tan grande voz», como gente acostumbrada á dar muerte y á ver morir, reconocieron por cosa sobrenatural dar tan grande grito expirando. Eran soldados, y en aquel tiempo tan atentos á señales y á agüeros, que por el vil canto de la corneja suspendían una jornada, y todo un ejército marchando obedecía al vuelo de un cuervo. Vieron al sol apagado y al día anochecido, batallar unas con otras las piedras, y con espantosos temblores no sólo titubear la estatura del monte, sino desgajada y rota descubrir los sepulcros y dar paso á los muertos. Y cuanto estas señales excedían á las que habían observado, se excedió su conocimiento á sí mismo. Canonizada queda con esto la alabanza de la gente de guerra, y ser solos los que conocieron y confesaron á Cristo por Hijo de Dios.

Del tercero Centurión se lee en los Actos, x: «Había en Cesárea un Centurión llamado Cornelio, de la cohorte que se llama Itálica, religioso y temeroso de Dios: con toda su casa y familia y con sus largas limosnas socorría al pueblo necesitado. Apareciósele un ángel, y díjole: «Tus oraciones y limosnas han ascendido á la presencia de Dios. Ahora invía tus embajadores á Jope, y mándalos que busquen á Simón, que se llama Pedro.» Y como entrase Pedro, Cornelio le salió á recibir, y arrodillándose, le adoró, y Pedro le mandó fuese baptizado en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo. Véase el fruto que de la limosna y de la oración cogen los soldados, pues les traen ángel del cielo que los encamine, y que no sólo puede uno ser soldado y religioso, sino que debe serlo. Envió el ángel al Centurión, y remitióle á San Pedro, cabeza de la Iglesia y vicario de Cristo.

Señor, quien encamina á los soldados á la obediencia de Pedro, á que adoren la cabeza del apostolado, á que consulten y obedezcan el oráculo del vicario de Cristo, ángel es que viene del cielo; quien desto los aparta y no se lo manda, demonio es y espíritu condenado.

Hay autor, cuyas obras han defendido hombres doctos, que dice que el Centurión que al pie de la cruz confesó y conoció á Cristo, fué español. Fuera ignorante invidia, y feamente culpada, dudar lo que es á mi nación de tanta honra. Yo sigo con agradecimiento á los que han defendido las obras de Flavio Destro en quien se lee. Reparo en que este Centurión fué español, y Cornelio, Centurión de la cohorte llamada Itálica, por ser de Italia nos toca. Demos parte al mérito de su virtud y acciones en la merced tan singular que Dios hace á España y á Italia, en que solas en estas dos provincias y los súbditos á ellas persevere sin mezcla de herejía la fe de Cristo.

Probado he que la milicia evangélica, no sólo es platicable para lo temporal, sino su perfección; y que sólo el soldado que teme á Dios, no teme á los hombres, en que se funda el valor de los verdaderamente valientes; lo que fué precepto de Cristo: «Temed al que puede dar muerte al alma, no al que puede darla al cuerpo.» Este aforismo divino, obedescido, hizo que los mártires, con los tormentos que padecían, vencieran á los tiranos que los atormentaban. Para esto previno Cristo á sus soldados con las palabras que son texto á este capítulo: «Id, que yo os invío como corderos entre lobos.» Mas añádese la otra parte del texto: «Esto os he dicho á vosotros, para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis trabajo; mas confiad, que yo vencí al mundo.»

Cristo no facilita la victoria, pues dice que padecerán trabajos: mas asegúrala diciendo que confíen, pues los envía á la batalla con el mundo el que venció al mundo. Señor, quien facilita las empresas á los que invía á ellas, los persuade á tener en poco al enemigo, y aquel desprecio siempre es en favor del contrario, le padesce quien de otro le hace. Estorba las prevenciones y las advertencias, que cuando son menester, faltan. Mucho llevan en su favor los soldados de príncipe vencedor; más los alienta la opinión de su general que las fuerzas propias y la multitud de armas. Los que conduce ó invía príncipe siempre vencido, ellos se condenan á víctimas del enemigo. Poco esperan de sí los que de su rey desconfían.

Es digna de alta consideración aquella palabra, exhortándolos á la guerra sangrienta donde los enviaba: «Esto os he dicho á vosotros, para que tengáis paz en mí.» Si el monarca no dispone que los suyos y sus soldados tengan paz en él, todo lo errará. Declárome. No se pueden contar las empresas malogradas, los ejércitos deshechos y las provincias que se han perdido por esta razón. Por esta cuenta corren los valientes generales y los muy valerosos soldados, á quien, en vez de premio, ha dado castigo la envidia de los cobardes y viles, que con embustes no les dejan tener paz en su señor. Pide el capitán general lo que ha menester para defender lo que se le encarga ó para conquistar lo que se le ordena; y cuanto se tiene por más cierto de su valor el buen suceso, tanto más, ó se le contradice lo que pide, ó se le dilata lo que se le ha de enviar, por la maña de los que no le dejan tener paz en su rey, de miedo que con la grandeza de sus hazañas no se anteponga á sus chismes en la estimación soberana. Y cuando no pueden estorbar que no

consiga su valor las glorias que se propone, y da nuevas ciudades á su príncipe, nuevas provincias, nuevos reinos, una reputación á sus armas, para que no tengan paz en él, dicen que las gana y conquista para sí, y con celos políticos, que se creen más fácilmente que se inventan, no le dejan tener paz en su señor.

Tal sucedió al Gran Capitán con el Rey Católico y al de Pescara con el emperador Carlos V, y al grande y aclamado del mundo duque de Osuna, pues todos tres padescieron sus méritos, en vez de gozarlos, con diferente estilo y último rigor el duque de Osuna. Señor, estas cizañas y ministros revoltosos que no consienten que otros sino ellos tengan paz en su rey, no sirven sino de desarmarle para la ofensa y para la defensa, malográndole los sujetos, desapareciéndole los valerosos y experimentados. El remedio desto enseña Cristo disponiendo que tengan paz en él los que envía á pelear por sí.

Por San Lucas, XI, dice: «Todo reino dividido será arruinado.» Muchas son las divisiones por que son asolados los reinos: no sólo guerras civiles los dividen, lo mismo hacen los vicios, las costumbres, y peor que todo, las diferentes sectas ó religiones. No se tenga por aunado el reino que no padece levantamientos y motines armados, que los vicios y pecados no sólo le dividen, sino le despedazan; las costumbres licenciosas y desordenadas le confunden, las diferentes sectas le aniquilan en condenación afrentosa; y lo último y más eficaz para dividir un reino, cuando ninguna de las cosas referidas le divida, es el mismo rey, si está dividido. Esta es la división más mortal, por ser de la cabeza y el cuerpo, donde el uno está sin el otro, y la cabeza misma dividida en dos partes, sin ser cabeza en alguna de ellas. El que

no es señor de la suya es esclavo de la ajena. Si la cabeza dividida no puede vivir la vida sensitiva, menos podrá vivir la racional.

¡Gran tesoro de preceptos y doctrinas hemos hallado en el Testamento Nuevo, en que se enseña juntamente á ser temeroso de Dios y á no tener miedo, á hermanar la religión y la valentía, á merecer con la fe milagros de la omnipotencia de Dios, á consultar para los aciertos militares á los santos y á los varones de Dios! Y afirmo que aquel príncipe y aquellos generales y capitanes en quien no precediere la religión al principio de la guerra, y ella no dispusiere los medios, que él la podrá empezar con grande poder y encaminarla con maña, mas no darla fin con buen suceso, si ya no aconteciere querer Dios con ellos castigar á otros peores, y entonces, llamándose soldados, son verdugos. Esto creyó y tuvo la idolatría ciega en más observancia que ninguna otra cosa. Trata de ello Valerio Máximo en su primero capítulo, que es de la religión. Referiré las palabras con que acaba la narración nona: «Siempre nuestra ciudad juzgó que se había de anteponer la religión á todo, también en aquellas cosas en que quiso atender al decoro de la suma majestad. Por lo cual no dudaron los imperios de servir á las cosas sagradas, juzgando que en tanto se prosperaría el gobierno de las cosas humanas, en cuanto bien y constantemente obedeciesen y sirviesen á la divina potencia.» Si á esto se persuadieron los gentiles, ¿en qué opinión tendrá á los católicos el que creyere necesitan de que se lo persuadan?

Hemos descubierto preceptos militares en los Evangelistas, en las epístolas canónicas, en los actos de los Apóstoles, por hallarlos esparcidos en todo el Testa-

mento Nuevo. Resta el Apocalipsi, en el cap. XII; Daniel, XII, y en la segunda á los thesalonicenses, II. Se lee de tres grandes autores tal suceso: «Hubo en el cielo una grande batalla: Micael y sus ángeles valerosamente peleaban con el horrible dragón, y el dragón y sus ángeles rebelados peleaban, y no pudiendo resistir, fueron vencidos de Micael; cayeron, y en el cielo no quedó señal suya. Empero en aquel tiempo se levantará Micael príncipe grande, y el Señor Jesús dará muerte al Anticristo con el espíritu de su boca.»

»Sacra, católica, real Majestad: este texto es todo real; contiene el primer capitán general y la primer batalla y victoria. La causa de esta guerra fué querer Luzbel, altísimo serafín, ser como Dios. ¡Grave delito! Fué capitán general contra él y su parcialidad un arcángel, á quien en premio de haber vencido al que osaba pretender ser como Dios, se le dió el nombre de Micael, que es decir *¿quién como Dios?* Tres cosas perdió Luzbel: la batalla, la gracia y el cielo; y respectivamente á Micael le hizo Dios tres mercedes: la primera, que su nombre, como he declarado, fuese el mismo de la gloriosa victoria; la segunda, que él fuese siempre el protector de la verdadera congregación de fieles, principalmente en las batallas contra infieles y herejes; la tercera, que así como él había vencido la primera guerra contra Lucifer, venciese la postrera contra el Anticristo, á quien por su mano dará Cristo la muerte.

Soberano ejemplo á los príncipes para tres cosas que les importan todo su ser, grandeza y estado: castigar y derribar y vencer al que se atreviere, siendo su criado, á querer ser como ellos; hacerle que pierda las mismas tres cosas, la batalla (eso es, su pretensión), su gracia, y

su casa y reino; y al general que lo venció, otras tantas mercedes que le prefieran, y que sea su nombre el de su victoria, encomendarle la defensa de los suyos, pues le encomendaron la suya, y no dejar por otro al que ya se sabe que sabe vencer.

Señor: Dios, ni Dios hecho hombre no mudan ni suspenden, si se ofrece ocasión, al capitán general que les dió una victoria; á él encargan la primera y todas las que se les ofrecieren á los suyos y á su pueblo, y le tienen electo para la última del mundo. ¿Qué espera el príncipe que en cada ocasión experimenta un hombre, y que á cada uno que le da victoria le arrincona en dándosela? Pues no es otra cosa, sino consentir que las hazañas depongan, y el ocio y la ignorancia promuevan. Quien esto aconseja á un príncipe, procurador es de los enemigos que tiene, y si el príncipe lo hace por sí, lo hace contra sí. Tendrá muchos con títulos de capitanes generales, mas los enemigos no tendrán que pelear sino con solos los títulos.

Resta verificar que en las batallas y sitios los reyes temporales, siguiendo la milicia evangélica, ganen ciudades y batallas y reinos con la paz y con la piedad y la clemencia contra la guerra. Sea la prueba de príncipe belicosísimo y español el ínclito é invencible rey don Alonso el Sabio de Aragón, que, como discípulo de los dos Testamentos, en cuya lección se ocupó tanto que con sus glosas se dice pasó muchas veces toda la Biblia, quedó bien doctrinado, y logró su meditación en infinitos trances de guerra.

En la conquista de Nápoles tenía el máximo rey don Alonso puesto sitio á Gaeta, plaza por su fortaleza llamada llave de aquel reino. Apretó tanto el cerco, que

los de Gaeta, obligados de la hambre por la falta de mantenimientos, echaron fuera todos los niños, mujeres, viejos y enfermos, los cuales viéndose expuestos á las armas enemigas que los herían y mataban, con lágrimas y alaridos procuraban volverse á Gaeta, de donde eran con mayor rigor ofendidos por los suyos mismos. Fué advertido el Rey de lo que pasaba: juntó su consejo. Refiere el docto Antonio Panormitano que todos votaron que conforme leyes militares su Majestad no debía admitir en sus reales aquella gente, sino arcabucearla y volverla á Gaeta, pues con eso se rendiría la ciudad; y de otra suerte era disponerles la defensa contra sí; y confiesa Antonio Panormitano que, hallándose él en aquel consejo, votó lo mismo con este rigor. Oyólos el Rey, y dijo: No permita Dios que yo cobre á Gaeta con tan gran crueldad. No vine á pelear contra niños, mujeres, viejos, ni enfermos: por ese camino no sólo quiero perder á Gaeta y el reino de Nápoles, mas dejara la conquista del mundo. Y luego mandó que aquella gente, no sólo fuese admitida en su ejército, sino regalada, guardando la honestidad y decoro de las mujeres, y curando los enfermos y heridos, acomodando los viejos y acariciando los niños; lo que admiraron los de Gaeta, y vencidos del beneficio y del agradecimiento, codiciaron por señor al que tenían por enemigo.

Supo que un caballero muy principal de su corte trataba de matarle muchos días había; no por eso le temió, ni le hizo prender y castigar como merecía. Llamábale frecuentemente y llegábale á sí; favorecíale y halagábale, y con el amor, y disimulación de su maldad, le enmendó por no acabarle con el castigo.

Fué avisado el Rey por mosen Luis Puche, que resi-

día en Roma, que micer Riccio, capitán de la infantería de Rijoles, tenía tratado dejar al Rey y pasarse á sus enemigos y levantarse con algunos lugares; y que sería necesario, pues se tenía noticia cierta de su traición, antes que la ejecutase, prenderle y castigarle. El Rey respondió que en ninguna manera le mandaría prender, y que tendría por mejor ser dañado con la traición y poca fe de los suyos, que mostrar que no se confiaba dellos. Y así dijo: «Levántese contra mí cuando quisiere el capitán Riccio; que yo, hasta que lo vea con mis ojos, no quiero creer cosa semejante de criado mío ni de hombre á quien yo haya hecho bien.» ¡Oh grande ejemplo, que imitado será guarda de la reputación del príncipe! Procure el rey no merecer por su tiranía y vicios levantamientos, y no hará caso de los que le dijeren le son traidores ó lo quieren ser; que importa mucho no mostrarse desconfiado de los vasallos y de los criados. Empero si es tirano, no se fíe de las conjuras que castiga, ni de los traidores que prende; que los castigos en casos semejantes antes los irritan que los agotan.

Acusaron á un caballero noble y de generosa familia, de crimen de lesa majestad: fué convencido deste delito delante del juez. El Rey lo supo; y porque la culpa de uno no fuese mancha á toda una familia ilustre, no consintió se le diese la pena que merecía. Llamóle á solas, y reprendiéndole con amor, con su clemencia excusó en su linaje la nota, y en el delincuente la sangre, y le obligó al reconocimiento y enmienda.

Roger, Conde de Pallares, caballero de alto linaje y de señalado esfuerzo, dijo al Rey que si él quería, estaba determinado de dar de puñaladas al Rey D. Juan de Castilla, que era mortal enemigo del rey D. Alonso, y

que sabía adónde y cómo lo podía hacer. El Rey le dió por respuesta que no por el señorío de Castilla, empero que ni por el imperio universal del mundo, consentiría en acción tan fea, que fuese mancha detestable á su memoria y horror á los por venir. Lo mesmo respondió á un florentín que estaba desterrado de Florencia, y le ofreció de matar á Cosme de Médicis.

A los que en el cerco de Escafato le dijeron, no sólo feas y malas palabras, sino ignominiosas, cuando entró por fuerza el lugar, contra el parecer de su hermano y del príncipe de Taranto y de todo su ejército, los perdonó y envió libres.

Señor, estas acciones todas son evangélicas: perdonar injurias, dar bien por mal, vencer con el perdón, conquistar con la paz, quebrantar la furia con la paciencia, castigar con la misericordia; y todas las ejercitó en guerra viva y temporal el rey D. Alonso. Rey tan grande, tan valiente y tan sabio, que preguntándole un allegado suyo si podría ser, y por qué, que un Rey tan rico y poderoso como él, y señor de tan grandes señoríos y reinos fuese pobre, respondió que si se vendiese la sabiduría, para comprarla lo diera todo. ¿Cómo podía dejar de hacer lo que he dicho quien dijo lo que refiero? Eran en él tales las obras, y tales las palabras con que en el decir y el hacer fué sabio, invencible, piadoso, valiente y bienaventurado Rey, para ejemplo de los que quisieren serlo.

Esto, Señor, acuerdo á Vuestra Majestad como vasallo suyo de buena ley, sin perder jamás de vista la del Evangelio y Sagradas letras, á cuya luz (bebiendo la de estos *Discursos Políticos* en aquel inmenso piélago de la suma verdadera sabiduría) he procurado disimular mi

ignorancia, tomando con las plumas de los mejores secretarios de Dios y ministros escogidos suyos, que con el *don altísimo* de su gracia nos dieron aprobada doctrina para solicitar su gloria en el acierto de las acciones humanas, amaestradas en su divina escuela; cuyo fin ha sido el mío, y no otro, en el empeño literal de este ocio.

A honra y gloria de Dios, y de Jesucristo nuestro Señor, y de la siempre Virgen María su Madre, y del apóstol Santiago, único patrón de las Españas, y del angélico doctor Santo Tomás, cuya doctrina profeso, acabé esta obra con intento de servir con mi poco caudal y cortos estudios á la majestad del muy poderoso, muy alto y bienaventurado Rey de las Españas D. Felipe IV, monarca de los dos mundos, invencible, magnánimo y siempre augusto; sujetando todo lo en ella escripto (y deponiendo mi propio sentir) á la corrección y censura de la santa, sola y universal Iglesia de Roma y á sus ministros ✝.

FIN DE LA POLÍTICA DE DIOS Y GOBIERNO DE CRISTO.

ÍNDICE.

Páginas.

Prólogo.................. V

PRIMERA PARTE.

Capítulo I. En el gobierno superior de Dios sigue al entendimiento la voluntad.................. 11

Capítulo II. Todos los príncipes, reyes y monarcas del mundo han padecido servidumbre y esclavitud: sólo Jesucristo fué rey en toda libertad......... 15

Capítulo III. Nadie ha de estar tan en desgracia del rey, en cuyo castigo, si le pide misericordia, no se le conceda algún ruego.................. 24

Capítulo IV. No sólo ha de dar á entender el rey que sabe lo que da, mas también lo que le toman; y que sepan los que están á su lado que siente aun lo que ellos no ven, y que su sombra y su vestido vela.—Este sentido en el rey es el mejor consejero de Hacienda, y el primero que preside á todos.................................... 29

Capítulo V. Ni para los pobres se ha de quitar del rey.................................... 33

Capítulo VI. La presencia del rey es la mejor parte de lo que manda.............................. 37

Capítulo VII. Cristo no remitió memoriales, y uno que remitió á sus discípulos le descaminaron..... 39

Capítulo VIII. No ha de permitir el rey en público á ninguno singularidad y entretenimiento, ni familiaridad diferenciada de los demás........... 46

Páginas.

Capítulo IX. Castigar á los ministros malos públicamente, es dar ejemplo á imitación de Cristo; y consentirlos es dar escándalo á imitación de Satanás, y es introducción para vivir sin temor...... 49
Capítulo X. No descuidarse el rey con sus ministros es doctrina de Cristo, verdadero Rey. 59
Capítulo XI. Cuáles han de ser sus allegados y ministros.................................. 65
Capítulo XII. Conviene que el rey pregunte lo que dicen dél, y lo sepa de los que le asisten, y lo que ellos dicen, y que haga grandes mercedes al que fuere primer criado y le supiere conocer mejor por quien es.................................. 68
Capítulo XIII. Los pretensores: atienda el príncipe á la petición y á la ocasión en que se la piden, y al modo de pedir.............................. 72
Capítulo XIV. Cómo han de dar y conceder los reyes lo que les piden............................ 79
Capítulo XV. Buen ministro.......................... 83
Capítulo XVI. Cómo y á quién han de dar las audiencias los reyes.......................... 87
Capítulo XVII. Buen criado del rey que se precia de serlo........................... 91
Capítulo XVIII. Á quién han de ayudar, y para quién nacieron los reyes........................ 99
Capítulo XIX. Con qué gentes se ha de enojar el rey con demostración y azote.................. 103
Capítulo XX. El rey ha de llevar tras sí los ministros; no los ministros al rey....................... 107
Capítulo XXI. Quién son ladrones y quién son ministros.. 110
Capítulo XXII. Al rey que se retira de todos el mal ministro le tienta; no le consulta........... 114

Páginas.

Capítulo XXIII. Consejeros y allegados de los reyes; confesores y privados.................... 119
Capítulo XXIV. La diferencia del gobierno de Cristo al gobierno del hombre.................. 124

PARTE SEGUNDA.

Capítulo I. Quién pidió reyes, y por qué; y quién y cómo se los concedió; qué derecho dejaron, y cuál admitieron.................................. 139
Capítulo II. Ni los ministros han de acriminar los delitos de los otros, queriendo en los castigos mostrar el amor que tienen al señor; ni el señor ha de enojarse con extremo rigor por cualquier desacato.................................... 148
Capítulo III. Cuán diferentes son las proposiciones que hace Cristo Jesús, Rey de gloria, á los suyos, que las que hacen algunos reyes de la tierra; y cuánto les importa imitarle en ellas............. 154
Capítulo IV. Las señas ciertas del verdadero rey.. 159
Capítulo V. Las costumbres de los palacios y de los malos ministros, y lo que padece el rey en ellos y con ellos................................... 164
Capítulo VI. Muchos preguntan por mentir: «¿Qué es la verdad?» Las coronas y cetros son como quien los pone. La materia de Estado fué el mayor enemigo de Cristo. Dícese quién la inventó y para qué. Ladrones hay que se precian de limpios de manos.................................... 169
Capítulo VII. De los acusadores, de las acusaciones y de los traidores.............................. 178
Capítulo VIII. De los tributos é imposiciones..... 189

Páginas.

CAPÍTULO IX. Si los reyes han de pedir, *á quién, cómo y para qué.* Si les dan, *de quién han de recibir, qué y para qué.* Si les piden, *quién los ha de pedir, qué y cuándo; qué han de negar, qué han de conceder*.................................. 193

CAPÍTULO X. Con el rey ha de nacer la paz; esa ha de ser su primero bando. Con quién habla la paz; por qué se publica por los ángeles á pastores. Que nace obedeciendo quien nace á ser obedecido.... 211

CAPÍTULO XI. Cómo fué el precursor de Cristo, rey de gloria, antes de nacer y viviendo; cómo y por quién murió; cómo preparó sus caminos y le sirvió y dió á conocer. Y cómo han de ser á su imitación los que hacen este oficio con los reyes de la tierra. 217

CAPÍTULO XII. Enséñase, en la anunciación del ángel de Nuestra Señora la Virgen María, cuáles deben ser las propuestas de los reyes y con cuál reverencia han de recibirse los mayores beneficios. Cómo es decente y santa la turbación, y en qué no se ha de temer.................................. 224

CAPÍTULO XIII. Cuál ha de ser el descanso de los reyes en la fatiga penosa del reinar; qué han de hacer con sus enemigos, y cómo han de tratar á sus ministros y cuál respeto han de tener ellos á sus acciones.................................. 229

CAPÍTULO XIV. Ningún vasallo ha de pedir parte en el reino al rey, ni que se baje de su cargo, ni aconsejarle que descanse de su cruz, ni descendencia della, ni pedirle su voluntad y su entendimiento; sólo es lícito su memoria. Quién lo hace, quién es y en qué para.......................... 243

CAPÍTULO XV. De los consejos y juntas en que se temen los méritos y las maravillas, y por asegurar

Páginas.

el propio temor y la malicia envidiosa, se condena la justicia.................................... 249
CAPÍTULO XVI. Cómo nace y para quién el verdadero Rey y cómo es niño; cuáles son los reyes que le buscan y cuáles los reyes que le persiguen..... 256
CAPÍTULO XVII. El verdadero Rey niño puede tener poca edad, no poca atención; y ha de empezar por el templo, y atender al oficio y no á padre ni madre.................................... 270
CAPÍTULO XVIII. A quién han de acudir las gentes. De quién han de recibirse. El crecer y el disminuir, cómo se entiende entre el criado y el señor.................................... 278
CAPÍTULO XIX. De qué manera entre el rey y el valido en su gracia se cumplirá toda justicia; y de qué manera es lícito humillarse el rey al criado.................................... 286
CAPÍTULO XX. La paciencia es virtud vencedora y hace á los reyes poderosos y justos. La impaciencia es vicio del demonio, seminario de los más horribles y artífice de los tiranos................. 296
CAPÍTULO XXI. En que se inquiere (siendo cierto que todas las acciones de Cristo Nuestro Señor fueron para nuestra enseñanza) cuál doctrina nos dió con los grandes negocios que en las apariciones despachó después de muerto y resucitado, no pudiendo nosotros resucitar en nuestra propia virtud, y en elegir en apóstol á San Pablo después de su gloriosa ascensión á los cielos. *Es texto las apariciones y el lugar de los actos de los Apóstoles*... 313
CAPÍTULO XXII. Cómo ha de ser la elección de capitán general y de los soldados para el ministerio de la guerra: contrarios eventos ó sucesos de la

Páginas.

justa ó injusta, y el conocimiento cierto de estas cualidades 334

Capítulo XXIII. La milicia de Dios, de Cristo Nuestro Señor, Dios y hombre; y la enseñanza superior de ambas para reyes y príncipes en sus acciones militares.............................. 348